

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CIÓ

GENERAL DE BIBLIOTECA

UNAS PAGES

LES LOB

DE

ACHÉC

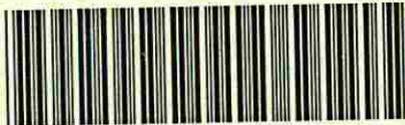
I

PQ2227

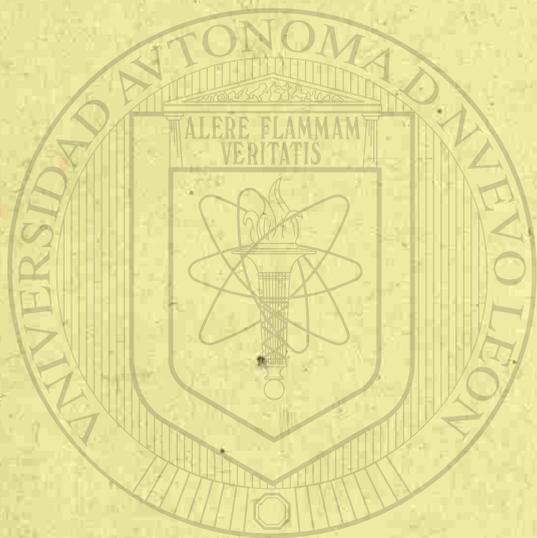
.L6

S6

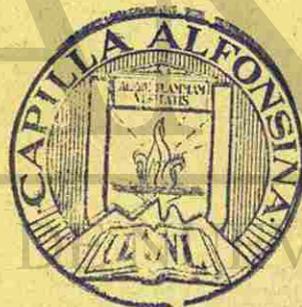
v. 1



1020026304

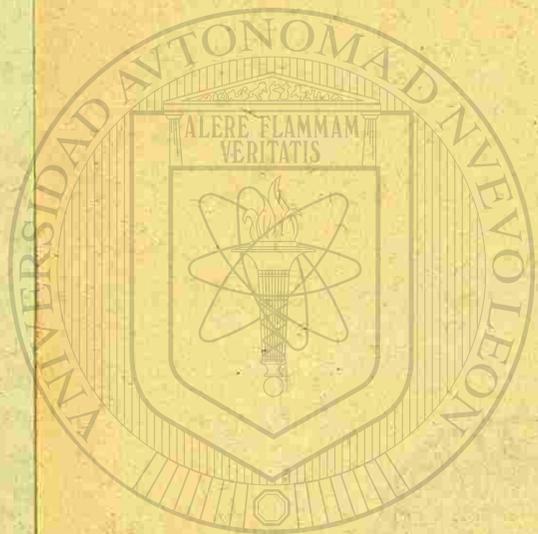


UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE **FONDO RICARDO COVARRUBIAS**



LAS LOBAS DE MACHECUL

Núm. Clas. <sup>N</sup> DS8612  
Núm. Autor                       
Núm. Arg. 30035  
Procedencia -S-  
Precio                       
Fecha                       
Clasificó                       
Catalogó                     

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

LUÍS TASSO SERRA, EDITOR

LAS LOBAS  
DE MACHECUL

POR

ALEJANDRO DUMAS (PADRE)

TOMO I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

30035

"ALFONSO REYES"

CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

IMPRENTA DE LUÍS TASSO SERRA

ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23

MDCCLXXXVIII

1888

098763



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843  
2

Pa 2227  
46  
56  
V. 1



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DE  
D. LUÍS TASSO SERRA.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# LAS LOBAS DE MACHECUL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

EL AYUDANTE DE CAMPO DE CHARRETTE

Si por ventura, querido lector, has ido alguna vez de Nantes á Bourgneuf, al llegar á San Filiberto habrás doblado el ángulo meridional del lago de Grandlieu, llegando después de una ó dos horas de camino, según lo hayas verificado á pié ó en carruaje, á los primeros árboles de la selva de Machecul. A la izquierda y en medio de una frondosa arboleda que al parecer pertenece á la selva, de la cual la separa tan sólo el camino real, habrás divisado las agujas de dos torrecillas y el techo parduzco de un castillejo oculto entre el follaje.

Los agrietados muros de esta casa solariega, sus ventanas descantilladas, sus tejados corroidos por los irides silvestres y el musgo parásito, á pesar de sus humos señoriales y de las dos torrecillas que la flanquean, danle tan menguada apariencia, que seguramente no excitaría la codicia de ninguno de los que al paso la miran, á no ocupar tan deliciosa posición frente á las arboledas seculares de la selva de Machecul, cuyas verdes y caprichosas ondulaciones se

dilatan abarcando un espacio tan extenso como á la vista les es dado alcanzar.

Pertenecía el castillejo en 1831 á un viejo hidalgo llamado el marqués de Souday, nombre con que también se conocía la antigua mansión feudal.

El marqués de Souday era el único representante á la vez que el último heredero de una antigua é ilustre casa de Bretaña, pues el lago de Grandlieu, la selva de Machecul, la ciudad de Bourgneuf, situados en una comarca actualmente comprendida en el departamento del Loira inferior, formaban parte de la provincia de Bretaña, antes que Francia estuviera dividida en departamentos. La familia de Souday había sido en época más remota otro de los árboles feudales de inmenso ramaje que cobijaban con su sombra una provincia entera; pero los antepasados del marqués se habían dado tanta prisa en gastar su hacienda para ocupar dignamente un asiento en las carrozas del rey, que aquellas ramas habían ido desgajándose sucesivamente, de modo que el 80 llegó á tiempo para impedir que la mano de un alguacil cortara el tronco ya carcomido y al cual las circunstancias reservaban un fin más digno de su esclarecimiento.

Al derrumbamiento de la antigua prisión de los reyes, cuando sonó la hora de la Bastilla anunciando la ruina de la monarquía, el marqués de Souday había ya heredado el título de su padre y la casita solariega que de sus bienes quedaba y era primer paje de S. A. R. el conde de Provenza.

Tenía á la sazón el marqués diez y seis años, y á esta edad se da á los sucesos muy poca importancia; á bien que era muy difícil no volverse enteramente estoico en la corte epicúrea, volteriana y constitucional del Luxemburgo, donde el egoísmo tenía ancha cabida.

Un día fué enviado el joven marqués á la plaza de la Greve para ver al verdugo ceñir con la cuerda el cuello de Favras y acchar el instante en que, exhalando éste el postrer aliento, devolviese á su alteza real su tranquilidad momentáneamente turbada.

Al regresar corriendo al Luxemburgo, gritó Souday:

— ¡Monseñor, se acabó!

Y Monseñor con voz clara y meliflua dijo:

— ¡A la mesa, señores, á la mesa!

Y cenóse con tanta tranquilidad como si un bravo hidalgo

que había sacrificado generosamente la vida por S. A. no acabase de ser ahorcado como un facineroso.

Luego llegaron los lúgubres y primeros días de la revolución y la publicación del libro rojo; y poco después acaecieron la retirada de Necker y la muerte de Mirabeau.

El 22 de febrero de 1791 un apinado gentío rodeaba el Luxemburgo: cundían rumores alarmantes; decíase que *Monsieur* quería fugarse con el objeto de reunirse á los emigrados que se juntaban á la orilla del Rhin; pero *Monsieur* asomóse al balcón é hizo juramento solemne de no abandonar al rey. En efecto, el 21 de junio partió juntamente con el monarca, sin duda para no faltar á la palabra que había dado de no abandonarle, lo cual efectuó sin embargo, y muy felizmente por cierto, pues llegó sin contratiempo á la frontera de Bélgica con su compañero de viaje el marqués de Avray, mientras se prendía en Varennes á Luis XVI.

Nuestro paje apreciaba mucho su reputación de joven á la moda para permanecer en Francia, en donde sin embargo la monarquía iba á necesitar muy pronto el apoyo de sus más celosos defensores: emigró pues, y como naturalmente nadie paró la atención en un paje de diez y ocho años, llegó sin obstáculo alguno á Coblenz y cooperó con su persona á completar el cuadro de los mosqueteros que se reorganizaban allende el Rhin á las órdenes del marqués de Montmorin. Hizo la campaña con los tres Condé, dándose ya á conocer en los primeros encuentros; recibió una herida delante de Tionville, y más tarde, después de muchos desengaños, sufrió el más amargo de todos cuando vió la promulgación del decreto por el cual se ordenaba el licenciamiento de los cuerpos de emigrados, medida que arrebató á una porción de infelices, á la vez que sus esperanzas, el pan del soldado, que constituía su único recurso. Verdad es que estos soldados combatían contra Francia, y que este pan era amasado por manos extranjeras.

Entonces el marqués de Souday volvió los ojos hacia la Bretaña y la Vendée, en donde se peleaba hacía ya dos años. En esta última, todos los jefes principales de los realistas habían perecido en el campo del honor: Cathelineau había sido muerto en Vannes; Lescure, en la Tremblaye; Bonchamps, en Chollet, y D'Elbée había sido fusilado ó iba á serlo en Noirmontiers. Para colmo de adversidad el llamado

grande ejército había sido destruido en el Mans. Vencedor en Fontenay, Saumur, Torfou, Laval y Dol, había alcanzado sesenta triunfos en otros tantos combates y hecho frente á todas las fuerzas de la república mandadas sucesivamente por Biron, Kleber, Westermann y Marceau; rechazando el apoyo de Inglaterra había visto incendiadas sus cabañas, acuchillados sus hijos y degollados sus padres; había tenido por caudillos á Cathelineau, á Enrique La Rochejaquelein, Stofflet, Bonchamps, Forestier, Elbée, Lescuré, Marégnay y Talmont; había permanecido fiel á su rey cuando la Francia entera le abandonaba, y había adorado á Dios cuando París había proclamado que no existía; pero también mereció que Napoleón llamase á la Vendée: *la tierra de los gigantes*.

Charrette y la Rochejaquelein habían quedado casi solos; pero aquél tenía un ejército y éste ya no le tenía, pues mientras el grande ejército se hacía destrozarse en Mans, Charrette, nombrado general en jefe del bajo Poitou y secundado por el caballero de Coetus y Jolly, había reunido un ejército. Charrette al frente de sus fuerzas y La Rochejaquelein seguido solamente de unos diez hombres, se encontraron cerca de Maulevrier. Al verle, comprendió Charrette que acababa de llegarle un general y no un soldado; pero como tenía conciencia de su propio valer y se le hacía muy cuesta arriba compartir el mando, recibióle con frío y altivo continente, de modo que estando el desayuno servido, ni siquiera se dignó convidar á su camarada.

Pero aquel mismo día ochocientos hombres del ejército de Charrette se pasaron al de La Rochejaquelein. Al día siguiente Charrette le dijo:

—Parto para Mortagne; os vendréis conmigo.

Pero La Rochejaquelein respondió con altivez:

—No estoy acostumbrado á recibir órdenes, sino á darlas.

Y después de pronunciar estas palabras, partió por su lado, dejando á Charrette operar por el suyo como mejor le pareciese.

A éste seguiremos con preferencia, por ser el único cuyos últimos combates y muerte tienen alguna conexión con nuestro relato.

Luis xvii había muerto, y en 26 de junio de 1795 Luis xviii había sido proclamado rey de Francia en el cuartel general de Belleville.

En 15 de agosto de 1795, á los dos meses de esta proclamación, un joven llevaba á Charrette una carta del nuevo monarca fechada en Verona en 8 de julio, por la cual confería á Charrette el mando legítimo del ejército real. Charrette quería contestar al rey por conducto del mismo mensajero dándole las gracias por tamaña merced; pero el joven respondió que había vuelto á Francia para permanecer en ella y combatir, pidiendo al propio tiempo que el despacho que acababa de traer le sirviese de recomendación para con el general en jefe. Charrette desde este momento le agregó á su persona. El joven que había llevado la carta al general era el ex-paje de *Monsieur*, el marqués de Souday.

Al retirarse para descansar de la jornada de veinte leguas que acababa de hacer á caballo, encontró el marqués á un aldeano cuya edad excedía de tres ó cuatro años la suya, y que le miraba sombrero en mano con muestras de afectuoso respeto. Vió el mancebo que era el hijo de un colono de su padre, con el cual había cazado muy á menudo en los primeros años de su mocedad y con mucho placer por su parte, pues nadie aventajaba en destreza al aldeano para levantar un jabalí y apoyar los perros cuando el animal estaba acorralado.

—¡Eh! ¡Juan Oullier! exclamó, ¿eres tú?

—Yo mismo en persona, para servirlos, señor, respondió el aldeano.

—No es cosa de despreciarlo, amigo mío, ¡palabra de honor! ¿Siempre tan buen cazador?

—¡Oh! sí, señor marqués; sólo que en este momento me dedico á otra caza.

—No le hace; si te parece podemos hacerla juntos como en otro tiempo.

—También os responderé á mi vez que no es cosa de desear, señor marqués, contestó Juan Oullier.

Desde este momento Juan Oullier estuvo á las órdenes del marqués de Souday, como éste lo estaba á las de Charrette, es decir, que Juan Oullier era ayudante de campo del ayudante de campo del general en jefe.

Aun prescindiendo de su habilidad en la caza, Juan Oullier no tenía precio en la vida de campamento, pues era apto para todo y nada se ocultaba á su sagacidad, nada era inasequible para él; el marqués de Souday no tenía que pasar el menor cuidado para atender á sus necesidades: hasta

en los días de mayor carestía no le faltó jamás un mendrugo, un vaso de agua y un haz de paja, lo cual era en la Vendée un lujo que no siempre podía permitirse el general en jefe.

Mucho nos duele tener que privarnos de seguir á Charrette y de consiguiente á nuestro joven protagonista en alguna de aquellas arriesgadas expediciones que llevaba á cabo el ilustre caudillo y que le valieron el dictado de *el primer guerrillero del mundo*; pero la historia es una sirena falacísima, y cuando se ha caído en el desliz de dejarse arrastrar por sus engañosos reclamos, no se sabe á dónde se va á parar; por lo que, resumiendo todo lo posible nuestra narración, dejaremos para otros la tarea de relatar la expedición del conde de Artois á Noirmontiers y á l'Île Dieu y de explicar cómo el príncipe estuvo durante tres semanas á la vista de las costas de Francia sin abordar á ellas, así como el desaliento del ejército realista al verse abandonado por aquellos en cuyo nombre y defensa se estaba batiendo hacía ya más de dos años.

A pesar de todo, Charrette obtuvo poco tiempo después la terrible victoria de *los cuatro caminos*; pero fué la última: la traición tomó cartas en el asunto, y Coetus, el brazo derecho de Charrette, su *alter ego* desde la muerte de Jolly, fué pasado por las armas, víctima de una infame asechanza.

En los últimos tiempos de su vida, Charrette no puede dar un paso sin que su adversario, llámese Hoche ó Travot, tenga conocimiento de ello. Rodeado de tropas republicanas, cercado por todas partes, perseguido incesantemente, acosado de matorral en matorral, guareciéndose en las cuevas naturales, arrastrándose por el lecho de los torrentes, seguro de que más ó menos tarde debe morir inevitablemente en algún encuentro, ó si es aprehendido en vida fusilado sin remisión; cuando faltó de asilo, abrasado de calentura, muerto de hambre y de sed sin atreverse á pedir en las alquerías un mendrugo, un vaso de agua, ni un puñado de paja, se encuentra solamente con treinta y dos hombres, entre los cuales se hallaban el marqués y Juan Oullier; en 25 de marzo de 1795 se le advierte que cuatro columnas republicanas marchan contra él.

—¡Está bien! contesta el general; pues aquí nos batiremos hasta el último suspiro, y ¡por Dios que hemos de vender caras nuestras vidas!

Encontrábanse entonces en el Preliniere, demarcación parroquial de San Sulpicio. Pero Charrette no tiene paciencia para esperar con sus treinta y dos hombres á los republicanos: marcha á su encuentro y tropieza en la Guyoniere con el general Valentín acompañado de doscientos granaderos y cazadores. Charrette halla una buena posición, se atrincheró, y sostiene por espacio de tres horas el fuego y las cargas de los republicanos. Doce de los suyos caen á su alrededor, por manera que al contemplar á su hueste, ve que sólo consta de veinte hombres el ejército de veinte y cuatro mil que el conde de Artois capitaneaba en l'Île-Dieu; pero á pesar de la inferioridad del número, el valiente caudillo no se desalienta: sus bríos no menguan, y aquel puñado de héroes se agrupa al rededor de su jefe, sin que ninguno piense ni remotamente en la fuga.

Mas el general Valentín se cansa por último de pelear infructuosamente tanto tiempo, y deseando concluir de una vez con la obstinación de sus enemigos, toma un fusil, y á la cabeza de ciento ochenta hombres que le quedan, carga á la bayoneta. En esta carga Charrette recibe un balazo en la cabeza y pierde tres dedos de la mano izquierda cortados de un sablazo. Estaba ya á punto de caer en poder del enemigo, cuando un alsaciano llamado Peffer que tenía por Charrette, más que adhesión y cariño, una verdadera veneración, toma su sombrero empenachado, le da el suyo, y huyendo por la izquierda exclama: «Huid por la derecha en tanto me persiguen á mí.» En efecto, los republicanos le van encarnizadamente á los alcances, al paso que Charrette se pone en salvo por el lado opuesto con los quince hombres que le restan. Charrette llegaba ya al bosque de la Chabotterie cuando de repente apareció cerrándole el paso la columna del general Travot. Entonces se empeña una lucha desesperada en la cual Charrette no lleva más objeto que hacerse matar. Exhausto de fuerzas y desangrándose por tres heridas, tambalea y va á caerse, cuando un vendeano llamado Rossard se lo carga á cuestras y huye con él hacia los bosques; pero antes de alcanzarlos cae atravesado por una bala. Entonces otro llamado Laróche Davo le sucede; mas apenas ha dado cincuenta pasos, cuando cae á su vez en la zanja que separa el bosque del llano. El marqués de Souday lo ve, toma en brazos al caudillo, y mientras Juan Oullier mata con dos disparos á los dos soldados republica-

nos que le acosan más de cerca, él se interna en el bosque con el general y los siete últimos hombres de la partida.

A cincuenta pasos de la linde Charrette da muestras de recobrar sus fuerzas y dirigiéndose al marqués, le dice:

—Souday, escucha mi última orden.

El joven se detiene.

—«Déjame al pié de esa encina.» Pero al ver que vacilaba continuó con acento imperioso: «¡Todavía soy general, obedéceme!»

—Bueno, dijo Charrette; ahora escúchame. Es preciso que el rey, que me ha nombrado general en jefe, sepa cómo he muerto; vuelve al lado de S. M. Luís XVIII y cuenta lo que has visto. ¡Yo lo mando!

Charrette hablaba con tal solemnidad, que el marqués de Souday, á quien por primera vez tuteaba, no le ocurrió la idea de desobedecer.

Depuso á su general al pié de una encina y lo arrimó al tronco.

—Y ahora, le dijo el general, no hay que perder un momento. Huye; aquí están ya los azules.

En efecto, los republicanos aparecían en la linde del bosque. Souday cogió la mano que Charrette le tendía; pero éste le dijo:

—¡Abrázame!.... ¡Basta! exclamó en seguida desprendiéndose de sus brazos; parte, parte al momento.

Souday dirigió una mirada á Juan Oullier y le dijo:

—¿Vienes?

Pero, este hizo con la cabeza un gesto sombrío.

—¿Qué queréis que vaya yo á hacer allí, señor marqués? contestó; en tanto que aquí....

—¿Y aquí qué vas á hacer?

—Ya os lo contaré si volvemos á vernos, señor marqués.

Y así diciendo, disparó dos tiros á los dos republicanos más próximos. Ambos cayeron. Uno de ellos era un jefe superior en torno del cual se agruparon todos.

Juan Oullier y el marqués de Souday aprovecharon aquel momento de confusión para internarse en lo más fragoso de la selva. Cuando hubieron andado como cincuenta pasos, Juan Oullier vió un frondoso matorral, y deslizándose entre sus ramas como una serpiente, se ocultó haciendo al joven una señal de despedida.

El marqués de Souday continuó su camino.

## II

## GRATITUD DE LUÍS XVIII

Dirigióse el marqués de Souday hacia las riberas del Loira, en donde halló á un pescador que le llevó hasta el cabo San Gildo. Desde allí avistaron una fragata que cruzaba á pocas brazas de tierra: era una fragata inglesa. Mediante un aumento de pasaje de algunos luíses, el pescador llevó al marqués hasta el buque.

Una vez allí, ya estaba en salvo.

Al cabo de algunos días la fragata avistó un buque mercante que hacía rumbo al canal de la Mancha; le llamaron con la bocina y las dos naves se acercaron: era una embarcación holandesa. El marqués de Souday manifestó deseos de continuar la travesía en esta última, y el capitán inglés accedió á su deseo haciéndole conducir á bordo de ella. Esta le dejó en Rotterdam, de donde pasó el marqués á Blackemburgo, reducida ciudad del ducado de Brunswick, en la cual había fijado Luís XVIII su residencia; pero Luís XVIII estaba comiendo y estos momentos eran solemnes para él.

El ex-pajese vió obligado á esperar que su majestad hubiese comido. Introdujéronle después y relató los acontecimientos que había presenciado, en especial la última catástrofe que acababa de suceder, con una elocuencia tal, que Su Majestad, á pesar de que no era muy impresionable, se conmovió hasta el punto de exclamar:

—Basta, basta, marqués; sí, el caballero de Charrette era un leal y esforzado servidor: no podemos dudarlo.

Y le indicó con un ademán que podía retirarse. El mensajero obedeció; pero al salir de la estancia oyó que el rey decía con acento áspero y mal humorado:

—¿Quién le manda á ese imbecil de Souday, venirme á contar semejantes cosas después de comer? De seguro me ha alterado la digestión.

El marqués era susceptible, y pensó que oírse llamar imbecil después de haber expuesto la vida durante seis meses, y precisamente por boca de aquel por quien la había expuesto,

nos que le acosan más de cerca, él se interna en el bosque con el general y los siete últimos hombres de la partida.

A cincuenta pasos de la linde Charrette da muestras de recobrar sus fuerzas y dirigiéndose al marqués, le dice:

—Souday, escucha mi última orden.

El joven se detiene.

—«Déjame al pié de esa encina.» Pero al ver que vacilaba continuó con acento imperioso: «¡Todavía soy general, obedéceme!»

—Bueno, dijo Charrette; ahora escúchame. Es preciso que el rey, que me ha nombrado general en jefe, sepa cómo he muerto; vuelve al lado de S. M. Luís XVIII y cuenta lo que has visto. ¡Yo lo mando!

Charrette hablaba con tal solemnidad, que el marqués de Souday, á quien por primera vez tuteaba, no le ocurrió la idea de desobedecer.

Depuso á su general al pié de una encina y lo arrimó al tronco.

—Y ahora, le dijo el general, no hay que perder un momento. Huye; aquí están ya los azules.

En efecto, los republicanos aparecían en la linde del bosque. Souday cogió la mano que Charrette le tendía; pero éste le dijo:

—¡Abrázame!.... ¡Basta! exclamó en seguida desprendiéndose de sus brazos; parte, parte al momento.

Souday dirigió una mirada á Juan Oullier y le dijo:

—¿Vienes?

Pero, este hizo con la cabeza un gesto sombrío.

—¿Qué queréis que vaya yo á hacer allí, señor marqués? contestó; en tanto que aquí....

—¿Y aquí qué vas á hacer?

—Ya os lo contaré si volvemos á vernos, señor marqués.

Y así diciendo, disparó dos tiros á los dos republicanos más próximos. Ambos cayeron. Uno de ellos era un jefe superior en torno del cual se agruparon todos.

Juan Oullier y el marqués de Souday aprovecharon aquel momento de confusión para internarse en lo más fragoso de la selva. Cuando hubieron andado como cincuenta pasos, Juan Oullier vió un frondoso matorral, y deslizándose entre sus ramas como una serpiente, se ocultó haciendo al joven una señal de despedida.

El marqués de Souday continuó su camino.

## II

## GRATITUD DE LUÍS XVIII

Dirigióse el marqués de Souday hacia las riberas del Loira, en donde halló á un pescador que le llevó hasta el cabo San Gildo. Desde allí avistaron una fragata que cruzaba á pocas brazas de tierra: era una fragata inglesa. Mediante un aumento de pasaje de algunos luíses, el pescador llevó al marqués hasta el buque.

Una vez allí, ya estaba en salvo.

Al cabo de algunos días la fragata avistó un buque mercante que hacía rumbo al canal de la Mancha; le llamaron con la bocina y las dos naves se acercaron: era una embarcación holandesa. El marqués de Souday manifestó deseos de continuar la travesía en esta última, y el capitán inglés accedió á su deseo haciéndole conducir á bordo de ella. Esta le dejó en Rotterdam, de donde pasó el marqués á Blackemburgo, reducida ciudad del ducado de Brunswick, en la cual había fijado Luís XVIII su residencia; pero Luís XVIII estaba comiendo y estos momentos eran solemnes para él.

El ex-pajese vió obligado á esperar que su majestad hubiese comido. Introdujéronle después y relató los acontecimientos que había presenciado, en especial la última catástrofe que acababa de suceder, con una elocuencia tal, que Su Majestad, á pesar de que no era muy impresionable, se conmovió hasta el punto de exclamar:

—Basta, basta, marqués; sí, el caballero de Charrette era un leal y esforzado servidor: no podemos dudarlo.

Y le indicó con un ademán que podía retirarse. El mensajero obedeció; pero al salir de la estancia oyó que el rey decía con acento áspero y mal humorado:

—¿Quién le manda á ese imbecil de Souday, venirme á contar semejantes cosas después de comer? De seguro me ha alterado la digestión.

El marqués era susceptible, y pensó que oírse llamar imbecil después de haber expuesto la vida durante seis meses, y precisamente por boca de aquel por quien la había expuesto,

era una recompensa bastante mezquina. Quedábale todavía en el bolsillo un centenar de luises, y saliendo aquella misma noche de Blackenburgo, exclamó despechado:

—Si hubiese podido prever semejante recibimiento, no me habría dado tanta pena para venir.

Y dirigióse desde luego hacia Holanda y de allí á Inglaterra.

Aquí la existencia del marqués de Souday toma una faz completamente distinta. El marqués era uno de aquellos hombres cuyo carácter flexible los hace idóneos para toda clase de situaciones, y cuya fortaleza ó debilidad de ánimo dependen exclusivamente de las circunstancias, á cuyas exigencias se doblegan siempre con extremada facilidad. Por espacio de seis meses había sabido mantenerse á la altura de aquella terrible epopeya que Napoleón llamaba *la guerra de los gigantes*; había teñido con su sangre los páramos y matorrales del Alto y del Bajo Poitou, había sobrellevado con estóica perseverancia, no sólo las adversidades de aquellos combates sin tregua ni cuartel, sino también las privaciones sin número que eran la consecuencia forzosa de aquella lucha de guerrillas que les obligaba á acampar en la nieve, á errar sin alimento, sin vestido, sin asilo alguno por los bosques y eriales de la Vendée, y lo había hecho sin concebir jamás la idea de desazón ó de enojo, sin proferir una queja, sin exhalar un suspiro; y sin embargo, al verse aislado, sin apoyo de ningún género en la inmensa ciudad de Londres, por la cual erraba lleno de tristeza y presa de amargos recuerdos, se encontró completamente falto de energía para resistir los encantos de la ociosidad, pusilánime para combatir el tedio que le consumía, apocado de ánimo y exhausto de fortaleza ante la miseria: males inevitables que debían atacarle en la soledad de su destierro.

Aquel hombre que había arrostrado las sangrientas persecuciones de las columnas de la república, no tuvo entereza para rechazar las tentaciones de la holganza, y corrió en pos del placer libándolo en todas partes, á toda costa, ansioso de llenar el vacío que notaba en su existencia, desde que habían cesado de ocuparla las peripecias de aquella lucha exterminadora.

Al entregarse ciegamente á los goces sensuales, halló que no todos correspondían á la escasez de sus recursos, y por lo tanto tuvo que contentarse con satisfacer sus apetitos con

algunos deleites de orden inferior, lo cual dió pie á que fuese perdiendo gradualmente aquella aristocrática distinción que el traje de aldeano que había llevado por espacio de más de seis meses no había podido menoscabar, y con ella su elegancia y la delicadeza de su gusto; parangonó con el *champagne el ale* y el *porter*, y dejóse cautivar por los groseros atractivos de las abigarradas sílfides de *Grovesnor* y de *Haymarket*, él, ilustre caballero que habría podido escoger su dama entre las duquesas de la corte.

La ligereza de sus principios y las imprescindibles necesidades de la vida no tardaron en obligarle á transigir con su amor propio en detrimento de su reputación; contrajo algunas deudas que no podía pagar, escogió sus camaradas de libertinaje en una clase inferior á la suya, lo cual le acarreó el menosprecio y la animadversión de sus compañeros de destierro; pero esto mismo fué causa de que, exasperado el marqués de Souday, se entregase á la disolución y al olvido de sí mismo con tanto más ardor, cuanto que era cada día más ostensible el aislamiento en que le dejaban sus compatriotas.

Tras dos años de tan relajada vida, el acaso le dió á conocer en un garito de la *Cité* que asiduamente frecuentaba, una costurera que una de aquellas repugnantes criaturas que pülulan por las calles de Londres acababa de sacar de su miserable guardilla poniéndola por primera vez en horrible y vergonzosa almoneda. Como á pesar de los rudos golpes de la adversidad y de los malos hábitos que había contraído el marqués conservaba todavía algunos restos de su aire aristocrático y distinguido, la joven conoció la diferencia que mediaba entre él y sus camaradas, y arrojóse llorando á sus plantas, suplicándole que la librase de la vida infame á que querían arrastrarla y para la cual no había nacido, pues hasta entonces su conducta había sido intachable.

La muchacha era hermosa y el marqués accedió á sus deseos. Entonces la pobre niña se echó en sus brazos, ofreciéndole un tesoro de amor y de abnegación; de modo que el venturoso marqués, sin ánimo de hacer una buena acción, desbarató los inicuos planes que se habían fraguado con el objeto de especular con la belleza de Eva, que tal era el nombre de la pobre muchacha.

Eva era una tierna y honrada criatura y cumplió fiel-

mente su palabra: el marqués fué su primero y último amor.

Por lo demás, aquel cariño no podía haber nacido en sazón más oportuna. Empezaba ya el marqués á hastiarse de las riñas de gallos, del vaho nauseabundo de la cerveza, de las reyertas con los *constables* y de los galanteos callejeros, cuando el amor de aquella joven llevó la calma á su agitado espíritu; y la tranquila posesión de aquella hechicera niña, blanca como los cisnes, emblema de la Gran Bretaña su patria, halagando su corazón, fué gradualmente modificando sus costumbres, de tal modo, que al cabo de algún tiempo, si no tenía precisamente las que á su alta alcurnia correspondían, observaba por lo menos la conducta tranquila y morigerada de un hombre honrado. Fuese á vivir con Eva en una reducida guardilla de *Piccadilly*, y como la joven cosía primorosamente púsose á trabajar para una lencería, en tanto que el marqués se dedicaba á dar lecciones de esgrima. Desde aquel momento vivieron con el escaso producto de las lecciones del marqués y de la labor de Eva, y sobre todo, con la felicidad que les deparaba un amor bastante poderoso para dorar su indigencia.

Con todo, este amor, á fuer de mortal, se consumió; bien que á la larga, pues felizmente para Eva las conmociones de la guerra de la Vendée y los goces desenfrenados de los infiernos de Londres habían absorbido la savia excesiva de su amante envejeciéndole precozmente, y el día en que el marqués de Souday advirtió que su amor á Eva había degenerado en un fuego si no extinguido próximo á espirar, el día en que los besos de la joven fueron impotentes, nó para saciarle, sino para conmoverle, la costumbre había llegado á ejercer en su ánimo un ascendiente de tal naturaleza, que aunque se hubiese decidido á buscar exparcimiento y solaz fuera de su modesta y tranquila vivienda, no habría tenido valor para romper unos lazos en los cuales su egoísmo gozaba de tan gratas, bien que monótonas y pasajeras fruiciones.

Aquel hombre antes tan disipado y libertino, aquel joven ilustre cuyos antepasados habían sido durante tres siglos señores de horca y cuchillo en su condado, aquel *ex-bandido*, ayudante de campo y camarada del *bandido* Charrette, llevó por espacio de doce años la existencia triste, metódica y necesitada de un modesto empleado ó de un artesano más modesto todavía.

Mucho tardó el cielo en bendecir aquella unión ilegítima; pero por último escuchó las súplicas reiteradas que Eva no había dejado de dirigirle durante aquel período de doce años: la pobre mujer quedó embarazada y dió á luz dos gemelas.

Pero Eva sólo pudo gozar por algunas horas de aquella felicidad que tan ardorosamente ansiara, pues murió de sobreparto. Su amor al marqués de Souday era tan intenso y apasionado después del largo espacio de tiempo que acababa de transcurrir como en los primeros meses de su unión; pero esto no había sido parte á ocultarle que la frivolidad y el egoísmo eran las dos cualidades negativas que más sobresalían en el carácter de su amante: así es que murió atormentada por el dolor de despedirse para siempre de un hombre á quien tanto amaba y la angustia de pensar que sería de sus hijas abandonadas á la ligereza y frivolidad de semejante padre.

Explicaremos con detenimiento la impresión que causó esta pérdida al marqués de Souday, por cuanto retrata fielmente á un personaje destinado á representar un importante papel en esta historia.

Al principio lloró amargamente á su compañera, tanto porque no podía menos de apreciar las cualidades que la adornaban y reconocer la felicidad que había disfrutado con su cariño, como porque es absolutamente imposible que haya un corazón tan duro y egoísta que no experimente el dolor de una herida tremenda al sentir que la eternidad pone una valla insuperable entre él y el corazón que por largo tiempo palpité al compás de sus propios latidos. Pero aquel dolor fué lentamente amortiguándose, hasta que llegó un día en que el marqués experimentó un sentimiento muy parecido al del colegial que se ve libre de las trabas que le oprimían. Ocurriósele al señor de Souday que necesariamente debía llegar un momento en que su elevada alcurnia exigiese el rompimiento de aquel lazo, y que por consiguiente no debía quejarse de que la Providencia le hubiese ahorrado un paso tan penoso.

Mas este contento fué muy efímero, pues la tierna solicitud de Eva le había acostumbrado á mil minuciosos cuidados, y al verse privado repentinamente de ellos, el mimado marqués, que hasta entonces no había apreciado jamás su inmenso valor, comprendió que le era, si no imposible, muy

difícil y doloroso pasarse sin ellos. La guardilla que habitaba le apareció desde que dejó de animarla la pura y alegre voz de la inglesa, bajo su verdadero aspecto, esto es, como un asqueroso chiribitil; así como al notar en su almohada la ausencia de la rubia y sedosa cabellera de su amiga halló su lecho tan horrible como solitario.

¿Cómo reemplazar, pensó entonces Souday, las dulces caricias y la tierna solicitud á las cuales le había Eva acostumbrado durante doce años?

Al hacerse esta reflexión, al advertir su doloroso aislamiento, comprendió el marqués toda la extensión de la irreparable pérdida que acababa de experimentar, lloró á su querida con amarga pena; y al verse obligado á separarse de las dos niñas que confiaba á una nodriza del condado de York, prorrumió en acentos tan vehementes de ternura y de dolor, que á la pobre aldeana que debía llevarlas consigo se le saltaban las lágrimas de los ojos.

Mas cuando vió rotos todos los lazos que le recordaban lo pasado, el marqués se rindió agobiado por el peso de su aislamiento, su carácter fué volviéndose cada día más taciturno y melancólico, dejóse dominar completamente por el tedio, arrastró la existencia como una carga insostenible, y como su fé religiosa no era de las más acendradas, de seguro habría acabado por arrojar al Tamesis, á no haber sobrevenido muy oportunamente para él la inmensa catástrofe de 1814. El terrible desenlace de la gigantesca tragedia de la Revolución y del Imperio, llegó muy á tiempo para desterrar de la mente del marqués las lúgubres ideas que le asediaban.

Al ver levantado tan inesperadamente su destierro, el marqués de Souday regresó acto continuo á su país natal, apresurándose á pedir á Luis XVIII, á quien nada pidiera durante su larga expatriación, el premio á que le había hecho acreedor la sangre que en su defensa había vertido; pero es sabido que algunos monarcas sólo necesitan un pretexto para ser ingratos, y idesgraciadamente Luis XVIII tenía tres!

En primer lugar, la manera intempestiva con que el antiguo paje le había anunciado la muerte de Charrette, con cuya imprudencia había efectivamente perturbado la digestión del rey.

En segundo lugar, su salida inconveniente de Blacken-

burgo, partida acompañada de palabras más inconvenientes todavía.

Tercero y último motivo: la intemperante conducta del joven durante la emigración.

De modo que el pobre marqués tuvo que contentarse con un pomposo panegírico de su bravura y lealtad, y un discreto cuanto elocuente discurso, encaminado á demostrarle la imposibilidad de que el gobierno confiriera un empleo á un hombre que había incurrido en semejantes extravíos. Prescindiendo de otros argumentos llenos de lógica y sensatez, significáronle que el rey no era ya señor absoluto; que sucediendo su reinado al de la inmoralidad, debía afianzarse en la opinión pública, y para captarse las simpatías del país iniciar una era de nuevos y severos principios: discurso que terminó con un patético epilogo, en el cual le encarecieron el admirable ejemplo de grandeza de ánimo que daría á sus conciudadanos si coronaba una existencia llena de lealtad, sacrificando á las necesidades de la situación sus ambiciosas miras.

Tanto le arengaron, que el pobre marqués se vió obligado á ceder á tan poderosos razonamientos y á contentarse con la cruz de S. Luis y el empleo y retiro de jefe de escuadrón; y convencido de la inutilidad de tentar un nuevo esfuerzo, se resignó á comer el pan del rey en sus tierras de Souday, que como sabemos era el último resto de la inmensa fortuna de sus antecesores.

Pero lo más particular es que todas estas decepciones no obstaron para que el marqués cumpliera en 1815 su deber, abandonando por segunda vez su pobre castillo cuando Napoleón efectuó su maravilloso regreso de la isla de Elba. Al caer de nuevo el emperador, el marqués de Souday volvió á Francia en pos de sus legítimos príncipes.

Aleccionado ya por la experiencia, á esta segunda restauración contentóse con pedir el título de teniente de montería del distrito de Machecul, cuya gracia le fué otorgada con tanta mayor facilidad cuanto que era gratuita. Esta petición distaba mucho empero de ser desinteresada, pues habiéndose visto privado el marqués durante la juventud de un placer al cual siempre había tenido su familia grandísima afición, empezó desde entonces á dedicarse á la caza más que con empeño, con delirio, con frenesí. Pesoso como estaba á consecuencia de la vida monótona y aislada que á des-

pecho suyo tenía que llevar y agriado por los desengaños políticos que acababa de sufrir, encontraba descanso y distracción en este saludable ejercicio; y cuando merced á su título de *lobero* pudo gozar del derecho de recorrer libremente los bosques del Estado, esta gracia, que tan exigua había parecido á los mismos que se la otorgaron, halagóle más que la cruz de S. Luís y el despacho de jefe de escuadrón.

Dos años hacía ya que el marqués de Souday vivía en el castillejo batiendo el monte día y noche con media docena de perros, ya que no podía tener mayor trailla, sin ver á sus vecinos más que lo absolutamente preciso para no pasar plaza de insociable, dando al olvido las glorias y las amarguras, los buenos y malos ratos de su vida anterior, cuando al partir una mañana con intento de hacer una exploración en la parte septentrional de la selva de Machecul, tropezó con una aldeana que llevaba en cada brazo á una niña de tres á cuatro años.

El marqués de Souday la conoció y asomáronle los colores á la cara, porque aquella aldeana era la nodriza del conde de York, á la cual hacía ya treinta y seis ó treinta y ocho meses que se había olvidado de pagar la pensión convenida. La buena mujer había ido á Londres pidiendo con gran trabajo y no menor insistencia informes del marqués en la embajada francesa. El embajador la envió á París recomendándola al ministro, y éste se había apresurado á indicarle la morada del señor Souday, seguro de que experimentaría una alegría inmensa al ver de nuevo á sus hijas.

Lo extraordinario del caso es que no se había engañado del todo. Aquellas tiernas criaturas eran un trasunto tan fiel de la pobre Eva, que el marqués al mirarlas no pudo dominar su emoción: besólas con verdadero transporte, entregó la escopeta á la inglesa, y tomando en brazos á las niñas, entró en el castillo con aquel botín inesperado, con grande asombro de su cocinera, mujer de Nantes, que componía toda su servidumbre, y que le abrumó á preguntas sobre tan singular hallazgo.

Aquel interrogatorio le amedrentó. El marqués sólo contaba entonces treinta y nueve años, y tenía vagos deseos de casarse, pues al par que consideraba como un deber sagrado la propagación de su ilustre raza, habíase holgado mucho de encontrar una mujer que le aliviase de los quehaceres domésticos, á los cuales tenía que dedicarse á despecho suyo;

mas estos planes quedaban inevitablemente frustrados si las dos niñas permanecían con él bajo un mismo techo. Al ocurrírsele esta idea, recompensó con largueza á la nodriza é hizo que partiera al día siguiente.

Pero durante la noche se le ocurrió un medio con el cual le pareció que podría conciliarlo todo.

¿En qué consistía?

Lo veremos en el siguiente capítulo.

### III

#### LAS DOS GEMELAS

Habíase acostado el marqués de Souday recordando aquel antiguo axioma «la noche es buena consejera.»

Durmióse arrullado por esta esperanza, y soñó...

¿Qué diríais que soñó?

Los antiguos combates de la Vendée, á Charrette de quien había sido ayudante de campo, y especialmente á un buen muchacho, hijo de un colono de su padre, y á quien había tenido á su vez por ayudante de campo.

Soñó pues á Juan Oullier, de quien ya se había olvidado y á quien no había vuelto á ver desde el día en que se despidieron en el bosque de la Chabotterie junto á Charrette moribundo.

Si la memoria no le era infiel, constábase al marqués que Juan Oullier vivía antes de incorporarse al ejército de Charrette en el villorio de la Chevrolliere, próximo al lago de Grand-lieu. Mandó pues que montase á caballo el hombre de Machecul que ordinariamente desempeñaba sus encargos, y entregándole una carta le encomendó que fuese á la Chevrolliere, en donde debía inquirir si aun vivía un tal Juan Oullier y si todavía moraba en el país. Si recibía una contestación afirmativa, debía darle la carta y hacer todo lo posible para traerle consigo; si vivía en las inmediaciones de la aldea, tenía que buscarle y evacuar del mismo modo su

pecho suyo tenía que llevar y agriado por los desengaños políticos que acababa de sufrir, encontraba descanso y distracción en este saludable ejercicio; y cuando merced á su título de *lobero* pudo gozar del derecho de recorrer libremente los bosques del Estado, esta gracia, que tan exigua había parecido á los mismos que se la otorgaron, halagóle más que la cruz de S. Luís y el despacho de jefe de escuadrón.

Dos años hacía ya que el marqués de Souday vivía en el castillejo batiendo el monte día y noche con media docena de perros, ya que no podía tener mayor trailla, sin ver á sus vecinos más que lo absolutamente preciso para no pasar plaza de insociable, dando al olvido las glorias y las amarguras, los buenos y malos ratos de su vida anterior, cuando al partir una mañana con intento de hacer una exploración en la parte septentrional de la selva de Machecul, tropezó con una aldeana que llevaba en cada brazo á una niña de tres á cuatro años.

El marqués de Souday la conoció y asomáronle los colores á la cara, porque aquella aldeana era la nodriza del conde de York, á la cual hacía ya treinta y seis ó treinta y ocho meses que se había olvidado de pagar la pensión convenida. La buena mujer había ido á Londres pidiendo con gran trabajo y no menor insistencia informes del marqués en la embajada francesa. El embajador la envió á París recomendándola al ministro, y éste se había apresurado á indicarle la morada del señor Souday, seguro de que experimentaría una alegría inmensa al ver de nuevo á sus hijas.

Lo extraordinario del caso es que no se había engañado del todo. Aquellas tiernas criaturas eran un trasunto tan fiel de la pobre Eva, que el marqués al mirarlas no pudo dominar su emoción: besólas con verdadero transporte, entregó la escopeta á la inglesa, y tomando en brazos á las niñas, entró en el castillo con aquel botín inesperado, con grande asombro de su cocinera, mujer de Nantes, que componía toda su servidumbre, y que le abrumó á preguntas sobre tan singular hallazgo.

Aquel interrogatorio le amedrentó. El marqués sólo contaba entonces treinta y nueve años, y tenía vagos deseos de casarse, pues al par que consideraba como un deber sagrado la propagación de su ilustre raza, habíase holgado mucho de encontrar una mujer que le aliviase de los quehaceres domésticos, á los cuales tenía que dedicarse á despecho suyo;

mas estos planes quedaban inevitablemente frustrados si las dos niñas permanecían con él bajo un mismo techo. Al ocurrírsele esta idea, recompensó con largueza á la nodriza é hizo que partiera al día siguiente.

Pero durante la noche se le ocurrió un medio con el cual le pareció que podría conciliarlo todo.

¿En qué consistía?

Lo veremos en el siguiente capítulo.

### III

#### LAS DOS GEMELAS

Habíase acostado el marqués de Souday recordando aquel antiguo axioma «la noche es buena consejera.»

Durmióse arrullado por esta esperanza, y soñó...

¿Qué diríais que soñó?

Los antiguos combates de la Vendée, á Charrette de quien había sido ayudante de campo, y especialmente á un buen muchacho, hijo de un colono de su padre, y á quien había tenido á su vez por ayudante de campo.

Soñó pues á Juan Oullier, de quien ya se había olvidado y á quien no había vuelto á ver desde el día en que se despidieron en el bosque de la Chabotterie junto á Charrette moribundo.

Si la memoria no le era infiel, constábase al marqués que Juan Oullier vivía antes de incorporarse al ejército de Charrette en el villorio de la Chevrolliere, próximo al lago de Grand-lieu. Mandó pues que montase á caballo el hombre de Machecul que ordinariamente desempeñaba sus encargos, y entregándole una carta le encomendó que fuese á la Chevrolliere, en donde debía inquirir si aun vivía un tal Juan Oullier y si todavía moraba en el país. Si recibía una contestación afirmativa, debía darle la carta y hacer todo lo posible para traerle consigo; si vivía en las inmediaciones de la aldea, tenía que buscarle y evacuar del mismo modo su

cometido; si residía muy lejos, estaba encargado de averiguar cuál era el lugar de su domicilio; y por último, si había fallecido, su tarea se limitaba entonces á regresar inmediatamente para participar su muerte.

Pero Juan Oullier no había muerto; Juan Oullier no vivía en ningún punto apartado; Juan Oullier ni siquiera moraba en las cercanías de la Chevrolliere.

*El ayudante de campo del ayudante de campo del general Charrette* vivía en la Chevrolliere mismo.

Veamos ahora lo que había sucedido después de separarse Oullier del marqués de Souday.

De pronto habíase escondido en un matorral, de donde sin ser visto podía fácilmente observar cuanto pasaba. De allí había divisado al general Travot y la captura de Charrette, que fué tratado por él con todas las consideraciones que un hombre semejante podía tener al célebre caudillo vendeano.

Mas á lo que parece no era esto sólo lo que se proponía descubrir desde su madriguera, pues cuando Charrette fué colocado en las parihuelas y se lo llevaron los republicanos, no se dió por satisfecho todavía, y permaneció oculto atisbando cuanto pasaba á su alrededor.

Verdad es que por otro lado aun quedaba en el bosque un oficial á la cabeza de una partida de doce hombres.

Como una hora después de la instalación de este pelotón, un labriego vendeano pasó á diez pasos de Oullier, y respondió al quién vive del centinela con la palabra: *amigo*, contestación bastante singular en boca de un aldeano realista al dirigirse á los soldados de la república. Dado el santo al centinela, franqueóle éste el paso acto continuo, y llegó por último hasta un oficial, que con un gesto de indescribible repugnancia le entregó una bolsa llena de oro.

En seguida desapareció el aldeano.

Era muy probable que el oficial y los doce hombres en cuestión no hubiesen ido allí con otro objeto que el de esperar al aldeano, pues apenas se hubo éste marchado, reunieron y desaparecieron á su vez.

Pero probablemente también Juan Oullier había ya visto cuanto deseaba, pues salió del matorral como había entrado, esto es, arrastrándose como un reptil, púsose de pié, arrancó la escarapela blanca de su sombrero, y se internó en el bosque con la indiferencia y serenidad de un hombre que du-

rante tres años consecutivos había estado exponiendo diariamente su existencia.

Aquella misma noche llegó á la Chevrolliere y dirigióse á su casa, en cuyo lugar sólo se veía un montón de ennegrecidas ruínas. Entonces sentóse en una piedra llorando amargamente á la esposa y á los hijos que en la casa había dejado.

De repente oyó ruido de pasos, levantó la cabeza y vió pasar á un aldeano á quien conocía á pesar de la oscuridad de la noche.

—¡Tinguy! exclamó al verle Juan Oullier.

El aldeano se le acercó.

—¿Quién va? contestó.

—Juan Oullier, respondió el *chuan*.

—¡Guárdeos Dios! contestó Tinguy sin pararse.

Pero Juan Oullier le detuvo.

—Es preciso que me respondas á lo que te voy á preguntar, le dijo.

—¿Eres hombre?

—Sí, pierde cuidado.

—Entonces pregunta cuanto quieras; estoy pronto á contestarte.

—¿Qué ha sido de mi padre?

—Murió.

—¿Y mi mujer?

—También.

—¿Y mis dos hijos?

—También murieron.

—¡Gracias!

Juan Oullier volvió á sentarse; pero su llanto se había secado. Al cabo de un momento cayó de hinojos y oró. Ya era hora, porque estaba á punto de blasfemar. Rogó por el alma de los que habían muerto, y fortalecido luego por la fe profunda de volverlos á encontrar en un mundo mejor, fijó sus reales en aquellas tristes ruínas.

Al amanecer del día siguiente estaba trabajando con la misma tranquilidad y resolución que si su padre hubiese dirigido el arado, su mujer aderezado la comida y sus hijos jugado á la puerta de la casa. El trabajo de Juan Oullier consistía en reedificar sin ayuda de nadie su destruida cabaña. En ella vivió desde entonces con el reducido producto de su jornal, y á buen seguro que si alguien hubiese tra-

tado de aconsejar á Juan Oullier que pidiera á los Borbones un premio por lo que justa ó desacertadamente había creído él un deber, habriase expuesto á exasperar al aldeano cuya sencillez rayaba en grandeza de ánimo.

Atendido su carácter, fácilmente se comprenderá que al recibir Juan Oullier una carta del marqués de Souday en la cual éste le llamaba *su antiguo camarada* y le rogaba que pasase al momento al castillo, el buen labriego lo abandonó todo por acceder á sus deseos. Cerró la puerta de la casa, metióse la llave en el bolsillo, y como vivía solo y por lo tanto no tenía que dejar instrucción ni recado alguno, se puso en marcha acto continuo. El mensajero quiso cederle el caballo ó que por lo menos montase á la grupa, pero Juan Oullier hizo con la cabeza un gesto negativo contestándole:

—A Dios gracias, tengo buenas piernas.

Y poniendo la mano sobre el cuello del caballo emprendió una especie de paso gimnástico indicándole de este modo el que su cabalgadura debía adoptar. Aquel paso equivalía á un trote constante con el cual se ganaban dos leguas por hora; así es que al anochecer Juan Oullier llegó al castillo de Souday.

El marqués le recibió con evidente alegría; dijo que todo el día había estado angustioso, temiendo que Juan Oullier se hubiese ausentado ó muerto; pero no hay necesidad de decir que la causa de aquel sobresalto no era Juan Oullier, sino él mismo; pues ya hemos advertido á nuestros lectores que el marqués de Souday era un tanto egoísta.

La primera diligencia del marqués fué tomar aparte á Juan Oullier y confiarle la embarazosa situación en que se encontraba; mas éste, que lloraba la muerte de sus hijos asesinados, no acertaba á comprender que un padre pudiese separarse espontáneamente de sus hijas. No obstante, aceptó la proposición del marqués, que consistía en encargarse de hacer educar á las niñas hasta que se encontrasen en edad de entrar en un colegio, para lo cual debía buscar en la Chevrolliere ó en sus alrededores á alguna honrada mujer que les hiciese las veces de madre, en cuanto pudiese una mujer extraña suplir para un huérfano la falta de aquella.

Indudablemente, aunque las dos muchachas hubiesen sido feas y ariscas en cuanto cabe, Juan Oullier se habría guardado muy bien de rechazar las proposiciones de su antiguo jefe; mas eran por el contrario tan dóciles y hechiceras, era

su sonrisa tan cariñosa, que el buen aldeano las amó desde luego con toda la sinceridad y ardor con que saben hacerlo aquellos honrados campesinos. A su decir, aquellos blancos y sonrosados semblantes con sus largos y hermosos rizos le recordaban tan vivamente los ángeles que antes de la Revolución rodeaban el altar mayor de Grand-lieu, que al verlos había sentido un instintivo deseo de arrodillarse.

De todos modos, quedó convenido que al día siguiente Juan Oullier se llevaría á las dos niñas.

Por desgracia, durante el tiempo que había trascurrido desde la partida de la nodriza hasta la llegada de Juan Oullier llovió sin intermisión; al verse el marqués aprisionado en su castillo sintió algunos síntomas de aburrimiento, y notando que se fastidiaba, llamó á sus hijas y púsose á jugar con ellas. Colocó á una de las niñas á horcajadas sobre su cuello, y sentando á la otra sobre sus caderas, recorrió á gatas como el Bearnés todo el aposento. Pero el marqués de Souday había refinado los juegos con que Enrique IV entretenía á su prole, pues imitaba perfectamente con la voz el sonido de la bocina y los ladridos de una jauría completa.

Este simulacro de caza había divertido al marqués de un modo extraordinario, y es ocioso decir que las niñas jamás se habían reído tanto. Por otro lado habían cobrado afición á las tiernas caricias é infinitas travesuras con que su padre las entretenía durante todo aquel tiempo sin duda para acallar los gritos de su conciencia contra aquella brusca é injustificada separación después de tan larga ausencia; por manera que sin sospecharlo las pobres muchachas mostraban á su padre un cariño y una gratitud excesivamente peligrosos para el éxito de sus proyectos.

Sucedió pues que cuando á las ocho de la mañana paró en el patio del castillo el carri-coche que debía llevarlas al pueblo de Juan Oullier y las niñas comprendieron el objeto de su venida, ambas prorrumpieron en abundantísimo llanto.

Berta se abalanzó á su padre, abrazóle las rodillas, y colgándose de las piernas de aquel buen caballero que tantas golosinas les daba y hacía de caballo con tanta habilidad, se las sujetó tan fuertemente con sus débiles manecitas, que el pobre marqués al tratar de desasirlas temía quebrárselas.

Por lo que hace á Mary, habiase sentado en un escalón y se limitaba á llorar sin decir palabra; pero era su llanto tan

amargo y sincero que Juan Oullier se sintió mucho más conmovido al ver su mudo pesar que al presenciar la ruidosa desesperación de su hermana.

Agotó el marqués de Souday toda su elocuencia para persuadirles de que si consentían en dejarse llevar, encontrarían más golosinas y se divertirían y jugarían mucho más que permaneciendo á su lado; pero sus esfuerzos se estrellaron contra el llanto y los sollozos de Mary y contra el pataleo de Berta que le abrazaba fuertemente las rodillas.

Impacientábase ya el marqués y estaba para apelar á la fuerza al ver la inutilidad de su oratoria, cuando al alzar los ojos los fijó en Juan Oullier y reparó que dos lágrimas surcaban sus atezadas mejillas: lágrimas que eran una súplica para el marqués y una reconvención para el padre; así que al notarlas hizo seña á Juan Oullier de que desenganchara, y mientras Berta observándola saltaba de alegría, acercóse el marqués al cochero y le dijo:

—Mañana partirás.

Como aquel día el tiempo era soberbio, quiso el marqués aprovechar la permanencia de Juan Oullier en su casa para hacer una batida acompañado de su antiguo camarada; por lo que le llamó á su aposento para que le ayudase á ponerse el traje de caza. El aldeano se horrorizó del espantoso desorden que reinaba en la estancia de su amo, de la cual éste tomó pie para desahogarse contándole las desazones que le ocasionaba su femenino escudero, quien aunque muy experto en materia de guisos, era muy descuidado en los demás quehaceres domésticos, especialmente en los de ayuda de cámara. Tan cierto era lo que el marqués acababa de decir, que hubo de emplear más de diez minutos en revolver todo el cuarto para encontrar una chupa que no llorase la pérdida de todos sus botones y unos calzones que no tuviesen que deplorar una solución de continuidad sobrado indecorosa.

Pero tanto buscó que al fin dió con ellos.

Como á pesar de su título de montero los recursos del marqués eran muy limitados para que pudiese tener un mozo de tralla, él mismo mandaba y apoyaba los perros; obligado pues á vigilar y apuntar bien, acontecía que las más veces regresaba jadeante y con el zurrón vacío.

Pero cuando le acompañó Juan Oullier, la cuestión varió de aspecto, pues encontrándose entonces el aldeano en todo su vigor, trepaba las más escabrosas eminencias y las rocas

más escarpadas con la agilidad de un gamo; saltaba zarzas y malezas para no dar enojosos rodeos, no separándose ni un ápice de los perros merced á sus piernas de acero, y dirigiendo la jauría con tanto acierto, que el acosado jabalí apeló á la fuga para burlar á sus encarnizados perseguidores, y se decidió á esperarles en la espesura para hacerles cara cuando asomaran. Así cupo al marqués el placer de matarlo frente á frente.

Al volver de la expedición, no sabía éste cómo expresar su júbilo, y prodigaba á su compañero grandes elogios y cordiales epítetos por la grata jornada que acababa de proporcionarle. Durante la comida mostróse muy festivo y alegre, y hasta inventó nuevos juegos para divertir á las niñas á fin de que participasen de su contento.

Por la noche y al ir á acostarse encontró el marqués en su aposento á Juan Oullier sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Tenía delante un gran montón de ropa y remendaba unos rotos calzones de terciopelo.

—¿Qué diablos estás enredando? le preguntó el marqués.

—El invierno es muy frío en este país, sobre todo cuando sopla el viento del mar, y de seguro que al volver á mi casa tendría calambres en las piernas sólo al pensar que la brisa puede penetrar en las vuestras por semejantes desgarrones.

Y esto diciendo, enseñó Juan Oullier á su amo los calzones rotos de arriba abajo.

—¡Hola! ¿Eres sastre? le preguntó el marqués.—¡Válgame Dios, señor marqués! ¿qué no sabrá hacer quien como yo ha vivido solo más de veinte años? No soy sastre, pero he sido soldado, lo cual da lo mismo, pues el que ha servido nunca se apura por poca cosa.—Y acaso no lo he sido yo? —Perdonad, señor marqués; vos habéis sido oficial, y no es lo mismo.

El marqués de Souday contempló admirado á Juan Oullier; se acostó, y púsose á roncar destempladamente mientras el antiguo *chuan* continuaba impasible su tarea.

A media noche despertó el marqués y vió á Juan Oullier trabajando todavía; pero el montón casi no había menguado.

—¡Por vida del otro, Juan amigo! exclamó incorporándose: ¿te has propuesto trabajar hasta mañana?—¡Ay, señor! mucho lo temo.—Nó, amigo mío; no lo consentiré. Anda, acuéstate; te irás cuando hayas remendado toda esa balumba, y así podremos dedicar otro día á la caza.

## IV

DE COMO HABIENDO IDO POR UNA HORA Á CASA DEL MARQUÉS, JUAN OULLIER ESTARÍA AUN EN ELLA Á NO HABER MUERTO AMBOS HA DIEZ AÑOS

Antes de partir á la mañana siguiente para la caza, el marqués fue á abrazar á sus hijas; pero al entrar en su aposento, admiróse sobremanera de encontrar al inevitable, al universal Juan Oullier, que estaba lavándose la cara con una paciencia y habilidad que habrían pasmado al aya más experta. Como el buen hombre al dedicarse á aquella ocupación recordaba á los hijos que había perdido, encontraba en ella una melancólica satisfacción. Al presenciar el marqués este espectáculo, trocóse en respeto su asombro.

Las cacerías se sucedieron durante ocho días consecutivos, y fueron todas á cual más amena y productiva. En estos ocho días y variando alternativamente de funciones, ora dejando las de picador por las de mayordomo y ayuda de cámara, ora abandonando estas para volver á desempeñar las primeras, no sólo puso Oullier en completo arreglo las prendas de vestuario y todo lo concerniente á la compostura del marqués, sino que introdujo en toda la casa el orden y aseo que la faltaba.

Al ver esta importante modificación, lejos el marqués de Souday de apresurar la partida de un hombre tan obligado, dolíale en el alma tener que separarse de él, y desde que se levantaba hasta que se acostaba, agobiado de sueño y cansancio, no cesaba de buscar cuál era la cualidad del vendeano que más recomendable le hacía á sus ojos.

En primer lugar, Juan Oullier tenía la sagacidad de un podenco para rastrear la caza en las malezas ó en el césped humedecido por el rocío.

Además, hasta en los senderos más áridos de Machecul, Bourgneuf y Aigrefeuille, descubría las huellas más imperceptibles de los jabalíes, determinando sin titubear lo más mínimo su sexo y edad.

Por otra parte, ni el picador mejor montado habría azuzado los perros con más destreza que Juan Oullier sin más cabalgadura que sus largas piernas; sin contar que cuando el tiempo ó el cansancio les obligaban á suspender sus expediciones, no tenía rival en el arte de adivinar los sitios en que abundaban las becadás.

—¡Por vida mía, cargue el diablo con el matrimonio! exclamaba entonces el señor de Souday: ¿qué sería de mí en esa pesada galera en la cual á tantos he visto remar no muy á su sabor? ¡Fuego de Dios! yo ya no soy joven por más que trate de figurármelo, pues ya voy entrando en los cuarenta. No quiero hacerme ilusiones; no confío cautivar á nadie con mis atractivos personales; sólo puedo aspirar á la mano de alguna viuda quintañona enamorada de mis tres mil libras de renta, la mitad de las cuales morirá conmigo, lo cual me hará cargar con una marquesa de Souday arisca y regañona, que de seguro me privará de cazar con mi buen Juan, que tanto lo entiende, y no cuidará la casa con tanto aseo como él.

Pero luego se erguía y contoneaba murmurando:

—Sin embargo, no sé si nos es lícito dejar extinguir en una época como la que estamos atravesando las grandes familias que son el sostén más firme y natural de la monarquía. Además ¡cuán grato no sería para mí ver reverdecer en otro vástago los gloriosos timbres de mi linaje! Y ¿qué dirán ahora mis vecinos de un hombre que como yo no ha tenido jamás esposa legítima, al notar la presencia de esas niñas en mi casa?

Como estas reflexiones solían asaltarle en días lluviosos ó cuando el mal tiempo le privaba de entregarse á su diversión favorita, muchas veces le sumergían en grandes perplejidades, vacilando sobre el partido que más le convenía adoptar; mas por último logró distraerse de ellas como suelen todos los hombres de carácter antojadizo é irresoluto: permaneciendo *in statu quo*.

Sin embargo, Berta y Mary habían cumplido en 1831 diez y siete años, y en esta época todavía duraba la indecisión del marqués, pues todavía no había resuelto positivamente si debía ó no tenerlas á su lado.

Juan Oullier había colgado de un clavo la llave de su casa de la Chevrolliere, trascurriendo catorce años sin que jamás se le hubiese ocurrido la idea de descolgarla.

Aguardó á que su amo volviese á enviarle á su casa, y como desde su llegada al castillo éste estaba admirablemente aseado, el marqués no tuvo que lamentar ni una sola vez la falta de un botón en sus vestidos, y sus botas de caza llevaban siempre clavadas las espuelas; las escopetas estaban tan bien cuidadas como en la mejor armería de Nantes, y gracias al empleo de ciertos procedimientos coercitivos que le había enseñado un compañero de armas de la Vendée, hizo perder gradualmente á la cocinera su mal humor de costumbre. Como los perrós se encontraban siempre en el estado de robustez y gordura necesarias, esto es, ni demasiado ahitos, ni sobrado flacos, de modo que siempre se hallaban en disposición de resistir cuatro veces á la semana una correría de ocho ó diez leguas, y en el de terminarla en cuanto se les indicase que el animal que se perseguía iba ya de remate; como la charla y la travesura de sus hijas y su expansiva ternura amenizaban su existencia; como sus pláticas con Juan Oullier acerca de la última guerra, que había pasado al estado de tradición por haber ya trascurrido desde entonces treinta y cinco ó treinta y seis años, le servían de agradable pasatiempo, en especial durante las veladas más largas y los días de lluvia; el marqués, que acababa de encontrar otra vez la cariñosa solicitud, el grato sosiego y la plácida dicha que había gozado con la pobre Eva, y también el placer de la caza que para él era el mayor de todos, el marqués, decimos, fué pasando días, meses y años, aplazando siempre el momento de la separación para una época más remota y que nunca llegaba.

Tocante á Juan Oullier, tenía grandes motivos para no provocar una resolución definitiva. Juan Oullier no era solamente bravo, pues la bondad de su corazón corría parejas con su intrepidez.

Ya hemos visto el afecto que desde luego había profesado á Berta y á Mary. Este afecto se trocó luego en entrañable cariño para aquel hombre que aun lloraba la pérdida de sus hijos, y andando el tiempo aquel cariño se convirtió en fanatismo. No concebía la diferencia que su amo pretendía establecer entre su posición y la de los hijos legítimos que él esperaba obtener por medio del matrimonio, pues no comprendía que habiendo deshonrado á una muchacha fuese posible reparar esta falta de otro modo que casándose con ella, y partiendo de este principio infería que si el marqués

no podía legitimar su unión, debía por lo menos reconocer la paternidad que aquella le había legado; así es que á los dos meses de permanecer en el castillo, hechas estas reflexiones y ratificadas por su corazón, si hubiese recibido de su amo la orden de ponerse en camino para su casa, á pesar del profundo respeto que le tenía, no habría dejado de manifestarle lisa y llanamente su parecer sobre el particular.

Por dicha este último se guardó muy bien de insinuar los encontrados afectos que le combatían, y por lo tanto Juan Oullier tomó aquella interinidad por una determinación definitiva del marqués, creyéndolo convencido de que las niñas tenían el derecho de permanecer en el castillo y él la obligación de hacer efectivo este derecho.

Dejando esas digresiones, quizás harto prolijas, volvamos á Berta y á Mary, que ya cuentan diez y siete ó diez y ocho años.

Al cruzarse la pura raza del marqués de Souday con la plebeya sajona, había producido dos criaturas maravillosamente bellas y aristocráticas, pues las hijas de Eva reunían á sus hermosas y agraciadas facciones y á lo garboso de su talle un talante por todo extremo noble y distinguido. Ambas se parecían á fuer de gemelas; pero Berta era morena como su padre y Mary rubia como su madre.

Desgraciadamente, la educación que aquellas hermosas niñas habían recibido, al par que tendía á favorecer su desarrollo físico, había dejado completamente descuidada su parte más esencial, por cuanto eran dos señoritas, y no dos mancebos, es decir, dos personas que debían echar de menos algún día la enseñanza especial que correspondía á su sexo.

Y no podía ser de otro modo, viviendo tan sin cuidado junto al marqués su padre, quien jamás había conocido ninguno y era incapaz de apurarse por nada de este mundo.

Juan Oullier había sido el único maestro y la única aya, digámoslo así, de las hijas de Eva.

El bondadoso vendeano les había enseñado cuanto sabía, esto es, á leer, escribir, contar y orar con tierno y profundo fervor á Dios y á la Virgen; y luego á trepar los riscos, saltar los jarales y zarzas sin temor ni cansancio; á matar las aves al vuelo y los gamos á la carrera, y finalmente, á montar en pelo los indómitos caballos de Mallerault, tan mon-

taraces en sus páramos y praderas como los de los gauchos en sus pampas.

Nada de esto le pasó inadvertido al marqués; pero nunca se le ocurrió dar otra dirección á sus hijas y mucho menos turbar con su oposición el recreo y contentamiento que les proporcionaban estos ejercicios impropios de su sexo; mayormente cuando tanto se alegraba de tenerlas por compañeras de caza, pues su alborozo, su ardor y su entusiasmo femenino le hacían encontrar mayor embeleso, si cabe, en su diversión favorita.

Sin embargo, debemos confesar en honor de la verdad que el marqués había añadido algo á las lecciones de Juan Oullier, pues cuando Berta y Mary cumplieron catorce años y empezaron á acompañar á su padre en sus expediciones al monte, no encontraron ya ningún atractivo en los juegos infantiles con que distraían antes el tedio de las largas y solitarias veladas del castillo, y entonces para llenar este vacío el marqués les enseñó á jugar al *whist*.

Entretanto las dos jóvenes habían completado por su parte, en cuanto estuvo á sus alcances, su educación moral, pues jugando un día al escondite habían descubierto un aposento que de seguro no se había abierto de treinta años á aquella parte.

Aquella pieza era la biblioteca del castillo, la cual contenía unos mil volúmenes, y cada una eligió los que más se acomodaban á su carácter. La apacible y tierna Mary prefirió las novelas; la positiva y turbulenta Berta optó por la historia. Pero más adelante hicieron ambas una amalgama de conocimientos comunicándose los recíprocamente: Mary contó el argumento de Amadis y de Pablo y Virginia á Berta, y ésta explicó Mezeray y Vély á Mary, resultando que las dos adquirieron acerca de la vida real las más erradas nociones, lo propio que sobre las costumbres y las exigencias de una sociedad que jamás habían visto y de la cual apenas tenían noticia.

Cuando fueron las jóvenes á comulgar por primera vez, el cura párroco de Machecul que las amaba entrañablemente por su piedad y su buen corazón, hizo algunas observaciones á propósito de la extraña educación que se les daba, pero su amistoso aviso se estrelló contra la egoísta desidia del marqués de Souday; la educación de las dos hermanas continuó del mismo modo que antes, dando así pábulo á las

habilllas del país, con detrimento de la reputación de Berta y de Mary.

Rodeado como estaba Souday de almas mezquinas que no podían perdonarle el lustre de su prosapia y llevadas de su envidia, ansiaban encontrar ocasión de devolverle todo el desdén con que los antepasados del noble marqués habían probablemente tratado á los suyos, aprovecharon la coyuntura que éste les proporcionó al llamar á su casa á los hermosos vástagos de una unión ilegítima, para publicar en coro la historia de la vida relajada que había llevado en Londres, exagerando sus faltas, convirtiendo en una pérdida á la pobre Eva que por un milagro de la Providencia se había conservado pura, y dándose tanta maña en desacreditarle, que al poco tiempo no hubo en Beauvoir, Saint-Léger, Bourgneuf, San Filiberto y Grandlieu hidalguillo ni hacendado que no huyese su trato, so pretexto de que deshonoraba á la nobleza, cubriendo así su plebeyo linaje con el manto del desprecio.

Pero al cabo de algún tiempo, no fueron ya sólo los hombres quienes afearon la conducta pasada del marqués, sino que se les juntaron todas las madres y muchachas casaderas de diez leguas á la redonda, envidiosas de la belleza de las dos hermanas; lo cual dió un carácter más grave al asunto.

Si Berta y Mary hubiesen sido feas, el corazón de aquellas bondadosas señoras y caritativas jóvenes, naturalmente propenso á la tolerancia cristiana, habría quizás disimulado la vituperable paternidad del pobre castellano; pero lo odioso, lo inaguantable del caso, era que aquellas pécoras tuviesen la insolencia de eclipsar con su noble distinción y sus atractivos á las jóvenes más bellas y encopetadas del país.

Esta audacia era de por sí un delito á todas luces imperdonable. La indignación que contra las dos pobres jóvenes se había levantado era tan general, que aunque no hubiesen dado ocasión ni fundamento alguno á las calumnias y al vilipendio de la gente, no habrían podido librarse enteramente de los envenenados tiros de la maledicencia. Júzguese con este precedente cuánto pábulo darían á la murmuración de sus detractores los viriles y excéntricos hábitos de las dos hermanas. Aquella indignación no tardó en convertirse en un tole universal y reprobador, que desde el depar-

tamento del Loira Inferior se extendió por la Vendée y el Maine-et-Loire, por manera que si el mar no bañase las orillas occidentales del Loira Inferior, de seguro se habría propagado por el oeste en la misma proporción y con igual intensidad que por el este y el sud de Souday.

Nobles y plebeyos, ciudadanos y campesinos, clamaron contra las dos inocentes jóvenes. Los mancebos que apenas habían tenido ocasión de encontrarlas, ni de verlas siquiera, hablaban de ellas con insolente sonrisa y afectando un aire jactancioso, preñado de esperanzas cuando no de recuerdos: las viudas se santiguaban al oír su nombre, y las niñas amenazaban con ellas á los chiquillos indóciles. Los más indulgentes se limitaban á imputar á las gemelas las tres virtudes de *Arlequin*, que generalmente se atribuyen á los discípulos de San Huberto, cuya profesión blasonaban ellas de seguir, á saber: el amor, el juego y el vino; pero otros afirmaban seriamente que en el castillo de Souday se celebraban todas las noches orgías desenfundadas, parecidas á las del tiempo de la Regencia, y hasta algunos románticos á quienes pareció poco cuanto se había dicho, pretendieron á todo trance encontrar en una de las torrecillas de Souday, abandonada á los inocentes amores de unos veinte palomos, una tremenda reminiscencia de la famosa torre de Nesle, de funesta y repugnante memoria.

En resumidas cuentas, tantos fueron los vicios y las faltas que se achacaron á Berta y á Mary, que á pesar de la pureza de sus costumbres y de su tierno y bondadoso carácter, no tardaron en inspirar horror á cuantos las conocían.

Ya por conducto de los criados de las casas solariegas, ya por mediación de los jornaleros que se rozaban con los propietarios y las familias acomodadas, esta extraña animadversión se comunicó á las clases inferiores; de modo que, á excepción de algunos pobres ciegos ó de algunas viejas baldadas á quienes las dos hermanas socorrian, todo el populacho se hizo eco de los absurdos y disparatados cuentos inventados por los caciques del país, y andando el tiempo no hubo leñador, almadreñero de Machecul, gañán de San Filiberto ó de Aigrefeuille, que no se creyera deshonrado con saludarlas.

Al cabo los aldeanos dieron á Berta y á Mary un apodo propio de la gente de baja ralea, el cual fué acojido y aclamado en las regiones más encopetadas, por cuanto en con-

cepto suyo caracterizaba perfectamente los apetitos y los excesos que á las dos jóvenes se atribuían.

Llamáronlas LAS LOBAS DE MACHECUL.

## V

### UNA CAMADA DE LOBEZNOS

Indiferente hallaron al marqués de Souday las manifestaciones de la animadversión pública, pues hasta la ignoraba, cuando cayó en la cuenta de que sus vecinos ya no le devolvían las raras visitas que se creía obligado á hacerles; observación que celebró restregándose las manos con extremada alegría, pues así se libertaba de un deber fastidioso y que sólo á instigación de sus hijas ó de Oullier cumplía.

No dejaron por esto de llegar á sus oídos algunas de las calumnias que circulaban acerca de Berta y de Mary; pero se consideraba tan dichoso entre su *factotum*, sus hijas y sus perros, que se guardó muy bien de exponerse á perder esta felicidad dando importancia á tan absurdas hablillas, y por lo tanto continuó corriendo las liebres y los jabalíes cuando se le presentaba ocasión, y jugando todas las noches el *whist* en compañía de las pobres calumniadas.

Mas Juan Oullier distaba mucho de ser tan filósofo como su amo; bien que es preciso confesar que siendo de inferior condición, no intimidaba tanto á los malévolos y charlatanes, y pudo averiguar más por extenso cuáles eran estos rumores.

Ya hemos dicho que su ternura por las dos señoritas rayaba en idolatría. Pasaba el tiempo contemplándolas; y ora sonriendo cariñosamente estuviesen sentadas en el salón del castillo, ora tendidas sobre el cuello de sus caballos, chispeantes los ojos, animado el semblante, sueltos los hermosos cabellos y ondeando á merced del viento bajo sus chambergos de ondulante pluma, pasasen raudas como una aparición junto á él; al verlas tan llenas de perfecciones y al mismo tiempo tan buenas y tan tiernas para su padre y

tamento del Loira Inferior se extendió por la Vendée y el Maine-et-Loire, por manera que si el mar no bañase las orillas occidentales del Loira Inferior, de seguro se habría propagado por el oeste en la misma proporción y con igual intensidad que por el este y el sud de Souday.

Nobles y plebeyos, ciudadanos y campesinos, clamaron contra las dos inocentes jóvenes. Los mancebos que apenas habían tenido ocasión de encontrarlas, ni de verlas siquiera, hablaban de ellas con insolente sonrisa y afectando un aire jactancioso, preñado de esperanzas cuando no de recuerdos: las viudas se santiguaban al oír su nombre, y las niñas amenazaban con ellas á los chiquillos indóciles. Los más indulgentes se limitaban á imputar á las gemelas las tres virtudes de *Arlequin*, que generalmente se atribuyen á los discípulos de San Huberto, cuya profesión blasonaban ellas de seguir, á saber: el amor, el juego y el vino; pero otros afirmaban seriamente que en el castillo de Souday se celebraban todas las noches orgías desenfundadas, parecidas á las del tiempo de la Regencia, y hasta algunos románticos á quienes pareció poco cuanto se había dicho, pretendieron á todo trance encontrar en una de las torrecillas de Souday, abandonada á los inocentes amores de unos veinte palomos, una tremenda reminiscencia de la famosa torre de Nesle, de funesta y repugnante memoria.

En resumidas cuentas, tantos fueron los vicios y las faltas que se achacaron á Berta y á Mary, que á pesar de la pureza de sus costumbres y de su tierno y bondadoso carácter, no tardaron en inspirar horror á cuantos las conocían.

Ya por conducto de los criados de las casas solariegas, ya por mediación de los jornaleros que se rozaban con los propietarios y las familias acomodadas, esta extraña animadversión se comunicó á las clases inferiores; de modo que, á excepción de algunos pobres ciegos ó de algunas viejas baldadas á quienes las dos hermanas socorrian, todo el populacho se hizo eco de los absurdos y disparatados cuentos inventados por los caciques del país, y andando el tiempo no hubo leñador, almadreñero de Machecul, gañán de San Filiberto ó de Aigrefeuille, que no se creyera deshonrado con saludarlas.

Al cabo los aldeanos dieron á Berta y á Mary un apodo propio de la gente de baja ralea, el cual fué acojido y aclamado en las regiones más encopetadas, por cuanto en con-

cepto suyo caracterizaba perfectamente los apetitos y los excesos que á las dos jóvenes se atribuían.

Llamáronlas LAS LOBAS DE MACHECUL.

## V

### UNA CAMADA DE LOBEZNOS

Indiferente hallaron al marqués de Souday las manifestaciones de la animadversión pública, pues hasta la ignoraba, cuando cayó en la cuenta de que sus vecinos ya no le devolvían las raras visitas que se creía obligado á hacerles; observación que celebró restregándose las manos con extremada alegría, pues así se libertaba de un deber fastidioso y que sólo á instigación de sus hijas ó de Oullier cumplía.

No dejaron por esto de llegar á sus oídos algunas de las calumnias que circulaban acerca de Berta y de Mary; pero se consideraba tan dichoso entre su *factotum*, sus hijas y sus perros, que se guardó muy bien de exponerse á perder esta felicidad dando importancia á tan absurdas hablillas, y por lo tanto continuó corriendo las liebres y los jabalíes cuando se le presentaba ocasión, y jugando todas las noches el *whist* en compañía de las pobres calumniadas.

Mas Juan Oullier distaba mucho de ser tan filósofo como su amo; bien que es preciso confesar que siendo de inferior condición, no intimidaba tanto á los malévolos y charlatanes, y pudo averiguar más por extenso cuáles eran estos rumores.

Ya hemos dicho que su ternura por las dos señoritas rayaba en idolatría. Pasaba el tiempo contemplándolas; y ora sonriendo cariñosamente estuviesen sentadas en el salón del castillo, ora tendidas sobre el cuello de sus caballos, chispeantes los ojos, animado el semblante, sueltos los hermosos cabellos y ondeando á merced del viento bajo sus chambergos de ondulante pluma, pasasen raudas como una aparición junto á él; al verlas tan llenas de perfecciones y al mismo tiempo tan buenas y tan tiernas para su padre y

para él, palpitábale el corazón á impulsos de la felicidad y del orgullo, pensando que también él había contribuido algún tanto al desarrollo físico y moral de aquellas dos admirables criaturas, y preguntábase cómo era posible que el mundo entero no cayese de hinojos á sus plantas.

Así es que los primeros que se aventuraron á mencionarle los rumores que respecto de ellas se propalaban, fueron llamados al orden con tal rudeza y energía, que escarmenando los demás en cabeza ajena, se les pasaron las ganas de intentarlo; pero Juan Oullier, que de hecho era el verdadero padre de Berta y Mary, no necesitaba que le hablasen para comprender el mudo lenguaje de los más circunspectos: bastábale un gesto, una sonrisa ó una mirada para adivinarlo todo con una sagacidad que le hacía verdaderamente desgraciado.

El poco aprecio que todos manifestaban sin el menor embarazo, le afectaba profundamente, y á no moderar sus airados ímpetus, habría trabado pendencia con todos aquellos cuya fisonomía le hubiese parecido un tanto irrespetuosa, aleccionándoles con una granizada de puñetazos y hasta retándoles á singular combate; mas Oullier reflexionó que no era esta la rehabilitación que Berta y Mary necesitaban, y que por más contundentes que fuesen semejantes argumentos, serían asaz impropios para probar su inocencia. Pero lo que más le arredró fué la consideración de que la consecuencia inmediata de semejante escena, sería la de averiguar las pobres muchachas cuál era la opinión en que la generalidad del público las tenía.

Entonces el pobre Juan Oullier humillaba la cabeza bajo el peso de aquella injusta reprobación, contentándose con desatar su dolor en silenciosas y abundantes lágrimas y en fervientes ruegos al Señor, único amparo de los afligidos. Este concentrado dolor le acarreó una gran misantropía, y viendo que estaba rodeado de enemigos de sus amadas señoritas, no pudo menos de odiar á los hombres, preparándose, mientras alimentaba la esperanza de futuras revueltas, á hacer todo lo posible para devolverles el mal que le hacían.

Llegó en esto la revolución de 1830 sin dar ocasión á Juan Oullier de realizar sus siniestros deseos de venganza; pero como las asonadas que diariamente rugían en las calles de París podían muy bien ganar terreno é invadir las provincias, aguardó á que tomasen incremento.

Érase una hermosa mañana de setiembre, y cazaban en la selva de Machecul el marqués de Souday, sus hijas y Juan Oullier con su reducida jauría, pues aunque renovada muchas veces desde que de ella hemos hablado, no por eso era más numerosa que antes. Hacía tres meses que aguardaba el marqués aquel día esperando holgarse sobremanera en la expresada expedición, pues tratábase nada menos que de apoderarse de una camada de lobeznos, cuya guarida había descubierto Juan Oullier aun antes de que abriesen los ojos á la luz, vigilándola entonces con el mayor cuidado á fuer de digno picador de lobero que era.

Esta última frase necesita quizás alguna explicación para los que no estén familiarizados con el noble ejercicio de la caza.

Niño todavía el duque de Biron, el mismo que en 1602 fué decapitado por orden de Enrique IV, decíale á su padre:

—Mira; ¿ves esos doscientos hombres que van á forra-  
jear? pues dame cincuenta caballos y los cojo. Una vez cogidos, la ciudad es nuestra.—Bueno! ¿y después?—¡Toma! después ya habremos logrado nuestro intento, pues la plaza habrá tenido que rendirse.—Justamente; y el rey ya no nos necesitará: les preciso saber ser *necesario*, imbécil!

Los doscientos forrajeadores no fueron atacados, ni ganada la plaza; pero en cambio Biron y su hijo continuaron siendo *necesarios*, y viviendo por lo tanto con el favor y á expensas del rey.

Ahora bien: con los lobos acontece lo propio que con los forrajeadores que tan maquiavélicamente respetaba el padre de Biron. Si no hubiese lobos, no habría tenientes de lobería, y por lo mismo bien se puede disculpar á Juan Oullier, cabo de lobería, el rapto de cariño que se le antojó mostrar por aquellos tiernos vástagos de la loba, en lugar de matarlos juntamente con la madre con todo el rigor que habría empleado en el exterminio de un viejo lobo.

Hay más: es tan impracticable la caza del lobo viejo con suelta, y tan monótona y fastidiosa si se hace en batida, cuanto fácil y agradable la de un lobezno de cinco ó seis meses; así es que para proporcionar á su amo esa grata diversión, no bien descubrió Juan Oullier la camada, empleó cuantos medios le sugirió la imaginación para no amedrantar á la madre, sin cuidarse de los carneros del prójimo que debía necesariamente arrebatar para la subsistencia de sus

hijuelos; hizo repetidas visitas á la cueva para cerciorarse de que nadie los había tocado con mano irrespetuosa, y llegó al colmo su regocijo el día en que echó de ver que la guarida estaba vacía, comprendiendo que la previsorá madre había empezado ya á llevárselos consigo en sus excursiones.

Por último, creyendo llegada la apetecida oportunidad, dirigiólos un día á un lado del monte donde había algunos centenares de *hectáreas* de bosque talado, y soltó los perros del marqués contra uno de ellos. No acostumbrado el pobre lobezno á aquella baraunda é ignorando el significado de aquellos ladridos y toques de trompa, amedrentóse y huyó despavorido del recinto en que se hallaban su madre y sus hermanos donde podía aún haber salvado el pellejo si la jauría hubiese atacado con preferencia á otro de ellos. Huyó velozmente hacia otro lado del monte, en el cual fué también acosado, y continuó corriendo sin dirección fija como una liebre por espacio de media hora; mas rendido luego por aquella desalentada carrera á la cual no estaba acostumbrado, y sintiendo sus patas entorpecidas por el cansancio, sentóse con la mayor sencillez en el suelo y esperó. No tuvo que aguardar mucho para saber qué querían de él, pues *Dominó*, el perro que formaba cabeza de la trailla del marqués, vendeano de áspero y ceniciento pelo, se le echó encima inmediatamente, y le quebró el espinazo de una dentellada.

Juan Oullier recogió otra vez los perros, volvió á ponerlos en el rastro, y al cabo de diez minutos, habían ya husmeado al padre del difunto, siguiéndole los alcances.

Este fué más astuto; no se apartó de los alrededores, y la jauría perdió frecuentemente el rastro, ora por los lobeznos que quedaban, ora por la loba, á los cuales ventearon en distintas ocasiones. Pero Juan Oullier entendía mucho su oficio para dejar que se malograra la empresa, y en cuanto vió que la caza tomaba el sesgo y la animación peculiares del lobo viejo, conociólo al momento, y variando de táctica, á fin de que los perros no acabasen por perder la pista, los volvió á conducir al paraje por donde había pasado el lobezno al cual habían perseguido.

Tan de cerca se vió acosado el animal, que desconfiando ya de su salvación, recurrió á un ardid que causó su desgracia, pues retrocediendo salió bruscamente del bosque; pero topó entonces con el marqués y sus hijas. Al verse sorprendido intentó escapar por entre las piernas de los caba-

llos; mas el señor de Souday se inclinó, y asiéndole por la cola lo arrojó á los perros que llegaban jadeantes en seguimiento suyo.

Estos dos episodios divirtieron sobremanera al castellano, de modo que haciéndole entrar en descos de llevar más adelante tan agradable y feliz expedición, trató con Juan Oullier de si sería preferible seguirla en el mismo orden que antes ó fiar en el olfato de los perros y dejar que ventearan el resto de la manada, que de seguro estaría ya sobre aviso y tratando de huir el peligro que la amenazaba. Hubiérase dicho que la loba adivinó cuál de las dos ideas prevalecería en el consejo, pues en lo más animado del coloquio atravesó como una saeta el sendero á diez pasos de la trailla, que al verla lanzó un fuerte ladrido y se precipitó en su persecución con furioso ímpetu. Nada la contuvo, ni las voces, ni los desaforados gritos de los cazadores, ni los latigazos: todo fué inútil.

Juan Oullier echó á correr con todas sus fuerzas para alcanzarla, y el marqués y sus hijas pusieron sus caballos al galope con intento de cerrarla el paso; pero entonces ya no se trataba de un lobezno miedoso é inexperto, sino de un animal intrépido y vigoroso que corría con asombrosa velocidad en línea recta sin hacer caso de las zanjas, de las eminencias ni de los obstáculos que obstruían el paso, saltando valles y torrentes, trepando montañas, y sin arredrarse ni un solo instante, volando en medio de la jauría á la cual intimidaba con su oblicua mirada, y más que todo con el rechinamiento de sus formidables y agudísimos colmillos.

De este modo atravesó las tres cuartas partes de la selva y penetró en la llanura, aparentando dirigirse al descubierto monte que se extiende hasta más allá de Machecul.

Oullier no perdía terreno, y aunque su fragosidad le obligaba á menudo á hacer enojosos rodeos, supo conservarse siempre á la distancia de unos cuatrocientos pasos de los perros, merced á su ligereza. Entretanto el marqués y sus hijas se habían ido rezagando.

Cuando estos llegaron á la orilla del bosque y hubieron trepado la cuesta que domina la aldea de la Marne, divisaron á cosa de media legua, entre Machecul y la Baillandiere, en medio de las aliagas que alfombran aquel suelo en todo el espacio que media desde aquella aldea á los barbechos que se extienden al otro lado; divisaron, decimos, á

Juan Oullier y sus perros que continuaban persiguiendo á la loba con incansable porfía.

—¡Voto á diez mil de á caballo! exclamó el marqués entusiasmado ya con los dos episodios anteriores: daría diez años de vida por hallarme en este momento entre San Esteban y la Guimariere, y enviar una bala á esa pícara loba. —De seguro se dirige al bosque del Gran Erial, respondió Mary. —No lo extrañaría, dijo Berta; pero casi apostaría á que volverá á los alrededores de su guarida, pues no es de creer que siga alejándose tanto de ella. —No hay duda que sería de preferir lo último, contestó Mary. ¡Recordáis, papá, aquel lobo que el año pasado nos hizo empeñaren una inútil carrera de quince leguas en diez horas? ¡Qué caza aquella! cuando regresamos los caballos estaban cubiertos de sudor y los perros iban renqueando y á duras penas podían andar, eso amén del chasco de haber encontrado á la postre de tanta fatiga un matorral vacío. —Ta, ta, ta, replicó el marqués; buena diferencia va del lobo de entonces á esta loba. Si lo preferis, podéis dirigiros hacia su madriguera; yo voy á apoyar los perros por la otra parte. ¡Ira del diablo! no se dirá que he permanecido ocioso al oír la voz de remate. —Nosotras os seguiremos dó quiera que vayáis, respondieron sus hijas. —¿Sí? ¡adelante, pues, y á ellos! exclamó el marqués acompañando estas palabras con dos fuertes espolazos y lanzando el caballo á escape por la llanura.

Como el camino que seguía el marqués era sumamente áspero é intransitable por las zanjas que á trechos lo cortaban, los caballos tropezaban á cada paso, y á no recogerlos fuertemente sus jinetes, habrían dado en el suelo con ellos varias veces, por manera que era imposible llegar por vereda ni atajo alguno al bosque del Gran Erial antes que la caza.

Mejor montado que sus hijas, y pudiendo gobernar con mayor facilidad su cabalgadura, no tardó el marqués en ganarles algunos centenares de pasos, y aburrido ya de aquella trabajosa marcha, al ver un campo que se extendía á un lado del camino, entróse en él sin advertir á sus hijas. Ignorando estas aquella brusca evolución, continuaron su peligroso descenso á lo largo de la cuesta creyendo seguirle todavía.

Hacía ya cosa de un cuarto de hora que corrían alejándose cada vez más de su padre, cuando se encontraron de repente entre dos escarpados ribazos, entrelazándose por cima de sus

cabezas el ramaje de los árboles de ambas orillas, y detuviéronse creyendo oír los ladridos de la jauría.

De improviso, á corto trecho sonó un tiro y salió del vallado una grandísima liebre con las orejas ensangrentadas, mientras á la otra parte se oían furiosos gritos de «¡A ella, á ella! ¡tráela, tráela!»

Las dos hermanas creyeron encontrarse en un sitio batido por los vecinos, é iban ya á retirarse, cuando vieron que por el boquete que al pasar la liebre había abierto en el seto, salía ijadeando el *Ganso*, seguido de *Truán*, *Lebrós*, *Buitre* y *Dominó*, perros de su padre, todos corriendo anhelantes en dirección al llano trás la pobre liebre, cual si en aquel día no hubiesen trabado relaciones con otra caza más noble.

Mas apenas hubo pasado por aquella brecha la cola del último perro, cuando asomó por ella la cabeza de un hombre: era un joven de pálido y conmovido semblante, desmenados cabellos y hosca mirada que hacía esfuerzos sobrehumanos para que el cuerpo siguiese la cabeza por aquel hueco, y seguía gritando mientras se desprendía de las zarzas del seto: «¡A ella, á ella!» con una voz que Berta y Mary tomaron por la que momentos antes habían oído.

## VI

LA LIEBRE HERIDA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Como los setos vivos del Bajo Poitou están fuertemente entrelazados, el haber pasado una liebre y seis sabuesos al través de uno de ellos, no es razón para que el agujero que han abierto tenga las dimensiones de una puerta cochera; y cautivo el infortunado mancebo en aquella especie de guillotina, por más que forcejeó ensangrentándose el rostro y las manos, no logró adelantar ni una pulgada. Perseveraba con todo en tan desesperada porfía, cuando á lo mejor de sus esfuerzos le sorprendieron dos ruidosas carcajadas. Volvió asombrado la cabeza, y vió á las dos amazonas inclinadas sobre el cuello de sus cabalgaduras contemplándole con

30035

Juan Oullier y sus perros que continuaban persiguiendo á la loba con incansable porfía.

—¡Voto á diez mil de á caballo! exclamó el marqués entusiasmado ya con los dos episodios anteriores: daría diez años de vida por hallarme en este momento entre San Esteban y la Guimariere, y enviar una bala á esa pícara loba. —De seguro se dirige al bosque del Gran Erial, respondió Mary. —No lo extrañaría, dijo Berta; pero casi apostaría á que volverá á los alrededores de su guarida, pues no es de creer que siga alejándose tanto de ella. —No hay duda que sería de preferir lo último, contestó Mary. ¡Recordáis, papá, aquel lobo que el año pasado nos hizo empeñaren una inútil carrera de quince leguas en diez horas? ¡Qué caza aquella! cuando regresamos los caballos estaban cubiertos de sudor y los perros iban renqueando y á duras penas podían andar, eso amén del chasco de haber encontrado á la postre de tanta fatiga un matorral vacío. —Ta, ta, ta, replicó el marqués; buena diferencia va del lobo de entonces á esta loba. Si lo preferis, podéis dirigiros hacia su madriguera; yo voy á apoyar los perros por la otra parte. ¡Ira del diablo! no se dirá que he permanecido ocioso al oír la voz de remate. —Nosotras os seguiremos dó quiera que vayáis, respondieron sus hijas. —¿Sí? ¡adelante, pues, y á ellos! exclamó el marqués acompañando estas palabras con dos fuertes espolazos y lanzando el caballo á escape por la llanura.

Como el camino que seguía el marqués era sumamente áspero é intransitable por las zanjas que á trechos lo cortaban, los caballos tropezaban á cada paso, y á no recogerlos fuertemente sus jinetes, habrían dado en el suelo con ellos varias veces, por manera que era imposible llegar por vereda ni atajo alguno al bosque del Gran Erial antes que la caza.

Mejor montado que sus hijas, y pudiendo gobernar con mayor facilidad su cabalgadura, no tardó el marqués en ganarles algunos centenares de pasos, y aburrido ya de aquella trabajosa marcha, al ver un campo que se extendía á un lado del camino, entróse en él sin advertir á sus hijas. Ignorando estas aquella brusca evolución, continuaron su peligroso descenso á lo largo de la cuesta creyendo seguirle todavía.

Hacía ya cosa de un cuarto de hora que corrían alejándose cada vez más de su padre, cuando se encontraron de repente entre dos escarpados ribazos, entrelazándose por cima de sus

cabezas el ramaje de los árboles de ambas orillas, y detuviéronse creyendo oír los ladridos de la jauría.

De improviso, á corto trecho sonó un tiro y salió del vallado una grandísima liebre con las orejas ensangrentadas, mientras á la otra parte se oían furiosos gritos de «¡A ella, á ella! ¡tráela, tráela!»

Las dos hermanas creyeron encontrarse en un sitio batido por los vecinos, é iban ya á retirarse, cuando vieron que por el boquete que al pasar la liebre había abierto en el seto, salía ijadeando el *Ganso*, seguido de *Truán*, *Lebrós*, *Buitre* y *Dominó*, perros de su padre, todos corriendo anhelantes en dirección al llano trás la pobre liebre, cual si en aquel día no hubiesen trabado relaciones con otra caza más noble.

Mas apenas hubo pasado por aquella brecha la cola del último perro, cuando asomó por ella la cabeza de un hombre: era un joven de pálido y conmovido semblante, desmenados cabellos y hosca mirada que hacía esfuerzos sobrehumanos para que el cuerpo siguiese la cabeza por aquel hueco, y seguía gritando mientras se desprendía de las zarzas del seto: «¡A ella, á ella!» con una voz que Berta y Mary tomaron por la que momentos antes habían oído.

## VI

LA LIEBRE HERIDA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Como los setos vivos del Bajo Poitou están fuertemente entrelazados, el haber pasado una liebre y seis sabuesos al través de uno de ellos, no es razón para que el agujero que han abierto tenga las dimensiones de una puerta cochera; y cautivo el infortunado mancebo en aquella especie de guillotina, por más que forcejeó ensangrentándose el rostro y las manos, no logró adelantar ni una pulgada. Perseveraba con todo en tan desesperada porfía, cuando á lo mejor de sus esfuerzos le sorprendieron dos ruidosas carcajadas. Volvió asombrado la cabeza, y vió á las dos amazonas inclinadas sobre el cuello de sus cabalgaduras contemplándole con

30035

risueño semblante y sin tomarse el trabajo de disimular su hilaridad ni la causa de ella.

Corrido de haber excitado la risa de aquellas dos lindas jóvenes, y comprendiendo lo grotesco de su situación, el adolescente (pues frisaba apenas con los veinte años) trató de retroceder; pero estaba escrito que aquel vallado debía serle fatal hasta en su retirada, pues de tal modo se habían enredado las zarzas con los vestidos y las ramas con el zurrón, que le fué imposible lograr su intento, quedando atascado en el seto como en una trampa. Al ver esta nueva desventura del cazador, trocóse en convulsiva la risa de las dos espectadoras.

Entonces el pobre joven redobló sus enérgicos esfuerzos para salir del atolladero; pero al intentarlo retratóse tan vivamente la desesperación en su rostro, que Mary no pudo menos de conmoverse.

—¡Basta, Berta! dijo á su hermana; ¿no reparas que le ofendemos?—Cierto que sí, respondió Berta; pero no puedo contenerme: he de reír aunque no quiera.

Y riendo efectivamente como una loca, saltó del caballo, y corrió hacia el mozo para prestarle ayuda, diciéndole:

—Caballero, me parece que no os sería inútil un poco de ayuda para salir de ese atolladero. ¿Queréis que mi hermana y yo os la prestemos?

Pero la risa de las jóvenes había picado el amor propio del mancebo mucho más aun que los espinos su epidermis, por manera que á pesar de las corteses palabras de Berta, no pudo olvidar la burla cruel que acababa de hacersele; y no dándose por entendido, determinó salir del paso á todo trance y sin auxilio de nadie, tentando el postrer esfuerzo. Enderezóse apoyándose en las manos para impulsar al cuerpo á la manera de los reptiles; mas, al hacer este movimiento, dió de cabeza en el tronco de un manzano silvestre, que la podadera del que formara el vallado había dejado con un borde sumamente fino, y rasgóle la piel con la misma facilidad que lo hubiera hecho la navaja mejor afilada. Creyéndose el joven gravemente herido, lanzó un grito, y la sangre que empezó á manar abundantemente de la incisión bañóle toda la cara.

Al presenciar esta desgracia, que tan involuntariamente habían motivado, las dos hermanas se precipitaron hacia él, cogieronle por los hombros, y aunando sus esfuerzos con un

vigor no muy común á su sexo y edad, lograron sacarle de aquella trampa y sentáronle en el césped.

No comprendiendo Mary la poca gravedad de la herida, inmuyóse y empezó á temblar sobresaltada; mas Berta no era tan impresionable como su hermana, y sin perder la serenidad dijo:

—Corre al riachuelo, moja el pañuelo y veremos de restañar la sangre que le cubre los ojos.

Al alejarse Mary para hacer lo que su hermana la indicaba, preguntó al mancebo:

—¿Sufrís mucho?—Perdonad, señorita, respondió el interrogado: son tantas las ideas que en este momento se agolpan á mi cerebro, que casi ignoro si el dolor que experimento en la cabeza lo tengo dentro ó fuera.

Apenas hubo terminado estas palabras, cuando rompió á llorar, y con acento entrecortado por los sollozos, dijo:

—¡Ah! Dios me castiga por haber desobedecido á mi mamá.

Aun cuando el mancebo no contase veinte años era tan infantil su acento al pronunciar las anteriores palabras y tanto se desdecía de su alta estatura y de su equipo de cazador, que á pesar de la lástima que su herida las inspiraba, las dos jóvenes no pudieron contener otra carcajada.

Herido en lo vivo por aquel sarcasmo continuado, dirigióles el pobre mancebo una mirada suplicante y reprensiva asomando á sus párpados dos gruesas lágrimas; al propio tiempo llevóse con enojo la mano á la frente y arrancó el pañuelo que Mary acababa de aplicar á la herida.

—¿Qué hacéis? exclamó Berta. —¡Dejadme! respondió despechado el joven; no me allano á admitir un socorro que se me hace pagar con tan pesada burla. ¡Oh! ¡cuánto me arrepiento de no haber seguido mi primer impulso! más me hubiera valido escapar, aun á riesgo de herirme cien veces más gravemente. —Muy bien, repuso Mary; pero ya que habéis tenido bastante juicio para no hacerlo, tenedlo ahora para que os vuelva á vender la frente.

Y recogiendo el pañuelo, acercóse al herido con afectuoso interés, que sacudiendo el mancebo la cabeza con mayores visos de resignación que de rencor, contestó:

—Como os plazca, señorita. —¡Cáspita! replicó Berta; ¿sabéis que para cazador sois muy susceptible?—Es que yo no soy cazador, señorita, y os aseguro que después del lance

que me acaba de pasar, tengo poquísimos deseos de serlo. —Dispensad, caballero, repuso Berta con el acento burlón que tanto irritaba al herido; mas al presenciar la obstinación con que luchabais poco há con las zarzas y las ramas, y el ardor con que azuzabais á nuestros perros, bien podía suponer que por lo menos aspirabais á este título. —Nada de eso, señorita: me he dejado arrastrar por un impulso del cual no acierto á darme cuenta, y al considerarlo ahora con sangre fría, comprendo con cuánta razon califica mamá de bárbaro y ridículo un pasatiempo que consiste en gozarse en la agonía y la muerte de los pobres animales indefensos. —Cuidado, caballero, replicó Berta: mirad que para nosotras, que tenemos la ridiculez y la barbarie de complacernos en ese pasatiempo, podríais muy bien asemejaros á la zorra de la fábula.

En esto volvía Mary de mojar de nuevo el pañuelo en el arroyo, y al disponerse á atárselo otra vez, el joven la rechazó diciendo con enojo:

—Nó, por Dios, señorita, guardad vuestra solicitud para mejor ocasión: ¿no estáis viendo que vuestra hermana sigue burlándose de mí? — ¡Ea! exclamó Mary con tierno acento; no seais testarudo.

Pero sin dejarse seducir por aquella voz tan insinuante, trató de ponerse en pié con ánimo de marcharse. Esta pueril terquedad exasperó á la irascible Berta, y aunque su enojo dimanaba de un sentimiento humanitario muy laudable, soltó algunas expresiones sobrado enérgicas y rudas para su sexo.

—¿Qué es eso? ¡pardiez! dijo, ni más ni menos que lo hubiera dicho su padre en idénticas circunstancias; ¡ese diablo de hombre es testarudo como un bretón! Puedes empezar á curarle, Mary; mientras tanto le sujetaré las manos, y trabajo le mando si quiere oponerse á ello.

Y así diciendo cogióle Berta las manos con tal vigor, que paralizó todos los esfuerzos del herido facilitando de este modo la tarea de Mary, quien con el pañuelo logró vender la herida con una destreza que habría honrado á un discípulo de Dupuytren ó de Jobert.

—Caballero, dijo entonces Berta, ahora ya casi os halláis en estado de regresar á vuestra casa, y por lo tanto podéis volvernos la espalda sin tomaros siquiera la molestia de darnos las gracias: sois libre.

Mas á pesar de esta autorización, el mancebo permaneció inmóvil, sin despegar los labios y tan confuso como humillado de su debilidad ante dos mujeres de tanta entereza, mirando á Berta y á Mary sin poder expresar su estupor. Por último, para salir del apuro no encontró otro medio que taparse el rostro con las manos.

—¡Dios mío! exclamó Mary sobresaltada, ¿os ponéis malo?

Viendo que el joven no contestaba, Berta le apartó suavemente las manos de la cara, y al notar que lloraba á lágrima viva, se enterneció y manifestóse tan buena y compasiva como su hermana.

—¿Será más seria de lo que parece vuestra herida? le preguntó; ¿os hace mucho daño, que así lloráis? Si así es, montad en mi caballo ó en el de mi hermana, y las dos os acompañaremos hasta vuestra morada.

El mancebo hizo con la cabeza un ademán negativo.

—Vamos, añadió Berta insistiendo, ¡basta de niñerías! es cierto que os hemos ofendido; pero ¿cómo podíamos sospechar que bajo vuestra chupa de caza se ocultase la epidermis de una doncella? Con todo, nosotros hemos faltado y os pedimos mil perdones. Quizás observaréis que esta satisfacción no va acompañada de los requisitos indispensables en la forma; pero es preciso considerar la singular situación en que nos encontramos. Por otra parte, la sinceridad es cuanto se puede esperar de dos muchachas bastante dejadas de la mano de Dios para emplear el día entero en esa ridícula diversión que tiene la desgracia de desagradar á vuestra señora madre. ¡Ea! ¿nos guardáis todavía rencor?—Nó, señorita, respondió el mancebo: si con alguien estoy irritado, es contra mí mismo.—¿Por qué?—¡Qué sé yo! tal vez estoy abochornado de haber sido más débil que vos siendo hombre; tal vez es el temor de volver á mi casa.... ¿qué la diré á mamá cuando vea esta herida?

Las dos jóvenes se miraron sorprendidas por cuanto á pesar de ser mujeres no se habrían apurado por tan poca cosa; pero esta vez suprimieron la risa acordándose de la nerviosa susceptibilidad del mancebo.—Enhorabuena, pues, dijo Berta. Si no nos guardáis rencor, dadme un apretón de mano y despedámonos como buenos amigos.

Y tendió la mano al herido, cual hubiera podido hacerlo un hombre.

Iba éste á contestar con igual ademán cuando de repente Mary alzó un dedo como suplicándoles que prestasen atención.

—¡Psit! ¡Silencio! dijo Berta á su vez.

Y púsose á escuchar atentamente como su hermana, con la mano levantada á la altura de la mitad de la curva que debía describir para encontrar la del mancebo.

Oíase á lo lejos un confuso rumor de ladridos, los cuales iban acercándose gradualmente. Eran los de una jauría próxima á devorar la *ralea*.

Aquella jauría era la del marqués de Souday que no tenía las mismas razones que las jóvenes para permanecer en aquella hondonada, y se había lanzado tras de la liebre casi mordéndole el rabo. Berta tomó apresuradamente la escopeta del mancebo cuyo cañón derecho estaba descargado; haciendo éste un ademán como tratando de impedir algún accidente funesto, bastó una sonrisa de la joven para tranquilizarle. Berta introdujo rápidamente la baqueta en el cañón cargado, como suele hacerlo todo cazador precavido antes de servirse de una arma cargada por otro, y observando que estaba bien preparada, dió algunos pasos manejándola con una soltura que demostraba la costumbre de usar armas de fuego.

De repente apareció la liebre atravesando el vallado sin duda con intención de seguir el camino, mas al ver á nuestros tres personajes, retrocedió asustada. Sin embargo, á pesar de la prontitud con que lo hizo, la joven tuvo tiempo para apuntarla; disparó, y el animal cayó rodando al camino.

Mientras esto sucedía, Mary había reemplazado á su hermana y tendido la mano al mancebo; y durante algunos segundos, ambos habían estado aguardando el resultado de aquella escena, con las manos enlazadas.

Berta fué á buscar la liebre, y dirigiéndose al desconocido que continuaba estrechando la mano de Mary, le dijo:

—Tomad, caballero: ya tenéis una excusa.—¿Cómo?—Decid que la liebre se ha alzado á vuestros piés, que la escopeta se ha disparado por sí sola á causa de vuestra precipitación, y rogad á vuestra madre que os perdone prometiéndola no reincidir jamás. La liebre será para vuestra defensa un testimonio que realzará las circunstancias, atenuantes.

El mancebo movió la cabeza con aire de duda y abatimiento, y contestó:

—Es imposible; jamás me atreveré á confesar á mamá mi desobediencia.—¿Os ha vedado rigurosamente la caza?—Sí, señorita.—¿Y lo hacéis á hurtadillas en tierras vedadas?—repuso Berta; empezáis precisamente por donde los demás acaban! Atrevéos ahora á decir que os falta la vocación.—No os chanceéis, señorita; habéis sido tan bondadosa conmigo, que no me atrevería á reconveniros y me causaríais un pesar doblemente amargo.—En este caso, dijo Mary, no os queda más recurso que mentir, recurso al cual ni vos queréis apelar ni nosotras queremos induciros. Yo creo que más os valdría confesar francamente la verdad, pues por grande que sea la aversión de vuestra madre hacia este ejercicio y su cólera por haber infringido sus órdenes, vuestra sinceridad aplacará su enojo. Al fin y al cabo no es un crimen tan horrendo la muerte de una liebre.—¡Vuestra madre tendrá un genio terrible! añadió Berta.—Nada de eso, señorita; por el contrario, es tan tierna y bondadosa para mí, se anticipa con tanta solícitud á todos mis deseos, satisface con tan cariñoso afán todos mis caprichos, que bien puedo darle ese gusto. ¡Oh! ¡en esta parte es inexorable! Pero su prevención se concibe muy fácilmente, pues por desgracia es harto justificada: ¡mi padre murió en una cacería!

Ambas se estremecieron al oír estas palabras.

—Perdonad, caballero, dijo Berta, con la misma gravedad con que el mancebo las había pronunciado; nuestras chanzas han sido tan pesadas como crueles, y aunque nosotras ignorábamos esta triste circunstancia, sentimos, en el alma nuestra ligereza: me lisonjeo de que olvidaréis nuestras bromas, no acordándoos sinó del sentimiento que experimentamos por ellas.—Sólo me acordaré, señorita, de los cuidados que me habéis prodigado, y confío que también os dignaréis olvidar mis pueriles temores y mi necia susceptibilidad.—Sí tal, caballero, respondió Mary: nos acordaremos de ellos, para no volver á cometer con otro las faltas que justamente podéis reprocharnos y cuyas consecuencias han sido tan desagradables.

Al decir Mary estas palabras, Berta había vuelto á montar á caballo.

El mancebo tendió de nuevo y tímidamente la mano á la

primera, quien se la tocó con la punta de los dedos, montando á su vez de un salto.

En seguida llamaron á los perros que corrieron á reunirse en torno de ellas, y espoleando á los caballos se alejaron rápidamente.

El herido permaneció algunos minutos como clavado en el sitio en que se encontraba, sin hacer un gesto, sin exhalar un suspiro, hasta que desaparecieron en un recodo del camino.

Dejó caer entonces la cabeza sobre el pecho y quedó un rato pensativo.

Sigamos á este nuevo personaje, con quien necesitamos trabar conocimiento.

## VII

EL SEÑOR MICHEL

Habíase conmovido de tal manera el mancebo con esta escena, que cuando hubieron desaparecido las dos hermanas le pareció salir de un sueño.

Y era muy natural. Hallábase entonces el mozo en el período de la existencia en que hasta los seres destinados á ser algún día fríos y positivistas pagan su tributo al idealismo novelesco, y aquel imprevisto encuentro con dos doncellas tan diferentes de las que estaba habituado á ver cada día le trasportó al mundo fantástico de las primeras ilusiones, en donde su imaginación pudo vagar á su sabor tras de los maravillosos castillos contruidos por las hadas, que á medida que avanzamos van derrumbándose sucesivamente á entrambas orillas del camino de la existencia.

Sin embargo, no tratamos de suponer que se hubiese enamorado de ninguna de las amazonas; sinó que al ver aquel extraordinario portento de belleza, de distinción y de elegantes y varoniles maneras, se sintió poseído de curiosidad extremada.

Arrastrado por este sentimiento, propúsose *verlas de nuevo*, ó cuando menos averiguar quiénes eran.

Como si el cielo se hubiese complacido en satisfacer sin dilación su curiosidad, al encaminarse á casa, encontró á quinientos pasos á un hombre con polainas de cuero, un cuerno de caza sobre la blusa, una carabina cruzada á la espalda y un látigo en la mano, andando aprisa y con aire mal humorado. El mancebo creyó que sería algún picador de la cacería, que acompañaba á las jóvenes, y con semblante alegre y sonrisa atractiva, se dirigió á él diciéndole:

—Amigo, andáis en busca de dos señoritas, ¿no es eso? y si no me equivoco, una monta un caballo castaño y la otra una yegua rodada.—Os equivocáis, y mucho, respondió brutalmente el de la blusa: en primer lugar, no soy vuestro amigo, puesto que no os conozco; y luego, yo no busco á ninguna señorita, sinó á mis perros que un imbécil ha despistado cuando estaban persiguiendo á un lobo, haciéndoles correr tras de una liebre que acababa de errar como un chambón.

Mordiése los labios el mozo, y el hombre de la blusa, á quien sin duda habrán conocido nuestros lectores por Juan Oullier, prosiguió:

—Sí, señor, yo lo estaba viendo desde lo alto de la Benate de donde bajaba después de azucar á los perros, y os aseguro que de buena gana hubiera dado la prima que me cede el señor marqués por encontrarme cerca de las espaldas de ese mal criado.

Ni remotamente se le ocurrió al aludido reclamar en el desenlace de esta escena el papel que su interlocutor le reservaba á su principio, y sin hacer caso del apóstrofe de Juan Oullier, sólo se fijó en una palabra, diciendo:

—¡Ah! ¿con que vos servís al señor marqués de Souday?

Juan Oullier miró al soslayo al torpe que en tan mal hora le interrogaba.

—Yo á nadie sirvo, contestó el viejo vendeano; sólo dirijo la jauría del señor marqués de Souday porque así me place, tanto por mi gusto como por el suyo.—¡Es particular! dijo el mancebo en voz baja y como hablando consigo mismo: ¡seis meses hace que estoy con mamá en este país y nunca había oído decir que el marqués de Souday estuviera casado! —¿No? pues yo os lo participo, caballero, le contestó agriamente Juan Oullier; y si tenéis algo que replicar, puedo enseñaros todavía otras muchas cosas, ¿testamos?

Pronunciadas estas palabras en tono amenazador, cuya

primera, quien se la tocó con la punta de los dedos, montando á su vez de un salto.

En seguida llamaron á los perros que corrieron á reunirse en torno de ellas, y espoleando á los caballos se alejaron rápidamente.

El herido permaneció algunos minutos como clavado en el sitio en que se encontraba, sin hacer un gesto, sin exhalar un suspiro, hasta que desaparecieron en un recodo del camino.

Dejó caer entonces la cabeza sobre el pecho y quedó un rato pensativo.

Sigamos á este nuevo personaje, con quien necesitamos trabar conocimiento.

## VII

EL SEÑOR MICHEL

Habíase conmovido de tal manera el mancebo con esta escena, que cuando hubieron desaparecido las dos hermanas le pareció salir de un sueño.

Y era muy natural. Hallábase entonces el mozo en el período de la existencia en que hasta los seres destinados á ser algún día fríos y positivistas pagan su tributo al idealismo novelesco, y aquel imprevisto encuentro con dos doncellas tan diferentes de las que estaba habituado á ver cada día le trasportó al mundo fantástico de las primeras ilusiones, en donde su imaginación pudo vagar á su sabor tras de los maravillosos castillos contruidos por las hadas, que á medida que avanzamos van derrumbándose sucesivamente á entrambas orillas del camino de la existencia.

Sin embargo, no tratamos de suponer que se hubiese enamorado de ninguna de las amazonas; sinó que al ver aquel extraordinario portento de belleza, de distinción y de elegantes y varoniles maneras, se sintió poseído de curiosidad extremada.

Arrastrado por este sentimiento, propúsose *verlas de nuevo*, ó cuando menos averiguar quiénes eran.

Como si el cielo se hubiese complacido en satisfacer sin dilación su curiosidad, al encaminarse á casa, encontró á quinientos pasos á un hombre con polainas de cuero, un cuerno de caza sobre la blusa, una carabina cruzada á la espalda y un látigo en la mano, andando aprisa y con aire mal humorado. El mancebo creyó que sería algún picador de la cacería, que acompañaba á las jóvenes, y con semblante alegre y sonrisa atractiva, se dirigió á él diciéndole:

—Amigo, andáis en busca de dos señoritas, ¿no es eso? y si no me equivoco, una monta un caballo castaño y la otra una yegua rodada.—Os equivocáis, y mucho, respondió brutalmente el de la blusa: en primer lugar, no soy vuestro amigo, puesto que no os conozco; y luego, yo no busco á ninguna señorita, sinó á mis perros que un imbécil ha despistado cuando estaban persiguiendo á un lobo, haciéndoles correr tras de una liebre que acababa de errar como un chambón.

Mordiése los labios el mozo, y el hombre de la blusa, á quien sin duda habrán conocido nuestros lectores por Juan Oullier, prosiguió:

—Sí, señor, yo lo estaba viendo desde lo alto de la Benate de donde bajaba después de azuzar á los perros, y os aseguro que de buena gana hubiera dado la prima que me cede el señor marqués por encontrarme cerca de las espaldas de ese mal criado.

Ni remotamente se le ocurrió al aludido reclamar en el desenlace de esta escena el papel que su interlocutor le reservaba á su principio, y sin hacer caso del apóstrofe de Juan Oullier, sólo se fijó en una palabra, diciendo:

—¡Ah! ¿con que vos servís al señor marqués de Souday?

Juan Oullier miró al soslayo al torpe que en tan mal hora le interrogaba.

—Yo á nadie sirvo, contestó el viejo vendeano; sólo dirijo la jauría del señor marqués de Souday porque así me place, tanto por mi gusto como por el suyo.—¡Es particular! dijo el mancebo en voz baja y como hablando consigo mismo: ¡seis meses hace que estoy con mamá en este país y nunca había oído decir que el marqués de Souday estuviera casado! —¿No? pues yo os lo participo, caballero, le contestó agriamente Juan Oullier; y si tenéis algo que replicar, puedo enseñaros todavía otras muchas cosas, ¿testamos?

Pronunciadas estas palabras en tono amenazador, cuya

causa aparentó ignorar el mozo, cortó bruscamente el diálogo Juan Oullier, y sin cuidarse del que así le importunaba, volvió las espaldas y emprendió á todo andar el camino de Machecul.

Al verse solo otra vez, su interlocutor dió algunos pasos en la misma dirección que tomó después de separarse de las dos desconocidas, y torciendo luego á la izquierda internóse en un campo, donde se encontraba un hombre arando.

Tendría el tal unos cuarenta años de edad, y en su semblante, á pesar de ser potevino, retratábase la astucia que caracteriza la fisonomía del normando; de subido color y penetrante mirada y con un continuo movimiento de cejas, disimulaba la osadía de su mirada, con cuyo ardid fingía un aire de estupidez ó por lo menos de simplicidad capaz de disipar los recelos del más avisado; pero su boca burlona cual la del Pan de los antiguos, revelaba á pesar suyo uno de los tipos más maravillosos que había producido el cruzamiento de las dos razas primitiva y normanda.

Aunque el joven aparentaba dirigirse al labrador, no suspendió éste su tarea, pues demasiado conocía el esfuerzo que sus caballos tendrían que hacer para arrancar en aquel terreno duro y arcilloso. Continuó lentamente el trabajo como si tal cosa, y cuando estuvo al extremo del surco que estaba abriendo y por consiguiente tuvo que volver el arado y acomodarlo para proseguir su tarea, dió un momento de descanso á los animales, y mirando al recién venido, díjole en tono algún tanto familiar:

—¿Qué tal? ¿Ha ido bien la caza, señor Michel?

Sin contestar, quitóse éste el zurrón y lo tiró á los pies del labriego, quien al través de las espesas mallas vió el pelo rojizo y sedoso de la liebre, y con grande admiración exclamó:

—¡Ah, ah! ¡Voto á cribas! ¡una capuchinal! ¡Parece que no os andáis por las ramas! Sacó luego la liebre del zurrón, examinóla con ojo inteligente y la apretó el abdomen, cual si tocante á la conservación de la caza no fiase del todo en las precauciones que podían esperarse de un cazador novel.

—¡Diantre! exclamó en seguida, ¿sabéis que vale tres francos, como yo me llamo Courtin? ¡Vaya un tiro soberbio! de seguro habréis encontrado más ameno correr la liebre que leer libracos como lo hacíais há una hora cuando os he encontrado.—Nó á fé, respondió el mozo, no daría yo mis

libros por tu escopeta.—Quizás no vais del todo descaminado, señor Michel, respondió Courtin manifestando mal de su grado cierto descontento; si vuestro padre, que gloria haya, hubiera pensado como vos, tal vez le habría ido mucho mejor. Sin embargo, si estuviere en mi mano y no tuviera que trabajar doce horas diarias, no me contentaría con cazar de noche.—¿Seguís yendo al acecho?—Algunas veces, señor; por distracción.—Algún día tendremos que ver con los gendarmes.—¡Ya! ¡buen cuidado me dan! son una cáfila de holgazanes. Han de levantarse más temprano para cogermé á mí. Y con el aire astuto de su fisonomía, añadió:

—¡Por vida del otro! ¡siempre les daré quince y falta á vuestros gendarmes! En el país no hay más que un Courtin, y en verdad os digo que son muy topos si no caen en el *quid*.—¿Qué queréis decir?—Que si quieren quitarme el vicio de cazar al acecho, no tienen otro recurso que hacerme guarda como á Juan Oullier.

Pero el señor Michel fingió no comprender la indirecta, y como ignoraba quién era Juan Oullier, no hizo alto en las palabras del labriego.

—Tomad la escopeta, Courtin, le contestó entregándole el arma; os doy mil gracias por haberme sugerido esta idea, pues no es culpa vuestra si yo no sé sacar de la caza bastante partido para encontrar en ella una grata diversión como los demás hombres.—¡Oh! no hay que desanimarse, señor Michel; con el tiempo entra la afición; no hay mejor perro que el más tardo en aficionarse á la caza. He oído decir muchas veces á gastrónomos capaces de engullirse treinta docenas de ostras en un almuerzo, que habían llegado hasta la edad de veinte años sin poder siquiera mirarlas. Creedme, en adelante salid del castillo como lo habéis hecho esta mañana, con un libro en la mano, y la señora baronesa nada sospechará. En seguida venís á encontrarme: mi escopeta estará siempre á vuestra disposición, y si la urgencia del trabajo me permite un momento de tregua, os acompañaré para explorar el terreno y batir los matorrales. Por ahora, dejad que vuelva á colgar este chisme en el armero.

El armero de Courtin era simplemente el vallado que separaba su campo del de su vecino. Allí escondió la escopeta entre las matas, cuidando de enderezar luego las zarzas y las ramas de modo que la ocultasen á la vista de los transeuntes, preservándola al propio tiempo de la lluvia y de la

humedad, males que todo cazador furtivo sabe remediar perfectamente, mientras tenga á la mano algún cabo de vela y un trapo.

—Oid, Courtin, dijo luego el joven afectando hablar con entera indiferencia; ¿sabíais que el señor marqués de Souday está casado?—¡Nó, á fé mía! dijo el aldeano: lo ignoraba completamente.

El señor Michel se dejó engañar por el aire natural de su interlocutor, y añadió:

—¿Sabíais que tiene dos hijas?

Ocupado todavía Courtin en enderezar algunas ramas rebeldes que resistían á sus esfuerzos, levantó con prontitud la cabeza y fijó en el mancebo una mirada tan interrogadora, que á pesar de haber sido inspirada la pregunta de éste por una vaga curiosidad se puso como la grana.

—¿Habríais encontrado quizás á las Lobas? Efectivamente me parece haber oído el cuerno de caza del viejo *chuan*.— ¡Qué Lobas son esas!—¡Las hijas bastardas del señor de Souday, pardiez!—¡Ah! ¿y á esas niñas llamáis Lobas?— ¡Pardiez! con ese nombre las conoce todo el país; pero como vos acabáis de llegar de París no es extraño que lo ignoréis.

La grosería con que hablaba Courtin de las dos gemelas aumentó la timidez del mancebo, quien sin saber por qué, contestó con esta mentira:

—Nó, no las he encontrado.

El tono de esta contestación no satisfizo del todo al labriego, quien para aclarar sus dudas prosiguió con el acostumbrado movimiento de cejas:

—¡Es lástima! os juro que son lindísimas; y según dicen dadas algún tanto á la risa, cosa que en verdad no desprecian los muchachos, ¿no es cierto, señor Michel?

Sin saberse explicar el joven los verdaderos motivos de la dolorosa sensación que experimentaba al oír la insultante indulgencia del patán con las agraciadas amazonas de quienes acababa de separarse poseído de tanta admiración como agradecimiento, pintóse en su semblante el disgusto, de suerte que á Courtin ya no le cupo duda de que el señor Michel había visto á las Lobas; lo cual y el haber negado el encuentro abultó en su imaginación los resultados que había podido tener.

Sabía de fijo que el marqués de Souday se había encontrado pocas horas antes en las cercanías de la Logerie, y de

aquí deducía el aldeano que casi forzosamente debía haber encontrado el joven á Mary y á Berta, pues raras veces dejaban de acompañar á su padre en sus cacerías. Por otro lado, ¿quién podía asegurar que no hubiese hecho más que verlas? Pero si había llegado á hablarles, atendida su reputación, aquel coloquio podía muy bien interpretarse como el preludio de una intriga amorosa.

De deducción en deducción maese Courtin, que era como se ve un excelente lógico, concluyó por sacar la consecuencia de que su joven señor debía necesariamente encontrarse en este punto.

Decimos su joven señor, porque Courtin tenía arrendada una pieza de tierra del barón.

Pero no era la faena del labrador la clase de trabajo que más se avenía con sus inclinaciones: Courtin ambicionaba la plaza de guarda particular de las tierras de la Logerie, y por esta razón procuraba con su característica bellaquería llegar al logro de sus deseos por medio de hábiles combinaciones, entre las cuales se contaba la de tratar de establecer de todos modos una solidaridad cualquiera con su amo.

Había principiado por ofrecerle su complicidad al estimularle á desobedecer las órdenes de su madre tocante á la caza, y frustradas por este lado sus esperanzas, recobrólas por completo al pensar que podía ser el confidente y el auxiliar de sus amores, con cuya ayuda contaba alcanzar el objeto de su modesta ambición.

Adivinó Courtin con su natural sagacidad en el rostro del joven, que al hacerse el eco de la animadversión general hacia las dos amazonas había dado un paso en falso, y trató por consiguiente de enmendar su torpeza.

Ya hemos visto cómo había empezado á hacer salvedades en la opinión que las dos hermanas le merecían; en lo sucesivo no hizo más que seguir el mismo plan algún tanto amplificado, y añadió con toda la naturalidad de que fué capaz:

—Por lo demás, yo tengo para mí que el mundo siempre exagera cuando trata de dañar al prójimo; sobre todo respecto de las niñas casaderas. Ahí tenéis por ejemplo á las señoritas Berta y Mary.....—¡Ah! ¿se llaman Berta y Mary?—Sí, señor; la morena Berta y Mary la rubia.

Al decir estas palabras dirigió al mancebo una indagadora mirada, y parecióle notar que al oír el nombre de Mary se ruborizaba algún tanto.

—Pues como decía, continuó el porfiado aldeano, las señoras Mary y Berta son muy aficionadas á la caza, á los perros y á los caballos; pero no creo que esto sea razón para dudar ni remotamente de su recato. El señor cura de la Benate, que en paz descansa, era un famoso cazador furtivo, y no creo que sus misas hayan sido peores que las demás por haber tenido su perro en la sacristía. —Lo que nadie puede negar, añadió su amo sin notar que se estaba contradiciendo, es que esas dos jóvenes, y en especial la señorita Mary, tienen el aire más tierno y simpático que darse pueda. —Y lo son, señor Michel; creed que lo son. El año pasado, sin ir más lejos, cuando el excesivo calor de la estación y los miasmas de los pantanos difundieron la fiebre maligna por el país, ¿quién lo ha recorrido sin descanso en todos sentidos, cuidando á los enfermos cuando los médicos, los boticarios, hasta los albéitares y toda esa ralea habían huído de la comarca? Las Lobas, como las llaman ellos. ¡Vive Dios! ¡esas sí que no hacen limosna con los labios! Es de verlas entrar en las viviendas de los menesterosos y dejar allí su limosna saliendo luego colmadas de bendiciones! ¡Oíd las los ricos cuanto quieran, que yo os juro que los pobres y los necesitados siempre las querrán como á las niñas de sus ojos. —Entonces ¿de qué proviene su mala fama? —Sábelo Dios. ¿Acaso esas cosas se explican nunca? ¿Acaso se indagan? Creedme, señor, los hombres son como los pájaros; cuando uno de ellos está enfermo, todos se apresuran á arrancarle las plumas: lo que hay en esto, es que todos los de su clase les vuelven las espaldas y contribuyen á propagar todas esas murmuraciones. Vuestra madre, muy buena señora por cierto y nadie lo pone en duda, estoy segurísimo de que si la hablarais de ellas, os diría: «¡buen par de bribonas!»

Sin embargo, á pesar de la diplomática maniobra de Courtin, el mancebo no llevaba trazas de estar dispuesto á entrar en conversación más íntima, y aquél pensó que en la primera sesión había preparado bastante el terreno para dar lugar á la confidencia que esperaba.

Como el señor Michel manifestaba deseos de retirarse, el colono le acompañó hasta la linde de su campo, notando al propio tiempo que las miradas del mozo se dirigían muy á menudo á la frondosa espesura de la selva de Machecul.

## VIII

## LA BARONESA DE LA LOGERIE.

Abriendo estaba Courtin la barrera del coto y franqueando respetuosamente el paso á su amo, cuando resonó á la opuesta parte del vallado una voz femenina que á este llamaba, y al oirla el barón demudóse y quedó como clavado en su sitio, en tanto que en el campo vecino y al pié de la escalera que lo ponía en comunicación con el de Courtin, aparecía la que aquellas voces acababa de dar.

Era la tal una señora que frisaba con los cuarenta ó cuarenta y cinco años, de vulgar fisonomía, en la cual notábase una fingida altivez que armonizaba muy poco con su nada aristocrático porte; era además bajita y muy gruesa, llevaba un vestido de seda harto lujoso para el campo, y á no ser por su sombrero cuya flotante batista caía sobre el rostro y hombros, hubiérase dicho al ver el acicalamiento de su persona, que acababa de hacer una visita en la *Chaussée-d'Antin* ó en el arrabal de *Saint-Honoré*.

Este era el personaje cuyas futuras reconveniones habían al parecer inspirado tanto temor al pobre mancebo.

—¡Magnífico! exclamó al verle. ¿Y aquí estáis, Michel? ¡Bien os portáis! ¡Buenas consideraciones tenéis á vuestra madre! ¡hace ya más de una hora que la campana del castillo os ha llamado á la mesa, sabéis cuánto sientotener que esperar y comer á deshora y os encuentro departiendo tranquilamente con ese labriego!

Trató Michel de balbucir una excusa, pero casi simultáneamente su madre reparó lo que Courtin no había notado, ó quizás había aparentado no notar, esto es, que el joven llevaba atado á la cabeza un pañuelo algo manchado de sangre, lo cual no podían ocultar las anchas alas de su sombrero de paja.

—¡Dios mío! exclamó al verlo, elevando la voz que en su diapason ordinario era ya más que regularmente aguda, es-

—Pues como decía, continuó el porfiado aldeano, las señoritas Mary y Berta son muy aficionadas á la caza, á los perros y á los caballos; pero no creo que esto sea razón para dudar ni remotamente de su recato. El señor cura de la Benate, que en paz descansa, era un famoso cazador furtivo, y no creo que sus misas hayan sido peores que las demás por haber tenido su perro en la sacristía. —Lo que nadie puede negar, añadió su amo sin notar que se estaba contradiciendo, es que esas dos jóvenes, y en especial la señorita Mary, tienen el aire más tierno y simpático que darse pueda. —Y lo son, señor Michel; creed que lo son. El año pasado, sin ir más lejos, cuando el excesivo calor de la estación y los miasmas de los pantanos difundieron la fiebre maligna por el país, ¿quién lo ha recorrido sin descanso en todos sentidos, cuidando á los enfermos cuando los médicos, los boticarios, hasta los albéitares y toda esa ralea habían huído de la comarca? Las Lobas, como las llaman ellos. ¡Vive Dios! ¡esas sí que no hacen limosna con los labios! Es de verlas entrar en las viviendas de los menesterosos y dejar allí su limosna saliendo luego colmadas de bendiciones! ¡Odiélas los ricos cuanto quieran, que yo os juro que los pobres y los necesitados siempre las querrán como á las niñas de sus ojos. —Entonces ¿de qué proviene su mala fama? —Sábelo Dios. ¿Acaso esas cosas se explican nunca? ¿Acaso se indagan? Creedme, señor, los hombres son como los pájaros; cuando uno de ellos está enfermo, todos se apresuran á arrancarle las plumas: lo que hay en esto, es que todos los de su clase les vuelven las espaldas y contribuyen á propagar todas esas murmuraciones. Vuestra madre, muy buena señora por cierto y nadie lo pone en duda, estoy segurísimo de que si la hablarais de ellas, os diría: «¡buen par de bribonas!»

Sin embargo, á pesar de la diplomática maniobra de Courtin, el mancebo no llevaba trazas de estar dispuesto á entrar en conversación más íntima, y aquél pensó que en la primera sesión había preparado bastante el terreno para dar lugar á la confidencia que esperaba.

Como el señor Michel manifestaba deseos de retirarse, el colono le acompañó hasta la linde de su campo, notando al propio tiempo que las miradas del mozo se dirigían muy á menudo á la frondosa espesura de la selva de Machecul.

## VIII

## LA BARONESA DE LA LOGERIE.

Abriendo estaba Courtin la barrera del coto y franqueando respetuosamente el paso á su amo, cuando resonó á la opuesta parte del vallado una voz femenina que á este llamaba, y al oírla el barón demudóse y quedó como clavado en su sitio, en tanto que en el campo vecino y al pié de la escalera que lo ponía en comunicación con el de Courtin, aparecía la que aquellas voces acababa de dar.

Era la tal una señora que frisaba con los cuarenta ó cuarenta y cinco años, de vulgar fisonomía, en la cual notábase una fingida altivez que armonizaba muy poco con su nada aristocrático porte; era además bajita y muy gruesa, llevaba un vestido de seda harto lujoso para el campo, y á no ser por su sombrero cuya flotante batista caía sobre el rostro y hombros, hubiérase dicho al ver el acicalamiento de su persona, que acababa de hacer una visita en la *Chaussée-d'Antin* ó en el arrabal de *Saint-Honoré*.

Este era el personaje cuyas futuras reconvenções habían al parecer inspirado tanto temor al pobre mancebo.

—¡Magnífico! exclamó al verle. ¿Y aquí estáis, Michel? ¡Bien os portáis! ¡Buenas consideraciones tenéis á vuestra madre! ¡hace ya más de una hora que la campana del castillo os ha llamado á la mesa, sabéis cuánto sientotener que esperar y comer á deshora y os encuentro departiendo tranquilamente con ese labriego!

Trató Michel de balbucir una excusa, pero casi simultáneamente su madre reparó lo que Courtin no había notado, ó quizás había aparentado no notar, esto es, que el joven llevaba atado á la cabeza un pañuelo algo manchado de sangre, lo cual no podían ocultar las anchas alas de su sombrero de paja.

—¡Dios mío! exclamó al verlo, elevando la voz que en su diapason ordinario era ya más que regularmente aguda, es-

táis herido! ¿Qué ha sucedido? ¡Hablad, desgraciado! ¿No veis que estoy muriéndome de congoja?

Y trepando agitada por la escalera con una ligereza superior á sus años y obesidad, llegóse á él, y sin darle tiempo para hacer el menor movimiento, arrancóle sombrero y pañuelo.

Al desprenderse de la herida el pañuelo que hasta entonces había contenido la hemorragia, la sangre volvió á brotar de nuevo.

Estaba tan lejos el señor Michel, como le llamaba Courtin, de prever que ese temido desenlace sobreviniese de un modo tan repentino, que quedó atónito y sin abrir los labios.

Afortunadamente Courtin acudió á su auxilio, pues al notar la turbación de su amo, ocurriósele al astuto aldeano, que si bien éste no se atrevía á confesar su desobediencia, también le repugnaba excusarse con una mentira, y como no participaba de los escrúpulos de conciencia del mancebo, decidió cargar sobre la suya aquel pecado, exclamando con la mayor naturalidad:

—¡Oh! no se inquiete por eso la señora baronesa! eso no es nada, absolutamente nada!—Pero sepamos, ¿cómo le ha sucedido esta desgracia? Responded por él, Courtin, pues que el caballero se ha empeñado en callar.

Efectivamente el joven no decía esta boca es mía.

—Os lo explicaré, señora baronesa, contestó Courtin: aquí donde ahora estamos tenía yo un haz de desmoches, y como por su mucho peso no podía echármelo yo solo áuestas, el señor Michel ha tenido la bondad de ayudarme, y una condenada rama le ha arañado del modo que veis.—¡Pero eso pasa de arañazo! ¡podía haberle costado un ojo! Otra vez cuando necesitéis ayuda para cargaros la leña, echad mano de vuestros semejantes: ¿tencislo entendido? A más de que habríais podido estropearle, es esa una acción bastante indecorosa.

Courtin humilló la cabeza como reconociendo la enormidad de su falta; mas no obstó para que viendo el zurrón del baronecillo olvidado sobre la yerba, de un puntapié hábilmente calculado lo enviase á reunirse con la escopeta que poco antes había escondido en el vallado.

—¡Ea! venid conmigo, caballero, dijo la baronesa, cuya irritación no tenía visos de calmarse con la humilde sumisión del labriego; venid y el médico examinará la herida.

Y después de haber dado algunos pasos, volvióse á Courtin y le dijo:

—A propósito, Courtin: si mal no recuerdo, todavía no habéis satisfecho el plazo que cumplió por S. Juan; y eso que vuestro arrendamiento concluye por Pascua: decidíos, pues estoy resuelta á no tolerar arrendatarios morosos en el cumplimiento de sus obligaciones.

Subió de punto la lastimosa expresión que momentos antes se notaba en la fisonomía del labriego al pronunciar la baronesa estas palabras; pero no tardó en serenarse por completo, cuando al bajar ésta la escalera con mucha mayor dificultad por cierto de la que experimentó al subir al campo, el mancebo se le acercó y le dijo en voz baja:

—Hasta mañana, Courtin.

Así es que no obstante la seria conminación que se le acababa de hacer, volvió á empuñar con aire sumamente gozoso la esteva y empezó á trazar alegremente un nuevo sulco mientras que sus amos se dirigían al castillo, y en toda la tarde no cesó de animar á la yunta con el belicoso canto de la *Parisiense*, himno patriótico muy en boga en aquella sazón.

Mientras canta Courtin el himno susodicho con gran regocijo y satisfacción de la yunta, digamos algo acerca de la familia Michel.

Ya habéis visto, amigos lectores, al hijo, y también habéis visto á la madre. Era ésta la viuda de uno de los proveedores que tuvieron la habilidad de hacer á expensas del Estado una fortuna tan rápida como considerable, al arrimo de los ejércitos del imperio, y á quienes los soldados designaban con el apodo significativo y característico, de Arrozpan-sal (1).

Oriundo el proveedor del departamento de Mayena, era hijo de un humilde aldeano y sobrino de un dómine de lugar llamados Michel, y había recibido del último algunas lecciones de lectura, escritura y aritmética, lo cual sin sospecharlo nadie decidió el destino del muchacho.

En la primera quinta de 1791 cayó soldado é ingresó con tibio entusiasmo en la brigada vigésima-segunda. Aquel hombre que después había de figurar entre los más afamados calculistas, previó todas las probabilidades de la suerte; y como el resultado de este cálculo no le dejó muy satisfecho,

(1) Riz-pain-sel.

valióse de la hermosura de su letra para entrar en las oficinas del cuartel maestre, favor que recibió con tanto júbilo y reconocimiento, como otro hubiera manifestado por un ascenso.

Michel hizo pues en el depósito las campañas de 1792 y 1793.

A mediados del último año, mandado el general Rossignol á la Vendée con la misión de pacificarla ó exterminarla, encontróse casualmente en contacto con el escribiente Michel, y sabedor por éste de que había nacido en el país sublevado y tenía á todos sus amigos en las filas de los vendeanos, trató de prevalerse de esta coyuntura providencial; al efecto concedióle la licencia absoluta con la condición de alistarse en las filas de los *chuanes* y hacer de vez en cuando por él lo que el señor de Maurepas había hecho por Su Majestad Luís XVI, esto es, ponerle al corriente de los acontecimientos del día. Michel obtuvo grandes beneficios pecuniarios en el desempeño de su nuevo oficio, lo cual le incitó á ejercerlo con toda fidelidad, no sólo con el general Rossignol, sino con cuantos le sucedieron en el mando.

Cuando con el mayor ahinco mantenía Michel esta correspondencia anecdótica con los generales republicanos, llegó á la Vendée el general Travot.

Aunque nadie ignora el éxito de sus operaciones, según ya llevamos explicado en uno de los primeros capítulos de esta obra, vamos á exponerlas en un sucinto cuadro.

Batido el ejército vendeano y muerto Jolly, Coetus cayó en poder de los republicanos merced á la traición de un desconocido, suerte que más adelante cupo también á Charrette en el bosque de la Chabotterie, siendo fusilado en la plaza de Viarine en Nántes.

¿Qué papel desempeñó Michel en las sucesivas peripecias de este drama terrible? Luego se sabrá; limitémonos ahora á hacer constar que poco después de este sangriento episodio, protegido como siempre Michel por su hermoso carácter de letra é infalible aritmética, ingresó en clase de dependiente en las oficinas de un famoso abastecedor.

Allí adelantó muchísimo por cuanto en 1805 le encontramos abasteciendo por su propia cuenta parte de los suministros del ejército de Alemania.

En 1806 sus zapatos y polainas tomaron una parte muy activa en la heroica campaña de Prusia.

En 1809 se encargó de todo el suministro del ejército que invadía á España.

En 1810 casóse con la única hija de uno de sus cofrades, doblando con este enlace su ya cuantiosa fortuna; alargó al propio tiempo su nombre, cosa que en aquellos tiempos era la mayor aspiración de cuantos lo tenían corto, recurriendo para ello á un expediente muy ingenioso.

Llamábase el padre de su esposa Juan Bautista Dulaud, y como había nacido en el lugar de la Logerie, quiso distinguirse de otro Dulaud con quien muy á menudo se le confundía, haciéndose llamar Dulaud de la Logerie. Este era el pretexto que él alegaba; y como Dulaud había educado á su hija en uno de los mejores colegios de París, en donde había entrado con el nombre de Estefanía Dulaud de la Logerie, Michel al casarse con ella tuvo ocasión de reparar que el nombre de su mujer haría un hermoso efecto colocado después del suyo, y desde entonces se hizo llamar Michel de la Logerie.

Más adelante, y en tiempo de la Restauración, compró un título del Sacro Imperio que le autorizó para llamarse el barón Michel de la Logerie, tomando así puesto entre las aristocracias mercantil y territorial de aquella época.

Algunos años después del regreso de los Borbones, hacia 1819 ó 1820, el barón perdió á su suegro *messire* Juan Bautista Dulaud de la Logerie, legando á su hija y por lo tanto á su yerno, la hacienda de la Logerie, situada, como habrán visto nuestros lectores en los capítulos precedentes, á cinco ó seis leguas de la selva de Machecul.

El barón Michel de la Logerie determinó, á fuer de buen señor, ir á tomar solemne posesión de su nueva propiedad y darse á conocer á sus vasallos, pues tenía grandes deseos de sentarse en los escaños del parlamento; y como no podía alcanzarlo sino por el sufragio de sus conciudadanos, el cual dependía de su mayor ó menor popularidad en el departamento del Loira-Inferior, el barón, que era muy avisado y había sido aldeano y vivido con ellos hasta los veinte y cinco años, exceptuando los dos ó tres que pasó en las oficinas del ejército, sabía perfectamente cómo tenía que gobernarse para llevar á cabo su propósito.

Por lo tanto trató de que sus paisanos le perdonaran su dicha, y fué lo que se llama buen príncipe: allí encontró á algunos compañeros de las antiguas guerras de la Vendée,

tendióles la mano, y enternecido les habló del malogrado Jolly, del buen Coetus y del bravo Charrette; informóse de las necesidades del pueblo é hizo construir un puente en el punto más importante, poniendo así en comunicación el departamento del Loira-Inferior con la Vendée; costó la re-composición de tres caminos vecinales y la reedificación de una iglesia; dotó un asilo para los huérfanos y otro para los ancianos: y viéndose colmado de bendiciones, complacióse de tal manera en el desempeño del papel patriarcal que estaba representando, que llegó á manifestar que en adelante pasaría sólo seis meses en la capital, á fin de morar la otra mitad del año en el castillo de la Logerie.

Pero cediendo al cabo un día á las reiteradas instigaciones de su esposa que no acertando á explicarse tal pasión por la vida campestre no cesaba de escribirle para que volviese á Paris, el barón Michel se decidió á partir para la capital el siguiente lunes, despidiéndose el domingo del país con una gran batida á los bosques de la Pauvraire y al de los grandes Eriales, donde abundaban los lobos.

Así hacía el barón otra obra filantrópica.

Mas no contento con esta consideración, el barón Michel continuó representando su papel de rico pródigo. Manifestó que el refrigerio corría por su cuenta y dispuso que siguiesen á la comitiva dos pipas de vino llevadas en carretas y de las cuales podía beber quien quisiera; mandó aderezar para la vuelta un verdadero festín de Camacho al cual estaban convidadas dos ó tres aldeas; rehusó el lugar preferente que se le había designado en la batida, exigiendo que la suerte decidiese el suyo como el del más humilde tirador, y habiéndole tocado por casualidad el extremo de la línea, sobrellevó esta desgracia con tan buen humor que embelesó á todos.

La batida fué magnífica; los animales aparecían á cada paso como por encanto, y oíase en toda la línea un tiroeo tan nutrido que asemejaba un fuego de guerrillas. Los lobos y los jabalíes no tardaron en llenar las dos carretas del barón, sin contar la caza de contrabando, como las liebres y los corzos á quienes se disparaba en aquella como en todas las batidas, so pretexto de que son animales dañinos, y á los cuales se ocultaba á hurtadillas con intención de ir por ellos al caer la noche.

El ardimiento de la caza y la embriaguez del triunfo hicieron que pronto se olvidara al héroe de la jornada, por

manera que hasta después de acabadas las últimas batidas nadie reparó que el barón Michel no había parecido desde la mañana. Al notarlo, todos naturalmente preguntaron por él, pero nadie había vuelto á verle desde el momento en que la casualidad le había deparado el peor sitio de la línea, y entonces se supuso que aburrido de aquel pasatiempo ó solícito en demasía por sus convidados, había vuelto á la aldea de Legé, en donde por disposición suya se había preparado la comida.

Pero cuando llegaron los cazadores á Legé supieron que tampoco había estado allí. Los más indiferentes se sentaron sosegadamente á la mesa; pero recelosos otros y acosados de funestos presentimientos, volvieron á los bosques de la Pauvraire y empezaron á practicar escrupulosas pesquisas provistos de antorchas y linternas.

Después de dos horas de infructuosas investigaciones, le encontraron en una zanja de la segunda zona que se había batido.

Era cadáver y tenía el corazón traspasado por un balazo.

Esta muerte hizo mucho ruido; la audiencia de Nantes avocó la causa, y el cazador que estaba más cerca del barón el día de la catástrofe fué aprehendido inmediatamente; pero declaró que encontrándose á ciento cincuenta pasos de él y á la otra parte de un recodo de la montaña, no había tenido ocasión de oír ni observar nada; probóse por otra parte que la escopeta del aldeano encausado no había sido descargada aquel día, y á mayor abundamiento hizo notar éste que desde el paraje en que se encontraba sólo habría podido herir á la víctima en el costado derecho y precisamente lo había sido en el izquierdo.

Procedióse por lo tanto el sobreseimiento de la causa y atribuyóse la muerte del barón á un caso fortuito, suponiendo que una bala extraviada le había herido casualmente, como tantas veces sucede.

Sin embargo, no dejaron de cundir por el país siniestros rumores de venganza. Decíase por lo bajo, cual si cada mataral hubiese ocultado el fusil de un *chuan*, que alguno de los antiguos soldados de Jolly, Coetus ó Charrette había hecho expiar al desgraciado proveedor su traición y la muerte de estos tres ilustres caudillos; pero eran muchos los interesados en guardar sigilo para que pudiese llegarse jamás á formular una acusación directa.

Quando enviudó la baronesa Michel de la Logerie, tenía un hijo.

Era la baronesa una de esas mujeres dotadas solamente de virtudes negativas y que tanto abundan en el mundo: no tenía vicios; no había conocido ni por asomo la menor pasión. Uncida á los diez y siete años al yugo matrimonial, habíalo sufrido sin desviarse nunca de la buena senda y sin tomarse siquiera el trabajo de inquirir si había otra mejor: jamás se le había ocurrido que una mujer pudiese rebelarse contra aquel yugo, y al recobrar su libertad, lejos de regocijarse, se amedrentó é instintivamente buscó otro. Hallólo en una devoción exagerada y cual suele acontecer á todos los ánimos apocados, empezando desde entonces á vegetar entregada fervorosamente á una devoción mal entendida.

La baronesa creíase buenamente una santa: asistía con regularidad á los oficios divinos, guardaba rigurosamente los ayunos, observaba todos los preceptos de la Iglesia, y de seguro, si alguien le hubiese dicho que pecaba siete veces al día, la habría admirado sobremanera. Y sin embargo, era así, pues bastaba fijarse en su falta de humildad para sorprenderla cien veces al día en delito flagrante de contravención á los preceptos del Redentor, por cuanto su orgullo aristocrático rayaba en demencia.

Hé aquí porque el socarrón de Courtin, que llamaba al hijo señor Michel á secas, siempre había tenido buen cuidado de dar el tratamiento de baronesa á la madre.

La señora de la Logerie miraba naturalmente á la sociedad y al siglo con horror, y ni siquiera leía la gaceta de los tribunales, sin acusar de la más negra inmoralidad á los hombres y al siglo. A su decir, la edad de fuego empezó en 1800, y partiendo de este principio, su primer cuidado fué preservar á su hijo del contagio de las ideas del día y educarle lejos del bullicio y los peligros del mundo; no permitiendo que nadie se inmiscuyera en la dirección de sus estudios ni hablase de los establecimientos de educación pública, pues tampoco la inspiraban gran confianza los colegios de los jesuitas, á causa de la facilidad con que transigían los buenos Padres con las obligaciones sociales de los jóvenes que se les confiaban. Si el joven Michel recibió algunas lecciones de los extraños á quienes se tuvo que recurrir indispensablemente para enseñarle las ciencias y las artes que un joven no puede en manera alguna ignorar, fué siem-

pre en presencia de su madre y con arreglo al programa por ella aprobado, pues á nadie quiso la baronesa confiar la dirección de los estudios del niño, y aun menos la parte moral de su educación.

## IX

### GALÓN DE ORO Y ALLEGRO

No le habían engañado al baroncito sus medrosos sentimientos, pues conforme lo había previsto, su madre le amonestó con vigor.

Demasiado había comprendido la baronesa que la herida de su hijo no podía dimanar de un simple arañazo; mas no acertando á adivinar qué interés podía tener en ocultarle su verdadera causa, y plenamente persuadida por otra parte de que por más que le interrogase no lograría averiguar la verdad del hecho, no cesaba de observar aquella herida misteriosa y movía la cabeza arrugando la frente en actitud meditabunda.

Durante la comida dió el joven frecuentes muestras de desazón, tuvo los ojos constantemente bajos y apenas probó bocado; pero es preciso decir en honor de la verdad que no era el continuado examen de su madre la única causa de su perturbación.

Parecíale ver flotar entre sus ojos y la mirada de su madre dos sombras amigas, imágenes de Berta y Mary.

¡Teníale la primera muy agitado y curioso: ¿quién será, decía entre sí, esa amazona que maneja la escopeta como un cazador, vanda las heridas como un cirujano, y cuando encuentra resistencia en el paciente le sujeta con sus blancos y delicados dedos cual pudiera hacerlo Juan Oullier con sus fuertes y callosas manos?

Y ¡cuán encantadora era también Mary con su luenga y rubia cabellera y sus rasgados ojos azules! ¡cuán tierno y persuasivo su acento! ¡con qué suavidad y ligereza había puesto los dedos en la herida, restañado la sangre y aplicado el vendaje!

Quando enviudó la baronesa Michel de la Logerie, tenía un hijo.

Era la baronesa una de esas mujeres dotadas solamente de virtudes negativas y que tanto abundan en el mundo: no tenía vicios; no había conocido ni por asomo la menor pasión. Uncida á los diez y siete años al yugo matrimonial, habíalo sufrido sin desviarse nunca de la buena senda y sin tomarse siquiera el trabajo de inquirir si había otra mejor: jamás se le había ocurrido que una mujer pudiese rebelarse contra aquel yugo, y al recobrar su libertad, lejos de regocijarse, se amedrentó é instintivamente buscó otro. Hallólo en una devoción exagerada y cual suele acontecer á todos los ánimos apocados, empezando desde entonces á vegetar entregada fervorosamente á una devoción mal entendida.

La baronesa creíase buenamente una santa: asistía con regularidad á los oficios divinos, guardaba rigurosamente los ayunos, observaba todos los preceptos de la Iglesia, y de seguro, si alguien le hubiese dicho que pecaba siete veces al día, la habría admirado sobremanera. Y sin embargo, era así, pues bastaba fijarse en su falta de humildad para sorprenderla cien veces al día en delito flagrante de contravención á los preceptos del Redentor, por cuanto su orgullo aristocrático rayaba en demencia.

Hé aquí porque el socarrón de Courtin, que llamaba al hijo señor Michel á secas, siempre había tenido buen cuidado de dar el tratamiento de baronesa á la madre.

La señora de la Logerie miraba naturalmente á la sociedad y al siglo con horror, y ni siquiera leía la gaceta de los tribunales, sin acusar de la más negra inmoralidad á los hombres y al siglo. A su decir, la edad de fuego empezó en 1800, y partiendo de este principio, su primer cuidado fué preservar á su hijo del contagio de las ideas del día y educarle lejos del bullicio y los peligros del mundo; no permitiendo que nadie se inmiscuyera en la dirección de sus estudios ni hablase de los establecimientos de educación pública, pues tampoco la inspiraban gran confianza los colegios de los jesuitas, á causa de la facilidad con que transigían los buenos Padres con las obligaciones sociales de los jóvenes que se les confiaban. Si el joven Michel recibió algunas lecciones de los extraños á quienes se tuvo que recurrir indispensablemente para enseñarle las ciencias y las artes que un joven no puede en manera alguna ignorar, fué siem-

pre en presencia de su madre y con arreglo al programa por ella aprobado, pues á nadie quiso la baronesa confiar la dirección de los estudios del niño, y aun menos la parte moral de su educación.

## IX

### GALÓN DE ORO Y ALLEGRO

No le habían engañado al baroncito sus medrosos sentimientos, pues conforme lo había previsto, su madre le amonestó con vigor.

Demasiado había comprendido la baronesa que la herida de su hijo no podía dimanar de un simple arañazo; mas no acertando á adivinar qué interés podía tener en ocultarle su verdadera causa, y plenamente persuadida por otra parte de que por más que le interrogase no lograría averiguar la verdad del hecho, no cesaba de observar aquella herida misteriosa y movía la cabeza arrugando la frente en actitud meditabunda.

Durante la comida dió el joven frecuentes muestras de desazón, tuvo los ojos constantemente bajos y apenas probó bocado; pero es preciso decir en honor de la verdad que no era el continuado examen de su madre la única causa de su perturbación.

Parecíale ver flotar entre sus ojos y la mirada de su madre dos sombras amigas, imágenes de Berta y Mary.

¿Teníale la primera muy agitado y curioso: ¿quién será, decía entre sí, esa amazona que maneja la escopeta como un cazador, vanda las heridas como un cirujano, y cuando encuentra resistencia en el paciente le sujeta con sus blancos y delicados dedos cual pudiera hacerlo Juan Oullier con sus fuertes y callosas manos?

Y ¡cuán encantadora era también Mary con su luenga y rubia cabellera y sus rasgados ojos azules! ¡cuán tierno y persuasivo su acento! ¡con qué suavidad y ligereza había puesto los dedos en la herida, restañado la sangre y aplicado el vendaje!

A decir verdad, lejos de sentir su herida, el alborozado mancebo congratulábase de ella al pensar que á no ser aquel accidente las dos jóvenes no le habrían dirigido la palabra ni se hubieran ocupado en él.

Apesadumbrábale sin embargo una consideración algo más grave por cierto que la herida, y era el disgusto que á su madre había causado y las sospechas que ésta no podía menos de alimentar á pesar de su fingimiento; pero el enojo de la baronesa debía aplacarse tarde ó temprano, al paso que no podía en manera alguna desvanecerse la impresión que en el ánimo le habían dejado los pocos segundos durante los cuales tuvo en su mano la de Mary.

Así es que cual todos los que comienzan á amar, sin sospecharlo todavía abrigaba vivos deseos de estar solo, y terminada la comida, mientras su madre estaba hablando con un criado, salió sin oír ó sin comprender las importantes palabras que ella le dirigía.

La señora baronesa de la Logerie prohibía á su hijo que pasease por la parte de San Cristóbal de Liguéron, en donde al decir de su criado reinaba una fiebre maligna, y en segundo lugar ordenaba que se estableciese en derredor de la Logerie un cordón sanitario, para que no pudiese entrar en el castillo ningún habitante de la aldea infestada del contagio.

La orden debía empezar á regir acto continuo, comenzando por una joven que iba á implorar la caridad de la señora baronesa en favor de su padre atacado de la fiebre.

De seguro que á no estar Michel tan ensimismado hubiera prestado alguna atención á las palabras de su madre, pues el enfermo era el colono Tinguay, marido de su nodriza, y la muchacha que venía á implorar socorros, su hermana de leche, Rosina, á quien profesaba el barón entrañable cariño.

Pero como en aquel momento dirigía sus miradas al castillo de Souday y estaba pensando en la encantadora loba llamada Mary internóse en lo más hondo y frondoso del parque sin parar mientes en lo que pasaba.

Había tomado un libro para salvar las apariencias; pero aunque llegó hasta el extremo del parque aparentando leer, en duro aprieto le hubiera puesto quien le hubiese preguntado el título de la obra.

Sentóse en un poyo y púsose á reflexionar.  
¿En qué pensaba Michel?

La respuesta es tan breve como sencilla.

En la manera de ver otra vez á Mary y á su hermana.

A la casualidad debía que á los seis meses de su regreso al país tuviese por primera vez el gusto de encontrarlas, y como se ve, algo tardía había sido la casualidad.

Y si á esta se le antojaba tardar otros seis meses en proporcionarle un nuevo encuentro con sus vecinas, su corazón sufriría con tanta espera; fuera de que no era fácil entrar en comunicaciones con el castillo, pues no podía haber grandes simpatías entre el marqués de Souday, emigrado de 1790, y el barón Michel de la Logerie, noble del imperio.

Recordaba además la aspereza con que Juan Oullier le había hablado dejando entrever muy pocos deseos de trabar relaciones con él, y acabó por convencerse de que sólo podía contar con las dos jóvenes que tanto interés y solicitud le habían demostrado, ya bruscamente como Berta, ya con ternura como Mary; pero cómo acercarse á ellas, si las dos ó tres veces semanales que salían á cazar lo hacían acompañadas de su padre y de Juan Oullier?

Temeroso Michel de que no se le ocurriera algún medio ingenioso, propúsose leer todas las novelas que encontrase en la biblioteca del castillo, con la esperanza de excogitarlo en una de ellas.

De pronto sintió que le tocaban el hombro, volvióse algo asustado y vió á Courtin, cuya fisonomía expresaba una satisfacción que el colono no trataba de disimular.

—Dispensad, señor Michel; pero al veros ahí plantado como un poste, creí, ¡Dios me perdone! que erais vuestra estatua y no vos.—Pues ya ves que soy yo, Courtin.—De lo que me huelgo en extremo, señor Michel, pues á la verdad estaba ya impaciente por saber cómo os á ido con vuestra madre la baronesa.—¡Pse! ha regañado un poco, como era de esperar.—¡Ya lo creo, señor barón! ¿La habéis hablado de la liebre?—¡Quieres callar!—¿Y de las Lobas?—¿Qué Lobas? preguntó el mancebo, que no sentía entablar conversación sobre este punto.—De las Lobas de Machecul; creía haberos dicho que así llamaban á las señoritas de Souday.—¡Dios me libre! Se me figura que los perros de Souday y los de la Logerie no harían juntos muy buenas migas.—En todo caso, replicó Courtin con aquel aire taimado que á pesar suyo le caracterizaba, me atrevo á aseguraros que por vuestra parte podríais cazar con los suyos.—¿Qué quie-

res decir?...—Mirad, dijo Courtin tirando de un cordel y presentando en escena, por decirlo así, dos perros atraillados.—¿Qué es eso? preguntó el barón.—¡Pardiez! Galón de oro y Allegro.—¡Ya! pero ¿qué quiere decir, Galón de oro y...—Son los perros de ese pícaro Juan Oullier.—¿Y por qué se los has quitado?—¡Poco á poco! yo no se los he quitado; los he embargado.—¿Y con qué derecho?—Con dos: soy propietario y alcalde.

Efectivamente, Courtin era alcalde de la aldea de la Logerie, que constaba de veinte casas, y estaba muy ufano con su título.

—¿Quieres explicarme tus derechos, Courtin?

—En primer lugar, señor Michel, mi cargo me impone el deber de confiscarlos porque cazan en tiempo de veda.—A la verdad, no sabía yo que también hubiese tiempo de veda para cazar lobos; y como el señor de Souday es lobero...—Corriente; el señor de Souday es lobero, cace en buen hora los lobos en la selva de Machecul; pero que se abstenga de hacerlo en la llanura. Además, añadió luego con la trapacera sonrisa que le era peculiar, ya sabéis que no cazaban al lobo sino á la liebre, pues la que traiais la ha muerto una de las Lobas.

El jóven estuvo para decir á Courtin que le disgustaba el apodo de *Lobas* aplicado á las señoritas de Souday; mas no se atrevió á formular su idea con tanta precisión, y respondióle:

—Verdad es que la señorita Berta la ha muerto, pero yo la habia herido, y por consiguiente yo soy el culpable.

—¡Ta, ta, ta! ¡Qué modo tenéis de mirar las cosas, señor barón! ¿Acaso le habriais disparado si los perros no la hubiesen acosado? A buen seguro que nó. Los perros tienen pues la culpa de que vos le hayais tirado y la señorita Berta la haya muerto, y por lo tanto yo castigo á los perros por haber dado caza á una liebre en tiempo de veda, so pretexto de perseguir el lobo. Pero hay más, señor Michel, además de alcalde soy propietario, y no les he dado permiso para cazar en mis tierras.—¿En tus tierras? exclamó riendo el mozo; me parece que te equivocas, Courtin, pues á no engañarme han cazado en las mías, ó por mejor decir, en las de mi madre.—Lo mismo da, señor barón, pues yo las he arrendado. Desengañáos, señor barón ya han pasado aquellos tiempos anteriores al 89 en los cuales los señores

tenían el derecho de pasar con sus jaurías por los sembrados ajenos y destrozarlo todo sin pensar en indemnizarles. Las cosas han cambiado: estamos en 1832, señor Michel, y cada cual es dueño y señor en su casa lo propio que de la caza que mantiene; por consiguiente, la liebre que han cazado los perros del señor marqués es mía, pues se ha mantenido con el trigo que he sembrado en las tierras de la señora de Michel, y á mí me toca comer la liebre herida por vos y muerta por la Loba.

Michel hizo un ademán que Courtin observó; pero no se atrevió á manifestar su descontento, y repuso:

—Extraño que esos perros que no cesan de tirar de la cuerda y muestran tanta repugnancia en seguirte, hayan dejado que te acercases á ellos.—¡Oh! respondió Courtin, ha sido la cosa más sencilla del mundo. Figuráos que al volver de quitar la escala por la cual habiais bajado vos y vuestra madre, los he encontrado á la mesa.—¿Cómo á la mesa?—Ni más ni menos, comiéndose la liebre en el vallado donde yo la habia escondido. A lo que parece, en el castillo de Souday no se les trata muy bien, pues cazan por su cuenta. Ved, ¡pese á tal! en qué estado han dejado *mi* liebre.

Esto diciendo, Courtin sacó de la ancha faltriquera de su chupa la mitad trasera del animal, que constituía el cuerpo del delito.

La otra mitad habia desaparecido enteramente.

—¡Y pensar, prosiguió Courtin, que esos tunantes han hecho esta hazaña mientras os acompañaba! ¡Oh! algunas tendréis que hacernos matar, perillanes, si queréis que me olvide de esta.—Courtin, dijo el jóven, permíteme que te haga una observación.—Podéis hablar sin rebozo, señor Michel.—Como alcalde, estás doblemente obligado á respetar la legalidad.—¿La legalidad? La tengo grabada en mi corazón. ¡Libertad! ¡orden público! ¿Acaso no habéis visto escritas estas tres palabras en mi alcaldía?—Entonces, razón más para que te diga que lo que estás haciendo no es legal, pues es una violación de la libertad y del orden público.—¡Voto á tal! exclamó sorprendido el labriego; ¿y los perros de las Lobas no perturban por ventura el orden público cazando en tiempo de veda en mis tierras? ¿No tengo el derecho de embargarlos?—No lo perturban, nó, señor; sólo lastiman los intereses privados, y por consiguiente no puedes ni debes confiscarlos, sino instruirles un proceso verbal.—¡Ah! perdo-

nad, señor barón, pero todo eso es música celestial. Si dejamos que los perros cacen á su sabor, contentándonos con instruir procesos verbales, no serán ya los hombres quienes disfruten de la libertad, sino los perros.—Courtin, replicó el joven con la gravedad peculiar de los que han hojeado poco ó mucho algun código; veo que desgraciadamente estás en el mismo error que otros muchos, confundiendo la libertad con la independencia. *La independencia es la libertad de los hombres que no son libres*, amigo mío.—¿Pues en qué consiste la libertad, señor Michel?—*La libertad, querido Courtin, es el sacrificio que hace cada individuo de su independencia personal, para el bien de todos*; y en este fondo general de independencia es donde el pueblo entero y cada ciudadano en particular encuentra su libertad: nosotros somos libres, pero no independientes, Courtin.—Si lo entiendo que me emplumen, repuso Courtin; tengo en mi poder Galón de oro y Allegro, los mejores perros de la jauría del marqués, y no los suelto. ¡No! ¡que venga por ellos! yo le preguntaré qué hace en las reuniones de Tourfou y de Montaigu.—¿Qué quieres decir?—Nada, yo me entiendo.—Yo nó.—Ni es menester; vos no sois alcalde.—Es cierto, pero habito el país y me conviene estar al corriente de lo que pasa en él.—¡Pardiez! no es tan difícil adivinarlo! sucede que esos señores vuelven á conspirar y de lo lindo.—Los señores... —Si, sí, los nobles, esos... No quiero acabar, aunque afortunadamente no pertenecéis á esa nobleza.

Michel se puso encendido como una amapola.—¿Dices que los nobles conspiran, Courtin?—Si así no fuese, ¿á qué vendrían esas reuniones nocturnas? Que se reúnan durante el día para beber y hartarse como buenos holgazanes, santo y bueno, la autoridad nada tiene que ver en ello; pero cuando se celebran esos conciliábulos... ¡Oh! aquí hay gato encerrado. Y ¡juenta conmigo! les tengo echado el ojo, soy alcalde, y si no tengo el derecho de embargar los perros puedo en cambio encerrar á los hombres en una mazmorra: en este punto estoy enterado del código.—¿Y dices que el señor de Souday suele concurrir á esas reuniones?—¡Pues nó! sería de ver que un viejo *chuan* como él no asistiese á esas juntas: un antiguo ayudante de campo de Charrette. ¡Vaya! que venga á reclamar los perros, y veréis cuán lindamente lo mando á Nantes con sus Lobas; veremos si saben ellas explicar qué hacen corriendo de noche por esos cerros.

—¡Pero dime, infeliz! exclamó Michel con una impetuosidad que le delató á ojos vistas, ¿no me has dicho tú mismo que si correteaban era con el santo objeto de socorrer á los pobres enfermos?

Courtin retrocedió un paso, y señalando con el dedo á su amo y riendo con el aire acostumbrado, díjole:

—¡Ya os he cogido, señor barón! ¡caisteis en el lazo!—¿Cómo? ¿qué quieres decir?—Nada; que os interesáis mucho por ellas.—¿Yo?—Sí tal. ¡Oh! no creáis por eso que os reprobe yo el gusto; muy al contrario: por más *señoritas* que sean, no seré yo quien trate de negar su hermosura. Vamos, no os ruboricéis de este modo, ¡qué diantre! diríase que acabáis de salir del seminario: vos no sois clérigo, diácono ni vicario, sino un gallardo mancebo de veinte años. Atacad de frente, sin vacilar, señor Michel; muy melindrosas y descontentadizas han de ser para rechazaros...—Pero, ¿qué estás diciendo? Supuesto que fuese esa mi intención, has de saber que no las conozco, ni tampoco al marqués su padre. ¿Crées suficiente haber encontrado á dos jóvenes en un paseo para presentarse á ellas sin más ceremonias?—¡Ah! ya comprendo: esa gente no tiene un cuarto, pero sabe darse tono, repuso Courtin con acento burlón: entonces es preciso buscar un medio, un pretexto cualquiera. Reflexionad, señor barón, reflexionad; vos que sois tan sabio, vos que habláis el latín y el griego y habéis estudiado el código, necesariamente encontraréis algún medio para salir del paso.

Michel movió la cabeza con aire de duda.

—¡Ah! repuso Courtin, ¿con que no dáis en el *quid*?—No he dicho eso, respondió vivamente el barón.—Ya, pero lo supongo; gracias á Dios no es tan viejo un hombre á los cuarenta años que no se acuerde de lo que hizo á los veinte.

Nada contestó Michel, y permanecía cabizbajo en tanto que el aldeano le miraba de hito en hito.

—¿Con que no se os ocurre un medio? Pues á mí sí.—¿De veras? exclamó el mancebo levantando la cabeza.

Mas comprendiendo que acababa de soltar una expresión imprudente, añadió encogiéndose de hombros.

—¿De dónde has sacado que yo tenga empeño en penetrar en el castillo?

—Y este medio, continuó Courtin como si su amo nada hubiese dicho, este medio es el siguiente:

Michel afectaba indiferencia, pero escuchaba con suma atención.

—Vos decís á Courtin: «Amigo mío, te equivocas sobre tus derechos; ni como alcalde, ni como propietario, te está permitido embargar los perros del marqués de Souday: cierto que tienes derecho á exigir una indemnización; pero no reñiremos por eso.» A lo cual Courtin responde: «No faltaba más, señor Michell con vos sobran las palabras: todo el mundo conoce vuestra generosidad.» Entonces vos añadís: «Dame los perros, y me encargo de lo demás.» Y yo os contesto: «Ahí los tenéis, señor Michel; y en cuanto á la indemnización, ¡qué diantre! mucho será que con un par de amarillitas no se arregle el negocio: nadie quiere la muerte del pecador, ni es menester llevar las cosas al último extremo.» En seguida escribís una esquelita al marqués, noticiándole tener los perros en vuestro poder y que vais á mandárselos por Pelicofre ó por la Comadreja, con lo cual no puede dispensarse de ofreceros su habitación; á menos que para mayor seguridad prefiráis llevárselos vos mismo. —¡Perfectamente, Courtin! dijo el joven, dame los perros, y los mandaré al marqués; no para que me invite á entrar en el castillo, pues tus suposiciones son gratuitas, sino porque entre vecinos es preciso obrar con buena fe y cortesanía. —Corriente, supongamos que nada he hablado. Pero no me retracto de cuanto he dicho de las señoritas de Souday. ¡Cáspita! ¡vaya un par de lindas mozas! En cuanto á la indemnización.....—Toma, dijo sonriéndose el joven, es muy justo; hé aquí la indemnización del perjuicio que te han ocasionado los perros pasando por *mis* tierras y comiéndose la mitad de la liebre que Berta mató.

Y así diciendo dió al colono tres ó cuatro luises, los únicos que llevaba.

Era tal su alegría por haber encontrado Courtin el medio que él buscara inútilmente, que le habría dado mayor suma á tenerla en el bolsillo.

Courtin tendió una mirada inteligente á los luises que acababa de recibir á título de indemnización, y entregando la trailla al barón: echó á andar con apresurado paso.

Mas á corto trecho retrocedió diciendo á su amo.

—Creedme, señor Michel, no os enredéis con esa gente, recordad lo que os he contado há poco tiempo de los conciliábulos misteriosos de los señores en Tourfou y en Montaigu;

yo soy quien os lo dice, señor Michel, antes de quince días habrá jaleo.

Dicho lo cual prosiguió su camino tarareando *la Parisiense*, cuya letra y música eran de su particular agrado.

El mancebo se quedó solo con los perros.

## X

EN EL CUAL NO TODO PASA COMO SE LO HABÍA FIGURADO EL BARÓN MICHEL.

Al pronto pensó el mancebo seguir el consejo de Courtin, esto es, mandar los perros al castillo de Souday por Policofre ó por la Comadreja, criados que así servían en el castillo como en la granja, y apodos que debían, el primero á lo bermejo de su pelo, y el segundo á la semejanza de su semblante con el hocico del animal cuya gordura ha celebrado Lafontaine en una de sus mejores fábulas.

Mas reflexionándolo bien, creyó que el marqués de Souday se limitaría á escribirle dándole las gracias, pero sin hacerle invitación alguna, en cuyo caso se habría malogrado la ocasión, mientras que si él mismo llevaba los perros á su dueño no podía menos de ser recibido, no siendo creíble que después de haber tenido la galantería de hacer seis ó siete kilómetros de camino para restituir unos perros al dueño que los daba por perdidos y los tenía en grande estima, no se le convidara siquiera á descansar un rato y á dormir siendo avanzada la hora.

Sacó Michel el reloj y vió que eran las seis y minutos.

Parécenos haber dicho que la baronesa de la Logerie había conservado la costumbre de comer á las cuatro, y debiéramos decir que la había contraído, pues en casa de su padre se comía á mediodía.

Quedábale pues al baroncito tiempo suficiente para ir al castillo si á ello se determinaba.

Pero era ésta una grave determinación, y ya hemos ad-

Michel afectaba indiferencia, pero escuchaba con suma atención.

—Vos decís á Courtin: «Amigo mío, te equivocas sobre tus derechos; ni como alcalde, ni como propietario, te está permitido embargar los perros del marqués de Souday: cierto que tienes derecho á exigir una indemnización; pero no recibiremos por eso.» A lo cual Courtin responde: «No faltaba más, señor Michell con vos sobran las palabras: todo el mundo conoce vuestra generosidad.» Entonces vos añadís: «Dame los perros, y me encargo de lo demás.» Y yo os contesto: «Ahí los tenéis, señor Michel; y en cuanto á la indemnización, ¡qué diantre! mucho será que con un par de amarillitas no se arregle el negocio: nadie quiere la muerte del pecador, ni es menester llevar las cosas al último extremo.» En seguida escribís una esquelita al marqués, noticiándole tener los perros en vuestro poder y que vais á mandárselos por Pelicofre ó por la Comadreja, con lo cual no puede dispensarse de ofreceros su habitación; á menos que para mayor seguridad prefiráis llevárselos vos mismo. —¡Perfectamente, Courtin! dijo el joven, dame los perros, y los mandaré al marqués; no para que me invite á entrar en el castillo, pues tus suposiciones son gratuitas, sino porque entre vecinos es preciso obrar con buena fe y cortesanía. —Corriente, supongamos que nada he hablado. Pero no me retracto de cuanto he dicho de las señoritas de Souday. ¡Cáspita! ¡vaya un par de lindas mozas! En cuanto á la indemnización.....—Toma, dijo sonriéndose el joven, es muy justo; hé aquí la indemnización del perjuicio que te han ocasionado los perros pasando por mis tierras y comiéndose la mitad de la liebre que Berta mató.

Y así diciendo dió al colono tres ó cuatro luises, los únicos que llevaba.

Era tal su alegría por haber encontrado Courtin el medio que él buscara inútilmente, que le habría dado mayor suma á tenerla en el bolsillo.

Courtin tendió una mirada inteligente á los luises que acababa de recibir á título de indemnización, y entregando la trailla al barón: echó á andar con apresurado paso.

Mas á corto trecho retrocedió diciendo á su amo.

—Creedme, señor Michel, no os enredéis con esa gente, recordad lo que os he contado há poco tiempo de los conciliábulos misteriosos de los señores en Tourfou y en Montaigu;

yo soy quien os lo dice, señor Michel, antes de quince días habrá jaleo.

Dicho lo cual prosiguió su camino tarareando la *Pari-siense*, cuya letra y música eran de su particular agrado.

El mancebo se quedó solo con los perros.

## X

EN EL CUAL NO TODO PASA COMO SE LO HABÍA FIGURADO EL BARÓN MICHEL.

Al pronto pensó el mancebo seguir el consejo de Courtin, esto es, mandar los perros al castillo de Souday por Policofre ó por la Comadreja, criados que así servían en el castillo como en la granja, y apodos que debían, el primero á lo bermejo de su pelo, y el segundo á la semejanza de su semblante con el hocico del animal cuya gordura ha celebrado Lafontaine en una de sus mejores fábulas.

Mas reflexionándolo bien, creyó que el marqués de Souday se limitaría á escribirle dándole las gracias, pero sin hacerle invitación alguna, en cuyo caso se habría malogrado la ocasión, mientras que si él mismo llevaba los perros á su dueño no podía menos de ser recibido, no siendo creíble que después de haber tenido la galantería de hacer seis ó siete kilómetros de camino para restituir unos perros al dueño que los daba por perdidos y los tenía en grande estima, no se le convidara siquiera á descansar un rato y á dormir siendo avanzada la hora.

Sacó Michel el reloj y vió que eran las seis y minutos.

Parécenos haber dicho que la baronesa de la Logerie había conservado la costumbre de comer á las cuatro, y debiéramos decir que la había contraído, pues en casa de su padre se comía á mediodía.

Quedábale pues al baroncito tiempo suficiente para ir al castillo si á ello se determinaba.

Pero era ésta una grave determinación, y ya hemos ad-

vertido al lector que la resolución no era la cualidad que más descollaba en nuestro héroe, de suerte que perdió un cuarto de hora en continuas vacilaciones; con todo, como á primeros de mayo el sol se pone á las ocho, no anochece hasta después de hora y media, y mientras no fuesen las nueve podía presentarse sin pasar plaza de indiscreto.

Sin embargo, era muy probable que habiendo cazado aquel día las jóvenes se acostasen más temprano que de costumbre, y el barón no deseaba ver al marqués de Souday, por quien no hubiera hecho seis kilómetros de camino, al paso que para ver de nuevo á Mary habría andado gustoso cien leguas.

Resolvió pues partir sin dilación.

Entonces advirtió que no llevaba sombrero. Para ir á buscarlo, tenía que volver al castillo, exponiéndose á encontrar á su madre, quien de seguro le habría preguntado adónde iba y de quién eran aquellos perros.

Pero ¿para qué necesitaba el sombrero? ¿no podía atribuirse su falta á la precipitación, ó suponerse que el viento lo había arrebatado, ó una rama hecho caer en un barranco, y que los perros le habían impedido el recogerlo?

Mucho más grave era el inconveniente de arrostrar las preguntas de la baronesa, y por lo tanto el mancebo echó á andar con la cabeza descubierta y con los perros atraillados.

En cuanto hubo dado algunos pasos reparó que para ir al castillo de Souday no necesitaría los setenta y cinco minutos que contaba emplear, pues habiendo conocido los perros el camino que su conductor llevaba, en lugar de obligarle á tirar de la trailla, le forzaban por el contrario á retenerla para moderar su impaciencia.

Los animales husmeaban la perrera y tiraban de la cuerda con fuerza tal, que enganchados á un vehículo ligero habrían hecho que el barón anduviese el camino en media hora.

Y como la impaciencia de los perros corría parejas con la suya, adoptóse el trote.

A los veinte minutos atravesaron por el tercio de su anchura la selva de Machecul con el objeto de acortar el camino.

Al penetrar en la selva era preciso trepar una áspera pendiente y subiéndola el mancebo al paso gimnástico, pero al llegar á la cumbre tuvo que detenerse para cobrar aliento.

Mas como los perros no experimentaban la misma necesidad, porque resollaban andando, dieron inequívocas mues-

tras de impaciencia, la cual fué contenida por su conductor tirando hacia atrás mientras ellos tiraban hacia adelante.

Según las más elementales nociones de matemáticas, dos fuerzas iguales se neutralizan; y como el barón la tenía superior, hizo más que neutralizar la de los perros. En cuanto el grupo estuvo parado, aprovechó el barón esta circunstancia para sacar el pañuelo y enjugarse la frente. Pero mientras lo hacía gozando del suave ambiente con que la boca invisible de la tarde refrescaba su rostro, parecióle oír un grito llevado en alas del viento.

Oyéronlo también los animales, contestando con el aullido prolongado que despiden los perros extraviados, tirando enseguida del cordel con mayor fuerza.

Había ya cobrado aliento y enjugábase la frente y por lo tanto no tenía motivo alguno para contrariar los deseos de Galón de oro y Allegro, así es que en lugar de tirar hacia atrás, prosiguió el trote interrumpido.

No bien hubo dado trescientos pasos, cuando volvió á resonar más próximo y más distinto el mismo grito. Los perros volvieron á contestar con un aullido más prolongado, acompañado de un tirón más fuerte.

Entonces comprendió el mancebo que llamaban á los perros. Como á cosa de medio kilómetro de distancia repitieron por tercera vez los mismos gritos y en igual dirección, lo cual probaba que los había lanzado el mismo sugeto que dió los primeros y estaban rastreando los perros. Al oír esta última voz, Galón de oro y Allegro tiraron de la trailla con tal ímpetu, que el barón se vió obligado á pasar mal de su grado y arrastrado por ellos, del trote corto al largo y al galope.

Cinco minutos haría que duraba esta carrera, cuando de improviso apareció un hombre en el linderó del bosque, y de un salto salvó la zanja plantándose en mitad del sendero y cerrándole el paso.

Era Juan Oullier, que encarándose con él le dijo con irónico acento:

—¡Hola, hola, caballero! ¿con que no satisfecho con des-pistar á mis perros del lobo que estábamos cazando, para hacerles correr la liebre que se os antoja perseguir, os tomáis también la libertad de llevarlos atraillados?— Señor mío, contestó el mancebo con acento entrecortado por el cansancio, sabed que si he atraillado vuestros perros, ha sido

con el único objeto de devolverlos yo mismo al señor marqués de Souday.—¡Yal sin sombrero y.... No os molestéis, señor mío; yo mismo los llevaré.

Y antes de que el mancebo pudiera oponerse ó adivinar siquiera su intención, arrancóle de las manos la trailla tirándola sobre el cuello de los perros como la brida sobre el de un caballo.

Al verse éstos libres, partieron veloces con dirección al castillo, seguidos de Juan Oullier, que casi corría tanto como ellos, y hacía chasquear el látigo, gritando:

—¡A la perrera! ¡A la perrera!

Había pasado todo esto con tal rapidez que los perros y el recién venido se encontraban ya á un kilómetro de distancia cuando el barón volvió de su sorpresa, quedando petrificado en mitad del camino, abierta la boca, y los ojos fijos en la dirección que habían tomado Juan Oullier y los perros, cuando sonó de repente á dos pasos del mancebo la voz suave y cariñosa de una muchacha, exclamando:

—¡Jesús! señor barón, ¿qué hacéis á estas horas con la cabeza descubierta en medio del camino?

¿Qué hacía? apurado se habría visto el mozo para decirlo. Advertía que sus esperanzas volaban hacia el castillo, y faltábale ánimo para seguir las.

Volvióse para ver quién le hablaba y conoció á su hermana de leche, la hija del colono Tinguay.

—¡Ah! ¿eres tú, Rosina? ¿De dónde bueno?—¡Oh, señor barón! respondió la muchacha acongojada, vengo del castillo de la Logerie en donde he sido muy mal recibida por la señora baronesa.—¿Es posible? Ya sabes que mi madre te quiere y protege.—¡Oh! en los buenos tiempos, no digo que nó; pero hoy han variado las circunstancias.—¿Hoy?—Sí; hace una hora que ha mandado me echan á la calle.—¿Y por qué no preguntaste por mí?—Ya lo he hecho, señor barón; pero me contestaron que habíais salido.—¡Si he salido ahora mismo! Y á fe que por ligera que hayas ido no has andado más que yo.—No diré lo contrario, señor barón, porque á decir verdad, al verme rechazada por vuestra madre se me ha ocurrido la idea de ir á encontrar á las Lobas; pero no acababa de resolverme á ello.—¿Y qué ibas á pedirles á las Lobas? El barón tuvo que hacer un esfuerzo para pronunciar estas últimas palabras.—Lo que había pedido infructuosamente á la señora baronesa, socorros para mi pa-

dre que se halla gravemente enfermo.—¿Qué tiene?—Una calentura de muy mala especie que cogió en los pantanos.—¡Malo! ¿Y es maligna, intermitente, tifoidea?—¡Qué sé yo, señor barón!—¿Qué ha dicho el médico?—¡Ah! como el médico vive en Legé, no se molesta por menos de un napoleón, y nosotros no somos ricos para pagarle tan cara la visita.—¿No te ha dado dinero mi madre?—¿No os digo que ni siquiera ha querido verme? «¡Una fiebre maligna! ha exclamado; ¿y se atreve á venir al castillo estando su padre enfermo de una fiebre maligna? ¡Echadla al momento!»—¡Es imposible!—Yo lo he oído, señor barón. ¡Daba unos gritos! En fin; ved si me han echado ó nó.—Aguarda, aguarda, dijo vivamente el mancebo; voy á darte dinero.

Y se registró los bolsillos; y acordándose de que había dado á Courtín cuanto llevaba:

—¡Por vida de...! exclamó, ni un cuarto llevo. Pero eso no puede quedar así; vente conmigo al castillo y te daré lo que necesites.—¿Yo? ¡Libreme Dios! ¡Ni por todo el oro del mundo! Nó, nó; estoy resuelta: voy á encontrar á las Lobas; son muy caritativas y se guardarán de plantar en la calle á una pobre muchacha que pide auxilio para su padre moribundo.—Bueno, replicó titubeando el barón; mas no son ricas, según he oído decir.—¿Quiénes?—Las señoritas de Souday.—Ya, pero yo no voy á pedirles dinero; ellas no hacen limosna: algo más es lo que hacen para socorrer á los afligidos. ¡Sábelo Dios que se lo tendrá en cuenta!—¿Qué hacen?—Van en persona á casa del enfermo, y cuando no pueden curarle, consuelan al moribundo y lloran con los que le sobreviven.—Bien, respondió el joven, eso puede hacerse con una enfermedad ordinaria; pero tratándose de una calentura maligna, es diferente.—¿Creéis que reparan en eso?—¿Acaso hay fiebres malignas para los corazones caritativos? Creedme, señor barón, no me queda otro recurso: voy á verlas.—Como quieras.—Entonces, si dentro de veinte minutos estáis todavía aquí, me veréis pasar con alguna de las dos hermanas que vendrá á ayudarme á cuidar á mi pobre padre. Hasta la vista, señor Michel. ¡Ah! jamás hubiera creído semejante cosa de la señora baronesa. ¡Cielo santo! ¡Mandar echar como á una ladrona á la hija de la que os llevó en pechos!

Y así diciendo, fuese á buen paso, dejando al barón con la palabra en la boca.

Mas Rosina había soltado unas palabras que causaron honda impresión en su ánimo.

«Si dentro de veinte minutos estáis todavía aquí, me veréis pasar con alguna de las dos hermanas.»

Estas palabras le hicieron tomar la firme resolución de no moverse de allí, pues conoció que se le presentaba una coyuntura favorable para encontrar la ocasión que acababa de escapársele.

¿Quién sabe si la casualidad haría que la que acompañase á Rosina fuese Mary?

Pero ¿qué visos de probabilidad tenía para que una joven de diez y ocho años é hija del marqués de Souday por añadidura, saliese á las ocho de la noche de su casa para ir á socorrer á legua y media de distancia á un pobre aldeano atacado de calenturas?

No era probable, ni posible siquiera.

Rosina había elogiado á las hermanas más de lo que merecían, mientras otros las vituperaban con exceso.

Por otra parte, ¿por qué su madre, mujer devota que aparentaba todo género de virtudes, se había portado en aquellas circunstancias al contrario de unas jóvenes de quienes tanto mal se decía en toda la comarca? Ciertamente que si pasaban las cosas tal como Rosina aseguraba, Berta y Mary serían las almas justas y cristianas según el Evangelio; pero de seguro que ninguna de las dos acudiría.

Había trascurrido un cuarto de hora y hacíase el barón estas reflexiones por décima vez, cuando de pronto vió que en el recodo del sendero que Rosina había doblado aparecían dos sombras de mujeres.

A pesar de la oscuridad, el joven conoció á Rosina, pero en cuanto á la otra, fué imposible conocerla, porque iba embozada.

Estaba su ánimo tan perplejo y tan conmovido su corazón, que al querer adelantarse hacia las jóvenes, flaqueáronle las piernas y se vió precisado á esperar que se acercasen.

—¿Qué tal, señor barón, dijo Rosina ufana; ¿qué os dije? —¿Qué le dijiste? preguntó la embozada. —¿Qué le dije? respondió Rosina: que en vuestro castillo no se me recibiría como en el de la Logerie de donde me han echado ignominiosamente. —Sin embargo, objetó Michel, quizás no has dicho á la señorita de Souday cuál era la enfermedad de tu padre.

—Según los síntomas, contestó Berta, tiene todos los visos de una fiebre tifoidea; por consiguiente, no hay un minuto que perder, pues es enfermedad que requiere mucha diligencia. ¿Queréis veniros con nosotras? —Señorita, añadió el joven, la fiebre tifoidea es contagiosa. —Así lo afirman algunos; otros pretenden que nó, respondió Berta con indiferencia. —La fiebre tifoidea es mortal, añadió Michel. —Muy á menudo; pero ha habido algunos ejemplos de lo contrario.

El barón llamó á Berta aparte y le dijo:

—¿Y pensáis exponeros á semejante peligro? —¿Por qué nó? —¿Por un desconocido, por un extraño? —El extraño para nosotros, contestó Berta con inefable ternura, es para otros un padre, un hermano ó un esposo. En este mundo no hay extraños, señor de Michel; y por cierto que si mal no recuerdo ese desgraciado no lo es para vos. —Es el marido de mi nodriza, balbució el mancebo. —¿Qué tal? —Por eso había dicho á Rosina que viniera conmigo al castillo en donde le habría dado dinero para mandar por el médico. —¿Y has rehusado dándome la preferencia? dijo Berta. Gracias, Rosina.

El barón quedó anonadado: había oído hablar muy á menudo de la caridad sin llegar á verla jamás, y de repente se le acababa de aparecer personificada en Berta.

Luego siguió á las dos muchachas, meditabundo y cabizbajo.

—Puesto que nos acompañáis, díjole Berta, hacedme el obsequio de llevar esta cajita que contiene algunos medicamentos. —Es verdad, añadió Rosina; pero el señor barón no nos acompaña, porque sabe cuánto teme la señora de la Logerie las fiebres malignas. —Te equivocas, Rosina, replicó el barón; os acompaño.

Y tomó la caja que Berta le presentaba.

—Al cabo de una hora llegaron los tres á la choza del enfermo, situada á un tiro de fusil de la población, y junto á un bosquecillo con el cual comunicaba por una puerta excusada.

El buen Tinguy, como solía llamarse al padre de Rosina, era un antiguo *chuan* que en su niñez había peleado en la primera guerra de la Vendée á las órdenes de los Jolly, los Coetus, los Charrette y los Rochejaquelein.

Luego se había casado y había tenido dos hijos: el pri-

mero era varón y lo había perdido; el otro era Rosina.

A cada uno de ellos, su mujer tomó como acostumbra los aldeanos pobres un niño para criar.

El primero era el último vástago de una ilustre familia de Anjou: llamábase Enrique de Bonneville, y no tardaremos en encontrarle en el decurso de esta historia. El segundo era Michel de la Logerie, uno de sus principales personajes.

Enrique de Bonneville tenía dos años más que Michel, y los dos muchachos habían jugado juntos no pocas veces en el dintel de aquella puerta que el mancebo iba á traspasar acompañado de Berta y Rosina.

Más tarde habían vuelto á encontrarse en París los dos camaradas de infancia, y la señora de la Logerie hizo por su parte todo lo posible para estrechar los lazos amistosos que unían á su hijo con aquel joven tan conocido en las provincias del Oeste por su rica y aristocrática posición.

Aquellos dos hijos de leche habían acarreado el bienestar de la familia Tinguy: pero es condición del aldeano de la Vendée no confesar jamás su holgada posición: así es que el labriego aparentaba una grande pobreza en detrimento de su salud y con peligro de su vida, en términos que por muy enfermo que hubiese estado, de seguro no se le habría ocurrido mandar á Legé por un médico á fin de ahorrarse los tres francos de sus honorarios.

Además, los aldeanos y mucho más los de la Vendée, no creen en la medicina ni en los médicos. Así es que habiéndose dirigido Rosina con preferencia al castillo de la Logerie, por ser hermana de leche del barón, al verse expulsada de él fué inmediatamente á impetrar el auxilio de las señoritas de Souday.

Al oír el ruido que hicieron los tres jóvenes al entrar en la estancia, el enfermo se incorporó penosamente; pero volvió á caer acto continuo exhalando un doloroso gemido. Una vela de cera amarilla iluminaba la cama, única parte del aposento que no estaba á oscuras, y á su resplandor se veía sobre una especie de camaranchón á un hombre de unos cuarenta años de edad luchando con el terrible demonio de la fiebre. Tenía el color de la muerte, la vista empañada, y de vez en cuando agitábase todo su cuerpo á impulsos de una súbita convulsión cual si se le hubiese aplicado la pila galvánica.

Estremeciése el mancebo al contemplar aquel espectáculo,

y comprendió que habiendo adivinado instintivamente su madre el estado en que se hallaba el enfermo, no se había atrevido á dejar entrar á Rosina en el castillo, conociendo que la joven debía estar impregnada de aquellos miasmas febriles que en cierto modo flotaban en el círculo de luz que rodeaba el lecho del moribundo.

Entonces pensó en el alcanfor, en el cloro, en el vinagre de los cuatro ladrones y en cuantos preservativos pueden aislar al hombre sano en una atmósfera corrompida; y no teniendo vinagre, cloro, ni alcanfor, permaneció junto á la puerta para disfrutar el aire puro.

Berta ni remotamente pensaba en nada de esto, y yendo en derechura al lecho del enfermo, le tomó la mano abrasada por la fiebre.

En cuanto lo vió, hizo el mancebo un movimiento como para detenerla y abrió la boca para lanzar un grito; pero quedó como petrificado ante aquella caridad tan intrépida, y anonadado por su admiración que rayaba en espanto.

Berta hizo varias preguntas al enfermo, quien contestó que la víspera había sentido al saltar de la cama una insólita postración que le hacía temblar las piernas; ese era un aviso de la naturaleza, pero los aldeanos suelen despreciar semejantes síntomas: en vez de volverse á acostar y mandar por un médico, Tinguy acabó de vestirse, y procurando sobreponerse al mal, fué á la bodega por un vaso de sidra; después cortó un pedazo de pan, siempre en la inteligencia de que lo necesario era *recobrar las fuerzas*. Luego se bebió con gusto la sidra; pero no pudo engullir ni un bocado de pan. Fuese después al trabajo, y atacóle por el camino un fuerte dolor de cabeza; la laxitud que hasta entonces había experimentado trocóse en encorvamiento y vióse precisado á sentarse dos ó tres veces; bebió con avidez en dos manantiales que encontró al paso, mas en vez de mitigarse la sed, se acrecentó de tal manera que más tarde trató de apagarla en el charco cenagoso de una rodada. Por último llegó con gran trabajo á su campo; mas le fué materialmente imposible empezar labor alguna y estuvo algunos minutos de pié apoyado en el útil, que entonces sólo para eso lo era; sintiendo en seguida que le daban vahidos, dió consigo en el suelo, completamente desfallecido: permaneció en esta posición hasta las siete de la tarde, y así se habría quedado toda la noche á no pasar por allí un aldeano de Legé, quien le

llamó, y al ver que se movía acercóse y pudo conocer á Tinguy. Mucho le costó al Labrador acompañar á su casa al enfermo, pues hallábase éste tan débil, que tardó más de una hora en hacer un cuarto de legua.

Rosina le esperaba inquieta, y asustada al ver á su padre, quiso ir sin dilación á la aldea en busca de un médico; pero Tinguy se lo prohibió terminantemente y acostóse diciendo que no era cosa de cuidado y que al día siguiente ya estaría bueno, encargando á su hija que pusiese un cántaro de agua sobre una silla junto á la cabecera de la cama, pues su sed aumentaba. De este modo pasó la noche devorado por la calentura y bebiendo de continuo sin poder apagar el fuego que le consumía; por la mañana intentó levantarse, pero ni siquiera pudo incorporarse en el lecho: sintió frecuentes vahidos y agudas punzadas en la cabeza quejándose también de un fuerte dolor de costado.

Rosina insistió de nuevo en la necesidad de llamar al señor Roger, que así se llamaba el médico, pero su padre se lo volvió á prohibir.

Desde entonces no se separó Rosina de la cabecera de la cama, pronta á satisfacer sus deseos y á socorrerle en sus necesidades. La mayor del enfermo era la bebida y pedíala cada diez minutos.

Esto duró hasta las cuatro de la tarde, hora en que el enfermo dijo, moviendo la cabeza con desaliento:

—Vamos, conozco que realmente estoy atacado de una fiebre perniciosa; es preciso ir á implorar el auxilio de las buenas señoras de los castillos.

Ya hemos visto el resultado de esta determinación. Después de tomar el pulso al enfermo y escuchar el relato que él mismo la hizo con acento entrecortado, Berta contó hasta cien pulsaciones en un minuto, y comprendió que el buen Tinguy era víctima de una violenta calentura. Pero ¿de qué índole era? La joven era muy ignorante en medicina para graduarla.

Y como el enfermo exclamaba sin cesar: «¡Agua! ¡agua!» hizo hervir una corteza de limón en una cafetera llena de agua, echóla a corte de azúcar y le propinó esta bebida en vez de agua pura.

Mas cuando quiso azucarar la limonada, Rosina le advirtió que no había azúcar en la casa. Este artículo es para el labriego vendeano la última expresión del lujo.

Berta lo había previsto y por lo tanto llevaba cierta cantidad en su botiquín. Al oír la respuesta de Rosina, volvió la vista á todos lados buscando la caja y vióla bajo del brazo del barón, que permanecía clavado en el umbral de la puerta. Hízole seña de que se acercase; pero antes de obedecer él á este ademán, indicóle con otro que no se moviera de su sitio, ni pronunciara palabra, y se fué á él diciéndole en voz baja para que no lo oyese el enfermo:

—El estado de ese hombre es muy grave y no me atrevo á obrar por mí y ante mí; es preciso llamar al facultativo, y ¡ojalá no llegue tarde! Interin doy al enfermo algún calmante, corred sin pérdida de momento á Legé y traednos al doctor Roger.—Pero ¿y vos? dijo el mancebo con acento conmovido.—Yo me quedo esperando vuestro regreso; tengo que hablar de asuntos importantes con el enfermo.—¿De asuntos importantes? repitió asombrado Michel.—Sí, contestó Berta.—Sin embargo...—Os repito que la menor dilación puede tener fatales consecuencias, dijo la joven interrumpiéndole; esa clase de fiebres, aunque combatidas oportunamente, son á menudo mortales y cuando se les da lugar de desarrollarse como ha sucedido con esta, lo son casi siempre: creedme, id al momento y volved cuanto antes con el médico.—¿Y si la fiebre es contagiosa?—¿Y qué?—No corréis peligro de contraerla?—¡Ay, amigo mío!, respondió Berta, si hubiésemos de pensar en esas cosas, la mitad de nuestros campesinos perecerían sin socorro. ¡Ea! id y dejad á Dios el cuidado de velar por mí.

Así diciendo, tendió la mano al mensajero.

Tomóla el mancebo y exaltado por la admiración que le causaba ver en una mujer tan sencilla intrepidez y tal grandeza de ánimo, besó casi con pasión aquella mano.

Aquel movimiento fué tan rápido é inesperado que Berta se estremeció, demudóse extremadamente y exhaló un suspiro, diciendo:

—¡Partid, amigo mío, partid!

Aquella vez no necesitó repetir la orden que acababa de darle, pues Michel salió con precipitación de la cabaña. Sentía circular por todo su cuerpo un fuego desconocido que duplicaba su fuerza vital, y fortalecía un vigor extraordinario con el cual se veía capaz de llevar á cabo cualquier imposible.

Parecía que le acababan de nacer alas en la cabeza y en

los talones á semejanza de Mercurio, y de seguro que si le hubiese impedido el paso una pared, la hubiera escalado; si se lo hubiese interceptado un río sin puente ni vado, habríase echado á él sin vacilar ni tomarse la molestia de desnudarse.

Hasta sentía que lo que Berta le había pedido fuese tan fácil de ejecutar; hubiera preferido obstáculos, cosas difíciles, imposibles.

«Qué agradecimiento debería Berta por hacer á pié una legua y cuarto para ir á buscar un médico? Él habría querido, no hacer dos leguas y media, sino ir hasta el último confín de la tierra; hubiera querido darse á sí mismo alguna prueba de heroísmo que le autorizase para parangonar su valor con el de Berta.

Concíbese que al encontrarse el mancebo poseído de semejante exaltación fuese inaccesible al cansancio, y que gracias á ella hiciese en menos de media hora la legua y cuarto que necesitaba para llegar á Legé. De este modo llegó el barón al poco rato á casa del doctor Roger, y como este solía frecuentar el castillo de la Logerie, que sólo distaba de Legé una legua escasa, bastóle nombrarse para que el médico, ignorando todavía que el enfermo fuese un simple aldeano, saltase del lecho y gritase por la puerta que dentro de cinco minutos estaría á sus órdenes.

Efectivamente, pasados estos estaba ya en pié y preguntando al mancebo la causa de tan inesperada visita. Michel se la explicó en dos palabras, y al notar que el médico extrañaba que se tomase tanto interés por un aldeano, hasta el punto de ir á pedirle que le auxiliase á semejante hora y con el acento comovido y con la frente sudorosa por la carrera que había llevado, el barón explicó su solicitud diciéndole que aquel aldeano era el marido de su nodriza.

Entonces el doctor le interrogó acerca de los síntomas del mal, y contestóle repitiendo cuanto había oído sobre el particular y encargándole eficazmente que llevara consigo todos los medicamentos que pudiese necesitar, pues no habiendo entrado todavía la aldea donde moraba Tinguy en el círculo de la civilización, carecía de boticario.

Al notar el médico que Michel estaba bañado en sudor y sabiendo luego que había caminado á pié, revocó la orden de ensillar el caballo y mandó engancharlo al calesín.

Michel se negó rotundamente á acceder á semejante cambio,

sosteniendo que por su parte iría mucho más aprisa á pié que el doctor á caballo; sentíase animado del poderoso vigor de la juventud y del corazón, y á buen seguro habría adelantado tanto ó más camino á pié que el doctor á caballo, según afirmaba.

El doctor insistió pertinazmente, pero obstinóse Michel en no acceder á sus ruegos; y por último cortó la discusión saliendo de la casa y gritando á su compañero:

—¡Ea! seguidme tan aprisa como podáis; yo os precedo para anunciaros.

Creviendo el doctor que el hijo de la baronesa de la Logerie tenía la cabeza algo trastornada, pensó que no tardaría en alcanzarle, y no revocó la orden de enganchar el caballo.

Lo que exasperaba á nuestro enamorado era la idea de presentarse ante la joven en un calesín: parecía que si volvía á todo correr y abría la puerta gritando: «Aquí estoy, el doctor me sigue,» Berta se lo agradecería más que si llegaba en carruaje con el médico.

Mucho le habría halagado presentarse jinete en un brioso corcel, sueltas al viento la crin y la cola, respirando fuego y anunciando su llegada con relinchos; pero len un calesín! Era cien veces preferible ir á pié.

Tan poético es un primer amor, que aborrece lo prosaico.

Y ¿qué habría dicho Mary, al relatarle su hermana Berta que habiendo mandado al barón por el doctor Roger había regresado con él en calesín?

Lo repetimos: era cien veces preferible volver á pié.

Nuestro héroe comprendía que al manifestar instintivamente el primer amor con frente sudorosa, ojos encendidos, pecho palpitante, vestido polvoroso y cabello desmelenado por el viento, todo esto es hermoso y produce mucho efecto.

En cuanto al enfermo, ¡pobre hombre! casi podemos asegurar que Michel le había olvidado, pues en su excitación febril no era por cierto el labriego quien ocupaba su imaginación, sino las dos hermanas; y no en obsequio suyo, sino por complacer á Berta y á Mary, había hecho un viaje de tres leguas en una hora.

La causa primordial de este gran cataclismo fisiológico se había convertido en accesorio: no era ya un fin, sino un pretexto.

A llamarse Hipómenes, Michel no habría necesitado soltar

las manzanas de oro para alcanzar sobre Atalanta el premio de la carrera.

Sonreíase desdenosamente al pensar que el doctor arreaba su caballo con intento de alcanzarle, y experimentaba una grata sensación al sentir el aire frío de la noche que helaba las gotas de sudor que le corrían por el rostro.

Habría preferido la muerte á que el doctor le alcanzara.

Media hora empleó á la ida; pero á la vuelta le bastaron veinte y cinco minutos.

Y cual si hubiese podido adivinar aquella velocidad inconcebible, Berta había ido á esperar el mensajero al umbral de la puerta, y bien que no ignoraba que lógicamente no podía estar de regreso antes de media hora á lo menos, prestaba atento oído.

Parecíale oír á lo lejos un rumor de pasos casi imperceptible. Aunque no era de creer que fuese el mancebo, no lo puso en duda ni un instante.

En efecto, poco después le divisó, luego le vió aparecer y dibujarse claramente en la oscuridad, al mismo tiempo que él, con la mirada fija en la puerta y sin atreverse á dar crédito á sus sentidos, la veía inmóvil y con la mano puesta sobre el corazón, al cual repentinamente había sentido latir de un modo inusitado.

Al reunirse con Berta hallábase el mancebo como el griego de Maratón, sin voz ni aliento, y poco le faltó para caer como él, si no muerto, desmayado á lo menos.

Sólo tuvo fuerzas para pronunciar estas cuatro palabras:

—El médico viene también.

Luego apoyóse en la pared para no caerse. Si hubiese podido articular algunas palabras más, habría exclamado:

—¿No es cierto que diréis á Mary que por amor á ella y á vos he hecho dos leguas y media en cincuenta minutos?

Mas como no podía hablar, esto pudo ser la causa de que Berta creyera, como así lo creyó, que sólo por su amor había llevado á cabo aquella proeza.

Al ocurrirle esta idea, sonrióse gozosa, y sacando el pañuelo dijo:

—¡Oh! ¡Cuánto siento que hayáis tomado tan á pechos el encargo que os hice de que fueseis diligentes! ¡En qué estado os halláis!

En seguida le enjugó blandamente el sudor que le bañaba

el rostro, procurando no tocarle la herida, y encogiéndose de hombros añadió con suavísimo acento:

—¡Niño!

Esta palabra ¡niño! había sido pronunciada en tono tan tierno que conmovió á Michel; y cogiendo éste la mano de Berta, notó que la tenía temblorosa y húmeda.

En esto oyóse en el camino el ruido de las ruedas del calesín.

—¡Ah! ¡El médico! dijo Berta rechazando la mano del mancebo.

Miróla éste sorprendido: ¿por qué le rechazaba la mano? No podía adivinar lo que pasaba en el corazón de la joven; pero conocía por instinto que al ejecutar semejante acción no la había movido un sentimiento de odio, de repugnancia ó enojo.

Berta entró en la casa, sin duda con intento de participar al enfermo la llegada del médico, y Michel permaneció junto á la puerta esperándole.

Al verle llegar en aquel desvencijado vehículo que le hacía saltar grotescamente mal de su grado, Michel no pudo menos de alegrarse interiormente de haber vuelto á pié.

Verdad es que si Berta hubiese entrado en la casa al oír el ruido del carruaje, cual acababa de hacerlo, no habría tenido ocasión de observar el mal talante de los que en él venían.

Mas si no hubiese visto á Michel, ¿no habría permanecido á la puerta hasta lograrlo? Era más que probable.

Al hacerse el mancebo esta reflexión, si no sentía en su corazón el ardiente alborozo del amor, á lo menos saboreaba el placer del orgullo satisfecho.

## XI

NOBLEZA OBLIGA

Al penetrar el doctor Roger en el aposento del enfermo, Berta estaba á la cabecera de la cama.

Lo primero que llamó su atención, fué aquella graciosa figura parecida á los ángeles de las leyendas alemanas, que se inclinan para recibir las almas de los moribundos; mas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES" ®

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

las manzanas de oro para alcanzar sobre Atalanta el premio de la carrera.

Sonreíase desdenosamente al pensar que el doctor arreaba su caballo con intento de alcanzarle, y experimentaba una grata sensación al sentir el aire frío de la noche que helaba las gotas de sudor que le corrían por el rostro.

Habría preferido la muerte á que el doctor le alcanzara.

Media hora empleó á la ida; pero á la vuelta le bastaron veinte y cinco minutos.

Y cual si hubiese podido adivinar aquella velocidad inconcebible, Berta había ido á esperar el mensajero al umbral de la puerta, y bien que no ignoraba que lógicamente no podía estar de regreso antes de media hora á lo menos, prestaba atento oído.

Parecíale oír á lo lejos un rumor de pasos casi imperceptible. Aunque no era de creer que fuese el mancebo, no lo puso en duda ni un instante.

En efecto, poco después le divisó, luego le vió aparecer y dibujarse claramente en la oscuridad, al mismo tiempo que él, con la mirada fija en la puerta y sin atreverse á dar crédito á sus sentidos, la veía inmóvil y con la mano puesta sobre el corazón, al cual repentinamente había sentido latir de un modo inusitado.

Al reunirse con Berta hallábase el mancebo como el griego de Maratón, sin voz ni aliento, y poco le faltó para caer como él, si no muerto, desmayado á lo menos.

Sólo tuvo fuerzas para pronunciar estas cuatro palabras:

—El médico viene también.

Luego apoyóse en la pared para no caerse. Si hubiese podido articular algunas palabras más, habría exclamado:

—¿No es cierto que diréis á Mary que por amor á ella y á vos he hecho dos leguas y media en cincuenta minutos?

Mas como no podía hablar, esto pudo ser la causa de que Berta creyera, como así lo creyó, que sólo por su amor había llevado á cabo aquella proeza.

Al ocurrirle esta idea, sonrióse gozosa, y sacando el pañuelo dijo:

—¡Oh! ¡Cuánto siento que hayáis tomado tan á pechos el encargo que os hice de que fueseis diligentes! ¡En qué estado os halláis!

En seguida le enjugó blandamente el sudor que le bañaba

el rostro, procurando no tocarle la herida, y encogiéndose de hombros añadió con suavísimo acento:

—¡Niño!

Esta palabra ¡niño! había sido pronunciada en tono tan tierno que conmovió á Michel; y cogiendo éste la mano de Berta, notó que la tenía temblorosa y húmeda.

En esto oyóse en el camino el ruido de las ruedas del calesín.

—¡Ah! ¡El médico! dijo Berta rechazando la mano del mancebo.

Miróla éste sorprendido: ¿por qué le rechazaba la mano? No podía adivinar lo que pasaba en el corazón de la joven; pero conocía por instinto que al ejecutar semejante acción no la había movido un sentimiento de odio, de repugnancia ó enojo.

Berta entró en la casa, sin duda con intento de participar al enfermo la llegada del médico, y Michel permaneció junto á la puerta esperándole.

Al verle llegar en aquel desvencijado vehículo que le hacía saltar grotescamente mal de su grado, Michel no pudo menos de alegrarse interiormente de haber vuelto á pié.

Verdad es que si Berta hubiese entrado en la casa al oír el ruido del carruaje, cual acababa de hacerlo, no habría tenido ocasión de observar el mal talante de los que en él venían.

Mas si no hubiese visto á Michel, ¿no habría permanecido á la puerta hasta lograrlo? Era más que probable.

Al hacerse el mancebo esta reflexión, si no sentía en su corazón el ardiente alborozo del amor, á lo menos saboreaba el placer del orgullo satisfecho.

## XI

NOBLEZA OBLIGA

Al penetrar el doctor Roger en el aposento del enfermo, Berta estaba á la cabecera de la cama.

Lo primero que llamó su atención, fué aquella graciosa figura parecida á los ángeles de las leyendas alemanas, que se inclinan para recibir las almas de los moribundos; mas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES" ®

Adm. 1025 MONTERREY, MEXICO

no tardó en conocer á la doncella, pues rara era la choza de pobres aldeanos donde no hubiese encontrado á alguna de las señoritas de Souday entre el moribundo y la muerte.

—¡Ah! ¡venid, doctor! exclamó Berta al verle. ¡Venid presto! El pobre Tinguy está delirando.

Efectivamente, el enfermo era presa de grandísima agitación.

Acercóse el doctor, y díjole:

—Vamos, amigo mío, sosegáos.—Dejadme, prorrumpió el enfermo, dejadme; tengo que levantarme: me están esperando en Montaigu.—No, querido Tinguy, dijo Berta, no os esperan... todavía nó...—Si tal, señorita, sí tal; era para esta noche. ¿Quién irá á llevar la noticia de castillo en castillo si faltó yo?—Silencio, Tinguy, silencio, replicó la doncella; pensad que estáis enfermo y que junto á vuestro lecho está el doctor Roger.—El doctor Roger es de los nuestros, señorita; podemos hablar sin rebozo en su presencia, pues no ignora que me esperan, debiendo levantarme al momento é ir á Montaigu.

El doctor Roger y la doncella cruzaron una rápida mirada.

—MASSA, dijo el doctor; y Berta respondió:—MARSELLA.

Y ambos se dieron un apretón de manos.

Berta volvió al enfermo:

—Sí, es cierto, le dijo al oído, el doctor Roger es de los nuestros; pero aquí hay alguien que no lo es, añadió bajando más la voz á fin de que sólo Tinguy pudiese oírlo; y ese alguien es el baron de la Logerie.—¡Ah! es verdad, respondió el enfermo, ese no lo es: sed discreta, pues Courtin es un traidor... Mas ¿quién me reemplazará si novoy á Montaigu?—Perded cuidado, Tinguy; mandaremos á Juan Oullier.—¡Oh! si va Juan Oullier, no haré yo maldita la falta. Juan Oullier tiene buenas piernas, excelentes ojos y gran puntería. Y soltó una carcajada.

Pero en aquel acceso de hilaridad agotó al parecer todas sus fuerzas, pues recayó en su anterior postración.

El mancebo había escuchado este diálogo, del cual sólo pudo coger al vuelo algunas palabras.

Había oído aquella frase: «Courtin es un traidor,» y por la dirección de las miradas de la joven al conversar con el enfermo, conoció que se hablaba de él.

Acercóse con el corazón oprimido, adivinando que se trataba de algún secreto, y dijo á Berta:

—Señorita, si os molesto ó no me necesitáis, decídmelo francamente; me bastará una palabra para retirarme.

Habló con tan triste acento, que Berta le contestó conmovida:

—Nó, quedáos; todavía os necesitamos: ayudaréis á Rosina á cumplir las prescripciones del médico, mientras yo me pondré de acuerdo con él acerca del método que debemos observar para la curación del enfermo.

Y volviéndose al médico, le dijo en voz baja:

—Doctor, distraedles como podáis; yo en tanto os contaré lo que ha llegado á mis oídos y vos me diréis lo que hayais averiguado.

Después dirigiéndose de nuevo al barón, añadió con meloso acento:

—¿No es verdad, amigo mío, que tendréis la amabilidad de ayudar á Rosina?—Estoy á vuestras órdenes, señorita, repuso el mancebo; mandad y seréis obedecida.—Ya lo veis, doctor, tenéis dos ayudantes animados de excelentes deseos.

El médico se encaminó apresuradamente al carruaje y sacó una botella de Sedlitz y un saquito de mostaza molida.

—Tomad, le dijo al mancebo entregándole la botella, des-tapadla y dad al enfermo medio vaso de esta agua cada diez minutos.

Luego dió á Rosina el taleguito de mostaza, diciéndole:

—Desliela en agua muy caliente; pues ha de servir para los piés de tu padre.

El enfermo había recaído en la atonía que había precedido á la transitoria exaltación que Berta no pudo calmar sinó asegurándole que Juan Oullier supliría su ausencia.

Miróle el doctor, y viendo que merced á su postración podía dejarle por un momento, acercóse presuroso á Berta diciéndola:

—Sepamos, señorita de Souday, puesto que ambos pertenecemos al mismo partido; ¿qué hay de nuevo?—Que *Madame* salió de Massa el 21 de abril y tenía que llegar á Marsella el 29 ó el 30; y como estamos ya á 6 de mayo, habrá desembarcado y á estas horas debe estar el mediodía en completa sublevación.—¿No sabéis más?—Nada más.—Entonces no habéis leído los periódicos vespertinos del 3?

Berta contestó sonriendo:

—En el castillo de Souday ningún periódico recibimos.—Pues todo ha fracasado.—¡Cómo!—*Madame* ha errado

completamente el golpe.—¡Es imposible! ¿Qué estáis diciendo?—Después de una travesía feliz en el *Carlos Alberto*, *Madame* desembarcó en la costa á pocas leguas de Marsella; esperaba un guía quien la condujo á una casa solitaria rodeada de bosques y peñascos; *Madame* sólo llevaba seis personas de séquito.—¡Seguid, seguid!—Acto continuo mandó un emisario á Marsella para participar su desembarco al caudillo de la sedición, y que por lo tanto era llegada la hora de cumplir las promesas que habían motivado su regreso á Francia.—¿Qué más?—Por la noche regresó el emisario con un billete que felicitaba á la princesa por su feliz arribo, anunciándole al propio tiempo que Marsella se pronunciaría al día siguiente.—Y luego ¿qué pasó?—Al día siguiente tuvo lugar la sublevación; pero Marsella se abstuvo de tomar parte en ella y... fracasó por completo.—¿Y *Madame*?—Ignórase su paradero; créese que ha vuelto á embarcarse en el *Carlos Alberto*.—¡Cobardes! dijo Berta entre dientes. ¡Oh! soy mujer; pero si *Madame* hubiese venido á la Vendée, juro á Dios que habría dado ejemplo á ciertos hombres. ¡Adiós y gracias, doctor!—¿Nos dejáis?—Esta noche debía haber reunión en el castillo de Montaigu, y urge mucho que mi padre se entere de lo que ha sucedido. Vuelvo á Souday: os recomiendo eficazmente al enfermo, ¿lo oís, doctor? Dejad una receta muy clara; y mi hermana ó yo vendremos á pasar la noche próxima á su lado, á no ser que lo impidan nuevos acontecimientos.—¿Queréis mi carruaje? Yo me volveré á pié y vos podréis mandármelo mañana por Juan Oullier ó por otro cualquiera.—Gracias, no sé qué será mañana de Juan Oullier, y por mi parte, prefiero andar: estoy algo sufocada y el ejercicio me aliviará.

Tras esto, apretó la mano al doctor con viril energía, y embozada en su manta salió de la choza; pero al llegar á la puerta encontró á Michel, quien á pesar de no oír la conversación no había perdido un momento de vista á la doncella, y adivinando que iba á partir se adelantó para salirle al paso.

—¿Qué sucede, señorita? exclamó el mancebo; ¿qué os han dicho?—Nada, contestó Berta.—Podrá ser: pero si nada os hubiesen contado, no saldríais de este modo sin acordaros de mí, sin saludarme siquiera con un gesto.—¿Para qué saludaros si me acompañáis? Tiempo habrá para ello á la puerta del castillo de Souday.—¡Cómo! ¿Seréis tan ama-

ble que me permitáis?...—¿Acompañarme?... Se me figura que después de lo que habéis hecho por mí esta noche, tenéis un derecho irrecusable á ello, amigo mío. Por supuesto que si os halláis muy cansado...—¡Yo cansado, señorita! ¡Cansado para seguirlos! ¡Oh, con vos ó la señorita Mary iría al cabo del mundo!... ¡Cansado! ¡Nunca!

Berta se sonrió, y mirando de soslayo al baroncito, murmuró:—¡Lástima que no sea de los nuestros!

Pero luego añadió también sonriendo:

—No le hace: con el carácter que tiene, podrá hacerse de él lo que se quiera.—Creo que me estáis hablando, dijo el barón; sin embargo, no comprendo lo que decís.—Consiste en que os hablo muy quedo.—¿Y por qué me habláis así?—Porque lo que os digo, no es para dicho en voz alta; á lo menos ahora.—¿Y después? preguntó el mancebo.—Tal vez.

A su vez el mozo movió los labios como si fuera á hablar:—Podríais decirme, preguntó Berta, ¿qué significa esta pantomima?—Que yo también os hablo quedito; con la diferencia de que lo que digo os lo repetiría á voces si me atreviese.—Yo no soy una mujer como las demás, respondió Berta sonriéndose casi desdeñosamente; por lo tanto se me puede decir en alta voz cuanto se me hable por lo bajo.—Está muy bien: entonces os manifestaré que lo que os estaba diciendo, es que siento infinito veros arrostrar un peligro cierto, tan cierto como infructuoso.—¿De qué peligro estáis hablando, querido vecino? repuso Berta en tono casi zumbón.—Del mismo de que poco há os hablaba el doctor Roger; va á haber una sublevación en la Vendée.—¿De veras?—Presumo que no lo negaréis.—¡Yo! ¿Y á qué?—Vuestro padre y vos tomáis parte en ella.—Os olvidáis de mi hermana, dijo Berta riendo.—¡Ay! de nadie me olvido, contestó suspirando el mancebo.—Bien ¡y qué!—¿Y qué? Permitid que os diga á fuer de tierno y adicto amigo, que estáis en un error.—¿Podría saberse cuál es, tierno y adicto amigo? preguntó la doncella con cierto aire burlón.—El creer que la Vendée es en 1832 lo que fué en 1793, ó mejor, el creer que aun existe la Vendée.—Si no existe, peor para ella; afortunadamente existe todavía la nobleza; y hay una cosa que acaso ignoráis, caballero, pero que dentro de cinco ó seis generaciones sabrán vuestros nietos, y es que *nobleza obliga*.

El mancebo hizo un gesto; pero no contestó.

—Hablemos de otras cosas, si os parece, añadió Berta, pues

yo no os seguiría más en este terreno, y como decía el pobre Tinguy, vos no pertenecéis á nuestro partido, señor de Michel.—¿Pues de qué queréis que os hable? contestó el mancebo exasperado por el desabrimiento con que Berta le trataba.—¿De qué? De cualquier cosa; la noche es magnífica, habladme de la noche; la luna es brillante, habladme de la luna; las estrellas fulguran, habladme de las estrellas; el firmamento es purísimo, habladme del firmamento.

Y la joven quedó con los ojos fijos en el trasparente azul del cielo.

Michel exhaló un suspiro y siguió andando á su lado sin despegar los labios. ¿Qué habría podido decirle él, hombre de las ciudades y de los libros, ante aquella espléndida naturaleza cuya reina parecía Berta? ¿Acaso había estado como la doncella en contacto desde su infancia con todos los prodigios de la creación? ¿Por ventura había visto como ella todas las gradaciones que experimentan la aurora al rayar y el sol al ponerse? ¿por ventura conocía los misteriosos rumores de la noche? Cuando la alondra anunciaba el despertar de la naturaleza, ¿comprendía acaso el canto de la alondra? Cuando el ruiseñor llenaba de armonías la soledad y las tinieblas, ¿comprendía acaso su canto? Ciertó que nó: él conocía todas las ciencias que Berta ignoraba; pero en cambio ignoraba todas las cosas de la naturaleza que Berta conocía.

¡Ah! si la doncella hubiese querido hablar, ¡con qué religiosa atención la habría escuchado! Pero Berta calló: su corazón rebosaba de aquellas ideas que se manifiestan no con ruido y palabras, sinó con miradas y suspiros.

El estaba abstraído: soñaba despierto. Parecíale que iba al lado de la tierna Mary y no junto á su áspera y severa hermana, y en vez del aislamiento que á ésta fortalecía, sentía que Mary desfallecía gradualmente y se apoyaba en su brazo. ¡Ah! ¡Entonces sí que consideraba fácil la palabra; entonces sí que la hubiera dicho mil cosas de la noche, de la luna, de las estrellas y del firmamento! Con Mary habría sido maestro y señor; con Berta era discípulo y esclavo.

Hacia como un cuarto de hora que caminaban juntos sin despegar los labios, cuando de pronto Berta se detuvo indicando con un gesto á su compañero que le imitase.

Michel obedeció: con Berta debía obrar así.

—¿Oís? preguntó la doncella.—Nó, respondió el mancebo moviendo la cabeza.—Pues yo sí, añadió Berta con los ojos

centellantes y el oído atento.—¿Qué oís?—El paso de mi caballo y el del de Mary: vienen por mí; sin duda ha ocurrido alguna novedad.

Y púsose á escuchar de nuevo.

—Es Mary que me está buscando, añadió en seguida.—¿En qué lo habéis conocido? preguntó el mancebo.— En el galope de los caballos; hacedme el favor de doblar el paso.

El ruido que había llamado la atención de la joven iba aproximándose de un modo sensible, de manera que cinco minutos después se distinguió perfectamente un grupo que se destacaba de la oscuridad formado de dos caballos y una mujer montada en uno y llevando al otro del diestro.

—Bien decía yo que era mi hermana, dijo Berta.

En efecto, el barón había conocido á Mary, no tanto por su contorno que se delineaba perfectamente entre las tinieblas, como por los acelerados latidos de su corazón.

Echóse de ver que Mary también le había conocido en el ademán de sorpresa que hizo.

Como era natural, contaba encontrar á su hermana sola, ó acompañada de Rosina; pero de ningún modo con el barón.

Notó Michel la impresión que había causado en el ánimo de la doncella su inesperada presencia, y adelantóse diciéndola:

—Señorita, he encontrado á vuestra hermana que se dirigía á auxiliar á Tinguy, y á fin de que no se fuese sola la he acompañado.—Habéis obrado muy bien, caballero, contestó Mary.—No has comprendido, replicó Berta riendo: se figura que necesito excusarme, ó excusarse á sí mismo; es preciso tenerle alguna consideración. ¡Pobre muchacho! ¡su mamá le reprenderá de lo lindo!

Apoyándose luego en el arzón de la silla de Mary, le dijo:

—¿Qué hay de nuevo, Rubilla?—Que la intentona de Marsella ha fracasado.—Ya lo sé, y *Madame* ha vuelto á embarcarse.—Ahí está la equivocación.—¿Cómo que ahí está la equivocación?—Si: *Madame* ha manifestado que ya que se encuentra en Francia, no quiere salir más de ella.—¡De veras!—Y tanto, que á estas horas está en camino para la Vendée, si ya no se halla en ella.—¿Y quién te lo ha dicho?—Un mensajero que ha llegado esta noche al castillo de Montaigu mientras se celebraba la reunión y cuando todos empezaban ya á dudar del éxito de la empresa.—¡Esforzado corazón! exclamó Berta entusiasmada.—Así es que

papá ha vuelto á escape, y al saber donde estabas, me ha mandado que tomase los caballos y fuese á buscarte.—¿Sí? Pues ya me has encontrado, contestó Berta poniendo el pié en el estribo.—¡Cómo! exclamó Mary; ¿sin despedirte si quiera de tu pobre caballero?—Sí tal.

Y al tender la mano al mancebo, que se adelantaba abatido:

—¡Ah señorita Berta! dijo tomándole la mano, ¡soy muy desgraciado!—¿Por qué? le preguntó Berta.—Porque no soy de los vuestros, como poco há deciais.—¿Y quién os lo priva? repuso Mary tendiéndole también la mano.

El mancebo acudió solícito, y la besó con la doble pasión del amor y del reconocimiento.

—¡Ah! sí, sí, por vos y con vos, dijo en voz tan baja que sólo Mary pudiese oírle.

Pero la mano de esta fué en cierto modo arrancada de las del mancebo por un brusco movimiento del caballo. Berta había golpeado el suyo con el talón, descargando al propio tiempo un latigazo en la grupa del de su hermana. Caballos y jinetes desaparecieron al galope como sombras en la oscuridad.

El barón quedó solo é inmóvil en medio del camino.

—¡Adiós! gritó Berta.—¡Hasta la vista! añadió Mary.—¡Ah! sí, sí, exclamó el mancebo tendiendo los brazos á las dos fugitivas: sí, ¡hasta la vista! ¡hasta la vista!

No despegaron los labios las dos hermanas hasta llegar á la puerta del castillo. Entonces dijo Berta:

—Vas á reírte de mí, Mary.—¿Por qué? preguntó ésta estremeciéndose á pesar suyo.—Porque le amo, contestó la su hermana.

Mary estuvo á pique de exhalar un doloroso gemido; pero tuvo suficiente entereza para ahogarlo.

—Y le he dicho ¡hasta la vista! dijo para sí. ¡Quiera Dios que no le vea más!

## XII

## LA PRIMA DEL CONDE DE VOUILLÉ

Al día siguiente, 7 de mayo de 1832, celebrábase en el castillo de Vouillé el vigésimo cuarto aniversario del natalicio de la condesa de Vouillé, y entre los veinte y cinco ó veinte y seis convidados hallábanse sentados á la mesa el prefecto de Poitiers y el alcalde de Chatellerault, parientes más ó menos lejanos de la condesa.

Acabábase de comer la sopa, cuando de pronto entró un criado y dijo algunas palabras al oído al señor de Vouillé. Este hizo que se las repitiesen como si no se atreviese á dar crédito á sus oídos, y levantándose acto continuo, dijo á los convidados:

—Con vuestro permiso, señores, me tomo la libertad de ausentarme unos momentos, pues según acaban de decirme hay á la verja del castillo una señora recién llegada en silla de posta, que al parecer desea hablarme. ¿Me autorizáis para acceder á sus deseos?

Todos los comensales se apresuraron á manifestarle cortesmente su asentimiento, excepto la condesa que fué la única que no abrió los labios, siguiendo con la vista á su esposo, como poseída de cierto temor instintivo.

El Sr. de Vouillé se dirigió presurosamente á la verja, ante la cual estaba parado un carruaje, en el que iban dos personas: una mujer y un hombre; y junto al postillón un lacayo con librea azul celeste y galones de plata, quien al ver al señor de Vouillé saltó del pescante.

—¡Acabará de una vez, remolón! le dijo así que el conde estuvo á distancia conveniente para oírle.

Paróse éste admirado. ¿Quién era aquel criado que se tomaba la libertad de apostrofarle de semejante modo? Llegábase ya á él para reprenderle cual convenía, cuando de pronto exclamó soltando una recia carcajada:

—¡Cómo! ¿Tú, Lussac?—Yo, sí: ¿qué te asombra?—¿A qué viene esa mojiganga?

papá ha vuelto á escape, y al saber donde estabas, me ha mandado que tomase los caballos y fuese á buscarte.—¿Sí? Pues ya me has encontrado, contestó Berta poniendo el pié en el estribo.—¡Cómo! exclamó Mary; ¿sin despedirte si quiera de tu pobre caballero?—Sí tal.

Y al tender la mano al mancebo, que se adelantaba abatido:

—¡Ah señorita Berta! dijo tomándole la mano, ¡soy muy desgraciado!—¿Por qué? le preguntó Berta.—Porque no soy de los vuestros, como poco há deciais.—¿Y quién os lo priva? repuso Mary tendiéndole también la mano.

El mancebo acudió solícito, y la besó con la doble pasión del amor y del reconocimiento.

—¡Ah! sí, sí, por vos y con vos, dijo en voz tan baja que sólo Mary pudiese oírle.

Pero la mano de esta fué en cierto modo arrancada de las del mancebo por un brusco movimiento del caballo. Berta había golpeado el suyo con el talón, descargando al propio tiempo un latigazo en la grupa del de su hermana. Caballos y jinetes desaparecieron al galope como sombras en la oscuridad.

El barón quedó solo é inmóvil en medio del camino.

—¡Adiós! gritó Berta.—¡Hasta la vista! añadió Mary.—¡Ah! sí, sí, exclamó el mancebo tendiendo los brazos á las dos fugitivas: sí, ¡hasta la vista! ¡hasta la vista!

No despegaron los labios las dos hermanas hasta llegar á la puerta del castillo. Entonces dijo Berta:

—Vas á reírte de mí, Mary.—¿Por qué? preguntó ésta estremeciéndose á pesar suyo.—Porque le amo, contestó ella su hermana.

Mary estuvo á pique de exhalar un doloroso gemido; pero tuvo suficiente entereza para ahogarlo.

—Y le he dicho ¡hasta la vista! dijo para sí. ¡Quiera Dios que no le vea más!

## XII

## LA PRIMA DEL CONDE DE VOUILLÉ

Al día siguiente, 7 de mayo de 1832, celebrábase en el castillo de Vouillé el vigésimo cuarto aniversario del natalicio de la condesa de Vouillé, y entre los veinte y cinco ó veinte y seis convidados hallábanse sentados á la mesa el prefecto de Poitiers y el alcalde de Chatellerault, parientes más ó menos lejanos de la condesa.

Acabábase de comer la sopa, cuando de pronto entró un criado y dijo algunas palabras al oído al señor de Vouillé. Este hizo que se las repitiesen como si no se atreviese á dar crédito á sus oídos, y levantándose acto continuo, dijo á los convidados:

—Con vuestro permiso, señores, me tomo la libertad de ausentarme unos momentos, pues según acaban de decirme hay á la verja del castillo una señora recién llegada en silla de posta, que al parecer desea hablarme. ¿Me autorizáis para acceder á sus deseos?

Todos los comensales se apresuraron á manifestarle cortesmente su asentimiento, excepto la condesa que fué la única que no abrió los labios, siguiendo con la vista á su esposo, como poseída de cierto temor instintivo.

El Sr. de Vouillé se dirigió presurosamente á la verja, ante la cual estaba parado un carruaje, en el que iban dos personas: una mujer y un hombre; y junto al postillón un lacayo con librea azul celeste y galones de plata, quien al ver al señor de Vouillé saltó del pescante.

—¡Acabará de una vez, remolón! le dijo así que el conde estuvo á distancia conveniente para oírle.

Paróse éste admirado. ¿Quién era aquel criado que se tomaba la libertad de apostrofarle de semejante modo? Llegábase ya á él para reprenderle cual convenía, cuando de pronto exclamó soltando una recia carcajada:

—¡Cómo! ¿Tú, Lussac?—Yo, sí: ¿qué te asombra?—¿A qué viene esa mojiganga?

El fingido lacayo abrió la portezuela del coche, y presentando su brazo á la señora para que se apeara, le dijo:

—Querido conde, tengo el honor de presentarte á la señora duquesa de Berry; y dirigiéndose á la duquesa añadió: Señora duquesa, el señor conde de Vouillé, uno de mis mejores amigos y uno de vuestros más fieles servidores.

El conde retrocedió dos pasos, y exclamó pasmado:

—¡La señora duquesa de Berry! ¡Su Alteza Real!—La misma, contestó ésta.—¿No te alegras y enorgulleces de recibirla? le preguntó Lussac.—Tanto como cumple á un ardiente realista. Pero...—¡Cómo! ¿Hay un *pero*? preguntó la duquesa.—Hoy es el cumpleaños de mi esposa y tengo á la mesa veinte y cinco convidados.—No le hace, caballero; ya sabéis que hay un refrán, según el cual donde comen dos pueden comer tres; modificad un poco este proverbio, y decid por extensión que donde comen veinte y cinco, pueden caber veinte y ocho. Digo veinte y ocho, porque si bien el barón de Lussac es por el momento mi criado, confía sentarse á la mesa como los demás.—Sí, por cierto; me quitaré la librea, dijo el barón.

El Sr. de Vouillé estaba en ascuas.

—¿Qué hacer? exclamó, imedrados estamos!—Vamos á ver, dijo la duquesa; calmáos y hablemos razonablemente.—Pues á fe que el momento es oportuno, dijo el conde; estoy medio loco.—Supongo que no será de alegría, repuso la duquesa.—De terror, señora, de terror.—¡Oh! exageráis la situación.—Nada de eso, señora: vos no sabéis que tengo convidados al prefecto de Poitiers y al alcalde de Chatellerault.—¡Buena! Me presentaréis á ellos.—¿Y con qué título?—Con el de prima vuestra. ¿No tenéis una á cincuenta leguas de aquí?—¡Feliz idea!—¡Loado sea Dios!—Efectivamente tengo una prima en Tolosa, la señora de la Myre.—Pues, quedamos en que soy la señora de la Myre.

Volviéndose luego hacia el carruaje y ofreciendo el brazo á un anciano de sesenta á sesenta y cinco años que había permanecido oculto durante la conversación, le dijo:

—Venid, señor de la Myre. ¡Qué sorpresa para nuestro primo la de vernos llegar en el mismo día de cumpleaños de su esposa! Vamos, primo.

Y cogióse alegremente del brazo del conde.

—¡Adelante! contestó éste decidido ya á acometer la aventura que con tan buen humor iniciaba la duquesa.—¿Y yo?

exclamó el barón de Lussac desde el coche donde se quitaba la librea para ponerse una levita negra.—¿Quién serás tú? preguntó el conde.—¡Pardiez! seré el barón de Lussac, y si la señora duquesa lo permite, el primo de tu prima.—¡Hola, hola, señor barón! Me parece que os tomáis muchas libertades, dijo de pronto el anciano.—No importa, replicó la duquesa; ahora estamos en el campo.—En campaña, querréis decir, observó Lussac; y habiendo acabado de vestirse, añadió: Vamos.

Delante de todos el señor de Vouillé se dirigió sin vacilar al comedor. La dilatada ausencia del conde había acrecentado visiblemente la curiosidad de los convidados y la inquietud de su esposa, de modo que al abrirse la puerta todos los concurrentes volvieron la vista hacia los recién venidos, quienes no se desconcertaron á pesar del arduo papel que iban á representar.

—Querida amiga, dijo el conde á su mujer, muchas veces te he hablado de una prima mía que vive en los alrededores de Tolosa.—¿La señora de la Myre? preguntó vivamente la condesa.—La misma. Pues la señora de la Myre se traslada á Nantes, y no ha querido pasar por delante del castillo sin aprovechar la ocasión de conocerte. Da la casualidad que esto sucede en el día de tu cumpleaños, y no puedo menos de considerarlo como un agüero muy favorable.—¡Querida prima! exclamó la duquesa abriendo los brazos á la señora de Vouillé.

Abrazáronse ambas con extremada cordialidad, mientras el señor de Vouillé presentaba lacónicamente á los dos compañeros de la duquesa, con las palabras sacramentales:

—El señor de la Myre; el señor de Lussac.

Los circunstantes se inclinaron cortesmente.

—Ahora, dijo en seguida el señor de Vouillé, veamos si habrá sitio para los recién venidos, pues acaban de manifestarme que traen mucho apetito.

Todos se pusieron en movimiento; como la mesa era grande y los convidados estaban cómodamente, no fué difícil encontrar tres sitios.

—¿A no engañarme, primo, me habéis dicho que tenáis convidado al señor prefecto de Poitiers? preguntó la duquesa.—En efecto, señora; vedle allí á la derecha de la condesa, con anteojos, corbata blanca y la cinta de la Legión de honor en el ojal.—Hacedme el favor de presentármelo.

El señor de Vouillé pensó que empezada ya con tanta osadía la comedia, era preciso representarla hasta el fin, y en su consecuencia se dirigió al prefecto que estaba majestuosamente apoyado en el respaldar de su silla.

—Señor prefecto, le dijo, poseída mi prima de su tradicional respeto á la autoridad, considera que con vos no basta una presentación general y quiere seros presentada particularmente.—Y también *oficialmente*, primo, añadió la duquesa.—General, particular y oficialmente, respondió con galantería el funcionario, bienvenida sea la señora.—Mil gracias, caballero.—¿Os dirigís á Nantes, señora? añadió el prefecto para decir algo.—Sí, señor, y de allí á París; por lo menos así cuento hacerlo, Dios mediante.—¿No será la primera vez que vais á la capital?—Nó por cierto; he vivido en ella doce años.—¿Y os ausentasteis?—Muy á pesar mío, os lo aseguro.—¿Hace mucho tiempo?—Dos años hará por julio.—Concibo muy bien que cuando se ha vivido en París...—Se desé volver á él; huélgome de que así lo comprendáis.—¡Oh! ¡París! ¡París! exclamó el funcionario.—Tenéis razón, es el paraíso del mundo, repuso la duquesa.

Y volvió repentinamente el rostro, porque sintió que una lágrima humedecía sus párpados.

—¡Ea! ¡la mesa! dijo el señor de Vouillé.—Querido primo, añadió la duquesa dirigiendo una mirada al sitio que se la destinaba, os ruego que me coloquéis al lado del señor prefecto, pues acaba de hacer tan fervientes votos por lo que más anhelo en este mundo, que desde luego se ha captado mi simpatía.

Satisfecho con este cumplido, apresuróse el prefecto á retirar la silla, y *Madame* se sentó á su izquierda, en perjuicio de la persona que hasta entonces había ocupado aquel honorífico sitio. Los dos hombres de su séquito ocuparon sin replicar los asientos que se les designaron, y luego empezaron á comer con buen apetito, en especial el señor de Lussac. Los demás imitaron el ejemplo de éste, reinando por un momento el solemne silencio propio del principio de una comida impacientemente esperada.

*Madame* fué la primera que lo rompió. Su carácter aventurero la asemejaba al ave marina: gozábale en la borrasca.

—Diríase que nuestra llegada ha cortado la conversación; nada hay más triste que una comida silenciosa; yo odio esas comidas, querido conde, os lo advieto; se parecen á aque-

llos banquetes de las Tullerías, en que según dicen sólo se hablaba cuando lo había hecho el rey. Antes de llegar nosotros se estaba conversando: ¿de qué se trataba?—El señor prefecto, dijo el de Vouillé á la duquesa, ha tenido la amabilidad de proporcionarnos algunos datos oficiales acerca de *la intentona* de Marsella.—¿Cómo *intentona!* replicó la duquesa.—Son sus palabras textuales.—Y en realidad las más adecuadas al asunto: ¿qué otro nombre puede darse á una expedición en que basta que un subteniente del 13.º de línea prenda á un caudillo de los sediciosos para que la sublevación se vuelva agua de cerrajas?—¡Pero por Dios, señor prefecto! contestó abatida la duquesa; en todos los grandes acontecimientos hay siempre un instante decisivo en que el destino de los magnates y de los imperios vacila como una hoja al soplo del viento. De seguro que si cuando en Lamuré se adelantó Napoleon hacia los soldados que se mandaron para perseguirle un subteniente cualquiera le hubiese cogido, el regreso de la isla de Elba tampoco habría sido más que una intentona.

Tras estas palabras hubo un momento de silencio: la duquesa las profirió con acento de convicción.

—¿Y á todo esto, añadió, qué se sabe de la duquesa de Berry?—Ha vuelto á embarcarse en el *Carlos Alberto*.—¿Sí?—Me parece, añadió el prefecto, que es el partido más razonable que podía haber tomado.—Así lo creo, dijo el anciano que acompañaba á la duquesa y hablaba entonces por primera vez: si yo hubiese tenido el honor de encontrarme cerca de Su Alteza y ella se hubiese dignado escucharme, le habría dado sinceramente este consejo.—No hablo con vos, señor marido; hablo con el señor prefecto y me tomo la libertad de preguntarle si está bien seguro de que S. A. R. se haya reembarcado.—Señora, contestó el prefecto añadiendo á sus palabras uno de esos gestos de admiración que no admiten replica, el gobierno tiene conocimiento de ello por conducto oficial.—¡Ah! Ya es otra cosa, repuso la duquesa; si el gobierno lo sabe *oficialmente*, no hay que dudar de ello. Sin embargo, añadió luego aventurándose en un terreno más resbaladizo todavía, me habían informado de muy distinto modo.—¡Señor! dijo el anciano con cierto aire de reconvencción.—¿Y qué os habian dicho, querida prima? preguntó el señor de Vouillé que empezaba ya á aficionarse á aquellos alardes de osadía como un jugador atrevido á desafiar los caprichos del azar.—Y

¿qué os habían dicho, señora? repitió el prefecto.—Ya os haréis cargo, señor prefecto, de que no puedo daros una versión oficial; sólo os transmitiré un rumor que tal vez carece de sentido común.—¡Señora de la Myre! exclamó el anciano.—¿Qué se os ofrece, señor de la Myre?—¿Sabéis que se me antoja, señora, observó el prefecto, que vuestro marido es un importuno? Apostaría cualquier cosa que es él quien se opone á que volváis á París.—Precisamente: pero confío efectuarlo mal que le pese. Lo que la mujer quiere....—¡Oh! las mujeres! exclamó el funcionario público.—¿Qué más? preguntó la duquesa.—Nada, nada; espero que tendréis la amabilidad de explicarnos esos rumores de que nos hablabais poco há.—¡Ah! ¡No vale la pena! Había oído decir, y observad que no hago más que contaros un rumor; había oído decir que la duquesa de Berry, sin hacer caso de los reiterados consejos de cuantos la rodeaban, se había negado obstinadamente á reembarcarse.—Pero si fuese así ten dónde querriáis que estuviese?—En Francia.—¿En Francia? ¿Y con qué designio?—¡Cáspita! no ignoráis que el objeto de todos sus afanes y esperanzas era en primer lugar la Vendée.—Ciertamente; pero frustrado el movimiento en el Mediodía...—Razon más para probar fortuna en la Vendée.

El prefecto se sonrió desdeñosamente.

—¿Creéis pues en el reembarque de *Madame*?—Y puedo afirmaros, respondió el funcionario, que á estas horas se halla en los estados del rey de Cerdeña á quien Francia no dejará de pedir las oportunas explicaciones sobre el particular.—¡Pobre rey de Cerdeña! Se me figura que su explicación será muy sencilla.—¿Cuál?—Ya sabía yo que mi prima era una atolondrada, mas nunca hubiera creído que llegase su locura hasta este punto.—¡Señora! ¡Señora! exclamó el anciano.—Vamos á ver: ¿queréis dejarme en paz, señor de la Myre? Me lisonjeo de que si bien os oponéis muy á menudo á mi voluntad, me haréis por lo menos el obsequio de respetar mis opiniones, que por otro lado no dudo son las mismas que las del señor prefecto. ¿Es verdad, señor prefecto?—Lo que veo de verdad en todo esto, contestó riendo el aludido, es que Su Alteza ha obrado en este asunto con una ligereza inconcebible.—¿De veras? contestó la duquesa; ¿qué diríais pues si se realizasen los rumores de que os hablaba poco há?—Pero ¿por dónde queréis que vaya á la Vendée?—¡Toma! eso es lo de menos. Por la prefectura de vuestro

vecino, por la vuestra, por ejemplo: dicen que la han visto y conocido en Tolosa mientras cambiaba el tiro delante del correo y en coche descubierto.—¡Diantre! exclamó el prefecto: eso seria demasiado!—Más que demasiado, increíble, contestó la duquesa.—Y tan increíble, añadió el conde, que el señor prefecto no cree una palabra de todo eso.—Ni una palabra, repuso el prefecto recalcando los términos con marcada intención.

Abrióse al propio tiempo la puerta del comedor y entró un criado del conde anunciando que acababa de llegar un portero de la prefectura, portador de un parte telegráfico recién llegado de París para el primer funcionario del departamento.

—¿Permitis que entre? dijo el prefecto al conde de Vouillé.

—Con mucho gusto, contestó el dueño de la casa.

Entró el portero y entregó un pliego cerrado al prefecto, quien se inclinó solicitando la venia de los concurrentes para abrirlo.

Reinaba un profundo silencio; todas las miradas estaban clavadas en el funcionario. *Madame* hacía señas al señor de Vouillé, que se sonreía con disimulo, al señor de Lussac, que lo hacía sin rebozo, y á su fingido esposo que conservaba una gravedad inalterable.

—¡Cáscaras! exclamó de pronto el prefecto mientras la indiscreta turbación de sus facciones revelaba claramente su sorpresa.—¿Qué pasa? preguntó el señor de Vouillé.—Que la señora tenía mucha razón al decir que Su Alteza Real no había salido de Francia, puesto que se dirige á la Vendée por Tolosa, Libourne y Poitiers.

Y así diciendo se levantó.

—¿Adónde vais, señor prefecto? preguntó la duquesa.—A cumplir mi deber por penoso que sea; á ordenar que sea detenida Su Alteza Real, dado caso que como dice el parte de París haya tenido la imprudencia de pasar por mi departamento.—Id en buen hora, señor prefecto, contestóle la señora de la Myre; no puedo menos de aplaudir vuestro celo y de aseguraros que me acordaré de él cuando llegue la ocasión.

Tendióle en seguida la mano y besóla con galantería el prefecto, no sin que éste y el señor de la Myre cruzasen una mirada para solicitar y conceder respectivamente el oportuno permiso.

podrías decirme quiénes son esas Lobas.—Os diré lo que sé.—Es cuanto puedo exigirlos.

Apoiada entonces la mano en el arzón de la silla, el conde de Bonneville relató á Petit-Pierre la especie de leyenda que circulaba en el Loira-Inferior y en los departamentos circunvecinos acerca de las dos herederas del marqués de Souday, sus cazas de día, sus correrías nocturnas, y las jaurías de fantásticos ladridos con las cuales perseguían los lobos y los jabalíes. Encontrábase el conde en lo más dramático de la leyenda, cuando de repente descubrió las torrecillas del castillo de Souday, é interrumpiendo su relato anunció á su compañero que habían llegado al término del viaje. Figurándose Petit-Pierre que iba á ver alguna cosa por el estilo de las brujas de Macbeth, aplababa á todo su valor para entrar en el terrorífico castillo, cuando al doblar el sendero avistó á la puerta del mismo dos sombras blancas que al parecer estaban esperando, y detrás de ellas á un hombre de rudo semblante y rústico traje con una antorcha en la mano. Petit-Pierre dirigió una medrosa mirada á Berta y á Mary, que advertidas por el barón, habían salido á recibir á los dos viajeros, y vió á dos doncellas encantadoras, rubia la una, de ojos azules y rostro angelical, la otra de ojos y cabellos negros, altivo semblante, y ambas de bondadosa y risueña fisonomía. Apocóse Petit-Pierre y acercóse con Ramo de oro á las jóvenes.

—Señoritas, mi amigo el barón Michel me ha hecho concebir la esperanza de que el marqués de Souday vuestro padre se dignaría concedernos hospitalidad.—Mi padre está ausente, caballero, contestó Berta; y puedo aseguraros que sentirá infinito no haberos podido recibir él mismo, pues es muy amante de esta virtud, y son hoy día muy raras las ocasiones de practicarla.—Pero no sé, señorita, si Michel os ha dicho que esta hospitalidad puede ser peligrosa, pues mi joven camarada y yo estamos casi proscritos, y quizá la persecución sea la única recompensa del asilo que nos ofrecéis.—Venís en nombre de una causa que es la nuestra, caballero; os habríamos recibido aunque hubieseis sido extraños para nosotras; proscritos y realistas, bienvenidos seáis, aunque entren con vosotros la muerte y la ruina en nuestra pobre morada. Si mi padre estuviese aquí os hablaría en los mismos términos.—El barón Michel os habrá dicho mi nombre; faltame haceros saber el de mi compañero.—No os lo preguntamos, caballero; vuestra calidad vale para nos-

otras mucho más que vuestro nombre, cualquiera que sea, pues sois realistas y estáis proscritos por una causa en cuya defensa, aunque mujeres, derramaríamos nuestra sangre. Entrad en esta casa, que en verdad no es rica ni suntuosa, pero en la cual hallaréis discreción y fidelidad.

Y con nobilísimo ademán invitó Berta á los forasteros á traspasar los umbrales del castillo.

—Bendito sea S. Julián, dijo Petit-Pierre al oído de Bonneville, hé aquí en una pieza el castillo y la choza entre las cuales queríais que eligiese. Estoy altamente prendada de las Lobas.

Luego traspuso la poterna inclinándose leve y graciosamente la cabeza ante las dos hermanas. El conde de Bonneville la siguió. Mary y Berta hicieron un amistoso saludo á Michel, y ésta le tendió la mano; pero Juan Oullier empujó tan violentamente la puerta, que el pobre muchacho no tuvo tiempo para cogerla. Quedóse parado algunos momentos contemplando las torrecillas del castillo que se destacaban sobre el fondo oscuro del firmamento y las ventanas que se iluminaban sucesivamente, y alejóse.

En cuanto hubo desaparecido, salió de los matorrales un personaje que había asistido á esta escena llevado de un interés muy distinto del que animaba á los demás actores. Era Courtin, quien después de cerciorarse de que no había nadie en torno, siguió el camino por el cual se había marchado su amo para volver á la Logerie.

Las dos de la madrugada serían cuando el baroncito llegó al extremo de la avenida que conducía al castillo de la Logerie. Sosegado estaba el aire, y el silencio de la noche, turbado tan sólo por el sordo murmullo de los álamos, habíale sumido en un profundo ensimismamiento. Ocioso es decir que pensaba en las dos hermanas, y especialmente en Mary, quien le inspiraba tanto amor como respeto.

Mas cuando al extremo de una oscura alameda, bajo cuya frondosa bóveda andaba, divisó á quinientos pasos de distancia las ventanas del castillo, en las que rielaba la luna, desvaneciéronse las lisonjeras ilusiones del pobre barón, tomando sus ideas una dirección más positiva. A los dos encantadores semblantes que hasta entonces le acompañaran en su solitario paseo, sucedió en su imaginación el severo rostro de su madre, y ya sabemos el temeroso respeto que la baronesa infundía á su hijo.

El joven se paró. Si por aquellos alrededores hubiese encontrado una casa ó una posada donde albergarse, era tal su temor, que no habría vuelto al castillo hasta el día siguiente. Era la primera vez, nó que dormía fuera de casa, sino que se atrevía á regresar tan tarde, y conocía instintivamente que su madre sabía su ausencia y le estaba esperando. ¡Qué contestar cuando le preguntase de dónde venía.

Sólo Courtin podía proporcionarle un asilo; pero entonces habría sido preciso revelárselo todo, y el joven no ignoraba cuán peligroso es tomar por confidente á un hombre como Courtin. Decidióse pues á arrostrar el enojo maternal, como el reo que no pudiendo obrar de otro modo se decide á arrostrar el cadalso, y siguió andando; mas á medida que se acercaba al castillo sentía decaer su ánimo.

Cuando se encontró al extremo de la avenida y tuvo que andar al descubierto por el césped; cuando vió la ventana del aposento de su madre que se destacaba en la oscura fachada del castillo, el valor le abandonó por completo. No le habían engañado sus presentimientos: la baronesa le estaba aguardando.

Desvanecida la resolución del mancebo, movió el miedo todos los resortes de su imaginación, y le sugirió la idea de recurrir á un ardid con el cual podía, si no eludir la cólera de su madre, á lo menos retardar su explosión. Torció á la izquierda, y siguiendo un seto llegó á la pared de la huerta, la escaló, atravesó el huerto y pasó por la puerta que daba al parque. Una vez allí, gracias al espeso follaje podía acercarse al castillo sin ser visto. Hasta entonces todo había ido á pedir de boca; pero aun quedaba lo más difícil: era encontrar una ventana que los criados hubiesen dejado abierta, para penetrar en la casa y luego en su aposento.

El castillo de la Logerie consistía en un gran cuerpo cuadrado y flanqueado por cuatro torrecillas de idéntica forma. La cocina y sus dependencias eran subterráneas, los salones estaban en los bajos, los aposentos de la baronesa en el primer piso, y los de su hijo en el segundo.

Michel dió la vuelta á tres lados del castillo andando de puntillas y pegado á la pared, empujando con tiento todas las ventanas y puertas, mas puertas y ventanas permanecieron inmóviles. Faltaba explorar la fachada, lo cual era más peligroso, pues además de que en aquel lado no había la arboleda que rodeaba el resto del castillo, estaba abierta

la ventana del dormitorio de la baronesa. Con todo, pensando Michel que lo mismo daba ser reconvenido fuera que dentro, resolvió llevar á cabo su intento. Empezaba por lo tanto á asomar la cabeza por la esquina de la torrecilla y disponíase á doblarla, cuando de pronto divisó una sombra que se deslizaba cautelosamente por el césped: esta sombra indicaba la presencia de un cuerpo. Michel se detuvo, y observando con suma atención al recién venido, vió que tomaba el camino que él también hubiera seguido si hubiese pensado entrar directamente en el castillo; echóse atrás y agachóse á la sombra de la torrecilla. Entre tanto el hombre iba acercándose, y cuando sólo estuvo á cincuenta pasos del castillo, Michel oyó sonar en la ventana la voz áspera de su madre, y alegróse de no haber pasado por allí como aquel sugeto.

—¿Sois vos, Michel? preguntó la baronesa. —Nó, señora, nó; respondió una voz que el mancebo con medrosa admiración conoció ser la del colono; en verdad que honráis sobremanera al pobre Courtin tomándole por el señor barón. —¡Santo Dios! exclamó la baronesa, ¿qué os trae? —¡Ah! sospecháis que algo importante ha de haber para venir á estas horas, ¿no es cierto, señora baronesa? —¿Le ha sucedido á mi hijo alguna desgracia?

El mancebo oyó pronunciar estas palabras á su madre con un acento tan angustiado, que se conmovió hondamente é iba ya á salir de su escondite para tranquilizarla; pero la respuesta casi inmediata de Courtin le hizo desistir de su buen propósito y volvió á colocarse tras la esquina.

—¡Quiá, señoral contestó el colono; el mozo (si me es lícito llamar así al señor barón) está bueno y sano á Dios gracias, hasta ahora por lo menos. —¡Cómo! ¿hasta ahora? exclamó la baronesa. ¿Está próximo á correr algún peligro? —¡Pse! dijo Courtin, ello dirá. No seré yo ciertamente quien afirme lo contrario, si se deja engatusar por esas maulas que el diablo se lleve; y para precaver esta desgracia me he tomado la libertad de veniros á encontrar á media noche, seguro por otra parte de que habiendo notado la ausencia del señor barón no estaríais acostada todavía. —Y habéis hecho bien, Courtin; pero sepamos, ¿sabéis dónde está ese infeliz?

Courtin miró en derredor y contestó:

—Extraño á fe que aun no haya vuelto; he tomado á propósito el camino para dejarle el atajo que es un cuarto de

legua más corto. — Pero ¿de dónde viene? ¿En dónde estaba? ¿Por qué anda por el campo á las dos de la madrugada sin tener en cuenta mi zozobra, sin pensar que pone en peligro su salud y la mía? — Señora baronesa, dijo Courtin, ¿no os parece que son muchas preguntas esas para contestarlas todas desde aquí, al raso?

Y añadió bajando la voz:

— Es tan grave lo que tengo que deciros, señora baronesa, que os conviene mucho oírlo en vuestro aposento; á más de que si el señorito no ha llegado todavía al castillo, no puede tardar, añadió el colono dirigiendo una inquieta mirada en derredor, y no me gustaría que supiese que le sigo los pasos aunque sea por su bien y sobre todo por prestaros un servicio. — Entrad pues, exclamó la baronesa, tenéis razón, entrad pronto. — Perdonad, señora baronesa; pero ¿por dónde? — Es verdad; la puerta está cerrada. — Si la señora baronesa tuviese la bondad de echarme la llave... — Está en la cerradura por la parte de dentro. — ¡Ah! ¡entonces!... — Para ocultar á la servidumbre los extravíos de mi hijo, he hecho que se acostasen los criados; pero esperad, voy á llamar á la doncella. — No hagáis tal, señora baronesa, repuso Courtin; no hay necesidad de mezclar á nadie en nuestros secretos. Además, me parece que las circunstancias son bastante graves para que la señora baronesa pueda prescindir por esta vez de la etiqueta. Bien sabe todo el mundo que no os corresponde abrir la puerta á un pobre colono como yo; pero una golondrina no hace verano y estamos en un caso excepcional que lo disculpa todo. Si todos duermen, mejor que mejor, de este modo no nos importarán los curiosos. — En verdad que me ponéis en cuidado, Courtin; respondió la baronesa contenida en efecto por un sentimiento de orgullo pueril que no se ocultó al colono; esperad, estoy resuelta.

La baronesa se retiró de la ventana, y al cabo de algunos instantes Michel oyó rechinar la llave y los cerrojos de la puerta del castillo. Al principio escuchó lleno de angustia; pero luego observó que su madre y Courtin llevados de su preocupación habían entrado sin acordarse de volver á cerrar aquella puerta que con tanta dificultad acababa de abrirse.

Esperó algunos segundos á fin de darles tiempo para llegar á los pisos superiores, y corriendo á lo largo de la pared subió las gradas de la fachada, empujó la puerta que giró sobre sus goznes sin hacer el menor ruido y encontróse en el

vestíbulo. Su primer proyecto había sido entrar en su cuarto y allí esperar los acontecimientos que pudiesen sobrevenir fingiendo que dormía, en cuyo caso habría sido difícil precisar la hora de su regreso y hasta habría podido salir del apuro recurriendo á una mentira audaz; mas las cosas habían cambiado mucho desde que había tomado aquella determinación, pues Courtin le había seguido, y sabía indudablemente la guarida del conde de Bonneville y su compañero.

Al hacerse esta reflexión, Michel se olvidó por un momento de sí mismo para no pensar sino en la seguridad de su amigo á quien el colono con sus harto conocidas opiniones podía comprometer bastante. En lugar de subir al segundo piso, detúvose en el primero; en vez de subir á su aposento, escurrióse pasito á paso á lo largo del corredor hasta el cuarto de su madre, á cuya puerta se puso á escuchar.

— ¿Con que creéis, Courtin, preguntaba la baronesa, creéis seriamente que mi hijo ha caído en las redes de esas miserables? — Estoy seguro de ello, señora, y temo que os cueste mucho librarle de ellas. — ¡Unas muchachas sin blanca! — ¡Caramba! Su linaje es de los más ilustres del país, señora baronesa, dijo Courtin para sondear el terreno; y para vosotros los nobles, eso no es un grano de anís, á lo que parece. Aparte el respeto que os debo, señora baronesa, se me antoja que el señorito aun no lo ha reflexionado muy bien, ni sabe á punto fijo el sentimiento que le inspiran esas damiselas; pero estoy seguro, eso sí, de que va á comprometerse de otro modo y muy gravemente. — ¿Qué quereis decir, Courtin? — ¡Diantre! respondió el colono, yo, señora baronesa, os amo y respeto, y sentiría en el alma verme en la necesidad de prender á mi amo el señor barón.

Michel se estremeció al oír estas palabras; pero más se conmovió la baronesa.

— ¡Prender á Michel! exclamó la baronesa irguiéndose; me parece que os permitís ser descomedido, maese Courtin. — ¡Libreme Dios, señora baronesa! — Pero... — Es verdad que soy vuestro colono, continuó Courtin haciendo con la mano á la altiva matrona una señal para que se calmase; estoy obligado á daros cuenta exacta de las cosechas, pues os toca la mitad de ellas, y á pagaros puntualmente el arriendo, lo cual hago lo mejor que puedo á pesar de los malos tiempos; pero antes que colono vuestro, soy ciudadano y alcalde, y en

este concepto tengo deberes que cumplir, señora baronesa, por más que me pese.—¿Qué historia me estáis contando, maese Courtin? ¿Qué tiene que ver mi hijo con vuestra calidad de ciudadano y de alcalde?—¿Qué tiene que ver! Mucho señora baronesa: vuestro hijo está en relaciones con los enemigos del Estado.—No ignoro, repuso la baronesa, que el señor marqués de Souday tiene opiniones muy exageradas; pero no se me alcanza que los amores de Michel con alguna de sus hijas puedan llegar á constituir un delito para él.—Esos amores le llevarán más lejos de lo que creéis, señora baronesa; yo soy quien os lo dice; bien sé que no ha hecho más que meter el pico en el agua turbia que se agita en torno suyo, pero eso basta y sobra para ofuscarle la vista.—¡Eal basta de metáforas y vamos claros, Courtin...—Corriente, señora baronesa, voy á deciros lisa y llanamente la verdad. Esta noche, después de presenciar la muerte del viejo chuan Tinguy á riesgo de traer al castillo la fiebre maligna y después de haber acompañado á su casa á la mayor de las Lobas, el señor barón ha servido de guía á dos aldeanos, que ¡Dios me perdone! tanto tenían de aldeanos como yo de caballero, acompañándoles al castillo de Souday.—¿Quién os lo ha dicho, Courtin?—Yo que lo he visto, señora baronesa: tengo buenos ojos y les doy crédito.—Pero ¿quiénes son según vuestro parecer aquellos dos aldeanos?—El uno, ¡lo juraría con la mano en el fuego! era el conde de Bonneville, chuan rematado, no hay que negármelo, pues ha estado mucho tiempo en el país y le he conocido; en cuanto al otro...—Acabad.—El otro, si no me engaño, es algo más todavía.—Sepamos, Courtin.—Nada, nada, señora baronesa; si es preciso, y no dudo que lo será, diré su nombre á quien corresponda.—¿Cómo! ¿Acaso pensáis delatar á mi hijo? exclamó la baronesa asombrada al oír el tono del labriego, comunmente tan humilde con ella.—En efecto, señora baronesa, contestó Courtin con aplomo.—¿Es posible?—Y tanto, señora baronesa, que ya estaría caminando para Montaigu y quizá para Nántes, si no hubiese querido venir primero á advertiros que velaseis por la seguridad del señor barón.—Pero aun suponiendo que Michel no esté complicado en este asunto, dijo vivamente la baronesa, vais á comprometerme con mis vecinos y á atraer tal vez terribles represalias sobre la Logerie.—Defenderemos la Logerie, señora baronesa.—Courtin...—¡Oh! Yo ví la gran guerra, señora baronesa; aunque entonces era chicuelo, me

acuerdo de ella, y á fe de Courtin, tengo muy pocas ganas de volverla á ver. No me daría mucho gusto ver mis veinte fanegas de tierra convertidas en campo de batalla y mis mieses devoradas por unos y quemadas por otros; tampoco me gustaría tener que restituir los bienes nacionales, cosa que no dejará de suceder si triunfan los blancos. De mis veinte fanegas, las cinco proceden de bienes de emigrados, han sido bien compradas y pagadas, y forman la cuarta parte de mi hacienda. ¡En fin! el gobierno cuenta conmigo y quiero justificar su confianza.—Todo eso está muy puesto en razón, Courtin; pero me parece que el asunto no es tan grave como os figuráis, replicó la baronesa á punto ya de descender á la súplica.—Gravísimo, señora baronesa; soy un rústico campesino; mas para el caso valgo tanto como otro cualquiera, porque soy muy amigo de escuchar y tengo el oído muy sutil; el país de Netz está agitado, y por poco que se atice el fuego, la efervescencia será general.—Os equivocáis, Courtin.—No tal, señora baronesa, no tal. ¡Cuando os digo que sé lo que sé! Los nobles se han reunido tres veces ¡vaya! Una en el castillo de Souday, otra en casa de ese á quien llaman Luis Renaud, y otra en casa del conde de Saint-Arnaud; todas esas reuniones huelen á pólvora, señora baronesa. A propósito: hay dos quintales de pólvora y una cantidad más que regular de sacos de balas en casa del párroco de Montbers; por último, y esto ya es más grave... ¡qué diantre! ya que es preciso ser claros... se está esperando en el país á la duquesa de Berry, y por lo que acabo de ver, creo tal vez no la hayan de esperar mucho tiempo.—¿Por qué?—Porque presumo que ya está aquí.—¡Cielos! ¿En dónde?—En el castillo de Souday, ¡pardiez!—¿En el castillo de Souday?—Sí, al cual la ha acompañado indudablemente esta misma noche el señor barón.—¡Michel! ¡Ah! ¡Infeliz! Vos nada diréis ¿no es verdad, Courtin? Lo quiero, os lo mando. Pero nó; el gobierno ha tomado medidas, y si la duquesa intentase entrar en la Vendée sería detenida antes de llegar.—Lo cierto es que ya está en ella, señora baronesa.—Razón más para que nada digáis.—¡Ya! y perderé la gloria y los beneficios de semejante captura, sin contar que si dejo que otro lo verifique, entretanto arderá el país y correrá sangre. Nó, señora baronesa, no puede ser.—¿Qué haré ¡gran Dios! qué haré?.....—Oíd, señora baronesa, dijo Courtin, voy á deciros lo que hay que hacer.—Hablad, Courtin, hablad.—Como

sin dejar de ser buen ciudadano quisiera seguir portándome como celoso y leal servidor vuestro; como espero que en pago de lo que haga por vos me cederéis el arriendo de las tierras con condiciones aceptables, callaré el nombre del señorito; pero por vuestra parte procurad que en lo sucesivo no vuelva á meterse en semejante berengenal, pues si esta vez podemos sacarle bien librado, podría ser muy bien que la segunda....—Perded cuidado, Courtin.—Ya, pero... señora baronesa, murmuró el colono.—¿Qué más?—¡Caramba! No me atrevo á dar un consejo á la señora baronesa, pues nó me corresponde.—Hablad, Courtin, hablad.—Tengo para mí que lo mejor sería decidirle con ruegos ó amenazas á trasladarse á París.—Sí, Courtin.—Sí, pero él no querrá.—Hará lo que yo mande.—Dentro de un año cumplirá veinte y uno: poco le falta para ser mayor de edad.—Yo os aseguro que partirá, Courtin; mas ¿qué tenéis?

En efecto, el colono escuchaba atentamente hacia la puerta.—Me parece haber oído pasos en el corredor.—Cercioraos. Courtin cogió la luz y salió.

—No hay nadie, dijo al volver; y sin embargo, he oído pasos.—¿En dónde creéis que puede estar á estas horas ese cuitado?—¿Qué sé yo! Quizás en mi casa esperándome; el señorito tiene en mí mucha confianza, y no sería esta la primera vez que viniese á comunicarme sus disgustillos.—Tenéis razón, Courtin; podría ser. Idos á casa y sobre todo no olvidéis vuestra promesa.—Ni vos tampoco, señora; si vuelve, arrestadle, no le déis ocasión de volverse á ver con las Lobas, pues entonces...—¿Qué, Courtin?—No me admiraría de saber que el día menos pensado anda por ahí con el fusil al hombro.—¡Ah! ese muchacho me matará á pesares. ¡En mal hora tuvo mi marido la idea de volver á este maldito país!—Sí, en mal hora, señora baronesa, sobre todo para él.

La baronesa bajó tristemente la cabeza al evocar Courtin este recuerdo, y el colono se marchó después de explorar los alrededores cerciorándose de que nadie podía verle salir del castillo.

## XIV

## DIPLOMACIA DE COURTIN

Apenas había andado Courtin doscientos pasos, cuando oyó un ligero ruido en los matorrales; apartóse con presteza, y poniéndose en guardia con un bastón que en la mano llevaba, gritó:

—¿Quién va?—Amigo, contestó una voz juvenil, apareciendo á la orilla del sendero el que acababa de pronunciar esta palabra.—¡El señor barón! exclamó el colono.—El mismo, Courtin.—¿Adónde vais á estas horas? ¿Qué diría la señora baronesa si supiese que aun andáis por el campo? preguntó el colono fingiendo sorpresa.—Pues ahí verás, Courtin.—¡Caramba! contestó el colono con bellaquería; sin embargo, es de suponer que el señor barón tendrá sus razones para obrar de este modo.—Sí, y en tu casa las sabrás.—¡En mi casa! ¡Vos en mi casa! exclamó Courtin atónito.—¿Te niegas á recibirme en ella?—Ni pensarlo. ¿Cómo he de negaros la entrada en una casa que al fin y al cabo os pertenece?—Entonces, como ya es tarde, no perdamos tiempo; echa á andar; te sigo.

Courtin obedeció, aunque receloso del tono imperativo de su amo; y á unos cien pasos después de subir una escalera, atravesó el huerto y entró en la sala baja del cortijo, la cual servía de sala común y de cocina; allí reunió algunos tizones del hogar, y cogiendo uno que aun ardía, soplólo, encendió una vela de cera amarilla y la dejó sobre la chimenea. Solo entonces, y á la luz de aquella bujía reparó en lo que no había podido observar á la claridad de la luna: que Michel estaba pálido como un muerto.—¡Ah! ¿Qué tenéis, señor barón?—Courtin, respondió éste frunciendo el ceño, he oído tu conversación con mi madre.—¡Hola! exclamó sorprendido el colono.

Mas luego se repuso y preguntó:

—¿Y qué?—Tú abrigas grandes deseos de conseguir la

sin dejar de ser buen ciudadano quisiera seguir portándome como celoso y leal servidor vuestro; como espero que en pago de lo que haga por vos me cederéis el arriendo de las tierras con condiciones aceptables, callaré el nombre del señorito; pero por vuestra parte procurad que en lo sucesivo no vuelva á meterse en semejante berengenal, pues si esta vez podemos sacarle bien librado, podría ser muy bien que la segunda....—Perded cuidado, Courtin.—Ya, pero... señora baronesa, murmuró el colono.—¿Qué más?—¡Caramba! No me atrevo á dar un consejo á la señora baronesa, pues nó me corresponde.—Hablad, Courtin, hablad.—Tengo para mí que lo mejor sería decidirle con ruegos ó amenazas á trasladarse á París.—Sí, Courtin.—Sí, pero él no querrá.—Hará lo que yo mande.—Dentro de un año cumplirá veinte y uno: poco le falta para ser mayor de edad.—Yo os aseguro que partirá, Courtin; mas ¿qué tenéis?

En efecto, el colono escuchaba atentamente hacia la puerta.—Me parece haber oído pasos en el corredor.—Cercioraos. Courtin cogió la luz y salió.

—No hay nadie, dijo al volver; y sin embargo, he oído pasos.—¿En dónde creéis que puede estar á estas horas ese cuitado?—¿Qué sé yo! Quizás en mi casa esperándome; el señorito tiene en mí mucha confianza, y no sería esta la primera vez que viniese á comunicarme sus disgustillos.—Tenéis razón, Courtin; podría ser. Idos á casa y sobre todo no olvidéis vuestra promesa.—Ni vos tampoco, señora; si vuelve, arrestadle, no le déis ocasión de volverse á ver con las Lobas, pues entonces...—¿Qué, Courtin?—No me admiraría de saber que el día menos pensado anda por ahí con el fusil al hombro.—¡Ah! ese muchacho me matará á pesares. ¡En mal hora tuvo mi marido la idea de volver á este maldito país!—Sí, en mal hora, señora baronesa, sobre todo para él.

La baronesa bajó tristemente la cabeza al evocar Courtin este recuerdo, y el colono se marchó después de explorar los alrededores cerciorándose de que nadie podía verle salir del castillo.

## XIV

## DIPLOMACIA DE COURTIN

Apenas había andado Courtin doscientos pasos, cuando oyó un ligero ruido en los matorrales; apartóse con presteza, y poniéndose en guardia con un bastón que en la mano llevaba, gritó:

—¿Quién va?—Amigo, contestó una voz juvenil, apareciendo á la orilla del sendero el que acababa de pronunciar esta palabra.—¡El señor barón! exclamó el colono.—El mismo, Courtin.—¿Adónde vais á estas horas? ¿Qué diría la señora baronesa si supiese que aun andáis por el campo? preguntó el colono fingiendo sorpresa.—Pues ahí verás, Courtin.—¡Caramba! contestó el colono con bellaquería; sin embargo, es de suponer que el señor barón tendrá sus razones para obrar de este modo.—Sí, y en tu casa las sabrás.—¡En mi casa! ¡Vos en mi casa! exclamó Courtin atónito.—¿Te niegas á recibirme en ella?—Ni pensarlo. ¿Cómo he de negaros la entrada en una casa que al fin y al cabo os pertenece?—Entonces, como ya es tarde, no perdamos tiempo; echa á andar; te sigo.

Courtin obedeció, aunque receloso del tono imperativo de su amo; y á unos cien pasos después de subir una escalera, atravesó el huerto y entró en la sala baja del cortijo, la cual servía de sala común y de cocina; allí reunió algunos tizones del hogar, y cogiendo uno que aun ardía, soplólo, encendió una vela de cera amarilla y la dejó sobre la chimenea. Solo entonces, y á la luz de aquella bujía reparó en lo que no había podido observar á la claridad de la luna: que Michel estaba pálido como un muerto.—¡Ah! ¿Qué tenéis, señor barón?—Courtin, respondió éste frunciendo el ceño, he oído tu conversación con mi madre.—¡Hola! exclamó sorprendido el colono.

Mas luego se repuso y preguntó:

—¿Y qué?—Tú abrigas grandes deseos de conseguir la

renovación del arriendo en el año próximo.—¿Yo, señor barón?—Tú, Courtin, y mucho más de lo que aparentas.—Francamente, señor barón, no lo sentiría; pero si algo lo impidiese, no me moriría por eso; no creáis que lo tome tan á pechos...—Courtin, contestó el mancebo, yo lo renovaré, pues cuando llegue el momento de firmarlo seré ya mayor de edad.—Es cierto, señor barón.—Mas ya comprendes, añadió el barón á quien el deseo de salvar al conde de Bonneville y de permanecer junto á Mary prestaba una energía y una resolución muy ajenas de su carácter; ya comprendes que si denuncias á mis amigos, no seré yo quien renueve el arriendo de un delator.—¡Cáscaras!—Ni más ni menos; cuando salgas del cortijo ya puedes darle la despedida, pues no volverás á poner los piés en él.—¿Y el gobierno? ¿y la señora baronesa?—Eso no es cuenta mía, Courtin; yo me llamo el barón Michel de la Logerie, y las tierras y el castillo de la Logerie me pertenecen por cesión materna en cuanto llegue á la mayoría; eso sucederá dentro de once meses, y tu arriendo concluye dentro de trece.—¿Y si renuncio á mi proyecto, señor barón? dijo el colono con socarronería.—Entonces tendrás el arriendo.—¿Con las mismas condiciones?—Con las mismas condiciones.—¡Ah, señor barón, si no temiese comprometeros!.. dijo Courtin sacando de un cofrecillo una botellita de tinta, una hoja de papel y una pluma y poniéndolos sobre la mesa.—¿Qué es eso? preguntó Michel.—Nada, si el señor barón quisiera tener la bondad de escribir lo que acaba de decirme: nadie sabe la hora de la muerte, y donde menos se piensa salta la liebre, como dice el refrán. Por mi parte, ¿veis ese Cristo bendito? pues sobre ese crucifijo juraré...—No necesito tus juramentos, Courtin, pues en saliendo de aquí vuelvo á Souday para advertir á Juan Oullier que esté sobre aviso y á Bonneville que busque un asilo más seguro.—Pues razón más dijo Courtin presentando la pluma á su amo.

Tomóla Michel y escribió:

«Yo el abajo firmado, Augusto, Francisco Michel, barón de la Logerie, me obligo á renovar el arriendo de Courtin con las mismas condiciones con que ahora lo tiene.»

Al ir á poner la fecha el colono le detuvo diciéndole:

—Nó, hacédme el favor de omitir la fecha; la pondremos el día que siga al de vuestra mayoría.—Corriente, contestó Michel.

Y limitóse á poner la firma, dejando entre esta y la obligación un claro para fecharla.

—Si el señor barón quiere descansar más cómodamente que en ese escabel y no piensa volver al castillo antes de amanecer, dijo Courtin, casi le aconsejaría que aceptase una cama que tengo arriba y en la que no estaría del todo mal.—Nó, respondió Michel; ¿no te he dicho que quiero volver al castillo de Souday?—¿Para qué? El señor barón tiene mi palabra formal de que nada diré y puede descansar tranquilo, pues queda tiempo y de sobras.—No tal, Courtin; otro puede haber visto lo que tú, y si callas porque has prometido hacerlo, otro que no lo haya hecho puede charlar más de lo necesario, y... hasta la vista, Courtin.—El señor barón hará lo que más le acomode; pero á mi ver, hace mal, muy mal, en volver á esa ratonera.—Está bien, Courtin, gracias por tus consejos; pero ten entendido que estoy en edad de obrar como quiera.

Después de pronunciar estas palabras con una firmeza de que el colono jamás le hubiera creído capaz, levantóse y salió de la casa. Siguióle Courtin con los ojos hasta que se hubo cerrado la puerta, y en seguida, cogiendo la obligación que el barón acababa de firmar, leyóla de nuevo, la dobló cuidadosamente y la guardó en la cartera; y pareciéndole luego oír voces en las cercanías de la granja, entreabrió la cortina de la ventana y vió al mancebo frente á frente con su madre.

—¡Hola! hola! gallito mío, dijo, si conmigo cantabas muy alto, ahí tienes una gallina que te humillará la cresta.

En efecto, viendo la baronesa que su hijo no volvía, creyó que podía ser cierto lo que Courtin la había dicho, y que tal vez el mozo se encontraría en casa del colono. Después de vacilar un momento prevaleció la zozobra maternal, y tomando un mantón la castellana se encaminó á la granja, de la que vió salir salvo y sano á su hijo cuando llegaba ella á la puerta. Depuesto entonces todo temor, cobró fuerza su imperioso carácter, en tanto que el mancebo retrocedía aterrado.

—Seguidme, caballero, le dijo; paréceme que ya es hora de volver al castillo.

No le ocurrió á Michel la idea de entrar en cuestiones ni la de huir, y siguió á su madre obediente y sumiso como un niño, sin que por el camino despegase los labios. El ba-

roncito prefería este silencio á una discusión en que necesariamente habia de quedar vencido, atendida su filial sumisión ó su flaqueza de ánimo.

Cuando entraron en el castillo amanecía. La baronesa condujo al mancebo á su aposento, donde habia una mesa puesta, y le dijo:

—Supongo que tendréis hambre y estaréis cansado.

E indicándole la mesa y la cama, añadió:

—Comed y dormid.

En seguida se fué y cerró tras sí la puerta.

El joven oyó estremecido dos vueltas de llave: estaba preso. Entonces cayó abatido en un sillón.

Los acontecimientos se precipitaban con tal rapidez que hubieran hecho ceder á una organización más robusta que la del baroncito, cuya escasa energía acababa de agotarse en la entrevista tenida con Courtin. Quizás Michel confió demasiado en sus fuerzas cuando manifestó al alcalde que iba á volver al castillo de Souday. Como dijo su madre, estaba cansado y tenía hambre: á la edad del mancebo, la naturaleza es una madre imperiosa que también reclama sus derechos. Michel empezaba á tranquilizarse, pues aquellas palabras de la baronesa: Comed y dormid, indicaban que no contaba volver á entrar en el cuarto de su hijo hasta que éste hubiese cenado y dormido, lo cual le permitía algunas horas de descanso antes de la explicación.

Michel comió aprisa y acostóse después de cerciorarse de que estaba realmente preso. Despertóse á cosa de las diez de la mañana. Por los cristales entraron en su aposento los alegres rayos de un esplendente sol de mayo. Abrió las ventanas y entonces, además de la deslumbradora luz del astro del día, alcanzó su calor vivificante: las aves cantaban en la frondosa enramada, las primeras rosas de la estación abrían sus pintados cálices, y las primeras mariposas volaban de flor en flor. Era tan hermoso el día, que no parecía sino que el mal estaba aherrojado y no podía dañar á nadie. Fortalecióse en algún modo el mancebo al encontrarse rodeado de aquella lozana y exuberante naturaleza, y hallóse con mayores bríos para esperar la conferencia que debía celebrar con su madre; mas las horas pasaron: dieron las doce y la baronesa no pareció.

Entonces notó Michel con cierta inquietud que aun habia en la mesa manjares bastantes para el almuerzo y la comida

de aquel día, infundiéndole recelos y haciéndole temer que su cautiverio se prolongase algo más de lo que al principio habia temido, confirmóse en ello cuando oyó dar sucesivamente la una, las dos y las tres de la tarde.

A esta hora, y mientras estaba escuchando atentamente, parecióle oír detonaciones hacia el lado de Montaigu, las cuales tenían la regularidad de un fuego graneado; mas era imposible determinar si procedían efectivamente de un tiroteo.

Montaigu distaba de la Logerie unas dos leguas, y una tempestad lejana podía muy bien producir un estruendo semejante; pero el cielo estaba despejado, y las detonaciones durarán una hora poco más ó menos, volviendo luego á reinar el silencio.

Era tal la zozobra del barón, que excepto el desayuno que tomó al levantarse, en todo el día no probó bocado. Por otra parte, habia ya tomado una resolución, y consistía en cerrar por la noche con un cuchillo la puerta del aposento cuando todos durmiesen en el castillo, y huir, nó por la puerta, que seguramente estaria también cerrada, sino por una ventana cualquiera. Esta posibilidad de evasión devolvió al cautivo todo su apetito y comió como el hombre que ha de pasar una noche borrascosa y cobra fuerzas para poder resistir sus rigores y contrariedades.

Michel acabó de comer á las siete; sólo quedaba media hora de luz y echóse en el lecho para pasarla dormido; pero por más que cerrase los ojos no pudo conciliar el sueño: su oído siempre atento percibía los más insignificantes rumores.

Lo que causaba suma extrañeza era que su madre no hubiese entrado á verle en todo el día. Ella por su parte supondría que, llegada la noche, el preso haría todo lo posible para fugarse. Quizás meditaba algún plan; mas ¿cuál era?

De pronto parecióle oír un ruido como el de los cascabels de los caballos de posta: asomóse á la ventana y creyó ver en el camino de Montaigu un grupo que andaba rápidamente en la oscuridad y con dirección al castillo. Entonces oyó distintamente el trote de los caballos y vió además al postillón que hacía chasquear el látigo para anunciar su llegada. Cediendo el barón á un impulso instintivo echó una mirada á las cuerdas y vió que los criados sacaban de la cochera la silla de posta de su madre. Cruzó por su mente un rayo de luz.

Aquellos caballos procedentes de Montaigu, aquel postillón que hacía restallar su látigo, aquella silla de posta que sacaban de la cochera, eran datos seguros, inequívocos: su madre partía y le llevaba consigo. Por esto le encerró, por esto le tenía prisionero; vendríale á buscar para hacerle subir al carruaje y jarrea, postillón! Harto sabía ella su ascendiente sobre su hijo para estar segura de no encontrar la menor resistencia.

La idea de esta dependencia de la cual tenía su madre tan firme convicción, exasperó tanto más al mancebo, cuanto que sintió entonces toda la realidad de ella, pues no le cabía duda de que al encontrarse cara á cara con la baronesa no se atrevería á chocar de frente con ella; pero dejar á Mary, renunciar á la agitada existencia en la cual le habían iniciado las dos hermanas, no tomar parte en el drama que iban á representar en la Vendée el conde de Bonneville y su incógnito compañero, parecía imposible y sobre todo deshonroso. ¿Qué pensarían de él Berta y Mary? El barón resolvió arrostrarlo todo antes que resignarse á sufrir semejante humillación. Acercóse á la ventana y midió su altura. Tenía treinta piés á corta diferencia. El joven permaneció un momento pensativo; evidentemente librábase en su interior una violenta lucha. Por último decidióse al parecer, abrió el escritorio, sacó una cantidad considerable en oro y metiósla en los bolsillos. En esto creyó oír pasos en el corredor. Volvió á cerrar presurosamente el escritorio y tendióse en la cama; pero la firmeza poco habitual de su rostro revelaba á las claras que había tomado una resolución. ¿Cuál? Más adelante lo sabremos.

## XV

EL FIGÓN DE ALAIN POCA-ALEGRÍA

Era indudable que se estaba preparando un levantamiento en Bretaña y en la Vendée, y á pesar de la fermentación general, ó quizás á causa de la misma, la feria de Montaigu pro-

metía ser muy concurrida. Aunque esta feria sea por lo regular de escasa importancia, acudían muchos aldeanos. Los campesinos de Maugis y de Retz codeaban á los naturales del *Bocage* y de la *Plaine*, y observábase (indicio de la belicosa actitud de aquellos pueblos) que en aquel bosque de sombreros de anchas alas, se veían pocas cofias.

En efecto, las mujeres que suelen formar la mayoría de esas reuniones mercantiles, no habían ido aquel día á la feria de Montaigu.

Este indicio habría bastado por sí solo para hacer abrir los ojos á los menos perspicaces sobre aquella especie de comicio de la rebelión, pues si abundaban los chalanes, notábase en cambio la falta de ganado, manteca y granos, que constituyen su tráfico ordinario.

Ora viniesen de Beaupreau ó de Mortagne, ora de Bressuire, de S. Fulgens ó de Machecul, los aldeanos en lugar de los artículos que solían traer al mercado, sólo se presentaban con sus palos de cornejo guarnecidos de cuero, y á juzgar por la manera con que los empuñaban no parecía que tratasen de traficar en ellos.

Así la plaza como la ancha y única calle de Montaigu en las cuales se celebraba la feria, presentaban un aspecto grave, casi amenazador, solemne é impropio de semejantes reuniones. En vano los titiriteros, los embaucadores, mercaderes de drogas perniciosas y los dentistas ambulantes golpeaban sus bombos, sacaban los bofes tocando sus trompetas, ensordecían con el estrépito de sus platillos y apuraban los más hábiles recursos de su inagotable charlatanería; sus esfuerzos eran infructuosos para desarrugar el ceño de los inquietos y preocupados semblantes que junto á ellos pasaban, sin la menor muestra de atención á su música discordante ni á su charla sempiterna.

Al igual de los bretones sus vecinos del norte, los vendeanos son regularmente muy sobrios de palabras; pero aquel día subió de punto su laconismo. Los más estaban arrimados á las paredes de las casas con taciturno ademán, ó apoyados en las cercas de los jardines, ó en la valla que rodeaba la plaza; pero siempre inmóviles, con las piernas cruzadas, cabizbajos y con las manos apoyadas en sus garrotes como estatuas. Los había también formando corrillos, pero icosa rara! estaban tan mustios y silenciosos como los individuos aislados.

Aquellos caballos procedentes de Montaigu, aquel postillón que hacía restallar su látigo, aquella silla de posta que sacaban de la cochera, eran datos seguros, inequívocos: su madre partía y le llevaba consigo. Por esto le encerró, por esto le tenía prisionero; vendríale á buscar para hacerle subir al carruaje y jarrea, postillón! Harto sabía ella su ascendiente sobre su hijo para estar segura de no encontrar la menor resistencia.

La idea de esta dependencia de la cual tenía su madre tan firme convicción, exasperó tanto más al mancebo, cuanto que sintió entonces toda la realidad de ella, pues no le cabía duda de que al encontrarse cara á cara con la baronesa no se atrevería á chocar de frente con ella; pero dejar á Mary, renunciar á la agitada existencia en la cual le habían iniciado las dos hermanas, no tomar parte en el drama que iban á representar en la Vendée el conde de Bonneville y su incógnito compañero, parecía imposible y sobre todo deshonroso. ¿Qué pensarían de él Berta y Mary? El barón resolvió arrostrarlo todo antes que resignarse á sufrir semejante humillación. Acercóse á la ventana y midió su altura. Tenía treinta piés á corta diferencia. El joven permaneció un momento pensativo; evidentemente librábase en su interior una violenta lucha. Por último decidióse al parecer, abrió el escritorio, sacó una cantidad considerable en oro y metiósla en los bolsillos. En esto creyó oír pasos en el corredor. Volvió á cerrar presurosamente el escritorio y tendióse en la cama; pero la firmeza poco habitual de su rostro revelaba á las claras que había tomado una resolución. ¿Cuál? Más adelante lo sabremos.

## XV

EL FIGÓN DE ALAIN POCA-ALEGRÍA

Era indudable que se estaba preparando un levantamiento en Bretaña y en la Vendée, y á pesar de la fermentación general, ó quizás á causa de la misma, la feria de Montaigu pro-

metía ser muy concurrida. Aunque esta feria sea por lo regular de escasa importancia, acudían muchos aldeanos. Los campesinos de Maugis y de Retz codeaban á los naturales del *Bocage* y de la *Plaine*, y observábase (indicio de la belicosa actitud de aquellos pueblos) que en aquel bosque de sombreros de anchas alas, se veían pocas cofias.

En efecto, las mujeres que suelen formar la mayoría de esas reuniones mercantiles, no habían ido aquel día á la feria de Montaigu.

Este indicio habría bastado por sí solo para hacer abrir los ojos á los menos perspicaces sobre aquella especie de comicio de la rebelión, pues si abundaban los chalanes, notábase en cambio la falta de ganado, manteca y granos, que constituyen su tráfico ordinario.

Ora viniesen de Beaupreau ó de Mortagne, ora de Bressuire, de S. Fulgens ó de Machecul, los aldeanos en lugar de los artículos que solían traer al mercado, sólo se presentaban con sus palos de cornejo guarnecidos de cuero, y á juzgar por la manera con que los empuñaban no parecía que tratasen de traficar en ellos.

Así la plaza como la ancha y única calle de Montaigu en las cuales se celebraba la feria, presentaban un aspecto grave, casi amenazador, solemne é impropio de semejantes reuniones. En vano los titiriteros, los embaucadores, mercaderes de drogas perniciosas y los dentistas ambulantes golpeaban sus bombos, sacaban los bofes tocando sus trompetas, ensordecían con el estrépito de sus platillos y apuraban los más hábiles recursos de su inagotable charlatanería; sus esfuerzos eran infructuosos para desarrugar el ceño de los inquietos y preocupados semblantes que junto á ellos pasaban, sin la menor muestra de atención á su música discordante ni á su charla sempiterna.

Al igual de los bretones sus vecinos del norte, los vendeanos son regularmente muy sobrios de palabras; pero aquel día subió de punto su laconismo. Los más estaban arrimados á las paredes de las casas con taciturno ademán, ó apoyados en las cercas de los jardines, ó en la valla que rodeaba la plaza; pero siempre inmóviles, con las piernas cruzadas, cabizbajos y con las manos apoyadas en sus garrotes como estatuas. Los había también formando corrillos, pero icosa rara! estaban tan mustios y silenciosos como los individuos aislados.

Atestados se hallaban los figones; la sidra, el aguardiente y el café tenían un consumo prodigioso; pero el temperamento del labriego vendeano es tan robusto, que aquellos líquidos bebidos en excesiva cantidad no ejercían la menor influencia en la fisonomía ni en el carácter de los bebedores. Verdad es que los semblantes adquirían gradualmente un color algo más subido y los ojos iban poniéndose un si es ó no es encandilados; pero los hombres permanecían tanto más serenos y dueños de sí mismos, cuanto que recelaban así de los taberneros como de los particulares que podían hallarse en aquellos sitios.

Al acudir á la feria de Montaigu, centro de la comarca, á la sazón ocupada por una compañía de cien hombres, los campesinos se habían metido entre sus adversarios, y como no lo ignoraban, mostrábanse circunspectos y vigilantes como soldados sobre las armas, sin dejar por eso su actitud pacífica.

Entre las numerosas tabernas de Montaigu sólo había una en cuyo dueño pudiesen confiar enteramente los vendeanos, y en la cual les fuese dado por lo tanto hablar á sus anchas y sin el menor recelo ni desconfianza. Esta taberna, figón, ó como quiera llamársele, estaba situada en el centro de la población, en una esquina de la misma plaza donde se celebraba la feria y junto á una callejuela que daba, nó á otra calle, sino al campo, ó mejor, al río Maine que corre al sudoeste de la población. Esta taberna no tenía á la puerta ninguna muestra; sólo indicaban la índole del establecimiento una rama seca de acebo fijada en una hendidura de la pared y algunas manzanas colocadas en un aparador, cuyos vidrios estaban tan llenos de polvo, que no necesitaban cortinillas. Llamábase el dueño Alain Poca-Alegría. Alain era su apellido paterno; Poca-Alegría un apodo debido á la chancera prodigalidad de sus amigos. Hé aquí porque se lo habían dado.

El papel siquier secundario que Alain Poca-Alegría representa en esta historia, nos impone el deber de enterar al lector de sus antecedentes. Al cumplir Alain los veinte años, era tan endeble y enclenque, que en la quinta de 1812 se le declaró inútil; pero en 1814 no se exigieron tantos requisitos como dos años antes, y considerósele apto para el servicio; resentido Alain por el desdén con que en 1812 le trataron, resolvió indisponerse con el gobierno, y tomando

las de Villadiego fué á incorporarse en una de las partidas de desertores que recorrían el país en guerra abierta con las leyes.

Pero cuanto más escaseaban los hombres, tanto más desapiadados eran los agentes de la autoridad con los rebeldes, y como Alain no había recibido de la naturaleza una gran dosis de vanidad, jamás hubiera creído ser tan necesario al gobierno si no hubiese visto con sus propios ojos cuanto trabajo se tomaba para irle á buscar por los bosques de Bretaña y los pantanos de la Vendée; pues los gendarmes perseguían activamente á los desertores.

En uno de los encuentros producidos por esas persecuciones, Alain se portó con una bravura y tenacidad que probaban que no sin razón querían hacerle tomar las armas en 1814; pero en el mismo encuentro recibió un balazo y fué abandonado por muerto en medio del camino. Aquel mismo día una vecina de Aucenis seguía el que conduce de este pueblo á Nantes costeando el río. Iba en su calesín y eran las ocho ó las nueve de la noche. Al llegar cerca del cadáver el caballo se estremeció y negóse tenazmente á dar un paso más. La mujer le aguijó con algunos latigazos, mas el animal se encabritó; insistió ella, y entonces dió el caballo media vuelta y quiso á todo trance regresar á Aucenis. Poco acostumbrada su dueña á semejantes rarezas, se apeó, y entonces la comprendió todo: el cuerpo de Alain cerraba el paso. Sin mucho espanto, la vecina ató el caballo á un árbol, y dispúsose á echar el cuerpo de Alain en una zanja para dejar expedito el paso; pero al tocar el cuerpo advirtió que todavía estaba caliente. El movimiento que le imprimía ó el dolor que este le ocasionaba, hizo que volviese Alain de su desmayo; exhaló un suspiro y meneó los brazos. Entonces, en lugar de echarle en una zanja, la buena mujer le puso en su calesín y sin querer continuar su camino á Nantes regresó á Aucenis.

Aquella mujer era realista y devota, y la causa por la cual Alain había sido herido así como el escapulario que le encontró en el pecho, la interesaron en su favor. Mandó al punto por un cirujano y entonces se vió que el infeliz tenía rotas ambas piernas por el balazo, lo cual hizo necesaria la amputación. La buena mujer cuidó á Alain y veló á su cabecera con el afán y abnegación de una hermana de la caridad; pero aquella buena acción, como de ordinario acontece

la encariñó por el objeto de ella, y cuando Alain estuvo ya restablecido, vió con alta extrañeza que su bienhechora le ofrecía su corazón y su mano. Creemos excusado decir que el pobre inválido aceptó la oferta.

Desde entonces se convirtió Alain, con gran sorpresa de todo el país, en uno de sus pequeños propietarios; pero ¡oh inestabilidad de las cosas humanas! la ventura de Alain no duró mucho, pues su mujer falleció al cabo de un año, y aunque había tenido la precaución de testar legándole todos sus bienes, sus herederos legítimos atacaron este testamento por forma viciosa, y habiendo fallado en favor suyo el tribunal de Nantes, el infeliz prófugo volvió á su anterior pobreza. Digo mal: el pobre tenía dos piernas menos.

En razón á lo poco que duró la opulencia de Alain los vecinos de Montaigu, que como es fácil comprender, no dejaron de envidiar su buena suerte y alegrarse de la desgracia que tan de cerca la siguió, diéronle el apodo de Poca-Alegría.

Los herederos que pidieron y lograron la anulación del testamento pertenecían al partido liberal; Alain no podía menos de descargar sobre todo el partido la ira que le daba la pérdida de su pleito, y lo hizo concienzudamente.

Agriado por su achaque y lacerado por lo que le parecía una grave injusticia, Alain Poca-Alegría profesaba á cuantos creía fautores de su desgracia, adversarios, jueces y patriotas, un odio feroz que, alimentado por los acontecimientos, sólo necesitaba una ocasión propicia para manifestarse con un acto que atendido su carácter sombrío y vengativo debía ser terrible. Erale imposible con la mutilación de su cuerpo dedicarse á la labranza cual su padre y su abuelo que habían sido colonos, y por lo tanto, recogiendo los restos de su pasajera opulencia, fué á morar en medio de aquellos á quienes odiaba, en Montaigu mismo, y en el figón donde volvemos á encontrarle diez y ocho años después de los acontecimientos que acabamos de relatar. El partido realista no tenía en 1832 un secuaz más entusiasta que Poca-Alegría, pues éste sabía que militando en sus filas podía al propio tiempo satisfacer venganzas personales.

A pesar de sus piernas de palo, Alain era el agente más activo é idóneo para la preparación de la revuelta próxima á estallar. Cual centinela avanzado en el campo enemigo, ponía en conocimiento de los caudillos de la sedición todos

los preparativos de resistencia del gobierno, ya se hiciesen en Montaigu, ya en cualquier punto de sus alrededores. Los pordioseros nómadas, huéspedes de paso á quienes nadie daría la menor importancia y de los cuales no se recela jamás, le servían de excelentes auxiliares en un radio de diez leguas, con el doble carácter de confidentes é intermediarios con la gente del campo; y su taberna era el punto de reunión de los llamados *chuanes* y el único paraje en el cual estaban seguros de poder hacer alarde de su realismo.

El día de la feria de Montaigu el figón de Alain Poca-Alegría no estaba al principio tan concurrido como era de esperar en razón á la considerable afluencia de campesinos que aquella motivaba. En la primera de las piezas de que se componía el figón, pieza oscura y ahumada, cuyo mueblaje consistía en un mostrador de madera bastante tosco y algunos bancos y escabeles mugrientos, estaban sentados á la mesa unos diez aldeanos. En el aseo y casi diremos en la elegancia de su traje, se notaba á ojos vistas que pertenecían á la acomodada clase de los colonos.

Esta pieza estaba separada de la segunda por unas grandes vidrieras con cortinas de algodón, de cuadros encarnados y blancos. La última servía á la vez de cocina, de comedor, de dormitorio y de cuarto reservado y particular de Alain: eso sin contar que en un caso extraordinario se unía á la primera sala, y que allí era también donde se recibía á los íntimos de la casa. El ajuar de esta habitación se resentía de su quintuplo destino. En el fónido había una cama, seguramente la del dueño, con pabellón y cortinas de sarga, y á cada lado un enorme tonel de sidra y aguardiente para los consumidores.

Al entrar se encontraba á mano derecha la chimenea, ancha y elevada como suelen serlo las de las cabañas. En medio de la estancia había una mesa de roble con dos bancos de pino junto á ella; frente al hogar, un aparador que también hacía las veces de cómoda, y encima platos y jarros de estaño. Constituían el ornamento de la habitación un crucifijo colgado debajo de un ramo de boj bendito, algunos santos de cera, y varias imágenes toscamente iluminadas.

El día de la feria de Montaigu abrió Alain Poca-Alegría á sus numerosos amigos la puerta de su habitación reservada por manera que al paso que en el comedor sólo había diez ó doce concurrentes, pasaban de veinte los que se encontra-

ban en la trastienda. Los más estaban sentados á la mesa y bebían conversando con animación, mientras tres ó cuatro individuos de unos grandes sacos amontonados en un rincón sacaban galletas, las contaban, y echándolas en cestos, los distribuían entre los mendigos y mujeres que iban presentándose á una puerta situada en un rincón del aposento, junto á los toneles. Esta puerta comunicaba con un reducido patio, el cual daba á la callejuela que más arriba hemos mencionado.

Alain estaba sentado en una especie de sillón de madera, en la campana de la chimenea. Encontrábase á su lado un hombre que llevaba sayo de piel de cabra y gorro de lana negra: era nuestro antiguo amigo Juan Oullier, consu perro sentado á sus piés. A sus espaldas, la sobrina de Poca-Alegría, joven y linda aldeana que se ocupaba en los quehaceres de la casa, avivaba el fuego y cuidaba de una docena de tazas en las cuales se cocía lentamente lo que llaman los aldeanos sidra caliente. Alain hablaba con mucha animación aunque en voz baja con Juan Oullier, cuando de improviso se oyó un ligero silbido semejante á la señal de alarma ó de reunión de la perdiz, el cual procedía del comedor de la taberna.

—¿Quién será? exclamó Poca-Alegría inclinándose para mirar por un rasgón que había hecho en las cortinas. ¡Ah! ¡El hombre de la Logerie! ¡Cuidado!

Antes de que los interesados hubiesen oído esa advertencia, todo volvió á su estado normal en el aposento de Poca-Alegría. Cerróse suavemente la puertecilla, desapareciendo las mujeres y los mendigos. Los hombres que repartían las galletas cerraron y derribaron los sacos, y sentados encima fumaban sus pipas con indolente y sosegado ademán. Todos los hebedores habían enmudecido, y tres ó cuatro de ellos se habían echado á dormir sobre la mesa como por ensalmo. Juan Oullier se había vuelto de cara á la chimenea para que no le conocieran los que entrasen.

## XVI

## EL HOMBRE DE LA LOGERIE

El sugeto á quien designaba Poca-Alegría con el epíteto de el hombre de la Logerie, era Courtin, cuya presencia en la primera pieza del figón, si exceptuamos la señal de alarma que cualquiera habría tomado por el canto de una perdiz, no causó la menor sensación en el comedor: los bebedores continuaban hablando, con la única diferencia de que la conversación, antes seria, era muy alegre y ruidosa desde que apareció Courtin. Miró éste en derredor, como buscando algún rostro que al parecer no encontró; luego abrió resueltamente las vidrieras y asomó su cabeza de garduña por la puerta de la segunda estancia. En ésta, como en la anterior, nadie hizo ademán de advertir su llegada. Sólo María, la sobrina de Alain, ocupada á la sazón en servir á los parroquianos, dió tregua por un momento á la esmerada solicitud con que atendía á las tazas de sidra que se calentaban en el rescoldo del hogar, levantóse, y preguntóle cual si se hubiese dirigido á un asiduo parroquiano de la casa:

—¿Qué falta, señor Courtin?—Un café, respondió éste inspeccionando una tras otra las fisonomías que se ofrecían á sus miradas así en los bancos como en los rincones del aposento.—Está bien, sentáos, repuso María; voy á servirlo al instante.—¡Ca! No hay necesidad, continuó Courtin con aire bondadoso; podéis echarlo ahora mismo en la taza, y lo tomaré junto á la chimenea entre esos buenos camaradas.

Nadie dió muestras de ofenderse por esta calificación que Courtin acababa de darse, ó mejor, acababa de dar á los concurrentes; pero nadie se tomó tampoco la molestia de ofrecerle sitio, lo cual le obligó á dar un paso más.

—¿Qué tal vamos, Alain? preguntó al tabernero.—Ya lo veis, contestó éste sin volver la cabeza.

Courtin podía fácilmente notar que no se le recibía con extremada benevolencia; pero no era hombre que se apu-

ban en la trastienda. Los más estaban sentados á la mesa y bebían conversando con animación, mientras tres ó cuatro individuos de unos grandes sacos amontonados en un rincón sacaban galletas, las contaban, y echándolas en cestos, los distribuían entre los mendigos y mujeres que iban presentándose á una puerta situada en un rincón del aposento, junto á los toneles. Esta puerta comunicaba con un reducido patio, el cual daba á la callejuela que más arriba hemos mencionado.

Alain estaba sentado en una especie de sillón de madera, en la campana de la chimenea. Encontrábase á su lado un hombre que llevaba sayo de piel de cabra y gorro de lana negra: era nuestro antiguo amigo Juan Oullier, consu perro sentado á sus piés. A sus espaldas, la sobrina de Poca-Alegría, joven y linda aldeana que se ocupaba en los quehaceres de la casa, avivaba el fuego y cuidaba de una docena de tazas en las cuales se cocía lentamente lo que llaman los aldeanos sidra caliente. Alain hablaba con mucha animación aunque en voz baja con Juan Oullier, cuando de improviso se oyó un ligero silbido semejante á la señal de alarma ó de reunión de la perdiz, el cual procedía del comedor de la taberna.

—¿Quién será? exclamó Poca-Alegría inclinándose para mirar por un rasgón que había hecho en las cortinas. ¡Ah! ¡El hombre de la Logerie! ¡Cuidado!

Antes de que los interesados hubiesen oído esa advertencia, todo volvió á su estado normal en el aposento de Poca-Alegría. Cerróse suavemente la puertecilla, desapareciendo las mujeres y los mendigos. Los hombres que repartían las galletas cerraron y derribaron los sacos, y sentados encima fumaban sus pipas con indolente y sosegado ademán. Todos los hebedores habían enmudecido, y tres ó cuatro de ellos se habían echado á dormir sobre la mesa como por ensalmo. Juan Oullier se había vuelto de cara á la chimenea para que no le conocieran los que entrasen.

## XVI

## EL HOMBRE DE LA LOGERIE

El sugeto á quien designaba Poca-Alegría con el epíteto de el hombre de la Logerie, era Courtin, cuya presencia en la primera pieza del figón, si exceptuamos la señal de alarma que cualquiera habría tomado por el canto de una perdiz, no causó la menor sensación en el comedor: los bebedores continuaban hablando, con la única diferencia de que la conversación, antes seria, era muy alegre y ruidosa desde que apareció Courtin. Miró éste en derredor, como buscando algún rostro que al parecer no encontró; luego abrió resueltamente las vidrieras y asomó su cabeza de garduña por la puerta de la segunda estancia. En ésta, como en la anterior, nadie hizo ademán de advertir su llegada. Sólo María, la sobrina de Alain, ocupada á la sazón en servir á los parroquianos, dió tregua por un momento á la esmerada solicitud con que atendía á las tazas de sidra que se calentaban en el rescoldo del hogar, levantóse, y preguntóle cual si se hubiese dirigido á un asiduo parroquiano de la casa:

—¿Qué falta, señor Courtin?—Un café, respondió éste inspeccionando una tras otra las fisonomías que se ofrecían á sus miradas así en los bancos como en los rincones del aposento.—Está bien, sentáos, repuso María; voy á servirlo al instante.—¡Ca! No hay necesidad, continuó Courtin con aire bondadoso; podéis echarlo ahora mismo en la taza, y lo tomaré junto á la chimenea entre esos buenos camaradas.

Nadie dió muestras de ofenderse por esta calificación que Courtin acababa de darse, ó mejor, acababa de dar á los concurrentes; pero nadie se tomó tampoco la molestia de ofrecerle sitio, lo cual le obligó á dar un paso más.

—¿Qué tal vamos, Alain? preguntó al tabernero.—Ya lo veis, contestó éste sin volver la cabeza.

Courtin podía fácilmente notar que no se le recibía con extremada benevolencia; pero no era hombre que se apu-

rarse por tan poco, y dirigiéndose á la sobrina de Alain, le dijo:

—Oye, María, acerca un escabel para que pueda sentarme al lado de tu tío.—No hay ninguno, señor Courtin, respondió la muchacha; á Dios gracias tenéis buenos ojos para verlo.—Entonces tu tío me cederá el suyo, replicó Courtin con no descarada llaneza, aunque interiormente no se sentía muy animado por la actitud del tabernero y sus parroquianos.—Si tanto precisa, murmuró entre dientes Alain, lo tendrás, pues para algo soy el dueño de la casa, y no quiero que se diga que en la *Rama de Acebo* se ha negado un asiento á quien lo pedía.—Pues trae acá y basta de conversación, chacharero, que ya veo al que busco.—¿A quién buscas? preguntó levantándose Alain á quien se le ofrecieron al punto veinte escabeles.—A Juan Oullier, ¡pardiez! y si no me engañan los ojos hélo ahí.

Al oír su nombre levantóse Juan Oullier preguntando en tono casi amenazador:

—¿Qué me queréis?—¡Cáscaras! No hay que mirarme con esos ojazos por eso, respondió el alcalde de la Logerie; lo que tengo que deciros os interesa más á vos que á mí.—Maese Courtin, añadió Juan Oullier con grave acento; sin embargo de lo que habéis dicho poco há, creedme, nosotros no somos ni podemos ser amigos, y harto lo sabéis para que hayais venido aquí con buenas intenciones.—Pues andáis muy equivocado, maese Oullier.—Maese Courtin, replicó Oullier sin hacer caso de las señas que le hacía Alain para que fuera circunspecto, vos habéis sido azul desde que nos conocemos, y habéis comprado bienes que no os era lícito adquirir.—¿Que no me era lícito adquirir? contestó el colono con la sonrisa socarrona que le era habitual.—Yo me entiendo, y vos me entendéis también: hablo de los bienes procedentes de mala parte. Vos os habéis mancomunado con los azules de las ciudades; habéis perseguido á la honrada gente de las aldeas y los cortijos, á la que había guardado fidelidad á Dios y al rey. ¿Qué puede haber hoy común entre vos que tal hicisteis y yo que he obrado en sentido opuesto?—Es verdad, replicó Courtin; es verdad, maese Oullier, que yo no he navegado jamás en vuestras aguas; pero entre vecinos no debe obstar el hallarse en bandos opuestos para estar en buena armonía. Por eso vengo á prestaros un servicio, os lo juro.—No me hace falta, maese Courtin, res-

pondió desdeñosamente Juan Oullier.—¿Por qué? preguntó el colono.—Porque estoy seguro de que vuestros favores encubrirían alguna traición.—¿Es decir, que os negáis á oírme?—Me niego, replicó ásperamente el lobero.—Y hacéis muy mal, le dijo á media voz el dueño de la taberna á cuyo entender la franca y leal rudeza de su compañero era una inhábil maniobra.—Corriente, contestó Courtin acentuando las palabras; si sucede alguna desgracia á los moradores del castillo de Souday, vuestra será la culpa, maese Oullier.

En el modo con que Courtin pronunció la palabra *moradores* había sin duda una intención extensiva á los huéspedes que habían recibido hospitalidad en el castillo. Juan Oullier no podía equivocarse sobre el particular, y á despecho de su fortaleza de ánimo, inmutóse en alto grado. Entonces se arrepintió de haber sido tan áspero; pero conoció que después de haberse adelantado tanto era muy arriesgado retroceder, pues por poco que Courtin hubiese sospechado, esta retirada habría confirmado sus recelos. Trató por lo tanto de reprimir su conmoción y volvió á sentarse de espaldas á Courtin con la mayor indiferencia del mundo. Era tan desembarazada su actitud, que Courtin á pesar de su sagacidad, cayó en el lazo, y en lugar de ausentarse con la presteza que requería su última contestación, estuvo parado largo rato buscando algunos cuartos en su bolsón de cuero para pagar el café. Adivinó Alain la causa de esta demora, y aprovechóla para meter baza en la conversación, diciendo á Juan Oullier con aire sosegado:

—Amigo Juan, creo que somos antiguos camaradas y seguimos el mismo camino desde largo tiempo ¿no es verdad? ahí están dos piernas de palo que no me dejarán mentir: pues vamos al caso, yo no vacilo en afirmar delante del señor Courtin, que está presente, que no tienes razón, amigo mío. Porque ¡qué diablo! sólo un loco es capaz de decir que sabe lo que contiene una mano cerrada. Verdad es que el señor Courtin, prosiguió Alain insistiendo en el título que daba al alcalde de la Logerie; verdad es que si el señor Courtin no ha estado con los nuestros, tampoco ha sido contrario: ha obrado en beneficio suyo, es lo único que se le puede reprochar. Pero hoy que felizmente se han extinguido nuestras querellas, hoy que ya no hay azules ni chuanes, hoy que á Dios gracias disfrutamos de una paz completa ¿qué te importa el color de su escarapela? Y luego, si el señor Courtin

tiene que comunicarte asuntos de importancia como dice, ¿por qué no has de escucharle?

Juan Oullier se encogió de hombros con impaciencia.

—¡Viejo zorro! dijo Courtin para su sayo, pues estaba muy en antecedentes para dejarse engatusar por las pacíficas flores retóricas con que Poca-Alegría consideraba oportuno esmaltar su peroración; y añadiendo luego en voz alta: tanto más, cuanto que nada tiene que ver la política con lo que yo había de decirle. —Enhorabuena, dijo Poca-Alegría; ya ves que nada impide que tengas una corta conferencia con el señor alcalde. Ea, hazle sitio y podréis charlar á vuestras anchas.

Todo esto no bastó para determinar á Juan Oullier á poner mejor gesto á Courtin, ni siquiera á volverle el rostro; mas tampoco se levantó, como era de temer, cuando vió que el colono se sentaba á su lado.

—Maece Oullier, dijo Courtin á manera de preámbulo, se me antoja que si echásemos un trago, tendría más expedita la lengua. —Como queráis, respondió Oullier, quien á pesar de lo que le repugnaba beber con Courtin, consideraba sin embargo necesario este sacrificio para su causa. —¿Hay vino? preguntó Courtin á María. —¡Me gusta la pregunta! —Ya; pero buen vino, entendámonos, vino lacrado. —Lo hay, contestó irguiéndose María; pero cuesta cuarenta sueldos cada botella. —Deja, chica, replicó Alain que acababa de sentarse al otro lado de la chimenea con objeto de coger al vuelo alguna palabra; el señor alcalde no se apura por eso, muchacha; cuarenta sueldos más ó menos no han de privarle de satisfacer su anualidad á la señora baronesa de Michel.

Estas palabras hicieron arrepentir á Courtin de haberse adelantado tanto, pues si por desgracia hubiesen vuelto los calamitosos tiempos de la gran guerra, habría sido en extremo peligroso pasar plaza de rico.

—¡Echa, echa! replicó, os despacháis á vuestro gusto, compadre! Cierto que tengo con que pagar mi arriendo; pero os aseguro que después de cumplida esta obligación, me juzgo muy dichoso si logro cubrir mis cortas necesidades. Ahí tenéis mi riqueza, Alain. —Bueno, bueno, replicó Oullier, á nosotros nos importa un comino que seáis rico ó pobre; desembuchad lo que tengáis que decirme, y acabemos.

En esto entró María con la botella que acababan de pedirle, tomola Courtin, limpió el cuello con la manga, echó algunas

gotas de vino en su vaso, llenando después el de Juan Oullier, y luego tomó el suyo, brindaron, y paladeando lentamente la bebida, dijo:

—¡Canastos! No son muy dignos de compasión que digamos los que cada día beben tal vinillo. —Sobre todo, repuso Juan Oullier, si lo beben con la conciencia tranquila, pues paréceme que esto es lo que hace al vino grato al paladar. —Juan Oullier, añadió Courtin sin hacer alto en la filosófica reflexión de su interlocutor é inclinándose de modo que sólo él pudiese oírle; vos me tenéis ojeriza, y en verdad os digo que no es justificada. —Probádmelo y os creeré: hé aquí la confianza que me inspiráis. —Permitid pues deciros con respeto y aprecio mucho al señor marqués, y que me apesadumbra mucho, muchísimo, ver humillado por una pandilla de advenedizos al que ha sido el primer hidalgo de la provincia. —Si está contento con su suerte, ¿qué os importa? repuso Juan Oullier; no creo que le hayais oído proferir ninguna queja, ni que os haya pedido prestado. —Vamos á ver, ¿qué le diríais á un hombre que ofreciese volver al castillo de Souday su primitiva opulencia y su perdido esplendor? dijo Courtin sin arredrarse por la aspereza de su interlocutor. —¿Tendríais á este hombre por enemigo? —No os parece que el señor marqués debería estarle muy agradecido? ¡Ea! contestad franca y categóricamente, tal como yo acabo de hablaros. —Cierto que sí; con tal que este hombre pretendiese hacerlo por medios lícitos y honrados, lo cual dudo. —¿Cómo medios lícitos y honrados? —¿Quién sinó se atrevería á haceros semejante proposición? Oid, compadre, yo hablo clarito, pues me gusta ir recto al asunto: está en mi mano hacer que los cientos y los miles abunden más en el castillo de Souday que actualmente los escudos de cinco libras; pero.... —¿Pero qué? Despachad; ya veo dónde os aprieta el zapato. —¡Qué diantre! claro está que yo también quisiera sacar mi parte de lucro. —Si el negocio es limpio, tendréis vuestra parte, es muy justo. —¿Verdad que sí? y por cierto que lo que yo pido por mi cooperación es muy poca cosa. —Pero sepamos ¿qué es lo que pedís? replicó Juan Oullier que ya empezaba á entrar en deseos de saber las intenciones de Courtin. —¡Pardiez! es muy sencillo; en primer lugar, desearía no tener que pagar más arrendamientos ni enfiteusis por la hacienda que tengo acensada todavía por doce años. —¿Según eso quisierais que os la regalasen? —

¡Cáspita! creed que no estoy bastante reñido con mis propios intereses para rehusar semejante proposición, y si el señor marqués se empeñase en ello....—Pero cómo lograrlo? Vuestro cortijo pertenece al joven Michel ó á su madre, y no he oído que traten de enajenarlo. ¿Cómo queréis que se os regale una cosa que no nos pertenece?—Bueno, prosiguió Courtin; pero si yo tomase cartas en el negocio, tal vez ese cortijo no tardaría en perteneceros, ó poco menos, en cuyo caso el trato en cuestión sería muy fácil de realizar: ¿no lo creéis así?—Lo que yo creo es que no alcanzo á comprenderos, maese Courtin.—¡Tunantuelo! ¡Cáspita! nuestro mocito es un magnífico partido. ¿Sabéis que sin contar con la Logerie posee la hacienda de la Coudraie, los molinos de la Ferronerie y los bosques de Gervaise, lo cual produce ochomil pistolas anuales? ¿Sabéis que la señora le reserva otro tanto para después de su muerte?—¿Y qué tiene que ver el barón Michel con el marqués de Souday? ¿Qué influjo puede ejercer la fortuna de vuestro amo en la del mío?—¡Ea! Vamos claros, y dejémonos de indirectas y circunloquios, compadre Oullier. Vos no habréis dejado de reparar que el mocito está enamorado de una de las hermanas, y si no mienten las señas, perdidamente enamorado, os lo aseguro. ¿Cuál de ellas es la dama de sus pensamientos? Lo ignoro; pero basta que el señor marqués abra la boca y escriba cuatro palabras tocante al cortijo, que lo demás corre por mi cuenta. Una vez casados (ya sabéis que las muchachas no son cortas de genio) ella le manejará á su antojo y logrará de él cuanto quiera. Él se guardará muy bien por otra parte de negar algunas malas fanegas de tierra á un hombre á quien estará ligado con vínculos de eterna gratitud, y entonces yo hago mi negocio á la par que el vuestro. Sólo tenemos un obstáculo que vencer, y es la madre, añadió Courtin inclinándose hacia Juan Oullier; mas ya me encargo yo de amansarla.

Oullier no contestó, y limitóse á mirar de hito á su interlocutor, quien continuó en estos términos:

—Si todos nos empeñamos en ello, la señora baronesa no tendrá más recurso que ceder. Mira, Juanillo, añadió luego golpeando amistosamente el muslo de su interlocutor, dejando á un lado esta cuestión, debo decirte, aunque te asombre, que estoy bien enterado de la vida y milagros del difunto señor Michel.—Entonces, ¿para qué nos necesitáis? ¿Quién os priva de exigirle desde luego lo que tanto ambi-

cionáis?—Lo que me priva de hacerlo, es que además del testimonio de un muchacho que apacentando su rebaño oyó cerrar el trato, necesito el de aquel que en el bosque de la Chabottière vió entregar el pago de la traición, y tú no ignoras, Oullier, quién es ese testigo. El día que nos mancomunemos, la baronesa se amansará como un corderillo; aunque avara, su altivez es mayor que su codicia, y el temor al vilipendio público y á las hablillas del país la ablandarán. Entonces pensará que, bien mirada la cosa, la señorita de Souday por pobre que sea es muy digna del hijo de un barón Michel cuyo abuelo fué aldeano y el padre un.... yo me entiendo: así vuestra señorita será rica, nuestro mozo feliz, y yo estaré contento como unas pascuas. ¿Qué hay que replicar á todo eso? Esto sin perjuicio de que seremos los mejores amigos del mundo, y puedo asegurarte sin vanidad, que á pesar de lo mucho que me holgaría de merecer vuestro aprecio, mi amistad dista mucho de ser menospreciable.—¡Vuestra amistad!... prorrumpió Juan Oullier no pudiendo ya reprimir la indignación que le causaba la singular proposición de Courtin.—Sí, mi amistad, dijo éste, no hay que hacerse el melindroso ni menear la cabeza, compadre; lo dicho dicho. Dije que estaba tan enterado como el que más de la vida y milagros del difunto Sr. Michel, y hubiera podido añadir que nadie lo está como yo de los pormenores de su muerte. Yo era uno de los ojeadores de la batida donde murió, y estaba colocado precisamente en frente de él... Muy mozo era yo todavía en aquella sazón; pero ya tenía la costumbre ¡Dios me la conserve! de no charlar sinó cuando me convenía. ¿Te parece ahora si son de despreciar las ventajas que reportaría tu partido de mi adhesión á vuestra causa?—Maese Courtin, replicó Juan Oullier frunciendo el entrecejo, yo no tengo ninguna influencia en el ánimo del señor marqués de Souday; mas si alguna tuviese, te juro que ese cortijo no pertenecería jamás á su familia, y dado que le perteneciese, no serviría de modo alguno para recompensar una inicua traición.—¡Palabrería! repuso Courtin.—No tal, por más pobres que sean las señoritas de Souday, no quisiera que ninguna de ellas se enlazase con vuestro baroncito; por más cuantiosas que fuesen sus riquezas y aunque llevase un apellido mucho más ilustre que el que ahora lleva, no accederían por eso á comprar semejante enlace con una bajeza.—¡Bajeza! Yo sólo veo en ello un magnífico negocio.—Podrá

ser, pero puedo aseguraros que en el concepto de los que tengo el honor de servir, la compra de este enlace por mediación vuestra seria no sólo una bajeza, sino una infamia.— Juan Oullier, andate con cuidado; me he propuesto ser buen muchacho, prescindiendo de los epítetos que te acomodan aplicarme, pues he venido á encontrarte animado de muy buenas intenciones; pero guárdate de que estas cambien al salir de aquí.—Tened entendido que me tienen tan sin cuidado vuestras amenazas como vuestras ofertas; mas si es preciso repetíroslo con mayor claridad, lo haré, maese Courtin.—Oye por última vez, Oullier; ya te he dicho que deseo ser rico: cada loco con su tema. Tú has dado en la flor de ser fiel á unas personas que pasan por tí menos cuidado que tú por tu zarcero; y por eso, creyendo que podrías ser útil á tu amo, y confiando por otra parte que él no dejaría de recompensar tu buena acción, te he hecho las proposiciones que acabas de oír: ¿dicesme que es imposible entendernos? No te hablaré más de ello; pero júrote que si los nobles tus señores quisiesen ser reconocidos á la manera que yo lo entiendo, mejor les serviría que á los otros: te lo digo con franqueza.—Como que esperabais que los nobles os recompensarían con mayor largueza, ¿no es eso?—Indudablemente, amigo mío: contigo hablo sin rodeos; mas si como decías no há mucho, es preciso repetirlo con mayor claridad, lo haré.—Yo no hago de intermediario en esos negocios, Courtin; fuera de que la recompensa que yo os ofrecería, á ser proporcionada á lo que ellos pueden esperar de vos, seria tan mezquina, que no vale la pena de hablar de ello.—¡Oh! ¿Quién sabe? Poco sospechabas hace un rato que yo estuviese tan al corriente del asunto de la Chabottière, y de seguro te admiraría saber de cuantas cosas estoy enterado.

Conoció Juan Oullier que no le convenia mostrarse intimidado por las amenazas de su interlocutor, y contestóle ásperamente:

—Vaya, acabemos de una vez; si tanto deseáis venderos, llamad á otra puerta, pues me repugnan sobremanera esta clase de negocios, y aun cuando estuviese en mi mano hacerlos, no son ¡á Dios gracias! de mi incumbencia.—¿Es tu contestación definitiva?—En cuanto cabe: seguid vos vuestro camino, y dejadnos á nosotros seguir el nuestro.—Corriente, dijo Courtin levantándose; ¡peor que peor! pues habria deseado estar en vuestras filas.

Así diciendo, hizo con la cabeza una seña de despedida á Oullier, y salió del aposento. Apenas hubo traspasado sus umbrales, llegóse Alain á Juan Oullier saltando con sus piernas de palo, y le dijo en voz baja:

—Acabas de hacer una tontería.—¿Cómo?—Este hombre puede darte que sentir; de otro modo no habria venido á encontrarte con tanta entereza de ánimo.—¿Y qué querías que hiciese?—Mandarlo á Luis Renaud ó á Gaspar: ellos lo habrian comprado.—Ahora ya no tiene remedio: ¿cómo nos gobernamos?—Es preciso no perderle de vista.

Quedó Juan Oullier pensativo, y al cabo de un breve rato levantóse diciendo:

—Por mi vida que quizá tengas razón.

Y salióse del figón con el semblante inquieto.

## XVII

### LA FERIA DE MONTAIGU

Como el entusiasmo político se había entibiado algún tanto, no sorprendió al gobierno la efervescencia de los ánimos en el Oeste de Francia, por cuanto una insurrección que abrazaba tan vasto territorio, y que debía contar con numerosos conjurados, no podia permanecer mucho tiempo secreta; y teniéndose en París noticias de la sedición que se estaba preparando mucho antes de que aportara la duquesa á las playas de Marsella, tomáronse prontas y eficaces medidas de represión, y en cuanto se supo de un modo cierto que la princesa se había dirigido á las provincias del Oeste, vióse ya llegado el momento de ejecutarlas, nombrando para ello á hombres seguros y competentes.

Habíanse dividido los departamentos donde era más inminente la sublevación en tantos distritos militares cuantas eran sus subprefecturas, y mandado cada distrito por un comandante, era el centro de varios cantones secundarios mandados por capitanes, los cuales eran á su vez el centro de otros destacamentos de menos importancia, mandados

ser, pero puedo aseguraros que en el concepto de los que tengo el honor de servir, la compra de este enlace por mediación vuestra seria no sólo una bajeza, sino una infamia.— Juan Oullier, ándate con cuidado; me he propuesto ser buen muchacho, prescindiendo de los epítetos que te acomodan aplicarme, pues he venido á encontrarte animado de muy buenas intenciones; pero guárdate de que estas cambien al salir de aquí.—Tened entendido que me tienen tan sin cuidado vuestras amenazas como vuestras ofertas; mas si es preciso repetíroslo con mayor claridad, lo haré, maese Courtin.—Oye por última vez, Oullier; ya te he dicho que deseo ser rico: cada loco con su tema. Tú has dado en la flor de ser fiel á unas personas que pasan por tí menos cuidado que tú por tu zarcero; y por eso, creyendo que podrías ser útil á tu amo, y confiando por otra parte que él no dejaría de recompensar tu buena acción, te he hecho las proposiciones que acabas de oír: ¿dicesme que es imposible entendernos? No te hablaré más de ello; pero júrote que si los nobles tus señores quisiesen ser reconocidos á la manera que yo lo entiendo, mejor les serviría que á los otros: te lo digo con franqueza.—Como que esperabais que los nobles las recomendarían con mayor largueza, ¿no es eso?—Indudablemente, amigo mío: contigo hablo sin rodeos; mas si como decías no há mucho, es preciso repetirlo con mayor claridad, lo haré.—Yo no hago de intermediario en esos negocios, Courtin; fuera de que la recompensa que yo os ofrecería, á ser proporcionada á lo que ellos pueden esperar de vos, seria tan mezquina, que no vale la pena de hablar de ello.—¡Oh! ¿Quién sabe? Poco sospechabas hace un rato que yo estuviese tan al corriente del asunto de la Chabottière, y de seguro te admiraría saber de cuantas cosas estoy enterado.

Conoció Juan Oullier que no le convenia mostrarse intimidado por las amenazas de su interlocutor, y contestóle ásperamente:

—Vaya, acabemos de una vez; si tanto deseáis venderos, llamad á otra puerta, pues me repugnan sobremanera esta clase de negocios, y aun cuando estuviese en mi mano hacerlos, no son ¡á Dios gracias! de mi incumbencia.—¿Es tu contestación definitiva?—En cuanto cabe: seguid vos vuestro camino, y dejadnos á nosotros seguir el nuestro.—Corriente, dijo Courtin levantándose; ¡peor que peor! pues habria deseado estar en vuestras filas.

Así diciendo, hizo con la cabeza una seña de despedida á Oullier, y salió del aposento. Apenas hubo traspasado sus umbrales, llegóse Alain á Juan Oullier saltando con sus piernas de palo, y le dijo en voz baja:

—Acabas de hacer una tontería.—¿Cómo?—Este hombre puede darte que sentir; de otro modo no habria venido á encontrarte con tanta entereza de ánimo.—¿Y qué querías que hiciese?—Mandarlo á Luis Renaud ó á Gaspar: ellos lo habrian comprado.—Ahora ya no tiene remedio: ¿cómo nos gobernamos?—Es preciso no perderle de vista.

Quedó Juan Oullier pensativo, y al cabo de un breve rato levantóse diciendo:

—Por mi vida que quizá tengas razón.

Y salióse del figón con el semblante inquieto.

## XVII

### LA FERIA DE MONTAIGU

Como el entusiasmo político se había entibiado algún tanto, no sorprendió al gobierno la efervescencia de los ánimos en el Oeste de Francia, por cuanto una insurrección que abrazaba tan vasto territorio, y que debía contar con numerosos conjurados, no podia permanecer mucho tiempo secreta; y teniéndose en París noticias de la sedición que se estaba preparando mucho antes de que aportara la duquesa á las playas de Marsella, tomáronse prontas y eficaces medidas de represión, y en cuanto se supo de un modo cierto que la princesa se había dirigido á las provincias del Oeste, vióse ya llegado el momento de ejecutarlas, nombrando para ello á hombres seguros y competentes.

Habíanse dividido los departamentos donde era más inminente la sublevación en tantos distritos militares cuantas eran sus subprefecturas, y mandado cada distrito por un comandante, era el centro de varios cantones secundarios mandados por capitanes, los cuales eran á su vez el centro de otros destacamentos de menos importancia, mandados

por tenientes ó subtenientes que servían de guardia principal, internándose en el país hasta donde lo permitían las comunicaciones.

Encontrábase Montaigu en el distrito de Clisson y guarnecíalo una compañía del 32 de línea.

El día en que acontecieron los sucesos que acabamos de referir, esa guarnición recibió un refuerzo de dos brigadas de gendarmería y veinte cazadores á caballo, que aquella misma mañana habían llegado de Nantes. Los cazadores servían de escolta al general Dermoncourt, quien á la sazón estaba inspeccionando aquellos destacamentos.

Al terminar la revista de Montaigu este entendido y enérgico veterano, pensó que no sería inoportuno inspeccionar á los que él llamaba sus antiguos amigos los vendeanos, á quienes acababa de ver en apiñada muchedumbre en las calles y plaza del pueblo. Quitóse el uniforme, y vistiéndose de paisano, fué á recorrer la población, mezclándose con los grupos en compañía de un empleado de la administración que se encontraba entonces en Montaigu.

A pesar del sosiego de la población, su aspecto era imponente.

Al atravesar ambos la multitud, esta les abrió paso, y á pesar de que la marcial apostura, negro bigote y rostro acuchillado del general le descubrían á la investigadora curiosidad de la gente, no se oyó á su paso un grito ni la menor manifestación hostil.

—Vamos, dijo el general, mis antiguos amigos los vendeanos no han cambiado mucho que digamos, pues les encuentro tan poco comunicativos como há treinta y ocho años. —Me parece notar en su ademán una indiferencia de buen agüero, observó el empleado en tono pedantesco. Acabo de pasar dos meses en París, durante los cuales se han contado por días las asonadas, y aleccionado por esta experiencia, creo poderos asegurar que no es este el aspecto de un pueblo próximo á sublevarse. Mirad sinó, mi general: apenas se ve uno que otro grupo, ni siquiera un orador de plaza; no hay animación, no se oyen rumores: la calma es completa. Está visto: esa gente sólo piensa en sus negocios: os respondo de ello. —Tenéis razón, amigo mío, soy de vuestro parecer: esa honrada gente, como la llamáis, no piensa sinó en sus negocios; sólo que ese tráfico consiste ahora en repartir balas y sables, su mejor y única mercancía, con la

cual piensan atravesarnos á la primera coyuntura. —¿Lo creéis así? —No sólo lo creo, sinó que estoy seguro de ello: felizmente le falta á esta nueva sublevación el elemento religioso, lo cual me hace confiar que no llegará á generalizarse, pues de otro modo os diría sin temor de equivocarme que cada uno de los perillanes que estáis mirando con chupa de buriel, calzones de tela y zuecos, tiene su puesto, número y graduación, señalados en las filas de los revoltosos. —¡Cómo! ¿También esos pordioseros? —Esos más que todos. Habéis de saber, amigo mío, que es propio y característico de esta guerra combatir á un enemigo que sale y ataca por dó quier y no se le halla en parte alguna, pues cuando corréis tras él creyendo alcanzarlo encontráis á un aldeano como éste que os saluda afectuosamente, á un mendigo que os tiende la mano, á un buhonero que os presenta sus géneros, á un músico que os desgarrá los oídos con su trompeta, á un charlatán ensalzando sus drogas, á un risueño pastorcillo, á una mujer que amamanta á su hijo al umbral de su cabaña, y algunas veces un matorral que inclina inofensivo sus ramas al borde del camino. Entonces pasáis sin recelo, creyéndos seguro; y sin embargo, el aldeano, el pastor, el mendigo, el músico, el charlatán y el buhonero son otros tantos enemigos; y hasta el matorral conspira contra vos. Emboscados unos entre las retamas os siguen como la sombra, espían con incansable actividad todas vuestras acciones, y al notar una maniobra algo sospechosa, corren presurosos á comunicarla á los que perseguís infructuosamente; otros cogen en una zanja, bajo unos zarzales ó entre las yerbas de un barbecho un fusil viejo y mohoso, y si les parecéis digno de este honor, os siguen con igual tenacidad que los primeros, hasta que se les presente una ocasión favorable para despacharos al otro mundo. Por lo regular economizan mucho la pólvora; mas el tiro parte siempre de la maleza, y si tenéis la suerte de que lo hayan errado, al tratar de registrarla no encontraréis más que matorrales y zarzas, esto es, ramas, espinas y hojas. Tales son esos inofensivos matorrales que tan inocentemente agitaban sus ramas á la orilla del sendero. —¿No es exagerada vuestra descripción, mi general? preguntó el empleado con desconfianza. —¡Pardiez! fácil es probarlo, señor sub-prefecto. Ahora nos encontramos entre una multitud pacífica ¿no es eso? ¿En derredor nuestro no hay más que amigos, franceses, compatriotas,

eh? Pues tratad de prender á uno de esos hombres.—¿Qué sucedería si lo intentase?—Sucedería que uno de esos individuos á quienes ni remotamente conocemos, acaso ese tuante de la chupa blanca ó ese mendigo que come con tanto apetito al dintel de aquella puerta, llamado quizás Pierna de plata ó Brazo de hierro, pero que de todos modos sería un formidable capitán de cuadrilla, se levantaría repentinamente haciendo una señal, y se alzarían sobre nuestra cabeza los mil doscientos ó mil quinientos garrotes que veis en manos de los que pascan con tan apacible tranquilidad, y antes que mi escolta tuviese tiempo para acudir á socorrernos, ya estaríamos molidos como dos gavillas de trigo bajo el trillo. ¿Dudáis todavía? Pues á probarlo.—No tal, exclamó el sub-prefecto; dejémonos de chanzas, mi general. Desde que me habéis informado de su verdadero carácter, esos villanos me parecen unos pícaros, y os juro que no me inspiran la menor confianza.—No tanto. Es gente muy honrada; pero es preciso saberla tratar, y por desgracia esto no está al alcance de todos los sujetos que aquí se han mandado, contestó el general con socarrona sonrisa. Queréis ahora una muestra de su conversación? Vos sin duda sois ó habéis sido abogado, ¿no es cierto? Pues apuesto cualquier cosa á que jamás habéis conocido entre vuestros cofrades á unos perillanes tan duchos en hablar mucho sin decir nada. ¡Hel! buen hombre! añadió luego el general dirigiéndose á un aldeano de unos treinta y cinco á cuarenta años que á poca distancia estaba examinando una galleta que en la mano tenía; dime ¿dónde has comprado esa hermosa torta que se hace agua la boca al mirarla?—No las venden, señor; las regalan.—Bueno es saberlo; voy á que me den una.—Es raro á fe mía, dijo el aldeano; muy raro que se regalen así unas tortas de trigo que tan caras podrían venderse.—Ciertamente; pero no lo es menos que el primer individuo con quien topamos no sólo conteste á nuestras preguntas, sino que hasta se antiepe á las que pudiéramos dirigirle. Veamos, enseñadme esa galleta, buen hombre.

El general la examinó, y además de ver que era una torta de leche notó que antes de cocerla habían dibujado en la corteza con un cuchillo una cruz y cuatro barras paralelas.

—¡Cáspital! gustanme los regalos que reúnen lo útil á lo agradable. Este bonito dibujo será sin duda un jeroglífico. Decid, buen hombre, ¿quién os ha dado esta torta?—Nadie,

pues se recelan de mí.—¿Según eso sois patriota?—Soy el alcalde de mi pueblo, y por lo tanto adicto al gobierno; pero he visto que una mujer las repartía entre mis compatriotas de Machecul sin que ellos se lo pidiesen ni le dicesen nada en cambio, y yo entonces le he rogado que me vendiese algunas, y no se ha atrevido á negármelo. He comprado dos, de las cuales me he comido una en su presencia, y he guardado la otra en el bolsillo.—¿Queréis dármela? Yo estoy haciendo una colección de jeroglíficos curiosos y celebraría poseer este.—Os lo puedo dar, y también vendéroslo, como mejor os acomode.—¡Hola, hola! dijo el general mirando con mayor atención á su interlocutor; pareceme que ya voy comprendiendo: á lo que veo tú puedes descifrar este extraño enigma.—Podría ser; mas os aseguro que puedo comunicaros algunas noticias que de fijo os servirían.—Pero tú deseas que se te paguen ¿no es así?—Cierto, contestó descaradamente el aldeano.—¿Es este el modo con que sirves al gobierno que te ha nombrado alcalde?—¡Diantre! no creo que el gobierno haya cubierto con tejas el techo de mi cortijo, ni convertido en paredes de sillería sus tapias: de paja es el techo de mi vivienda, y flacas y deleznable sus paredes; sin contar que todos los materiales que la forman son sumamente combustibles y que en una noche mi hogar podría quedar reducido á cenizas. A gran riesgo gran ganancia...—Tienes razón. Ea, señor administrador, eso entra en vuestras atribuciones. A Dios gracias no soy más que soldado, y cuando me entregan la mercancía es preciso pagarla. Satisfaced pues su importe y dádmela.—No perdamos tiempo, replicó el colono, todos nos están observando.

En efecto, los aldeanos habían ido acercándose poco á poco al grupo formado por los dos caballeros y su paisano, sin más aparente motivo que la curiosidad que siempre excitan los forasteros, acabando por formar en torno de los tres personajes un círculo bastante compacto. Notólo el general y dirigiéndose al sub-prefecto dijole en alta voz:—Amigo mío, os advierto que en vuestro lugar no me faría de la palabra de ese hombre, pues aunque hable de venderos nada menos que doscientos costales de avena á diez y nueve francos cada uno, quién sabe si os los entregará. Dadle algo en arras, y exigid que firme una obligación.—Ya, pero no tengo papel ni lápiz, dijo el sub-prefecto adivinando la intención del general.—¿Qué importa? replicó éste, id á la po-

sada. Veámos, ¿hay aquí alguien que tenga avena por vender? Nos hace mucha falta para el ganado.

Adelantóse un aldeano contestando afirmativamente á la pregunta, y en tanto que el general ajustaba el precio, el sub-prefecto y el hombre de la galleta se alejaron sin excitar la menor sospecha. Ya habrán conocido nuestros lectores que aquel hombre era Courtin.

La conversación que éste había tenido con su amo el baroncito le había dado mucho en qué pensar. Parecióle que una delación lisa y llana no era lo que más convenía á sus intereses, pues podía muy bien acontecer que el gobierno no se curase de recompensar los desvelos de un subalterno tan ínfimo, en cuyo caso hubiese ejecutado sin provecho una acción sumamente peligrosa, concitándose el odio de los realistas, muy numerosos en aquel distrito. Entonces le ocurrió la ingeniosa combinación que después comunicó como hemos visto á Juan Oullier. Imaginaba el astuto labriego que favoreciendo los amores del baroncito, conseguiría sacar de ellos un razonable partido, conciliarse al mismo tiempo la benevolencia del marqués de Souday, cuyas ambiciosas miras creía halagar con este enlace, y recibir de esta manera un buen pago de su discreción, sin la cual corría inminente riesgo una cabeza que á su parecer era de gran precio para el partido realista.

Ya hemos visto cómo acogió Oullier las proposiciones de Courtin; así es que al ver el colono frustrado lo que le parecía un magnífico negocio, decidióse á probar fortuna con el gobierno.

## XVIII

### LA ASONADA

Media hora después de la conferencia del sub-prefecto y Courtin, recorrió los grupos un gendarme que iba en busca del general, á quien encontró departiendo amigablemente con un pordiosero cubierto de andrajos. El gendarme habló al oído del general, quien volvió á toda prisa á la posada

del *Caballo blanco*. A la puerta le aguardaba el sub-prefecto.

—¿Qué ocurre? preguntó el general al ver su semblante gozoso y satisfecho. — Buenas nuevas, mi general. — Sepamos. — Os participo que el hombre de la galleta es muy ladino. — ¿Eso os asombra? ¿Y cuál de ellos no lo es? El más lerdito daría mil vueltas á Talleyrand; ¿qué os ha dicho el ladino? — Anteanoche vió entrar en el castillo de Souday al conde de Bonneville disfrazado de aldeano, acompañado de otro aldeanillo que tenía todas las trazas de mujer. — ¿Y qué? — ¿Y qué? Ya no queda duda... — Acabad, señor sub-prefecto, ¿no veis que estoy en ascuas? respondió el general con el tono más sosegado del mundo. — A mi ver, está fuera de duda que esa mujer es la princesa. — Que esté fuera de duda para vos, sea; pero no para mí. — ¿Por qué, mi general? — Porque yo también he tenido confidencias, y... — ¿Espontáneas ó involuntarias? — ¿Quién es capaz de asegurarlo tratándose de esa gente? El sub-prefecto se encogió de hombros. — En fin, ¿qué os han dicho? — Nada. — Entonces... — Al dejáros he acabado de cerrar el trato de la avena. — ¿Y luego? — El aldeano me ha pedido que le diese algo en arras, á lo cual he accedido considerándolo muy justo; pero yo por mi parte le he exigido un recibo, garantía no menos justa. Él quería extenderlo en casa de un mercader; mas yo le he hecho observar que no era necesario: tomad, ahí tenéis un lápiz, le he dicho; vos tendréis en la faltriquera algún pedazo de papel, y si no sabéis dónde apoyaros, mi sombrero servirá de mesa. Entonces ha rasgado una carta y me ha entregado el recibo. Hélo aquí:

«Recibí de D. Juan Luis Robier la cantidad de cincuenta francos á cuenta de treinta sacos de avena que me obligo á entregarle el 28 del corriente. ®

»Hoy 14 de mayo de 1832.

»F. TERRIEN.»

— Por ahora, dijo el sub-prefecto, no veo ningún indicio que pueda darnos luz sobre... — Volved el recibo. — ¡Ah! eso ya es diferente.

El papel en cuestión era la mitad de una carta rasgada, y en el dorso leyó el empleado las siguientes líneas:

sada. Veámos, ¿hay aquí alguien que tenga avena por vender? Nos hace mucha falta para el ganado.

Adelantóse un aldeano contestando afirmativamente á la pregunta, y en tanto que el general ajustaba el precio, el sub-prefecto y el hombre de la galleta se alejaron sin excitar la menor sospecha. Ya habrán conocido nuestros lectores que aquel hombre era Courtin.

La conversación que éste había tenido con su amo el baroncito le había dado mucho en qué pensar. Parecióle que una delación lisa y llana no era lo que más convenía á sus intereses, pues podía muy bien acontecer que el gobierno no se curase de recompensar los desvelos de un subalterno tan ínfimo, en cuyo caso hubiese ejecutado sin provecho una acción sumamente peligrosa, concitándose el odio de los realistas, muy numerosos en aquel distrito. Entonces le ocurrió la ingeniosa combinación que después comunicó como hemos visto á Juan Oullier. Imaginaba el astuto labriego que favoreciendo los amores del baroncito, conseguiría sacar de ellos un razonable partido, conciliarse al mismo tiempo la benevolencia del marqués de Souday, cuyas ambiciosas miras creía halagar con este enlace, y recibir de esta manera un buen pago de su discreción, sin la cual corría inminente riesgo una cabeza que á su parecer era de gran precio para el partido realista.

Ya hemos visto cómo acogió Oullier las proposiciones de Courtin; así es que al ver el colono frustrado lo que le parecía un magnífico negocio, decidióse á probar fortuna con el gobierno.

## XVIII

### LA ASONADA

Media hora después de la conferencia del sub-prefecto y Courtin, recorrió los grupos un gendarme que iba en busca del general, á quien encontró departiendo amigablemente con un pordiosero cubierto de andrajos. El gendarme habló al oído del general, quien volvió á toda prisa á la posada

del *Caballo blanco*. A la puerta le aguardaba el sub-prefecto.

—¿Qué ocurre? preguntó el general al ver su semblante gozoso y satisfecho. — Buenas nuevas, mi general. — Sepamos. — Os participo que el hombre de la galleta es muy ladino. — ¿Eso os asombra? ¿Y cuál de ellos no lo es? El más lerdo daría mil vueltas á Talleyrand; ¿qué os ha dicho el ladino? — Anteanoche vió entrar en el castillo de Souday al conde de Bonneville disfrazado de aldeano, acompañado de otro aldeanillo que tenía todas las trazas de mujer. — ¿Y qué? — ¿Y qué? Ya no queda duda... — Acabad, señor sub-prefecto, ¿no veis que estoy en ascuas? respondió el general con el tono más sosegado del mundo. — A mi ver, está fuera de duda que esa mujer es la princesa. — Que esté fuera de duda para vos, sea; pero no para mí. — ¿Por qué, mi general? — Porque yo también he tenido confidencias, y... — ¿Espontáneas ó involuntarias? — ¿Quién es capaz de asegurarlo tratándose de esa gente? El sub-prefecto se encogió de hombros. — En fin, ¿qué os han dicho? — Nada. — Entonces... — Al dejáros he acabado de cerrar el trato de la avena. — ¿Y luego? — El aldeano me ha pedido que le diese algo en arras, á lo cual he accedido considerándolo muy justo; pero yo por mi parte le he exigido un recibo, garantía no menos justa. Él quería extenderlo en casa de un mercader; mas yo le he hecho observar que no era necesario: tomad, ahí tenéis un lápiz, le he dicho; vos tendréis en la faltriquera algún pedazo de papel, y si no sabéis dónde apoyaros, mi sombrero servirá de mesa. Entonces ha rasgado una carta y me ha entregado el recibo. Hélo aquí:

«Recibí de D. Juan Luis Robier la cantidad de cincuenta francos á cuenta de treinta sacos de avena que me obligo á entregarle el 28 del corriente.

»Hoy 14 de mayo de 1832.

»F. TERRIEN.»

— Por ahora, dijo el sub-prefecto, no veo ningún indicio que pueda darnos luz sobre... — Volved el recibo. — ¡Ah! eso ya es diferente.

El papel en cuestión era la mitad de una carta rasgada, y en el dorso leyó el empleado las siguientes líneas:

arqués,  
 inmediatamente la noticia  
 la que esperamos  
 en Beaupays el 26 por la noche  
 presentados á *Madama*  
 vuestra gente bajo la mano  
 respetuoso.

oux.»

—¡Diantrel exclamó el sub-prefecto, ¿sabéis que esto anuncia una sublevación? No sería difícil reconstruir esos períodos incompletos.—Nada más fácil.—Quizás demasiado; pero ¿qué diablo me decíais no há mucho ponderando la sagacidad de esa gente? Yo por el contrario observo en ella una candidez que me pasma.—Aguardad, que aun hay más, dijo el general.—¿Sí?—Cuando he dejado al tratante de avena, me he dirigido á un pordiosero que parecía idiota, y le he hablado de Dios y sus santos, de la bienaventurada Virgen María, del maíz, de la cosecha de las patatas (notad que aun están en flor), y por último le he preguntado si quería servirme de guía hasta Lorveux, adonde, como sabéis, tenemos que dar una vuelta. «No puedo serviros, me ha contestado el idiota con aire socarrón.—¿Por qué? le he preguntado con el tono más estúpido que he podido.—Porque estoy comprometido para llevar á una hermosa señora y á dos caballeros como vos de Puy-Laurent á la Floctière.»—¡Demontrel esto se complica.—Al contrario, yo creo que se aclara.—Explicáos.—Esas confidencias dadas sin que nadie las pida, y en un país donde tan difícil es obtenerlas cuando se buscan, es un lazo en el que no cogerán á un viejo zorro como yo. La duquesa de Berry, si por ahí anda, no puede hallarse á la vez en Souday, en Beaupays y en Puy-Laurent: ¿qué decís á eso, señor sub-prefecto?—¡Pse! respondió este rascándose la oreja, digo que podría muy bien haberse encontrado sucesivamente en estos tres puntos; y por lo que hace á mí, os aseguro que sin tomarme la molestia de dirigirme á donde se ha refugiado, ó donde debe refugiarse, iría derecho á la Floctière, esto es, al punto que el idiota acaba de indicaros.—Vamos, ya veo que sois mal sabueso, replicó el general; el único informe verdadero que hoy hemos recibido, es el del perillán de la galleta.—¿Y los demás?—Apostaría mis entorchados de general contra la charretera de subteniente, á que los demás nos han

sido enviados por algunos tunantes que habiéndonos visto conversar con el alcalde han tratado de ponernos la ceniza en la frente. ¡Ea, señor sub-prefecto! manos á la obra, y á Souday, si no queremos llevarnos chasco.—¡Magnífico! exclamó el sub-prefecto, yo temía haber hecho una tontería; pero vuestras palabras me tranquilizan.—¿Qué habéis hecho?—Ya sé el nombre de ese labriego: Llámase Courtin, y es alcalde de la aldehuela de la Logerie.—La conozco: por poco ahorcamos en ella á Charrete treinta y siete años atrás.—Pues ese hombre me ha indicado un sugeto que podría servirnos de guía, y á quien sería prudente poner luego á buen recaudo á fin de que no volviese al castillo de Souday para dar la voz de alerta.—¿Quién es ese individuo?—El mayordomo y guarda del marqués; aquí traigo las señas. Y al decir esto entregó al general un papel que decía:

«Pelo canoso y corto; frente estrecha; ojos negros y vivos; cejas pobladas; una berruga en la nariz y las ventanas velludas; barba cerrada; sombrero chambergo; chupa, chaleco y pantalones de pana; polainas y cinto de cuero. Señas particulares: lleva un perro castaño de muestra, llamado León y un zurrón de caza; es mellado.»

—¡Bravísimo! exclamó el general; ese es mi tratante de avena, con todos sus pelos y señales, y así se llama el Terrien como yo Barrabás.—Luego podréis cercioraros de ello, general.—¿De qué manera?—Vendrá aquí dentro de pocos momentos.—¿Aquí?—Aquí mismo.—¿De grado?—De grado ó por fuerza.—¿O por fuerza, decís?—Cierto, pues le he mandado arrestar, y quizás ya se ha ejecutado á estas horas mi mandato.—¡Fuego de Dios! exclamó el general dando sobre la mesa tan fuerte puñetazo que el prefecto saltó en su silla. ¿Qué habéis hecho?—Me parece, general, que si realmente es un hombre tan peligroso como dicen, no había más partido que arrestarle.—¡Peligroso! ¿Creéis que no lo es mucho más ahora que hace algunos minutos?—¿Y si está ya preso?—Creed que no le habrán detenido bastante pronto para privarle de dar la voz de alarma. La princesa estará sobre aviso antes que estemos á una legua de aquí, y aun dad gracias al cielo si vuestra imprudencia no nos ha echado encima todo este populacho: veréis como no nos será dado disponer de un solo hombre del destacamento.—Quizás aun sea tiempo, exclamó el sub-prefecto corriendo á la puerta.—Sí, sí, corred... ¡Voto á cribas! Es tarde.

En efecto, oíase un confuso rumor que por momentos aumentaba, hasta que estalló con el terrible rugido de una muchedumbre próxima á lanzarse á la lucha. El general abrió la ventana y vió á cien pasos de la posada á los gendarmes que llevaban atado á Juan Oullier. Rodeábales la multitud turbulenta y amenazadora: los gendarmes avanzaban con mucho trabajo, y sin embargo de que hasta entonces no habían tenido que apelar á las armas para abrirse paso, no había que perder un minuto.

—¡Ea! exclamó el general quitándose la levita y poniéndose el uniforme; ya principió la danza, y es preciso bailar. Llamando luego á su secretario le dijo:

—¡Rusconi, mi caballo, aprisal y vos, señor sub-prefecto, procurad reunir á los nacionales si los hay; pero cuenta con disparar un fusil sin que yo lo mande.

En aquel momento entró un capitán enviado por el secretario.

—Vos, capitán, continuó el general, formad vuestra compañía en el patio; monten á caballo los cazadores de la escolta, con víveres para dos días y veinte y cinco cartuchos en la cartuchera, y estad pronto para salir á la primera señal.

Lleno de juvenil entusiasmo el anciano general bajó al patio, y enviando noramala á los paisanos ordenó que abriesen la puerta cochera que daba á la calle.

—¡Cómo! exclamó el sub-prefecto, ¿pensáis presentaros solo ante esos furiosos?—¡Vaya si pienso! Fuerza será que dejen pasar á los gendarmes. ¡Ea! á un lado, mala ocasión es esta para andarse con chiquitas.

Abrióse la puerta de par en par y dando el general dos fuertes espolazos al caballo, encontróse en medio de la calle y en lo más recio de la refriega. La aparición del anciano y apuesto militar, su enérgico semblante, su uniforme cubierto de condecoraciones, y sobre todo la audacia maravillosa de semejante acción, produjeron en la multitud el efecto de una chispa eléctrica; cesó como por encanto la gritería, bajáronse los palos, los aldeanos más próximos al general se destocaron, abriéronse las filas más apiñadas, y el soldado de Rivoli y de los Pirineos pudo avanzar hacia los gendarmes.

—¿Qué sucede, muchachos? gritó con voz tan atronadora que se oyó desde las calles adyacentes á la plaza.—Sucede

que acaban de prender á Juan Oullier, contestó una voz.—Y Juan Oullier es un hombre de bien, dijo otra.—Y á los hombres de bien no se les prende como á los malhechores, añadió otra voz. Por lo cual no permitiremos que se le prenda, exclamó un revoltoso más atrevido que los demás.

—¡Silencio! exclamó el general con acento tan imperioso que todos enmudecieron. Si Juan Oullier, como no lo dudo, es hombre de bien, se le soltará; si por el contrario, es uno de esos que tratan de engañaros abusando de vuestros buenos y nobles sentimientos, será severamente castigado. ¿Os parece injusto hacer un escarmiento en esos tunantes que intentan sumir de nuevo al país en esa serie de horribles desastres de que no pueden hablar los ancianos á los mozos sin que asomen las lágrimas á sus ojos?—Juan Oullier, repuso uno, es un hombre pacífico é inofensivo que no quiere mal á nadie.—¿Qué os falta? añadió el general sin hacer alto en esta interrupción: vuestros sacerdotes son respetados, vuestra religión es la nuestra. ¿Acaso hemos guillotinado al rey como en 1793 ó hemos abolido á Dios como en 1794? ¿Por ventura se atacan vuestras propiedades? No, pues están bajo la égida de la ley y la ley es igual para todos. Además, ¿cuándo ha estado vuestra comarca en un estado tan floreciente como en el día?—Es cierto, contestó un joven aldeano.—No deis oídos á los malos franceses que sólo procuran satisfacer sus pasiones egoístas, aunque sea á costa de afligir al país con todos los horrores de la guerra civil. ¿Acaso no os acordáis de ellos? ¿Tendré que recordaros el degüello de vuestros padres, esposas é hijos; la ruina de vuestras haciendas, el incendio de vuestras chozas, el terror y desconcierto generales?—*Los azules* son quienes hicieron todo eso.—Es falso, prosiguió el general, no son *los azules*, sinó los que os arrastraron á una lucha insensata que hoy sería impía: entonces á lo menos tenía un pretexto, y ahora ninguno tiene.

Y mientras hablaba el general iba acercándose á los gendarmes, quienes hacían todos los esfuerzos para llegar á él, operación tanto más fácil en aquellos momentos, cuanto que la militar peroración del general hacía honda impresión en el ánimo de muchos aldeanos. Unos bajaban la cabeza y le escuchaban sin despegar los labios; otros hablaban quedo haciendo algunas reflexiones, que á juzgar por su aspecto eran conciliadoras; mas á medida que se aproximaba el ge-

neral al círculo formado al rededor de los gendarmes, encontraba ya rostros menos benévolos, siendo del todo amenazadores los más cercanos. Estos eran sin duda los de los caudillos de la sublevación, los jefes de partida, y con ellos era inútil todo arranque de elocuencia, pues estaban resueltos á no escuchar, ni dejar que los otros escuchasen: no gritaban, rugían.

Comprendiendo el general la situación, determinó imponerles con uno de aquellos actos de fuerza física que producen tanto efecto en la multitud. En la primera fila de los descontentos se encontraba Alain Poca-Alegría, cosa extraña atendido su achaque; pero Alain había sustituido sus piernas de palo con dos robustas piernas de carne y hueso. Estaba á horcajadas sobre los hombros de un mendigo de colosal estatura, quien mediante las correas que sujetaban las piernas postizas del tabernero, manteniale tan firme como el general en la silla. Viéndole éste gesticular y vociferar como un loco en su animado pedestal, asíóle por el cuello de la chupa, le tuvo suspendido un rato sobre las cabezas de los revoltosos, y arrojándole á un gendarme le dijo:

—Atad á ese títere, que acabaría por darme jaqueca.

Cuando el mendigo se vió libre de la carga que llevaba, levantó la cabeza, y el general conoció al idiota con quien había hablado por la mañana; mas entonces parecía más taimado que nadie. La acción del general excitó la risa de la muchedumbre. No duró mucho la hilaridad, pues asido Poca-Alegría por un gendarme á cuya izquierda se hallaba Oullier, sacó con disimulo una navaja abierta del bolsillo y clavóla hasta el mango en el pecho del gendarme gritando:

—¡Viva Enrique V! ¡Huye, Oullier!

Incitado al propio tiempo el mendigo por un legítimo sentimiento de emulación, quiso sin duda contestar dignamente á la atlética acción del general, y metiéndose debajo de su caballo, le cogió con fuerza por la bota y derribóle de la silla. Ambos cayeron á un tiempo; pero el general se levantó en seguida, y montando á caballo con tanta prontitud como destreza, descargó tan recio puñetazo en la cabeza del mendigo, que éste cayó sin proferir un grito y cual si le hubiesen partido el cráneo. Ni el gendarme ni el mendigo volvieron á levantarse; éste estaba desmayado, aquél era cadáver. Juan Oullier, aunque maniatado, dió un fuerte empujón al gendarme que le custodiaba, y al verle

tambalearse saltó por encima del cadáver y metióse entre la multitud. Mas como quiera que el general estaba atento á todo, dió una vuelta brusca é inesperada, lanzóse en medio de aquella viva oleada, y cogiendo á Juan Oullier como antes asiera á Poca-Alegría, colocóle atravesado sobre la silla. Entonces empezaron á llover piedras, y los aldeanos á tomar resueltamente sus posiciones ofensivas. Los gendarmes no perdieron ni una pulgada de terreno; rodearon al general formando un formidable círculo de bayonetas, y no atreviéndose la multitud á atacarles cuerpo á cuerpo, se limitó á apedrearles. De este modo avanzaron hasta corta distancia de la posada, en cuyo punto la situación del general y los suyos era sumamente crítica, pues los aldeanos estaban resueltos á no dejar á Juan Oullier en poder de sus enemigos. Hacíase más briosa la agresión, y á pesar de que ya estaban ensangrentadas algunas bayonetas, el ardimiento de los sublevados crecía por instantes. Felizmente á la distancia en que se hallaban los soldados, la voz del general podía llegar hasta ellos, y éste gritó:

—¡A mí, granaderos!

Abriéronse al punto las puertas de la posada, y cargando los soldados á la bayoneta rechazaron á los aldeanos. El general pudo penetrar con su escolta en el patio, donde le esperaba el sub-prefecto.

—Aquí tenéis á vuestro hombre, le dijo el general arrojándole Juan Oullier cual si fuera un costal; caro lo hemos pagado. ¡Quiera Dios que produzca lo que cuesta!

A todo esto se oyó un nutrido fuego á la otra parte de la plaza.

—¿Qué es eso? dijo el general con atento oído.—Sin duda es la guardia nacional á la que he mandado reunir, y que siguiendo mis instrucciones habrá empezado á dispersar á los amotinados.—¿Pero quién les ha mandado hacer fuego?—Yo, general; era preciso libraros.—¡Ira de Dios! bien veis que lo he hecho sin auxilio ajeno. Tened entendido, caballero, que en una guerra civil la sangre inútilmente derramada es más que un crimen: es una falta.

En esto entró al galope en el patio un oficial, diciendo:

—Mi general, los insurrectos huyen, y los cazadores vienen. ¿Queréis que se les persiga?—Nó, lo que quiero es que no se mueva ni un solo hombre; dejad obrar á la guardia nacional; son amigos y se entenderán.

En efecto, otro tiroteo anunció que los aldeanos y la guardia nacional se entendían. Estas eran las detonaciones que el barón Michel había oído desde la Logerie.

—Ahora, dijo el general, saquemos todo el partido posible de esta triste jornada. Todo depende de que ese hombre sea el único sabedor del secreto: oíd, gendarme: ¿habéis notado que comunicase con alguien después de su arresto?—  
 —No, mi general, ni por señas, pues tenía las manos atadas.  
 —¿No le habéis observado un movimiento de cabeza, no le habéis oído pronunciar alguna palabra? Ya sabéis que con esos tunantes basta un gesto, una sílaba, para decirlo todo y comprenderse.—No, mi general.—Pues adelante; que coma la compañía, capitán; y dentro de un cuarto de hora emprendemos la marcha: bastan los gendarmes y la guardia nacional para mantener el orden en la población. También vendrán con nosotros los cazadores para explorar el camino.

Dicho esto, entró el general en la posada y los soldados empezaron á hacer sus preparativos de marcha.

Entretanto Juan Oullier permanecía sentado en una piedra en medio del patio, con dos gendarmes por centinelas de vista. Conservaba la impasibilidad habitual de su semblante, y con las manos agarrotadas acariciaba á su perro, el cual apoyaba la cabeza en las rodillas de su amo, lamiéndole de vez en cuando las manos para manifestarle que aun le quedaba un amigo en el infortunio. Acariciábale su amo con una pluma de pato silvestre que había recogido en el patio, y aprovechando luego un momento en que los centinelas miraban á otro lado, púsola en la boca del animal, hizole una señal de inteligencia, y levantóse diciendo en voz baja:

—Anda, *Leon*.

El perro se alejó á paso lento mirando de vez en cuando á su dueño, y sin que nadie le viera traspuso la puerta y desapareció.

—Bueno, dijo para sí Juan Oullier, ese llegará antes que nosotros.

Desgraciadamente los gendarmes no eran los únicos que vigilaban al preso.

## XIX

ASTUCIA DE JUAN OULLIER

Escasísimas son aun hoy día en la Vendée las buenas carreteras, y las pocas que cuenta se construyeron con posterioridad al año 1832, y por consiguiente á los sucesos que nos hemos propuesto relatar.

La falta de grandes vías de comunicación fué lo que más favoreció á los insurrectos en la gran guerra de la Vendée.

Digamos algo de las dos que á la sazón existían á la margen izquierda del río: la primera va de Nantes á la Rochela por Montaigu, y la segunda de Nantes á Paimbœuf costando casi siempre la ribera del Loira. Hay además algunas carreteras de segunda clase ó trasversales, todas bastante malas, que cruzan el país desde Nantes á Beaufréau por Vallet; de Nantes á Mortagne, Cholet y Bressuire, por Clissón; de Nantes á Sables-d'Olonne, por Legé; y de Nantes á Challans, por Machecul.

Para ir de Montaigu á Machecul por esos caminos, era forzoso dar un gran rodeo, pues había que dirigirse á Legé, tomar luego el camino de Nantes á Sables-d'Olonne, seguirlo hasta su intersección con el de Challans, y después retroceder hasta Machecul. Muy bien comprendía el general que todo el éxito de la expedición dependía de su celeridad, para resignarse á hacer una marcha tan larga. Por otra parte, aquellos caminos no eran más favorables que los trasversales á las operaciones militares, pues orillados de anchas y profundas zanjas, de árboles y espesos matorrales, y encajonados casi siempre entre dos ribazos coronados de setos, eran en toda su extensión muy á propósito para las emboscadas, y las pocas ventajas que ofrecían no compensaban sus inconvenientes; así es que el general resolvió tomar el atajo que conducía por Vieillevique á Machecul y ahorraba como una legua y media de camino.

Merced al sistema de acantonamientos adoptado por el

En efecto, otro tiroteo anunció que los aldeanos y la guardia nacional se entendían. Estas eran las detonaciones que el barón Michel había oído desde la Logerie.

—Ahora, dijo el general, saquemos todo el partido posible de esta triste jornada. Todo depende de que ese hombre sea el único sabedor del secreto: oíd, gendarme: ¿habéis notado que comunicase con alguien después de su arresto?—  
—No, mi general, ni por señas, pues tenía las manos atadas.  
—¿No le habéis observado un movimiento de cabeza, no le habéis oído pronunciar alguna palabra? Ya sabéis que con esos tunantes basta un gesto, una sílaba, para decirlo todo y comprenderse.—No, mi general.—Pues adelante; que coma la compañía, capitán; y dentro de un cuarto de hora emprendemos la marcha: bastan los gendarmes y la guardia nacional para mantener el orden en la población. También vendrán con nosotros los cazadores para explorar el camino.

Dicho esto, entró el general en la posada y los soldados empezaron á hacer sus preparativos de marcha.

Entretanto Juan Oullier permanecía sentado en una piedra en medio del patio, con dos gendarmes por centinelas de vista. Conservaba la impasibilidad habitual de su semblante, y con las manos agarrotadas acariciaba á su perro, el cual apoyaba la cabeza en las rodillas de su amo, lamiéndole de vez en cuando las manos para manifestarle que aun le quedaba un amigo en el infortunio. Acariciábale su amo con una pluma de pato silvestre que había recogido en el patio, y aprovechando luego un momento en que los centinelas miraban á otro lado, púsola en la boca del animal, hizole una señal de inteligencia, y levantóse diciendo en voz baja:

—Anda, *Leon*.

El perro se alejó á paso lento mirando de vez en cuando á su dueño, y sin que nadie le viera traspuso la puerta y desapareció.

—Bueno, dijo para sí Juan Oullier, ese llegará antes que nosotros.

Desgraciadamente los gendarmes no eran los únicos que vigilaban al preso.

## XIX

ASTUCIA DE JUAN OULLIER

Escasísimas son aun hoy día en la Vendée las buenas carreteras, y las pocas que cuenta se construyeron con posterioridad al año 1832, y por consiguiente á los sucesos que nos hemos propuesto relatar.

La falta de grandes vías de comunicación fué lo que más favoreció á los insurrectos en la gran guerra de la Vendée.

Digamos algo de las dos que á la sazón existían á la margen izquierda del río: la primera va de Nantes á la Rochela por Montaigu, y la segunda de Nantes á Paimbœuf costando casi siempre la ribera del Loira. Hay además algunas carreteras de segunda clase ó trasversales, todas bastante malas, que cruzan el país desde Nantes á Beaufréau por Vallet; de Nantes á Mortagne, Cholet y Bressuire, por Clissón; de Nantes á Sables-d'Olonne, por Legé; y de Nantes á Challans, por Machecul.

Para ir de Montaigu á Machecul por esos caminos, era forzoso dar un gran rodeo, pues había que dirigirse á Legé, tomar luego el camino de Nantes á Sables-d'Olonne, seguirlo hasta su intersección con el de Challans, y después retroceder hasta Machecul. Muy bien comprendía el general que todo el éxito de la expedición dependía de su celeridad, para resignarse á hacer una marcha tan larga. Por otra parte, aquellos caminos no eran más favorables que los trasversales á las operaciones militares, pues orillados de anchas y profundas zanjas, de árboles y espesos matorrales, y encajonados casi siempre entre dos ribazos coronados de setos, eran en toda su extensión muy á propósito para las emboscadas, y las pocas ventajas que ofrecían no compensaban sus inconvenientes; así es que el general resolvió tomar el atajo que conducía por Vieillevique á Machecul y ahorraba como una legua y media de camino.

Merced al sistema de acantonamientos adoptado por el

general, los soldados estaban ya bastante familiarizados con el país y conocían muy bien sus ásperos é intrincados senderos. El capitán de la compañía de granaderos que le acompañaba sabía el camino de Montaigu hasta el riachuelo del Boulogne, y una vez llegados á este punto, como era de preveer que Juan Oullier se negaría á indicar la dirección, no por eso debía faltarles un guía enviado por Courtin, quien no se atrevió á tomar parte ostensible en la expedición.

Resignado el general á echar por el atajo, tomó precauciones para evitar una sorpresa. Hizo que precediesen á la columna dos cazadores de á caballo pistola en mano, en tanto que la flanqueaban una docena de infantes ojando los matorrales y batiendo la espesura que orillaba la senda llegando algunas veces á dominarla. El general iba al frente de la partida, y en medio de ella Juan Oullier, maniatado y sujeto con una cincha al cuerpo de un jinete que le llevaba á la grupa, y de quien no habría podido escapar aunque hubiese logrado romper sus ataduras, yendo éste en medio de otros dos jinetes con encargo especial de vigilar al preso.

Eran poco más de las seis cuando salió la columna de Montaigu, teniendo que andar cinco leguas para llegar al castillo de Souday, y suponiendo que pudiesen hacerse en cinco horas, no estarían allí hasta las once de la noche, hora muy propicia al parecer del general, pues á ser exactos los informes de Courtin y á no engañarle sus propios presentimientos, á esta hora debían hallarse aún reunidos en el castillo los caudillos del alzamiento, por lo cual no podían menos de ser cogidos todos á la vez.

Como á media legua de Montaigu encontró la columna á una pobre vieja que oraba ante un viacrucis, y que al oír acercarse los soldados volvió la cabeza, levantóse como arras-trada por un sentimiento de curiosidad, y se aproximó al sendero para verlos desfilar; luego, cual si los bordados del general la hubiesen infundido esperanzas, empezó á murmurar una de aquellas fórmulas monótonas y gangosas con que los pordioseros imploran la caridad de sus semejantes. Ocupados con otros pensamientos, y poniéndose cada vez más sombríos conforme iba declinando el día, los oficiales y los soldados pasaron sin reparar en la anciana.

—¿No ha visto vuestro general á esa mendiga? preguntó Juan Oullier al cazador de la derecha. —¿Por qué lo preguntáis? —Porque no ha aflojado el bolsillo. ¡Cuidado! quien

rechaza la mano abierta, guárdese de la cerrada. Eso os acarreará alguna desgracia. —Si hablas por tí, camarada, podría ser muy bien que no anduvieses del todo errado, pues se me antoja que tú eres quien corres mayor riesgo. —Por eso quisiera conjurarlo. —¿De qué manera? —Meted la mano en mi faltriquera y sacad un cuarto. —¿Para qué? —Paradarlo á esa pobre, pues orará por mí que le habré hecho limosna y por vos que á ello me habréis ayudado.

El cazador se encogió de hombros; mas como la superstición es muy contagiosa, en especial la que tiene relación con las ideas de caridad, á pesar de burlarse el soldado de semejantes puerilidades, creyó que no debía negar á Juan Oullier un favor que debía granjear á entrambos la bendición del cielo.

En esto la columna tomaba la derecha para seguir el camino hondo de Vieillevique: el general había parado el caballo para observar el desfile y cerciorarse de que se habían cumplido sus disposiciones, y al notar la acción del soldado que conversaba con Oullier, le preguntó:

—¿Por qué dejas hablar al preso con los transeuntes?

El soldado relató al general lo que acababa de suceder.

—¡Alto! gritó el general; detened á esa mujer y registradla.

Obedeciése esta orden acto continuo, y sólo se le encontraron algunas monedas de cobre que el general examinó con sumo cuidado; pero por más que las volvió y miró, no supo encontrar en ellas ningún indicio sospechoso, y se las metió en el bolsillo, dándole en cambio una moneda de cinco francos. Juan Oullier le miraba sonriéndose con socarronería.

—Ya lo veis, buena mujer, añadió luego á media voz procurando que no perdiese ninguna de sus palabras; la limosna del pobre preso ha sido may fructífera para vos, lo cual es una razón más para que me tengáis presente en vuestras oraciones. Una docena de *Aves Marias* que intercedan pueden facilitar la salvación de un infeliz. ®

Al pronunciar esta última frase Juan Oullier levantó un poco más la voz.

—Buen hombre, le dijo el general, en lo sucesivo os dirigiréis á mí cuando queráis hacer limosna, y yo os encomendaré á las oraciones de los que queráis socorrer; mi mediación no puede perjudicaros en el cielo, y si ahorraros muchos disgustos en la tierra.... Vosotros, añadió luego con áspera

voz dirigiéndose á los soldados, no olvidéis mis órdenes, si no queréis que os cueste caro.

Al llegar á Vieilleville la columna hizo alto un cuarto de hora para dar un rato de descanso á los infantes. El vendeano fué colocado en medio de la partida para alejarlo de la multitud que acudía de todas partes cercandó á los soldados con excesiva curiosidad.

El caballo que llevaba á Juan Oullier estaba desherrado é iba muy cansado con su doble peso; el general mandó pues reemplazarlo con el que le pareció más brioso de la escolta. Este era el caballo de un jinete de vanguardia que á pesar de los peligros que en ella corría pareció que relevaba de muy mala gana á su camarada. Era el tal un hombre bajo y fornido que nada tenía del aire truhanesco que caracterizaba á sus camaradas. En esto había ya anochecido, y al acercarse la linterna para examinar el estado de las cinchas y ataduras, los ojos de Juan Oullier se encontraron con los del soldado, y aquél notó que éste se ruborizaba al mirarle.

Por fin siguieron la marcha con mayores precauciones, pues el terreno era cada vez más frondoso y favorable á una emboscada. La inalterable jovialidad de los soldados no cesó un punto á pesar de la perspectiva del peligro que les amenazaba y de la escabrosidad de los senderos que generalmente no son más que torrenteras cubiertas de breñas, y después de un corto silencio, al cerrar la noche empezaron ya á reírse del peligro y á hablar entre sí con aquel desenfado característico del soldado francés. El cazador que llevaba á la grupa á Juan Oullier era el único que permanecía taciturno é intranquilo.

—¡Eh, Tomás! le gritó su compañero de la derecha; nunca sueles estar muy alegre que digamos; pero en verdad que hoy parece que tienes algún diablo en el cuerpo.—Si no lo tiene en el cuerpo, contestó el de la izquierda, lo lleva á la grupa, según parece.—¡Qué diantre! Figúrate, Tomás, que en lugar de llevar á la grupa á un paisano tuyo, llevas á una paisana.—¡Toma, y es verdad! replicó el segundo; tú eres medio *chuan*, Tomás.—Dí que lo es del todo; ¿cáso no oye misa todos los domingos?

El aludido no tuvo tiempo para contestar á estas pullas, pues como en aquel punto el sendero era tan estrecho que no podían pasar de frente dos jinetes, el general mandó que fueran en una fila.

Durante el momento de confusión propio de esta maniobra, Juan Oullier se puso á silbar por lo bajo la canción bretona:

«Los chuanes son hombres de bien....»

Al oír la primera nota, el jinete se estremeció á pesar suyo, y aprovechando Oullier la coyuntura de encontrarse los otros dos soldados uno delante y otro detrás de ellos; pegó los labios al oído del silencioso cazador, diciéndole:

—Por más callado que estés, Tomás Tinguy, te he conocido á primera vista, como tú á mí.

El soldado suspiró é hizo un movimiento de hombros como queriendo indicar que obraba mal de su grado, aunque no contestara.

—Tomás Tinguy, prosiguió el preso, ¿sabes á dónde vas? ¿sabes á dónde llevas al antiguo amigo de tu padre? Al saqueo y á la destrucción del castillo de Souday, cuyos dueños han sido los constantes protectores de tu familia.

Tomás Tinguy suspiró de nuevo.

—Tu padre ha muerto, añadió Juan Oullier.

El soldado no despegó los labios, pero vaciló en la silla como si le hubiese dado un vahido. Un momento después dijo con voz apagada y casi imperceptible:

—¡Muerto!—Sí, muerto; y ¿sabes quién velaba á su cabecera con tu hermana Rosina? Las dos señoritas de Souday: las pobres niñas hicieron esta caritativa acción á riesgo de su propia vida, pues tu padre fué atacado de una fiebre perniciosa; y no pudiendo prolongar su existencia, aquellos dos ángeles endulzaron sus últimos momentos. ¿Qué ha sido de tu hermana? ¿Quién le ha ofrecido un asilo? El castillo de Souday. ¡Ah, Tomás Tinguy! En verdad te digo que más quiero ser el pobre Juan Oullier á quien van á fusilar tal vez en un rincón, que aquel que le lleva atado al suplicio.—Calla, Juan, calla, repuso Tinguy con acento enternecido; no hemos llegado todavía, y..... allá veremos.

El camino por donde pasaba entonces la columna formaba en aquel paraje un declive que conducía á un vado del Boulogne. En tanto había cerrado por completo la noche; noche oscura, sin luna ni estrellas, que así podía favorecer la expedición como erizarla de graves inconvenientes en un país tan agreste y desconocido.

Al llegar á la orilla del río, encontraron á los dos batidores que se habían detenido inquietos y recelosos con la pistola amortillada. Su alarma era fundada, pues creyendo

encontrar un manantial cristalino corriendo entre los gujarros como suele verse en los parajes vadeables, tenían delante unas aguas negras y estancadas que batían sorda y acompasadamente los peñascos de la orilla. Por más que miraron en todas direcciones, el guía que Courtin había prometido enviar no parecía. El general dió una voz, y en la ribera opuesta sonó un: ¿Quién vive?

—Souday, contestó el general. —Entonces vos sois el que busco. —¿Estamos en el vado del Boulogne? —Sí. —¿Por qué están tan crecidas las aguas? —Han aumentado con las últimas lluvias. —¿De modo que no hay paso? —¡Cáspita! Nunca he visto tan crecido el río, y lo más prudente sería....

De pronto cesó de oírse la voz del guía apagándose con un sordo gemido, y luego sonó un rumor parecido á una lucha, ó al de varios hombres haciendo rodar muchos gujarros con los piés.

—¡Fuego de Dios! exclamó el general, están asesinando á nuestro guía.

Tras esas palabras oyóse un quejido.

—Monte un granadero á la grupa de cada caballo y el capitán á la del mío; los dos tenientes y el resto de la compañía que no se muevan de aquí, y que los tres cazadores no pierdan de vista al preso. ¡Pronto!

En un abrir y cerrar de ojos los diez y siete cazadores tuvieron á la grupa de sus caballos á otros tantos granaderos, en tanto que los tenientes con ochenta infantes, el preso y tres cazadores, incluso Tinguy, permanecían á la margen derecha del Boulogne. Los primeros entraron en el río precedidos por el general, y apenas llegaron á veinte pasos de la orilla, los caballos perdieron pié y empezaron á nadar hasta el ribazo opuesto, lo cual efectuaron sin contratiempo. En cuanto pisaron tierra, los infantes se apearon y el general volviendo la vista á todos lados para sondear la oscuridad les dijo:

—¿Nada veis? —Nada, mi general, respondieron á una los soldados. —Sin embargo, replicó aquel como hablando consigo mismo, aquí sonó la voz del pobre guía; registrad la maleza, pero sin alejaros demasiado: puede que demos con su cadáver.

Los soldados obedecieron y pusieronse á ojear todos los matorrales en un radio de cincuenta metros, volviendo al cabo de un cuarto de hora sin haber descubierto cosa alguna.

y asaz desconcertados por la súbita desaparición del guía.

—¿Nada habéis encontrado? preguntó el general.

Avanzóse un granadero con un gorro de algodón en la mano.

—¿En dónde has encontrado ese gorro? preguntó el general. —Prendido de unas zarzas. —Es el gorro del guía. —¿Cómo lo sabéis? preguntó el capitán. —Los que le han atacado debían llevar sombreros, respondió el general.

El capitán no se atrevió á replicar; mas se echó de ver que la explicación de su jefe no le había convencido, y comprendiéndole éste, díjole:

—La razón es muy sencilla; los hombres que acaban de asesinar á nuestro guía nos siguen de seguro desde Montaigu con la esperanza de libertar al preso, lo cual demuestra que aquella oración era más eficaz de lo que yo creía; y esos hombres debían encontrarse en la feria, donde como lo sabéis todos llevan sombrero, mientras que el guía, por el contrario, ha sido arrancado de su cama cuando menos lo esperaba y sólo ha tenido tiempo para cubrirse con lo que primero le ha venido á mano. —¿Creéis que los *chuánes* han tenido bastante osadía para aproximárenos tanto? —Lo que creo es que nos siguen desde Montaigu y que no nos han perdido de vista ni un momento. ¡Ira de Dios! ¡Que vengan luego á quejarse de la crueldad con que se hace esta guerra! Es el único modo de combatir á esos desalmados. ¡Necio de mí. — Ahora os entiendo menos, respondió riendo el capitán.

—¿Os acordáis de aquella mendiga que hemos encontrado al salir de Montaigu? —Ciertamente que sí. —Pues ella es quien nos ha proporcionado esta agradable diversión. Ya quería yo enviarla bien escoltada al pueblo, y por Dios que he hecho muy mal en no poner por obra tan buena idea, pues habría salvado la vida á ese infeliz. — ¡Vive el cielo! Ahora lo comprendo todo; esta aventura es la consecuencia de las *Ave Marias* que el preso encargó á la vieja rezase por él. —¿Y creéis que se atrevan á atacarnos? —No hubieran dejado de hacerlo si hubiesen sido bastantes para ello; pero afortunadamente no son más que cinco ó seis hombres. —¿Queréis que mande pasar el río á los que quedaron á la otra orilla, mi general? — Esperad, no nos precipitemos; los caballos han tenido que pasarlo á nado y los infantes podrían ahogarse; sin duda habrá por ahí algún vado mejor. —¿Creéislo así, general? —Estoy seguro de ello. —¿Entonces

conocéis el río?—Ni pizca.—¿Y pues?—Bien se echa de ver, capitán, que no habéis estado como yo en la gran guerra, en aquella lucha salvaje donde era preciso proceder siempre por inducción. Esos tunantes no estaban emboscados en esta parte del río cuando hemos aparecido nosotros en la otra; esto es evidente.—Para vos, mi general.—Para mí y para todos, ¡qué diantre! Si se hubiesen encontrado en esta orilla, habrían oído venir al guía y no habrían esperado nuestra llegada para asesinarle.—Es muy probable, mi general.—Por precisión han tenido que llegar al Boulogne antes que nosotros; pero el intervalo trascurrido desde nuestro alto hasta la muerte del guía, no es suficiente para que hayan vadeado muy lejos de aquí.—¿Y por qué no han podido pasar por el mismo punto que nosotros?—Porque los aldeanos, en especial los del interior, no suelen ser nadadores, y por lo tanto el vado en cuestión debe hallarse muy cerca de nosotros. ¡Ea! cuatro hombres á costear el río arriba, y otros cuatro abajo, á una distancia de quinientos pasos. ¡Pronto, pronto! No podemos morir aquí.... ¡Pues no estamos poco mojados!

Al cabo de diez minutos volvió el capitán diciendo:

—Razón teniais, mi general: á trescientos pasos hay en medio del río un islote unido á la ribera izquierda por un árbol y á la derecha por otro.—¡Magnífico! exclamó el general; ¡teniente! subid el río hasta encontrar un árbol que lo atraviesa con su ramaje, y vigilad al preso.

Las dos partidas remontaron paralelamente el río por espacio de cinco minutos, y en cuanto llegaron al sitio indicado por el general, éste mandó hacer alto gritando:

—¡Que pasen un teniente y cuarenta hombres!

Estos se echaron al río con agua hasta los sobacos, levantando los fusiles y cartucheras que salieron ilesos del agua.

Al tocar tierra, formáronse en batalla.

—Ahora, dijo el general, que pase el preso.

Tomás Tinguy entró en el río escoltado por los dos cazadores que custodiaban á Oullier.

—A la verdad, Tomás, le dijo éste en voz baja y con acento incisivo, yo en tu lugar temería que la sombra de mi padre se alzase ante mí con gesto irritado, por haber preferido la muerte de mi mejor amigo á desatar una mala cincha.

El cazador se pasó la mano por la frente sudorosa, estre-

meciósse y se santiguó. En esto habían llegado los tres caballos á la mitad del río, un tanto separados uno de otro.

De repente oyóse un gran ruido acompañado del resalto del agua, probando que no en vano había evocado Oullier la veneranda sombra del padre del soldado bretón.

—¡El preso se nos escapa! exclamó al momento el general con voz de trueno. Encended teas al momento, y si le veis, disparadle sin piedad. ¡Vivo, voto á bríos! Y tú, añadió dirigiéndose á Tomás que llegaba á la orilla á dos pasos del general sin hacer la menor tentativa de evasión, tú eres un traidor, y los traidores merecen este pago..... Disparóle un pistoletazo, cayendo cadáver á sus piés el pobre soldado.

## XX

¡TRAE, LEÓN, TRAE!

Comprendiendo los soldados la gravedad de la situación, obedecieron al punto la orden del general cubriendo las orillas del río, cuya corriente iluminaban con sangrientos fulgores una docena de antorchas.

Al desprenderle Tomás la cincha zambullóse Juan Oullier en el río por entre las piernas del caballo del jinete de la derecha, y si el lector extraña que el vendeano pudiera nadar con las manos atadas, diremos que confiaba de tal modo en el éxito de su elocuencia, que al paso que apuraba sus recursos oratorios para convencer á Tinguy, roía con los dientes la cuerda que le sujetaba las muñecas, de manera que como Juan Oullier tenía buena dentadura, cuando llegó la columna al Boulogne la cuerda sólo se aguantaba por un hilo, y al encontrarse en el agua, bastóle un pequeño esfuerzo para quedar con las manos sueltas. Al cabo de algunos segundos faltándole aire para respirar, se vió precisado á sacar la cabeza del agua; oyéronse en seguida diez tiros procedentes de entrambas orillas, y otras tantas balas hicieron saltar la espuma en derredor del fugitivo. Salvóse por milagro, mas no sin sentir el estridente sople de los proyectiles. Comprendiendo entonces que tentar fortuna otra vez equivalía á tentar á Dios, volvió á zambullirse por com-

conocéis el río?—Ni pizca.—¿Y pues?—Bien se echa de ver, capitán, que no habéis estado como yo en la gran guerra, en aquella lucha salvaje donde era preciso proceder siempre por inducción. Esos tunantes no estaban emboscados en esta parte del río cuando hemos aparecido nosotros en la otra; esto es evidente.—Para vos, mi general.—Para mí y para todos, ¡qué diantre! Si se hubiesen encontrado en esta orilla, habrían oído venir al guía y no habrían esperado nuestra llegada para asesinarle.—Es muy probable, mi general.—Por precisión han tenido que llegar al Boulogne antes que nosotros; pero el intervalo trascurrido desde nuestro alto hasta la muerte del guía, no es suficiente para que hayan vadeado muy lejos de aquí.—¿Y por qué no han podido pasar por el mismo punto que nosotros?—Porque los aldeanos, en especial los del interior, no suelen ser nadadores, y por lo tanto el vado en cuestión debe hallarse muy cerca de nosotros. ¡Ea! cuatro hombres á costear el río arriba, y otros cuatro abajo, á una distancia de quinientos pasos. ¡Pronto, pronto! No podemos morir aquí.... ¡Pues no estamos poco mojados!

Al cabo de diez minutos volvió el capitán diciendo:

—Razón teniais, mi general: á trescientos pasos hay en medio del río un islote unido á la ribera izquierda por un árbol y á la derecha por otro.—¡Magnífico! exclamó el general; ¡teniente! subid el río hasta encontrar un árbol que lo atraviesa con su ramaje, y vigilad al preso.

Las dos partidas remontaron paralelamente el río por espacio de cinco minutos, y en cuanto llegaron al sitio indicado por el general, éste mandó hacer alto gritando:

—¡Que pasen un teniente y cuarenta hombres!

Estos se echaron al río con agua hasta los sobacos, levantando los fusiles y cartucheras que salieron ilesos del agua.

Al tocar tierra, formáronse en batalla.

—Ahora, dijo el general, que pase el preso.

Tomás Tinguy entró en el río escoltado por los dos cazadores que custodiaban á Oullier.

—A la verdad, Tomás, le dijo éste en voz baja y con acento incisivo, yo en tu lugar temería que la sombra de mi padre se alzase ante mí con gesto irritado, por haber preferido la muerte de mi mejor amigo á desatar una mala cincha.

El cazador se pasó la mano por la frente sudorosa, estre-

meciósse y se santiguó. En esto habían llegado los tres caballos á la mitad del río, un tanto separados uno de otro.

De repente oyóse un gran ruido acompañado del resalto del agua, probando que no en vano había evocado Oullier la veneranda sombra del padre del soldado bretón.

—¡El preso se nos escapa! exclamó al momento el general con voz de trueno. Encended teas al momento, y si le veis, disparadle sin piedad. ¡Vivo, voto á bríos! Y tú, añadió dirigiéndose á Tomás que llegaba á la orilla á dos pasos del general sin hacer la menor tentativa de evasión, tú eres un traidor, y los traidores merecen este pago..... Disparóle un pistoletazo, cayendo cadáver á sus piés el pobre soldado.

## XX

¡TRAE, LEÓN, TRAE!

Comprendiendo los soldados la gravedad de la situación, obedecieron al punto la orden del general cubriendo las orillas del río, cuya corriente iluminaban con sangrientos fulgores una docena de antorchas.

Al desprenderle Tomás la cincha zambullóse Juan Oullier en el río por entre las piernas del caballo del jinete de la derecha, y si el lector extraña que el vendeano pudiera nadar con las manos atadas, diremos que confiaba de tal modo en el éxito de su elocuencia, que al paso que apuraba sus recursos oratorios para convencer á Tinguy, roía con los dientes la cuerda que le sujetaba las muñecas, de manera que como Juan Oullier tenía buena dentadura, cuando llegó la columna al Boulogne la cuerda sólo se aguantaba por un hilo, y al encontrarse en el agua, bastóle un pequeño esfuerzo para quedar con las manos sueltas. Al cabo de algunos segundos faltándole aire para respirar, se vió precisado á sacar la cabeza del agua; oyéronse en seguida diez tiros procedentes de entrambas orillas, y otras tantas balas hicieron saltar la espuma en derredor del fugitivo. Salvóse por milagro, mas no sin sentir el estridente sople de los proyectiles. Comprendiendo entonces que tentar fortuna otra vez equivalía á tentar á Dios, volvió á zambullirse por com-

pleto; pero encontrando fondo con los piés, resolvió subir el río en lugar de seguir su corriente como hasta entonces había hecho, maniobra á la cual en sus adentros llamó en términos de caza *un marto bien dado*. No había en efecto ninguna razón para suponer que lo que tantas veces había visto hacer con muy buenos resultados á las liebres, las zorras y los lobos, no le fuese igualmente provechoso. Así pues, Juan Oullier *dió un marto*, subió el río conteniendo la respiración cuanto le fué posible y procurando no aparecer á la superficie para respirar, sino en los parajes más apartados de la luz de las teas. Esta estratagema le salió á las mil maravillas, pues perdiendo los soldados la pista siguieron costeano el río en dirección contraria, con las armas preparadas como cazadores al acecho.

Unicamente seis granaderos batieron las orillas superiores del Boulogne con una sola tea; y haciendo Oullier prodigiosos esfuerzos para contener la respiración, llegó á un sauce que extendía á flor de agua sus verdes ramas. El nadador asió con los dientes una de ellas, y sostúvose boca arriba sacando solamente esta y la nariz fuera del agua. No bien hubo respirado cuando oyó un lastimero aullido hacia el paraje donde la columna hizo alto.

—¡Cómo! dijo para sí; ¡León aquí! ¡yo que le había enviado á Souday! Le habrá sucedido alguna desgracia. ¡Gran Dios! añadió con increíble fervor y fe suprema; ahora sí que es necesario que no me cojan.

Los soldados conocían al perro por haberle visto en el mesón de Montaigny y exclamaron:

—¡Su perro, su perro! ¡Vedle ahí! —¡Bueno! dijo un sargento, el perro nos ayudará á encontrar al amo. Y quiso coger á León; mas aunque el pobre animal anduviese al parecer con paso tardo, se le escapó, y husmeando el aire en la dirección de la corriente, arrojóse al agua.

—Por aquí, por aquí, camaradas, gritó el sargento indicando la misma dirección; pronto le hallaremos de parada. ¡Busca, León!

En cuanto conoció Juan Oullier el aullido, sacó la cabeza sin vacilar y vió al perro que atravesando diagonalmente el Boulogne nadaba en derechura hacia él. Entonces comprendió que sólo podía salvarse echando mano de un recurso desesperado, cual era el de sacrificar á su perro. Si sólo hubiese peligrado su existencia, Juan Oullier habría vacilado

mucho en salvarse á costa de su fiel compañero; pero tratábase entonces de algo más; quitóse la zamarra, echóla al río, y enseñándola al perro que ya sólo se encontraba á cinco ó seis pasos de él, díjole muy quedo:

—¡Búscala! ¡trácala!

El perro sentía sin duda debilitarse sus fuerzas y vaciló un momento.

—¡Trácala, León, trácala! le dijo entonces su amo con acento imperioso.

Y León echó á nadar hacia la zamarra, que arrastrada por la corriente le llevaba una ventaja de veinte pasos.

Al ver Oullier que su ardid había surtido tan buen efecto zambullóse de nuevo, en tanto que los soldados acudían presurosos al pié del sauce, y alargaban la antorcha para iluminar el agua. Entonces vieron la prenda de Oullier arrastrada por la corriente y el perro nadando en pos y aullando tristemente como pesaroso de su cansancio, que no le permitía cumplir la orden de su amo. En seguida hubo algunos momentos en los cuales para nada se necesitó la luz de las teas, pues el nutrido tiroteo de los soldados iluminaba con rojizos resplandores las negras aguas del Boulogne, en tanto que las breñas que le orillan aumentaban con sus ecos el estruendo de las detonaciones. El general fué el primero que notó el error de los soldados, y dijo al capitán que iba á su lado:

—Mandad cesar el fuego; esos imbéciles dejan la presa por la sombra.

En esto brilló un repentino resplandor en la cúspide de una roca próxima al río, pasó silbando una bala sobre la cabeza de los dos interlocutores, y fué á dar en el tronco de un árbol situado á dos pasos de ellos.

—¡Hola! dijo con calma el general, el taimado del prisionero se contentaba con una docena de *Ave Marias*, y me parece que sus amigos quieren hacer bien las cosas.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras cuando sonaron tres ó cuatro detonaciones y algunas balas rebotaron en la orilla. Tras estos tiros un individuo de la columna dió un grito.

—¡Tocad llamada! ¡vosotros, apagad las antorchas! gritó el general; y luego volviéndose al capitán díjole: mandad que vadeen los cuarenta hombres de la otra orilla, quizás no tardemos en necesitar toda la fuerza.

Alarmada la tropa con este ataque inesperado, agrupóse presurosamente en torno de su jefe. Brillaron otros cinco ó seis relámpagos en la cresta de los peñascos rayando la negra bóveda de los cielos, y cayó muerto un granadero mientras se encabritaba el caballo de un cazador derribando á su jinete.

—Adelante, ¡poder de Dios! gritó el general; á ver si esas aves nocturnas se atreverán á esperarnos.

Púsose á la cabeza de la columna y empezó á trepar con tal arrojo el escarpado ribazo que se extiende más allá de la orilla, que á pesar de las tinieblas y de las balas que rebotaban junto á los soldados hiriendo á dos de ellos, llegaron en un abrir y cerrar de ojos á la cumbre del cerro. Entonces cesó el fuego de los enemigos, y á no verse la oscilación de las retamas y los matorrales donde momentos antes se habían emboscado los chuanes, hubiérase creído que los había tragado la tierra.

—¡Triste, tristísima guerra! murmuró el general. Ahora esta expedición no puede menos de ser infructuosa, pero no importa: probemos; el castillo de Souday se halla en el camino de Machecul, y sólo allí podemos dar un rato de descanso á la tropa.—¿Y el guía? preguntó el capitán.—¿El guía? ¿veis aquella luz que brilla á quinientos pasos de aquí?—¿Una luz?—Sí: allá.—No, mi general.—Pues yo sí, y como aquella luz indica que hay allí una choza y por lo tanto algún ser humano, sea hombre, mujer ó niño, no ha de faltarnos quien nos guíe al través de los bosques al término de nuestra jornada.

Tras estas palabras, y en un tono que nada bueno auguraba al morador de la choza, quien quiera que fuese, mandó proseguir la marcha, ordenando al propio tiempo que una guerrilla explorara los alrededores extendiéndose tanto como pudiera permitirlo su seguridad.

Al trasponer la altura el general y su columna, salió del agua un hombre que después de pararse un momento á escuchar detrás del tronco de un sauce, corrióse á lo largo de los matorrales con manifiesta intención de seguir el mismo camino que los soldados; y al asirse de una mata para trepar las rocas, oyó á algunos pasos de distancia un apagado gemido. Juan Oullier, pues tal era aquel hombre, se adelantó hacia el paraje donde se oyó el quejido, y á medida que iba acercándose notó que los gemidos tomaban un acento

más doloroso. Bajóse, tendió la mano y sintió que una lengua suave y tibia se le lamía cariñosamente.

—¡León, pobre León! murmuró el vendeano.

En efecto, era el pobre perro, que valiéndose del último resto de fuerzas que le quedaba, había arrastrado hasta allí la zamarra de su amo para morir encima de ella. Juan Oullier se la quitó y llamóle en voz baja, contestando el pobre animal con un prolongado aullido. El vendeano le tomó en brazos, vió que no hacía el menor movimiento, y notando que le mojaba la mano un líquido caliente y viscoso, llevóla á los labios y sintió el sabor insípido de la sangre. Entonces trató de separarle los dientes que tenía fuertemente apretados, pero no pudo lograrlo: el pobre animal había muerto salvando á su amo, á quien el acaso acababa de llevar á aquel punto sólo para recibir su última caricia. De pronto se le ocurrió al vendeano una duda: ¿quién había muerto al perro? ¿Las balas de los soldados? ¿No estaba ya herido cuando se arrojó al agua para reunirsele? El vendeano se inclinó con preferencia á esta última hipótesis, pues así el alto que León había hecho junto al río, como la dificultad con que nadaba, le daban muchos visos de verosimilitud.

—Corriente, dijo Juan Oullier después de hacer estas reflexiones: mañana será otro día; y ¡ay de quien te haya muerto, pobre y fiel compañero mío!

Y habiendo colocado el cadáver del animal en un cepujón, dirigióse á paso largo á la colina, desapareciendo entre los matorrales.

## XXI

LA CABAÑA

La cabaña cuya luz había visto brillar el general desde la orilla del Boulogne, estaba habitada por dos hermanos llamados José y Pascual Picaut y sus familias, cuyo padre había contribuido con su persona en 1792 al alzamiento del país de Retz, adhiriéndose al sanguinario Souchu como el

Alarmada la tropa con este ataque inesperado, agrupóse presurosamente en torno de su jefe. Brillaron otros cinco ó seis relámpagos en la cresta de los peñascos rayando la negra bóveda de los cielos, y cayó muerto un granadero mientras se encabritaba el caballo de un cazador derribando á su jinete.

—Adelante, ¡poder de Dios! gritó el general; á ver si esas aves nocturnas se atreverán á esperarnos.

Púsose á la cabeza de la columna y empezó á trepar con tal arrojo el escarpado ribazo que se extiende más allá de la orilla, que á pesar de las tinieblas y de las balas que rebotaban junto á los soldados hiriendo á dos de ellos, llegaron en un abrir y cerrar de ojos á la cumbre del cerro. Entonces cesó el fuego de los enemigos, y á no verse la oscilación de las retamas y los matorrales donde momentos antes se habían emboscado los chuanes, hubiérase creído que los había tragado la tierra.

—¡Triste, tristísima guerra! murmuró el general. Ahora esta expedición no puede menos de ser infructuosa, pero no importa: probemos; el castillo de Souday se halla en el camino de Machecul, y sólo allí podemos dar un rato de descanso á la tropa.—¿Y el guía? preguntó el capitán.—¿El guía? ¿veis aquella luz que brilla á quinientos pasos de aquí?—¿Una luz?—Sí: allá.—No, mi general.—Pues yo sí, y como aquella luz indica que hay allí una choza y por lo tanto algún ser humano, sea hombre, mujer ó niño, no ha de faltarnos quien nos guíe al través de los bosques al término de nuestra jornada.

Tras estas palabras, y en un tono que nada bueno auguraba al morador de la choza, quien quiera que fuese, mandó proseguir la marcha, ordenando al propio tiempo que una guerrilla explorara los alrededores extendiéndose tanto como pudiera permitirlo su seguridad.

Al trasponer la altura el general y su columna, salió del agua un hombre que después de pararse un momento á escuchar detrás del tronco de un sauce, corrióse á lo largo de los matorrales con manifiesta intención de seguir el mismo camino que los soldados; y al asirse de una mata para trepar las rocas, oyó á algunos pasos de distancia un apagado gemido. Juan Oullier, pues tal era aquel hombre, se adelantó hacia el paraje donde se oyó el quejido, y á medida que iba acercándose notó que los gemidos tomaban un acento

más doloroso. Bajóse, tendió la mano y sintió que una lengua suave y tibia se le lamía cariñosamente.

—¡León, pobre León! murmuró el vendeano.

En efecto, era el pobre perro, que valiéndose del último resto de fuerzas que le quedaba, había arrastrado hasta allí la zamarra de su amo para morir encima de ella. Juan Oullier se la quitó y llamóle en voz baja, contestando el pobre animal con un prolongado aullido. El vendeano le tomó en brazos, vió que no hacía el menor movimiento, y notando que le mojaba la mano un líquido caliente y viscoso, llevóla á los labios y sintió el sabor insípido de la sangre. Entonces trató de separarle los dientes que tenía fuertemente apretados, pero no pudo lograrlo: el pobre animal había muerto salvando á su amo, á quien el acaso acababa de llevar á aquel punto sólo para recibir su última caricia. De pronto se le ocurrió al vendeano una duda: ¿quién había muerto al perro? ¿Las balas de los soldados? ¿No estaba ya herido cuando se arrojó al agua para reunirsele? El vendeano se inclinó con preferencia á esta última hipótesis, pues así el alto que León había hecho junto al río, como la dificultad con que nadaba, le daban muchos visos de verosimilitud.

—Corriente, dijo Juan Oullier después de hacer estas reflexiones: mañana será otro día; y ¡ay de quien te haya muerto, pobre y fiel compañero mío!

Y habiendo colocado el cadáver del animal en un cepujón, dirigióse á paso largo á la colina, desapareciendo entre los matorrales.

## XXI

LA CABAÑA

La cabaña cuya luz había visto brillar el general desde la orilla del Boulogne, estaba habitada por dos hermanos llamados José y Pascual Picaut y sus familias, cuyo padre había contribuido con su persona en 1792 al alzamiento del país de Retz, adhiriéndose al sanguinario Souchu como el

chacal al león, y tomado parte en las horribles carnicerías que mancharon la ribera izquierda del Loira al principio de la insurrección. Cuando Charrette libró al país de aquel Carrier con escarapela blanca, los instintos sanguinarios de Picaut se habían desarrollado de un modo prodigioso, y descontento de un jefe que no le permitía la efusión de sangre sino en el campo de batalla, abandonó su división y pasóse á la de Jolly, antiguo cirujano de Machecul, cuya horrible exaltación corría parejas con la suya.

Sin embargo, persuadido al fin Jolly de la necesidad de concentrar las fuerzas, unióse al caudillo de la baja Vendée; mas como no se había consultado el parecer de Picaut, tampoco lo pidió á sus jefes para abandonarles de nuevo, y cansado de tantos cambios y conociendo que era inextinguible el rencor que profesaba á los que habían dado muerte á Souchu, buscó un general que no se dejara seducir por las hazñas de Charrette, y hallóle en Stofflet, quien en varias circunstancias había manifestado su antagonismo contra el héroe del país de Retz.

En 25 de febrero de 1795 Stofflet cayó prisionero en el cortijo de la Poitevinière junto con dos ayudantes de campo y dos cazadores que le acompañaban: el caudillo y los dos oficiales fueron pasados por las armas, y los dos aldeanos puestos en libertad. Uno de estos era Picaut, que hacía dos años que no había estado en su casa; al regresar á ella encontró á la puerta á dos gallardos mozos que al verle corrieron á abrazarle. Aquellos dos mancebos eran sus hijos, el mayor de los cuales tenía diez y siete años y diez y seis el otro. Picaut recibió con sumo placer sus caricias, devolviéndoselas con creces, y pasados los momentos de júbilo y de expansión, observó con gozo grandísimo que los dos rapazuelos que había dejado al partir se habían transformado en dos apuestos y robustos mancebos. Sin embargo, neutralizaba su alegría la penosa consideración de que estaban desarmados como él, pues la república al prenderle le había quitado el sable y la carabina que recibió un día de la espléndida Inglaterra.

Picaut se figuraba que la república le devolvería las armas y daría otras á sus hijos para indemnizarle del perjuicio que le había causado, si bien no pensaba consultarla para ello; así es que al día siguiente les mandó tomar palos de manzano silvestre, y púsose en camino para Torfou, en donde había media brigada de infantería.

Era de noche; apartándose Picaut todo lo posible de los senderos trillados y seguido de sus hijos, distinguió de repente un foco de luz en medio de la oscuridad, y conociendo por esta señal que estaban ya muy próximos al término de su viaje, mandóles que le siguiesen con cautela imitando sus movimientos y se detuvieran acto continuo al oír el canto del mirlo. Entonces inclinóse y echó á andar pegado á las zarzas y vallados que circundan la población, hasta que llegó á sus oídos el paso lento y mesurado de un hombre; echóse de bruces, y sin separarse un punto de la sombra, fué adelantando á gatas hacia el paraje donde había sonado el rumor. Imitáronle sus hijos, y al llegar al extremo del campo donde se encontraban, separó un poco las zarzas del valladar, sacó la cabeza con precaución, y satisfecho de su examen y sin curarse de las espinas que le arañaban, arrastróse como una culebra por el agujero que acababa de abrir en las ramas; llegado á la otra parte del vallado, imitó el canto del mirlo, que era la señal convenida. Sus hijos se detuvieron y alzaronse de puntillas para mirar por cima del zarzal y observar la maniobra de su padre.

Encontrábase este en un ancho prado cuya espesa y espi-gada yerba ondulaba á merced del aire; y á unos cincuenta pasos más allá, al extremo del prado, divisábase el camino, por el cual paseaba un centinela apostado á cien pasos de una casa que servía de cuerpo de guardia. Al llegar Picaut á dos varas del camino, detúvose detrás de unas matas. El centinela seguía paseándose de arriba abajo, y al hacer esta evolución, pasaba cada vez tan próximo al vendeano, que sus armas rozaban con las ramas del matorral. De pronto llegó á los oídos de los dos mancebos un grito ahogado, y con la sutileza de vista propia de los hombres acostumbrados á ver en la oscuridad, percibieron en el camino una masa negruzca que bregaba: componíanla el centinela y Picaut, quien después de herirlo de una puñalada le mataba estrangulándole.

Al cabo de un momento el vendeano se reunió con sus hijos, y cual la loba que después de hecha la presa la reparte entre sus cachorros, distribuyó entre sus hijos el fusil, el sable y la cartuchera de su víctima.

Mas no le bastaba á Picaut tener armas; faltábale hallar una ocasión de servirse de ellas, y al dar una ojeada en torno suyo, vió á Autichamps, Scepeaux, Puisaye y Bourmont,

esto es, realistas flojos, corazones de alfeñique, con quienes no podía él avenirse porque no tenían la menor semejanza con Souchu, que era el tipo que más le gustaba para jefe. Entonces pensó Picaut que antes que ser mandado por semejantes caudillos, era cien veces preferible erigirse jefe y mandar á los demás. Reclutó algunos descontentos como él, y á pesar de que su pandilla era poco numerosa, no dejó de mostrar su odio á la república.

Su táctica era sencilla por demás. Moraba en los bosques, dejaba descansar á su partida durante el día, y al llegar la noche salía de su madriguera, emboscaba á su gente en un paraje idóneo para una sorpresa; si acertaba á pasar un convoy ó una diligencia, lo atacaba ó la robaba, y si escaseaban los convoyes ó las diligencias iban bien escoltadas, se desquitaba fusilando los puestos avanzados é incendiando las granjas de los patriotas. Después de dos ó tres expediciones, sus camaradas le dieron el apodo de *Sin-Cuartel*, y descosó Picaut de merecer este epíteto, ahorcaba, fusilaba ó degollaba á cuantos republicanos caían en sus garras, fuesen varones ó hembras, militares ó paisanos, viejos ó niños.

Continuó sus operaciones hasta el año 1800, en cuya fecha, habiendo dado treguas la Europa al primer cónsul ó éste á aquella, llegó sin duda á oídos de Bonaparte la fama de Picaut Sin-Cuartel. El primer cónsul resolvió mandar para su exterminio, no un cuerpo de ejército, sino dos *chuanes* de la calle de Jerusalén y dos brigadas de gendarmería. Picaut cayó en el lazo; recibió en la pandilla á los dos falsos banderizos, y al cabo de algunos días fué sorprendido con la mayor parte de sus secuaces, pagando con la cabeza su sangrienta celebridad. Como era más salteador que soldado, fué condenado á la guillotina. Subió al cadalso con entereza y sin pedir más cuartel á los otros que el que había él concedido.

Su hijo primogénito José fué condenado á presidio con los demás, y Pascual, que se había librado y refugiándose en los bosques, siguió merodeando por el país con varios individuos de otras pandillas exterminadas; pero cansado por último de aquella peligrosa vida, entró un día en Beaupréau, entregó el sable y el fusil al primer soldado que encontró, rogóle que le acompañase á casa del comandante de armas, y contóle su historia. Este militar, jefe de una brigada de dragones, conmoviése al ver la juventud y la sencillez del

presentado, y propúsole ingresar en su regimiento, manifestándole que de no verificarlo se vería precisado á entregarle al juez del partido. En semejante alternativa, como ya sabía Pascual la suerte de su padre y su hermano y no tenía deseos de volver á su país, tomó el partido de vestir el uniforme.

Catorce años después volvían los dos hermanos al hogar paterno para tomar posesión de la reducida hacienda del guillotinado.

Al regreso de los Borbones recobró José la libertad, y recibió Pascual la licencia. Aquel volvió á su cabaña más exaltado que antes, ardiendo en deseos de vengar en la sangre de los patriotas la muerte de su padre y los tormentos que él mismo había sufrido; en tanto que su hermano había experimentado una metamorfosis completa, considerando como un deber el odio á los Borbones, sintiendo la caída de Napoleón, y juzgando como un oprobio la entrada de los aliados, mayormente cuando contemplaba la cruz que en el pecho lucía.

Sin embargo, á pesar de esta diversidad tan completa de opiniones que debía engendrar frecuentes reyertas, y á pesar también de la mala inteligencia que por lo tanto reinaba entre ellos, los dos hermanos siguieron habitando la choza paterna y dedicándose al cultivo de su reducida propiedad. Luego casó José con la hija de un pobre aldeano de las cercanías, y Pascual, gracias á la importancia que en cierto modo le daban su cruz y la pensión anexa, con la hija de un campesino acomodado y patriota como él por añadidura.

Al encontrarse reunidas ambas mujeres bajo un mismo techo, exageraron por envidia ó por rencor los apasionados sentimientos de sus respectivos maridos, aumentando de este modo los gérmenes de discordia que desgraciadamente no faltaban en la familia, sin que eso obstara para que los dos hermanos continuasen viviendo juntos hasta 1830. ®

Vino la revolución de julio, acontecimiento que al par que halagaba el patriotismo de Pascual, exaltó sobre manera á José, quien viendo nombrado alcalde de S. Filiberto al suegro de su hermano, prorrumpió en denuestos é improperios contra los *azules*, conducta que no tardó en imitar su mujer y con tan poca mesura, que la esposa de Pascual manifestó á éste que no se creía segura viviendo entre semejantes energúmenos; pero el antiguo soldado de Napoleón no

tenía hijos, y había cobrado mucha afición á los de su hermano, especialmente al menor, á quien tenía siempre sentado en las rodillas, y con el cual pasaba muy buenos ratos; oprimiósele el corazón á la idea de tener que separarse de su hijo adoptivo, y como amaba entrañablemente á su hermano, no quiso dejarle reducido á sus propias fuerzas para sustentar su numerosa prole, rechazando por consiguiente las instigaciones de su mujer; pero desde entonces cesaron de comer juntos, y Pascual hizo tapiar la puerta que ponía en comunicación las habitaciones de José con la suya.

Inquieta estaba la mujer de Pascual la noche en que Juan Oullier fué llevado preso por la columna de Montaigu. Su esposo había salido á cosa de las cuatro de la tarde, esto es, á la misma hora en que la partida emprendía la marcha, diciendo que tenía que tratar un asunto con Courtin, alcalde de la Logerie, y á pesar de haber dado ya las ocho, Pascual no parecía. Su inquietud se convirtió en angustia cuando oyó resonar á trescientos pasos de la casa los repetidos tiros disparados á orillas del Boulogne. La pobre mujer aguardaba á su marido llena de ansiedad y de cuando en cuando dejaba el torno para ir á escuchar á la puerta. Habiendo cesado las detonaciones, no oyó más que el rumor del viento que agitaba la copa de los árboles, ó el aullido de un perro que á lo lejos arrojaba tristes plañidos.

A los primeros tiros, Perico, el niño que tanto amaba Pascual, acudió á preguntar si había vuelto su tío; pero no bien asomó á la puerta su rostro gracioso y sonrosado, cuando su madre le llamó con aspereza, y el muchacho se marchó.

Hacia algunos días que José era más osado y provocativo que de costumbre, y aquella misma mañana antes de partir para la feria había tenido con su hermano un altercado que sin la calma de éste habría degenerado en riña. Por lo tanto la mujer de Pascual no se atrevió á participar á su cuñada los temores que le aquejaban. De improviso oyó un misterioso cuchicheo que partía del huertecito anexo á la cabaña, y levantóse con tanta precipitación que derribó el torno. Abrióse la puerta, y en el dintel apareció José Picaut.

## XXII

## CÓMO LLORÓ MARIANA PICAUT Á SU MARIDO

Asaltó á Mariana un terrible presentimiento al ver á su cuñado en ocasión tan impensada, y cayó muda y helada de espanto en la silla. José avanzó hacia ella con paso lento, sin proferir una palabra, mirándola de hito en hito, en tanto que Mariana le contemplaba fascinada como si hubiese tenido ante sus ojos una lúgubre aparición. Llegóse José á la chimenea, sentóse sin despegar los labios, y con el bastón removió el rescoldo. A la luz del hogar, pudo ver Mariana el trastornado semblante de su cuñado.

—¡José! exclamó la pobre mujer llena de zozobra; ¿qué tienes? contesta en nombre del cielo. —¿Quiénes son los azules que han venido á visitaros? —Nadie ha venido. —¿En dónde está tu hermano? ¿Le has visto? —¿Quién le ha hecho salir de casa? contestó José decidido al parecer á contestar con otras preguntas á las que se le dirigían. —Repito que nadie; ha salido á las cuatro de la tarde para pagar al alcalde de la Logerie el maíz que le compró para tí. —¿Al alcalde de la Logerie? repitió José frunciendo las cejas. ¡Buen pícaro! Esta mañana misma le decía yo á tu marido: Tú has renegado de tu Dios y tratas de tentarle; anda con cuidado. —¡José! ¿cómo te atreves á mezclar el santo nombre de Dios con esas palabras de odio contra un hermano que tanto os quiere á tí y á tus hijos, y que se quitaría el pan de la boca para dároslo á vosotros? Si por desgracia tenemos guerra civil, ¿por qué has de traerla al seno de nuestra familia? Guarda en buen hora tus opiniones, y déjale á él las suyas, sean cuales fueren, que al menos son inofensivas. Colgado de un clavo está su fusil desde largo tiempo, jamás se ha mezclado su nombre con los de los conspiradores, jamás ha turbado la tranquilidad de sus semejantes, en tanto que tú sales armado cada día, y de seis meses á esta parte, no cesas de proferir amenazas y vituperios contra los habi-

tenía hijos, y había cobrado mucha afición á los de su hermano, especialmente al menor, á quien tenía siempre sentado en las rodillas, y con el cual pasaba muy buenos ratos; oprimiósele el corazón á la idea de tener que separarse de su hijo adoptivo, y como amaba entrañablemente á su hermano, no quiso dejarle reducido á sus propias fuerzas para sustentar su numerosa prole, rechazando por consiguiente las instigaciones de su mujer; pero desde entonces cesaron de comer juntos, y Pascual hizo tapiar la puerta que ponía en comunicación las habitaciones de José con la suya.

Inquieta estaba la mujer de Pascual la noche en que Juan Oullier fué llevado preso por la columna de Montaigu. Su esposo había salido á cosa de las cuatro de la tarde, esto es, á la misma hora en que la partida emprendía la marcha, diciendo que tenía que tratar un asunto con Courtin, alcalde de la Logerie, y á pesar de haber dado ya las ocho, Pascual no parecía. Su inquietud se convirtió en angustia cuando oyó resonar á trescientos pasos de la casa los repetidos tiros disparados á orillas del Boulogne. La pobre mujer aguardaba á su marido llena de ansiedad y de cuando en cuando dejaba el torno para ir á escuchar á la puerta. Habiendo cesado las detonaciones, no oyó más que el rumor del viento que agitaba la copa de los árboles, ó el aullido de un perro que á lo lejos arrojaba tristes plañidos.

A los primeros tiros, Perico, el niño que tanto amaba Pascual, acudió á preguntar si había vuelto su tío; pero no bien asomó á la puerta su rostro gracioso y sonrosado, cuando su madre le llamó con aspereza, y el muchacho se marchó.

Hacia algunos días que José era más osado y provocativo que de costumbre, y aquella misma mañana antes de partir para la feria había tenido con su hermano un altercado que sin la calma de éste habría degenerado en riña. Por lo tanto la mujer de Pascual no se atrevió á participar á su cuñada los temores que le aquejaban. De improviso oyó un misterioso cuchicheo que partía del huertecito anexo á la cabaña, y levantóse con tanta precipitación que derribó el torno. Abrióse la puerta, y en el dintel apareció José Picaut.

## XXII

## CÓMO LLORÓ MARIANA PICAUT Á SU MARIDO

Asaltó á Mariana un terrible presentimiento al ver á su cuñado en ocasión tan impensada, y cayó muda y helada de espanto en la silla. José avanzó hacia ella con paso lento, sin proferir una palabra, mirándola de hito en hito, en tanto que Mariana le contemplaba fascinada como si hubiese tenido ante sus ojos una lúgubre aparición. Llegóse José á la chimenea, sentóse sin despegar los labios, y con el bastón removió el rescoldo. A la luz del hogar, pudo ver Mariana el trastornado semblante de su cuñado.

—¡José! exclamó la pobre mujer llena de zozobra; ¿qué tienes? contesta en nombre del cielo. —¿Quiénes son los azules que han venido á visitaros? —Nadie ha venido. —¿En dónde está tu hermano? ¿Le has visto? —¿Quién le ha hecho salir de casa? contestó José decidido al parecer á contestar con otras preguntas á las que se le dirigían. —Repito que nadie; ha salido á las cuatro de la tarde para pagar al alcalde de la Logerie el maíz que le compró para tí. —¿Al alcalde de la Logerie? repitió José frunciendo las cejas. ¡Buen pícaro! Esta mañana misma le decía yo á tu marido: Tú has renegado de tu Dios y tratas de tentarle; anda con cuidado. —¡José! ¿cómo te atreves á mezclar el santo nombre de Dios con esas palabras de odio contra un hermano que tanto os quiere á tí y á tus hijos, y que se quitaría el pan de la boca para dároslo á vosotros? Si por desgracia tenemos guerra civil, ¿por qué has de traerla al seno de nuestra familia? Guarda en buen hora tus opiniones, y déjale á él las suyas, sean cuales fueren, que al menos son inofensivas. Colgado de un clavo está su fusil desde largo tiempo, jamás se ha mezclado su nombre con los de los conspiradores, jamás ha turbado la tranquilidad de sus semejantes, en tanto que tú sales armado cada día, y de seis meses á esta parte, no cesas de proferir amenazas y vituperios contra los habi-

tantes de las poblaciones donde viven mis padres, y aún contra nosotros.—Más vale salir con el fusil y arrostrar las iras de los *azules*, que hacer villana traición á los que viven bajo el mismo techo que el delator, y servir de guía á los *azules* para que devasten nuestras campiñas y saqueen los castillos de los que han permanecido fieles á las creencias de sus mayores.—¿Quién ha guiado á los soldados?—Pascual.—¿Cuándo? ¿En dónde?—Esta noche; en el vado de Pontfarcy.—¡Dios piadoso! exclamó Mariana, ¡allí sonaron los tiros!

De repente su hosca mirada se detuvo en las manos de José, y exclamó horrorizada:

—¡Tus manos están manchadas de sangre! ¿qué sangre es esa, di, de quién es esa sangre?

El chuan trató de ocultar las manos; pero viendo que era inútil cobró audacia, y con semblante encendido contestó:

—Esta sangre es la de un hombre que ha sido traidor á su Dios, á su rey y á su patria; es la sangre de un hombre que no ignorando que los *azules* guillotinaron á su padre y mandaron á presidio á su hermano, ha servido sin vacilar á los crueles perseguidores de su familia.—¡Asesino! prorrumpió Mariana levantándose con ademán salvaje: ¡tú eres el matador de mi esposo! ¡tú el fratricida!—No, yo no le he muerto.—¡Mientest!—Te juro que no he sido yo.—Pues si eso juras, prométeme que me ayudarás á vengar su muerte.—¡Yo vengarle! repuso el vendeano con siniestro acento. ¡Jamás! Bien han hecho en matarle, y júrote por nuestro Señor Jesucristo que yo hubiera hecho otro tanto.—Repíteme lo que acabas de decir, replicó Mariana; creo haber oído mal.

El chuan repitió al pie de la letra sus palabras.

—¡Maldigate Dios como yo les maldigo! añadió Mariana extendiendo la mano con ademán imponente sobre la cabeza de su cuñado; ¡en vano intentas huir de este anatema, infame fratricida. Dios me ayudará á satisfacer mi venganza, y si él no me ayuda, yo la llevaré á cabo sin auxilio ajeno! ¿En dónde está? ¿Qué han hecho de su cadáver los asesinos? ¡Habla! Tú me lo devolverás, ¿no es cierto?—Cuando oí el estruendo de las detonaciones corrí al río y ví que todavía respiraba; mas al tratar de traerle aquí para restañar sus heridas ha espirado en mis brazos.—Y entonces lo has arrojado á una zanja como un perro, ¿no es verdad, Cain? ¡Y yo que no creía posible semejante crimen cuando leía la Biblia!

—No, contestó José, lo he dejado en el huerto.—¡Dios mío! exclamó la pobre mujer agitada por un temblor convulsivo; ven, José, ven pronto; quizás no ha muerto y logremos salvarle. Ven, José; si lo conseguimos te perdonaré tu alianza con los asesinos de tu hermano.

Dicho esto cogió el candel y precipitose á la puerta; pero José, que oía al propio tiempo aproximarse á la casa un ruido sordo y acompasado, muy parecido al de la marcha de una partida de tropa, siguió con los ojos á su cuñada, y en cuanto la luz que ésta llevaba dejó de iluminar la puerta de la choza, salió y, saltando el vallado que la separaba del campo, dirigióse hacia la frondosa y oscura selva de Machecul, que sólo distaba cincuenta pasos. En tanto la pobre Mariana corría desesperada por el huerto presa de un delirio que embargaba todas sus facultades embotadas por el dolor, y andaba de acá para allá levantando el candel é investigando la oscuridad, como convencida de que para encontrar el cadáver de su esposo sus ojos traspasarían el velo de las tinieblas. De repente al pasar por un sitio que había atravesado repetidas veces, tropezó, y tratando de apoyar las manos en el suelo para no caerse, encontró un cuerpo humano arrimado al valladar. Exhaló un grito terrible, arrojóse á él, abrazóle fuertemente, y alzándole en brazos como si hubiese sido un niño, lo llevó á la cabaña y púsole en la cama.

A pesar de la desunión que existía entre las dos familias, la mujer de José no pudo menos de acudir á la habitación de su cuñada, y cayó de hinojos sollozando junto á la cama de Pascual. Mariana había dejado la luz en el huerto; tomó la que acababa de traer su cuñada, la pasó ante el rostro de su marido que tenía aun los ojos y la boca abiertos, y púsole la mano sobre el corazón. El corazón de Pascual había dejado de latir. Entonces volviöse á su cuñada que lloraba junto al lecho, é incandescentes los ojos como los tizonos del hogar, extendida la mano sobre el cuerpo del difunto, exclamó con acento solemne:

—¡Hé aquí lo que han hecho de mi marido los chuanes; hé aquí lo que ha hecho tu esposo de su hermano! Juro por sus restos inanimados perseguir sin tregua ni descanso á sus asesinos hasta que hayan expiado el crimen con su sangre.—Y yo, buena mujer, os prometo que no tardaréis en ser vengada, ó perderé el nombre que llevo, respondió detrás de ellas una voz robusta.

Volvieron ambas mujeres la cabeza y vieron á un oficial embozado que acababa de entrar en la choza sin ser oído, gracias á la agitación de ánimo de las que en ella se encontraban; junto á la puerta veíanse relucir las bayonetas y oíase el relincho de los caballos que aspiraban con la brisa el olor de la sangre.

—¿Quién sois? preguntó Mariana.—Un viejo soldado como vuestro esposo, un hombre que ha visto bastantes campos de batalla para tener el derecho de deciros que no se debe llorar sobre el cadáver de los que como él murieron por la patria, sinó vengarlos.—Yo no lloro, caballero, contestó Mariana irguiéndose y sacudiendo su suelta cabellera. ¿Quién os trae aquí al mismo tiempo que la muerte?—Vuestro esposo debía ser nuestro guía en una expedición muy importante para el bien de nuestro desventurado país, la cual quizás puede evitar que lo rieguen raudales de sangre humana. Decid, ¿podrías proporcionarnos algún sugeto para reemplazarle?

Mariana le miró y díjole con entereza:

—¿Debéis encontrar algún chuán por el camino?—No lo extrañaría.—Pues yo os guiaré, contestó la viuda descolgando el fusil de su esposo. ¿Adónde queréis dirigiros? Yo os llevaré á donde os plazca; me pagaréis con cartuchos.—Al castillo de Souday.—Vamos allá; yo sé el camino.

Y dirigiendo la viuda una postrera mirada al cadáver de su esposo, salió seguida del general. La mujer de José se quedó orando junto al cadáver de su cuñado.

## XXIII

### METAMÓRFOSIS DEL AMOR

Hemos dejado al barón Michel próximo á adoptar una resolución heroica; pero al tratar de ponerla por obra oyó pasos en el corredor. Tendióse en el lecho, escuchó atento y notó que no se detenían á la puerta de su habitación; entonces volvió á abrir los ojos, y sentado en la cama púsose á reflexionar.

Una de dos, ó tenía que resignarse á olvidar completamente á Mary, ó á romper con su madre, renunciar al elevado destino que esta llevaba de su ambición le preparaba y que la monarquía de julio no dejaría de realizar, y lanzarse á una serie de peligrosas aventuras arrojándose en pos de ellas el destierro, la confiscación y tal vez la muerte. Cruel era la alternativa; mas el generoso mancebo no vaciló ni un instante: llevado de la obstinación propia de todos los caracteres apocados, creyóse en el deber de advertir al conde de Bonneville los peligros que corrían él y la persona que viajaba en su compañía; reprochóse el haber demorado tanto este aviso, y después de reflexionar durante algunos segundos, levantóse resuelto.

A pesar de las precauciones de su madre, el baroncito había leído muchas novelas y sabía cuán útil puede ser en determinados casos un par de sábanas; aunque desgraciadamente la ventana de su cuarto estaba encima de la de la repostería, y desde esta le verían suspendido entre cielo y tierra al terminar el descenso, á pesar de que comenzaba á anoecer. Además el baroncito temía una caída, y era tal la altura, que no obstante su resolución de conquistar á todo trance el corazón de su amada, sintió correr por su cuerpo un sudor helado á la idea de hallarse suspendido por tan frágil lazo sobre semejante abismo.

Frente á las ventanas había un corpulento chopo del Canadá cuyas ramas se extendían hasta cuatro ó cinco pies del balcón, y bien que Michel no fuese muy experto en los ejercicios corporales, parecióle fácil tarea la de descender por su tronco; pero para ello era necesario asir de antemano las ramas, y el mancebo no osaba intentarlo, pues no confiaba mucho en la elasticidad de sus músculos. La necesidad es madre de la industria: huroneando el baroncito por el aposento, encontró unos avíos completos de pesca con los cuales en otro tiempo había hecho cruda guerra á las carpas y los gobios del lago de Grandlieu, inocente pasatiempo que su madre á pesar de su severidad no juzgó oportuno vedarle; cogió una caña de pescar y le puso un anzuelo; luego ató un candelero á la punta de una sábana, pues como necesitaba un objeto de cierto peso, lo primero que le vino á mano fué el candelero; echólo de modo que cayese al otro lado de una gruesa rama del árbol, y en seguida, habiendo cogido con el anzuelo la punta flotante, sujetóla fuertemente con la

Volvieron ambas mujeres la cabeza y vieron á un oficial embozado que acababa de entrar en la choza sin ser oído, gracias á la agitación de ánimo de las que en ella se encontraban; junto á la puerta veíanse relucir las bayonetas y oíase el relincho de los caballos que aspiraban con la brisa el olor de la sangre.

—¿Quién sois? preguntó Mariana.—Un viejo soldado como vuestro esposo, un hombre que ha visto bastantes campos de batalla para tener el derecho de deciros que no se debe llorar sobre el cadáver de los que como él murieron por la patria, sinó vengarlos.—Yo no lloro, caballero, contestó Mariana irguiéndose y sacudiendo su suelta cabellera. ¿Quién os trae aquí al mismo tiempo que la muerte?—Vuestro esposo debía ser nuestro guía en una expedición muy importante para el bien de nuestro desventurado país, la cual quizás puede evitar que lo rieguen raudales de sangre humana. Decid, ¿podrías proporcionarnos algún sugeto para reemplazarle?

Mariana le miró y díjole con entereza:

—¿Debéis encontrar algún chuán por el camino?—No lo extrañaría.—Pues yo os guiaré, contestó la viuda descolgando el fusil de su esposo. ¿Adónde queréis dirigiros? Yo os llevaré á donde os plazca; me pagaréis con cartuchos.—Al castillo de Souday.—Vamos allá; yo sé el camino.

Y dirigiendo la viuda una postrera mirada al cadáver de su esposo, salió seguida del general. La mujer de José se quedó orando junto al cadáver de su cuñado.

## XXIII

### METAMÓRFOSIS DEL AMOR

Hemos dejado al barón Michel próximo á adoptar una resolución heroica; pero al tratar de ponerla por obra oyó pasos en el corredor. Tendióse en el lecho, escuchó atento y notó que no se detenían á la puerta de su habitación; entonces volvió á abrir los ojos, y sentado en la cama púsose á reflexionar.

Una de dos, ó tenía que resignarse á olvidar completamente á Mary, ó á romper con su madre, renunciar al elevado destino que esta llevaba de su ambición le preparaba y que la monarquía de julio no dejaría de realizar, y lanzarse á una serie de peligrosas aventuras arrojándose en pos de ellas el destierro, la confiscación y tal vez la muerte. Cruel era la alternativa; mas el generoso mancebo no vaciló ni un instante: llevado de la obstinación propia de todos los caracteres apocados, creyóse en el deber de advertir al conde de Bonneville los peligros que corrían él y la persona que viajaba en su compañía; reprochóse el haber demorado tanto este aviso, y después de reflexionar durante algunos segundos, levantóse resuelto.

A pesar de las precauciones de su madre, el baroncito había leído muchas novelas y sabía cuán útil puede ser en determinados casos un par de sábanas; aunque desgraciadamente la ventana de su cuarto estaba encima de la de la repostería, y desde esta le verían suspendido entre cielo y tierra al terminar el descenso, á pesar de que comenzaba á anoecer. Además el baroncito temía una caída, y era tal la altura, que no obstante su resolución de conquistar á todo trance el corazón de su amada, sintió correr por su cuerpo un sudor helado á la idea de hallarse suspendido por tan frágil lazo sobre semejante abismo.

Frente á las ventanas había un corpulento chopo del Canadá cuyas ramas se extendían hasta cuatro ó cinco pies del balcón, y bien que Michel no fuese muy experto en los ejercicios corporales, parecióle fácil tarea la de descender por su tronco; pero para ello era necesario asir de antemano las ramas, y el mancebo no osaba intentarlo, pues no confiaba mucho en la elasticidad de sus músculos. La necesidad es madre de la industria: huroneando el baroncito por el aposento, encontró unos avíos completos de pesca con los cuales en otro tiempo había hecho cruda guerra á las carpas y los gobios del lago de Grandlieu, inocente pasatiempo que su madre á pesar de su severidad no juzgó oportuno vedarle; cogió una caña de pescar y le puso un anzuelo; luego ató un candelero á la punta de una sábana, pues como necesitaba un objeto de cierto peso, lo primero que le vino á mano fué el candelero; echólo de modo que cayese al otro lado de una gruesa rama del árbol, y en seguida, habiendo cogido con el anzuelo la punta flotante, sujetóla fuertemente con la

otra al balcón, estableciendo desde este al árbol un sólido puente colgante. Púsose el mancebo á horcajadas sobre la sábana como un marinero en la verga, y poquito á poco fué adelantando hasta llegar á las ramas, luego al tronco y después al suelo. Sin curarse entonces de si le verían ó nó, echó á correr con dirección al castillo de Souday, cuyo camino sabía ya mejor que nadie.

Llegado delante de la Roche-Serviére, oyó un fuego graneado que al parecer estallaba entre Montaigu y el lago de Grandlieu. Aquellas detonaciones produjeron en su ánimo una dolorosa conmoción; cada una de ellas parecía anunciarle el riesgo, la muerte acaso de unos seres para él tan queridos, y al pensar que tal vez por su desidia peligraba la existencia de Mary, de su hermana ó de su padre, los ojos se le arrasaron de lágrimas y apresurando el paso á pesar del tiroteo, llegó corriendo á los primeros árboles de la selva de Machecul, donde emprendió el atajo que para acortar el camino había tomado ya otras veces.

Bajo la oscura bóveda de los árboles, aquí cayendo, allí levantándose, ya tropezando en una peña, ya dando contra un árbol ó enredándose en la maleza llegó el baroncito por un sendero angosto al llamado Valledel Diablo. Atravesaba el riachuelo que corre por el fondo, cuando saliendo de repente un hombre de un matorral, agarróle con tanta fuerza que le derribó al fangoso lecho del arroyo, y poniéndole una pistola en las sienas le dijo:

—¡Si habláis sois muerto!

El mancebo se vió obligado á permanecer en esta horrible postura por espacio de un minuto que le pareció un siglo, en tanto que su contrario le tenía una rodilla sobre el pecho y permanecía inmóvil como esperando á alguien. Viendo al fin que nadie venía dió un grito semejante al de la lechuga, al cual contestó otro parecido desde el interior del bosque, y oyóse luego el paso acelerado de un hombre que acudía al lugar de la escena.

—¿Eres tú, Guerin? preguntó el que sujetaba al barón.—Nó, respondió el otro; soy yo.—¿Quién eres tú?—Juan Oullier.—¡Juan Oullier! exclamó su interlocutor incorporándose gozoso y dejando respirar algo más á su prisionero; ¿con qué habéis logrado fugaros?—Sí, gracias á vuestro auxilio, camaradas; pero no podemos perder ni un minuto, si queremos evitar terribles desgracias.—¿Qué hay que hacer?

Ahora que puedes ayudarnos, todo irá bien.—¿Cuántos sois?—Eramos ocho al salir de Montaigu; pero con los que se nos han juntado en Vieillevique somos quince ó diez y seis.—¿Cómo están de fusiles?—Todos tienen.—¿En dónde los has emboscado?—A la entrada del bosque.—Reune la gente.—Bueno.—¿Conoces la encrucijada de Rayhons?—Como la palma de la mano.—Allí esperarás á los soldados, á pecho descubierto; nada de emboscadas. Cuando estén á veinte pasos de vosotros, manda hacer fuego, y matad á cuantos podáis; esos habrá de menos.—¿Y luego?—Luego os dividiréis en dos partidas: la una huirá por el sendero de la Cloutière, y la otra por el camino de Bourguineux; echaréis á correr agrupados para incitarles á perseguiros.—De ese modo les apartaremos de su camino, ¿eh?—Justamente.—¿Y vos?—Yo corro á Souday; es preciso que esté allí dentro de diez minutos.—¡Caramba!—¿Qué es esto?—¿Dudas de mí? Cuando digo que debo estar en Souday dentro de diez minutos, es que hago falta allí; en el interin distraerás á los soldados durante media hora; no es mucho pedir.—¡Ya! pero...—Pero ¿qué?—¿Y si los nuestros no quisiesen esperarles á pecho descubierto?—Se lo mandas en nombre de Dios.—Mira, Oullier, la verdad; si fueses tú quien se lo ordenase, no dudo que obedecerian sin chistar; pero yo no tengo tanta influencia para... Además, hay entre ellos José Picaut, y ya sabes que siempre obra á su gusto.—No digo que nó; pero ¿quién irá por mí al castillo de Souday?—Yo, si no os parece mal, contestó una voz que parecía salir de las entrañas de la tierra.—¿Quién ha hablado?—Un mocito á quien acabo de hacer prisionero.—¿Cómo se llama?—No se lo he preguntado.—¿Cómo os llamáis? preguntó ásperamente Oullier.—Soy el barón de la Logerie, contestó el mancebo sentándose en el suelo, libertado ya de la mano de hierro que le oprimía.—¡Ah! ¡el hijo Michel! exclamó Oullier con acritud. ¿Aun estáis por aquí?—Sí; cuando vuestro amigo me ha detenido, dirigíame precisamente á Souday para advertir á mi amigo Bonneville y á Petit-Pierre que se había descubierto su guarida.—¿Quién os lo ha dicho?—Lo supe anoche por una conversación que mi madre tuvo con Courtin.—Y sabiéndolo, ¿por qué habéis tardado tanto en avisar á vuestro amigo? replicó Oullier con aire irónico y desconfiado.—Porque la baronesa me encerró en mi aposento que está en el segundo piso, y hasta esta tarde no he

podido escaparme, y esto por la ventana y con peligro de romperme la cabeza.

Eran tan vehementes las sospechas que á Oullier le inspiraba cuanto tenía alguna relación con la Logerie, y tanto el odio que profesaba á cuanto llevaba el nombre de Michel, que estuvo algunos minutos perplejo, recelando que las palabras que el mancebo acababa de pronunciar con la mayor naturalidad encubriesen alguna traición. Por otra parte, comprendía que Guerin tenía razón; que en caso apurado sólo él podía infundir aliento á los chuanes para esperar á pie firme á los soldados, y que él solamente era capaz de tomar medidas acertadas para entorpecer su marcha. Además, pensaba que Michel era mucho más idóneo que un aldeano para advertir al conde de Bonneville el peligro que le amenazaba, y no sin refunfuñar, resignóse á deber un favor al descendiente del barón Michel. — ¡Bueno, lobezno! dijo; no hay más remedio que aceptar. ¿Tenéis buenas piernas? — De acero. — ¡Ya! — Si estuviere aquí la señorita Berta, ella os lo diría. — ¿La señorita Berta? dijo Oullier frunciendo las cejas. — Sí por cierto; ella fué quien me mandó á buscar al médico cuando murió el pobre Tinguy, y en cincuenta minutos anduve legua y media de camino entre ida y vuelta.

Juan Oullier meneó la cabeza como si dudara.

— Habéoslas con vuestros enemigos, añadió Michel, y fiad en mí; vos necesitabais diez minutos para ir á Souday; á mí me bastan cinco.

Y sacudiéndose el barro preparóse á marchar.

— ¿Sabéis el camino? le preguntó Oullier. — Como las sendas del parque de la Logerie. Quedad con Dios, Juan Oullier.

El vendeano le siguió un momento con los ojos, diciendo luego caviloso:

— Mucho conoce ese mocito los alrededores del castillo de Souday; cuando haya lugar veremos de arreglarlo. ¡Guerin! llama á la gente.

Quitóse el chuan un zueco, aproximóselo á la boca, y dió una voz parecida al aullido del lobo.

— ¿Sabes si te oirán? le dijo Oullier. — De fijo. Me he colocado de modo que me oirán. — Pues no les aguardemos aquí; vamos andando hacia la encrucijada de Rayhons; todo eso habremos adelantado. — ¿Cuánto lleváis de ventaja á los soldados? preguntó Guerin siguiendo á Juan Oullier en la

espesura. — Como hora larga: ahora acababan de detenerse en el cortijo de la Pichardiére. — ¿En la Pichardiére? contestó Guerin pensativo. — Justamente; habrán despertado á Pascual Picaut y éste les habrá servido de guía; es muy capaz de ello. — Pascual Picaut no volverá á servir de guía á nadie ni volverá á despertar jamás, contestó con acento lúgubre Guerin. — ¡Ah! ¿Es decir que el que poco há... — Era él. Se resistió, pedía socorro, teníamos los soldados á medio tiro de fusil, y ha sido preciso. — ¡Pobre Pascual! — Es verdad; prescindiendo de sus opiniones políticas era un buen muchacho. — ¿Y su hermano? — ¿Qué? — ¿Qué hacía? — Lo estaba mirando.

Juan Oullier hizo un movimiento igual al del lobo al sentir una carga de postas en los ijares, pues si bien preveía todos los desastres de la guerra civil, lo repugnante y odioso de aquel hecho le hizo estremecer horrorizado. Apretó el paso para disimular su emoción, púsose á investigar las tinieblas, y saltando las matas con tanta ligereza como cuando apoyaba los perros en la caza, tomó muchos pasos de ventaja á Guerin, quien parándose de vez en cuando repetía la señal convenida para llamar á los suyos. De repente Oullier dió un ligero silbido para que hiciese alto.

Habían llegado á un punto de la selva llamado la cuesta de Baugé, muy próximo á la encrucijada de Rayhons.

## XXIV

## LA CUESTA DE BAUGÉ

Acercóse Guerin á Oullier y le halló perplejo.

El despeñadero de Baugé es un pantano allende el cual sube casi perpendicularmente el camino que á Souday conduce, y uno de los riscos más empinados de la escabrosa selva. Los azules debían atravesar el pantano y subir aquella loma. Llegado Juan Oullier á las faginas que servían para pasarlo, silbó como hemos dicho.

— ¿En qué piensas? le preguntó Guerin. — Pienso, respon-

podido escaparme, y esto por la ventana y con peligro de romperme la cabeza.

Eran tan vehementes las sospechas que á Oullier le inspiraba cuanto tenía alguna relación con la Logerie, y tanto el odio que profesaba á cuanto llevaba el nombre de Michel, que estuvo algunos minutos perplejo, recelando que las palabras que el mancebo acababa de pronunciar con la mayor naturalidad encubriesen alguna traición. Por otra parte, comprendía que Guerin tenía razón; que en caso apurado sólo él podía infundir aliento á los chuanes para esperar á pie firme á los soldados, y que él solamente era capaz de tomar medidas acertadas para entorpecer su marcha. Además, pensaba que Michel era mucho más idóneo que un aldeano para advertir al conde de Bonneville el peligro que le amenazaba, y no sin refunfuñar, resignóse á deber un favor al descendiente del barón Michel. — ¡Bueno, lobezno! dijo; no hay más remedio que aceptar. ¿Tenéis buenas piernas? — De acero. — ¡Ya! — Si estuviere aquí la señorita Berta, ella os lo diría. — ¿La señorita Berta? dijo Oullier frunciendo las cejas. — Sí por cierto; ella fué quien me mandó á buscar al médico cuando murió el pobre Tinguy, y en cincuenta minutos anduve legua y media de camino entre ida y vuelta.

Juan Oullier meneó la cabeza como si dudara.

— Habéoslas con vuestros enemigos, añadió Michel, y fiad en mí; vos necesitabais diez minutos para ir á Souday; á mí me bastan cinco.

Y sacudiéndose el barro preparóse á marchar.

— ¿Sabéis el camino? le preguntó Oullier. — Como las sendas del parque de la Logerie. Quedad con Dios, Juan Oullier.

El vendeano le siguió un momento con los ojos, diciendo luego caviloso:

— Mucho conoce ese mocito los alrededores del castillo de Souday; cuando haya lugar veremos de arreglarlo. ¡Guerin! llama á la gente.

Quitóse el chuan un zueco, aproximóselo á la boca, y dió una voz parecida al aullido del lobo.

— ¿Sabes si te oirán? le dijo Oullier. — De fijo. Me he colocado de modo que me oirán. — Pues no les aguardemos aquí; vamos andando hacia la encrucijada de Rayhons; todo eso habremos adelantado. — ¿Cuánto lleváis de ventaja á los soldados? preguntó Guerin siguiendo á Juan Oullier en la

espesura. — Como hora larga: ahora acababan de detenerse en el cortijo de la Pichardiére. — ¿En la Pichardiére? contestó Guerin pensativo. — Justamente; habrán despertado á Pascual Picaut y éste les habrá servido de guía; es muy capaz de ello. — Pascual Picaut no volverá á servir de guía á nadie ni volverá á despertar jamás, contestó con acento lúgubre Guerin. — ¡Ah! ¿Es decir que el que poco há... — Era él. Se resistió, pedía socorro, teníamos los soldados á medio tiro de fusil, y ha sido preciso. — ¡Pobre Pascual! — Es verdad; prescindiendo de sus opiniones políticas era un buen muchacho. — ¿Y su hermano? — ¿Qué? — ¿Qué hacía? — Lo estaba mirando.

Juan Oullier hizo un movimiento igual al del lobo al sentir una carga de postas en los ijares, pues si bien preveía todos los desastres de la guerra civil, lo repugnante y odioso de aquel hecho le hizo estremecer horrorizado. Apretó el paso para disimular su emoción, púsose á investigar las tinieblas, y saltando las matas con tanta ligereza como cuando apoyaba los perros en la caza, tomó muchos pasos de ventaja á Guerin, quien parándose de vez en cuando repetía la señal convenida para llamar á los suyos. De repente Oullier dió un ligero silbido para que hiciese alto.

Habían llegado á un punto de la selva llamado la cuesta de Baugé, muy próximo á la encrucijada de Rayhons.

## XXIV

## LA CUESTA DE BAUGÉ

Acercóse Guerin á Oullier y le halló perplejo.

El despeñadero de Baugé es un pantano allende el cual sube casi perpendicularmente el camino que á Souday conduce, y uno de los riscos más empinados de la escabrosa selva. Los azules debían atravesar el pantano y subir aquella loma. Llegado Juan Oullier á las faginas que servían para pasarlo, silbó como hemos dicho.

— ¿En qué piensas? le preguntó Guerin. — Pienso, respon-

dió Juan Oullier, que quizás valdría más esperarles en este sitio que en la encrucijada.—Soy del mismo parecer, añadió Guerin; hé ahí una carreta que nos viene como de molde para una celada.

Estas palabras hicieron que Juan Oullier fijase por primera vez la atención en aquel objeto, y vió un carro cargado de leña que el carretero había dejado sin duda en aquel sitio por no atreverse á pasar á oscuras el fangoso pantano.

—Me ocurre una idea, dijo de pronto Juan Oullier mirando la carreta á la vez que la colina que se alzaba á pocos pasos de distancia como una sombría muralla; mas para realizarla sería preciso...—¿Qué?—Que viniesen los tuyos.—Ya llegan: ahí tienes á Patry, á los dos hermanos Gambier, á los mozos de Vicillevique y á José Picaut.

Oullier volvió la cabeza para no ver al último. En efecto, los chuanes iban apareciendo por todos lados, uno saltando los valladares, otros saliendo de los matorrales ó arrastrándose entre la maleza; y cuando todos estuvieron juntos, Juan Oullier les habló de esta manera:

—Creo, camaradas, que desde que la Vendée es Vendée, ó lo que es lo mismo, desde que este país combate, nunca ha necesitado más que hoy el valor y abnegación de sus hijos. Si no logramos detener á los soldados de Luis Felipe, va á suceder una desgracia que oscurecerá toda la gloria que el país ha conquistado. Yo de mí sé decir, compañeros, que antes dejaré mis huesos en este despeñadero que permitir que esa maldita columna vaya más lejos.—¡También nosotros! respondieron á una voz los vendeanos.—Bueno, contestó Oullier, no esperaba menos de los que me han seguido desde Montaigu para libertarme y lo han logrado. ¡Ea! ¿os atreveríais á subir esta carreta á lo alto de la cuesta?—Lo probaremos, contestaron los *chuanes*.

Y guiados por él los vendeanos cogieron el pesado vehículo unos por las ruedas y otros por la trasera, mientras ocho ó diez de ellos lo arrastraban tirando de las varas. De este modo le hicieron atravesar el pantano y lo colocaron sin contratiempo en la cumbre. Luego Oullier calzó las ruedas de la carreta para que no resbalase por su propio peso despeñándose por la rampa.

—Ahora, camaradas, emboscáos la mitad á la derecha y la otra mitad á la izquierda del pantano: yo os avisaré cuando llegue el momento de obrar, y en cuanto oigáis la

voz de fuego, abrasadlos vivos. Si, como es de esperar, os persiguen, dirigíos hacia Grandlieu para desviarles del castillo de Souday, á donde quieren llegar; y si por el contrario siguen su camino, entonces iremos á esperarlos en la encrucijada de Rayhons, donde será preciso mantenernos firmes y jugar el todo por el todo.

Los chuanes fueron á emboscarse á entrambos lados del pantano, y Oullier quedó sólo con Guerin. Echóse entonces de bruces, y pegando el oído al suelo, le dijo muy quedo:

—Ya se acercan; bien conocen el camino de Souday; ¿quién diablos puede guiarles?—Algún aldeano á quien habrán obligado.—Pues será preciso librarle cuando lleguen á la selva de Machecul, pues como queden sin guía, de seguro no vuelve ninguno de ellos á Montaigu.—¡Calle! ¿Y tú vas desarmado, Oullier?—Yo, contestó el vendeano sonriéndose, yo tengo un arma que de seguro derribará más enemigos que tu carabina: pierde cuidado, si van las cosas como lo espero, fiote que dentro de pocos minutos no faltarán fusiles junto al pantano.

Levantóse Oullier, y subiendo otra vez la cuesta que acababa de descender para colocar á los suyos, se acercó á la carreta. No bien hubo hecho esta maniobra cuando oyóse en la opuesta pendiente el ruido de los guijarros que rodaban bajo los pies de los caballos y viéronse saltar algunas chispas producidas por el choque de las herraduras, en tanto que el aire llevaba á sus oídos el vago y confuso rumor que en una silenciosa noche anuncia la aproximación de gente armada. Entonces Oullier volvióse á Guerin y díjole en voz baja:

—Vé á juntarte con los tuyos; yo me quedo aquí.—¿Para qué?—Luego lo sabrás: anda.

Obedeció Guerin sin replicar, y Oullier entretanto ocultóse bajo la carreta y púsose en acecho. Apenas había aquel llegado á su puesto, cuando los dos batidores de la columna llegaron al borde del pantano, y al ver que el camino era en aquel punto poco menos que impracticable, se detuvieron esperando órdenes.

—¡Adelante! ide frentel les dijo una voz mujeril aunque robusta.

Al oír estas palabras los batidores penetraron en el pantano, atravesándole con la mayor facilidad gracias al vado de faginas, y empezaron á trepar la altura acercándose por

momentos á la carreta. Cuando llegaron á veinte pasos de ella, Juan Oullier se colgó del eje con las manos y de las varas con los piés, permaneciendo inmóvil en esta posición, en tanto que los dos cazadores, llegados á la altura de la carreta, se empinaban sobre los estribos; mas no viendo estos nada en ella que pudiese excitar sospechas, siguieron andando.

Entretanto llegó la columna á la orilla del pantano y pasaron la viuda, el general, los ginetes y los infantes. Cuando hubieron llegado al pié de la cuesta, oyóse de improviso un horrible estruendo semejante al estampido del trueno, y despenóse de lo alto del cerro una especie de alud con la rapidez del rayo.

—¡Apartaos! gritó el general dominando con su voz tonante aquel estrépito.

Y cogiendo del brazo á la viuda, espoleó al caballo, que saltó á los matorrales. Lo que más le convenía salvar era el guía; mas como los soldados no habían tenido tiempo para ejecutar las órdenes de su jefe, sobrecogidos por aquel ruido extraño é inesperado, y viéndose atacados en la oscuridad por un fantástico enemigo, quedáronse inmóviles y paralizados, y cayó en medio de ellos la carreta, matando á los que encontró al paso é hiriendo á los que alcanzó con sus restos.

Siguió á esta catástrofe un momento de estupor; mas sin amilanarse por aquel súbito y terrible ataque, el general gritó con voz estentórea:

—¡Adelante, soldados! Salgamos pronto de esta garganta.

Al mismo tiempo mandó otra voz no menos fuerte que la suya:

—¡Fuego, camaradas! Y salió un llamarada de cada matorral, rebotando una lluvia de balas en torno de la columna.

Como la voz de fuego se dió delante de la columna y los tiros procedieron de la parte opuesta, comprendiendo el general el ardíd con que querían apartarle del camino, gritó á los soldados:

—¡Adelante! ¡No perdáis tiempo! ¡Adelante!

A la carrera treparon entonces los soldados la colina, llegando al poco rato á la cima sin curarse del fuego de los *chuanes*, ínterin Juan Oullier bajaba de ella por detrás de los matorrales, reuniéndose luego con sus compañeros.

—¡Bravo! le dijo Guerin; si hubiésemos tenido algunas carretas como esa y diez brazos robustos como los vuestros, á estas horas ya habríamos dado buena cuenta de esos malditos soldados.—No estoy yo tan satisfecho como tú, amigo mío; contaba hacerles retroceder con esta estratagema, y á lo que veo prosiguen la marcha con más resolución que antes: ¡Ea! no queda más recurso que esperarles en la encrucijada; ¡presto!—¿Quién dice que los *rojos* continúan la marcha? preguntó una voz.

Acercóse Juan Oullier al paraje de donde había partido, y vió á José Picaut que hincado de rodillas en el suelo estaba vaciando los bolsillos de tres soldados aplastados por la carreta. Oullier volvió el rostro con repugnancia, en tanto que Guerin se le acercó y díjole al oído:

—Oye á José, que ve de noche como los gatos, y no es de despreciar su dictamen.

Levantóse José, y metiendo el botín en un zurroncito de cuero que llevaba siempre consigo, añadió.

—Sostengo, por más que pretendáis lo contrario, que los azules no han dado un paso desde que llegaron á la cumbre del cerro. ¡Qué diablos! ¿Sois sordos por ventura que no oís cual patalean como carneros en el redil? Si vosotros no lo oís, yo sí.—Bueno sería averiguarlo, dijo Oullier á Guerin.—Tienes razón, contestó éste; ahora mismo voy.

Y atravesando el pantano trepó por la maleza hasta la mitad de la cuesta, en donde arrastrándose como una culebra empezó á subirla con suma precaución hasta llegar á treinta pasos de la cumbre. Entonces se puso en pié colocando el sombrero en el extremo de una rama que levantó en alto, cuando sonó un tiro y el silbido de una bala que se llevó el sombrero á bastante trecho.

—Es verdad, dijo Juan Oullier al oír la detonación; mas ¿por qué abandonarán su proyecto? ¿Ha muerto el guía?—Nó: el guía vive aún, contestó José Picaut con siniestro acento.—¿Le has visto? dijo un *chuan*.—Sí.—¿Y conocido?—También.—Entonces, dijo Oullier en voz baja y como si hablara consigo mismo, eso significa que no son aficionados á los barrancos y encuentran malsano el aire de los pantanos: han querido guarecerse de nuestros ataques detrás de las peñas, y querrán esperar el día en ese parapeto natural.

Como para confirmar el juicio del vendeano, víéronse brillar súbitamente algunas hogueras en la cumbre del cerro,

iluminando con sus rojizos resplandores los matorrales que colgaban de las quebraduras de las breñas.

—Extrañame que tal hagan si aun tienen el guía, dijo Oullier; mas si les ocurre cambiar de idea, de seguro pasarán por la encrucijada.... Mira, Guerin, bueno sería que fueses á aguardarles allí con tu partida.—Corriente.—Si siguen la marcha, ya sabes lo que te toca hacer; si por el contrario han acampado en el cerro, déjales tiritar en derredor de sus hogueras: será inútil atacarlos.—¿Por qué? preguntó Picaut.

Interpelado como jefe y acerca de una orden dada por él Oullier hubo de contestar, y lo hizo en estos términos:

—Porque sería un crimen exponer sin necesidad la vida de tantos hombres.—Acabaraís de una vez diciendo....—¿Qué?—Que vuestros dueños, los nobles á quienes servís, no necesitan ya á esos hombres, y entonces dijerais la verdad.—¿Quién se atreve á sostener que Juan Oullier ha mentido alguna vez en su vida? repuso el guarda frunciendo las cejas.—Yo, contestó Picaut.

Aunque apretando los dientes Oullier se contuvo, decidido según trazas á no tener ninguna explicación con el antiguo presidario, quien continuó:

—Yo soy quien dice y sostiene que si no queréis dejarnos aprovechar de esta victoria, no es porque os cuidéis de nuestras vidas, sinó porque sólo nos habéis hecho combatir para que los *azules* no saqueasen el castillo de Souday.—José Picaut, añadió Oullier con impasibilidad; aunque los dos llevamos una misma escarapela, no seguimos por cierto un mismo camino ni nos proponemos igual objeto. Siempre he creído que todos los hombres son hermanos, sean cuales fueren sus opiniones, y jamás me ha gustado ver inútilmente derramada la sangre de un hermano. Por lo que toca á mis relaciones con mis amos, debo deciros que he tenido siempre la humildad por una de las primeras virtudes del cristiano, sobre todo cuando este es un humilde campesino como nosotros, y también he considerado siempre la obediencia como el principal deber del soldado. Bien sé que no pensáis del mismo modo; pero peor para vos: si en otra ocasión os hubierais atrevido á pronunciar las palabras que acabáis de dirigirme, quizás os hubiera pesado, mas ahora no me pertenezco: agradecedlo á Dios.—Está bien, contestó Picaut zumbándose, cuando volváis á ser dueño de vuestra

persona, buscadme y me encontraréis: yo os lo fio; en seguida añadió encarándose con los *chuanes*: si alguno de vosotros juzga más acertado coger la liebre en su madriguera que esperarla al acecho, sígame.

Nadie se movió ni contestó á sus palabras. Picaut hizo un colérico ademán y desapareció entre la maleza, en tanto que Juan Oullier, tomando por fanfarronada sus palabras, encojióse de hombros y dijo á los vendeanos:

—¡Ea, en marcha! Vamos á la encrucijada de Rayhons; por allí han de pasar. Seguid la cañada hasta los Cuatro-Vientos: es cuestión de un cuarto de hora.—¿Y tú? preguntó Guerin.—Yo entretanto corro á Souday para saber si Michel ha cumplido su encargo.

Púsose en marcha la partida, y Oullier quedó solo en la quebrada escuchando el ruido del agua removida por los piés de los *chuanes*; y en cuanto cesó de oírse este rumor confundíndose con el de las cascadas, volvió la cabeza hacia el cerro donde estaban los soldados.

Las peñas donde había hecho alto la columna pertenecían á una cordillera que se prolongaba de Este á Oeste en dirección á Souday. Terminaba al Este y á unos doscientos pasos del paraje donde había pasado la escena que acabamos de relatar, en una pendiente suave á cuyo pié corría el arroyo que subían los *chuanes* para rodear el campamento, y por la parte de Oeste se extendía como media hora en dirección al castillo de Souday. Cuanto más iba aproximándose á éste, más empinadas eran sus cumbres, más escabrosas y estériles sus laderas. Por este lado terminaba la cordillera en un insondable precipicio, por cuyo fondo oscuro y obstruído por enormes peñascos corrían las turbias aguas del arroyo.

Una ó dos veces había bajado Oullier al fondo del abismo con intento de aventajar en presteza al jabalí acosado por la jauría, por un estrecho y peligroso sendero que serpenteaba entre las retamas, llamado *la vereda de las cabras*; mas pocos eran los cazadores que la conocían, y como la había pasado con tanto trabajo y peligro de desnucarse, le pareció poco menos que imposible pasar por ella á tan altas horas de la noche. Bien sabía que si el jefe de la columna se empeñaba en llegar á Souday, tenía que tomar este camino ó subir el arroyo como los *chuanes*; mas el arroyo crecía á alguna distancia con el agua de varios afluentes, y

convertíase en rápido y caudaloso torrente, cuyas orillas estaban erizadas de espesos zarzales. No las tenía todas consigo Juan Oullier pues no podía explicarse cómo había renunciado tan súbitamente el general á su proyecto.

Así es que quedó un momento pensativo contemplando las fogatas del campamento cuyos resplandores le parecían cada vez más pálidos. Mas creyéndose ser juguete de una alucinación, acercóse algo más, y notando que sólo producían un mortecino fulgor que apenas iluminaba las crestas de los peñascos, quiso salir de dudas, por lo cual se aproximó al vivac con las mismas precauciones que tomara Guerin, sin detenerse en el camino, pues no paró hasta el parapeto de rocas que lo corona, donde escuchó con la mayor atención. No se oía el menor ruido. Alzóse de puntillas, miró por el intersticio de dos peñas, mas nada logró ver. El campamento estaba desierto, las hogueras espirantes, y sólo las últimas ramas que los soldados les habían echado al partir chisporroteaban en el rescoldo iluminando los árboles con sus fulgores. Entonces trepó Juan Oullier las rocas que le separaban del vivac, y bajó á él resuelto á cerciorarse á todo trance, no cabiéndole ya la menor duda de que los soldados habían partido. Dió una terrible voz, apretóse las sienes con los puños, llamó á sus compañeros cual si hubieran podido oírle, y echó á correr como un loco saltando rocas y matorrales con dirección al castillo de Souday. Era evidente que el misterioso guía acababa de llevar á la columba por *la vereda de las cabras*.

Arrebatado de desesperación Oullier más volaba que corría hacia el castillo, y sin curarse del peligro, sin hacer el menor caso de los resbalones que daba en la lisa superficie de las peñas, ni de los jarales que enredándose en sus piernas le obstruían á menudo el paso, proseguía con ardor su fantástica carrera, llevándole á los diez minutos al extremo de la colina. Allí subió á un cerro que dominaba el valle, y vió á los soldados que acababan de bajar por *la vereda* y seguían caminando por el fondo del abismo á la luz de las antorchas. Encaramóse á un enorme peñasco, asíóse de él con todos sus fuerzas, trató de sacudirlo creyendo en su delirio que sería capaz de arrancarlo de cuajo y derrumbarlo al fondo del precipicio: mas su ira y sus conatos fueron impotentes. De pronto oyó á sus espaldas una risita sarcástica y estridente. Estremecido Oullier, volvió la cabeza casi at-

rrorizado, creyendo que sólo Satanás era capaz de reír de aquella manera, y vió á José Picaut.

—¿Qué tal, maese Juan? le dijo saliendo de unas retamas. Creo que mi emboscada vale algo más que la vuestra; pero me habéis hecho perder el tiempo, y se me antoja que ha de dolerles á vuestros amigos.—¡Pesía á tall! exclamó Oullier mesándose los cabellos, ¿quién les habrá enseñado este camino?—Quien quiera que sea, no volverá ya á enseñarles este ni ningún otro. Miradla á vuestro sabor si queréis conocerla: aun es tiempo.

Inclinóse de nuevo Juan Oullier hacia el abismo, y vió á los soldados que ya habían vadeado el arroyo y se reunían en derredor del general y á corta distancia á una mujer pálida y desmelenada que les señalaba con el dedo el camino que debían seguir.

—¡Mariana Picaut! exclamó asombrado Juan Oullier.

Sin despegar los labios el chuan, tomó el fusil y apuntó. Oullier oyó el muelle del gatillo, volvióse precipitadamente, y al disparar José, dió un golpe al arma y desvió el tiro, diciéndole:

—¡Infeliz! dejadla tiempo para sepultar á vuestro hermano.—¡Toma! contestó José asiendo el fusil por el cañón y descargando un terrible culatazo sobre la cabeza de Juan Oullier; á los *blancos* como tú les trato yo como á los *azules*.

A pesar de su hercúlea fuerza el vendeano cayó de rodillas, y no pudiendo sostenerse en esta posición rodó al precipicio. Agarróse instintivamente á un matorral, y sintiendo que este empezaba á desarraigarse, y que por lo tanto no podía tardar en faltarle aquel débil apoyo que le tenía suspendido sobre el abismo, encomendóse interiormente y de todas veras al Señor. Oyéronse en esto repetidas detonaciones, y al través de sus entreabiertos párpados vislumbró frecuentes fulgores que rasgaban las tinieblas. Creyó que los chuanes capitaneados por Guerin habían trabado la lucha con los soldados, y trató de gritar para pedir socorro; mas no pudiendo sus labios exhalar ningún sonido, y experimentando una angustia parecida á la del hombre atacado de una congojosa pesadilla, parecióle que de su frente brotaba un copioso chorro de sangre bañándole cuello y pecho. Las fuerzas le abandonaron, flaqueáronle los músculos, se le crisparon los dedos, y como arrastrado al fondo

del abismo por una fuerza irresistible, soltó maquinalmente las ramas.

Mas cuando esperaba oír el silbido del aire arremolinado en derredor suyo y sentir su cuerpo destrozado por las puntas de los peñascos, levantáronle unos brazos robustos y le trasportaron al pié de un ribazo próximo al precipicio. ¡Se había salvado! Sin embargo, aquellos brazos le sacudían muy brutalmente para ser los de un amigo.

## XXV

EN DÓNDE EL MARQUÉS DE SOUDAY NO DISIMULA SU ENOJO

Al día siguiente á aquel en que llegaron el conde de Bonnevillle y su compañero al castillo de Souday, volvía el marqués de su expedición ó de su conferencia. El buen hidalgo que según trazas llevaba negrísimo humor, regañó á sus hijas por no haber salido á recibirle, echó pestes contra Juan Oullier que por sí y ante sí había ido á la feria de Montaigne sin pedirle permiso, y reprendió á su cocinera, que supliendo la ausencia del mayordomo, había salido á sujetarle el estribo y en vez de coger el de la derecha, tiraba fuertemente del izquierdo, lo cual obligó al marqués á apearse por el lado opuesto al de la gradería.

Al entrar el señor de Souday en el salón, siguió manifestando su cólera con tan enérgicos monosílabos, que Berta y Mary, aunque acostumbradas ya al desenvuelto lenguaje del emigrado, no sabían qué gesto poner para no dar pábulo á su enojo. En vano recurrieron á las más tiernas caricias para desarrugar el ceño de su padre, en vano trataron de aplacar su ira por todos los medios imaginables: el marqués golpeaba con el látigo sus botas de montar, sintiendo sin duda no poder hacer otro tanto con los señores X y Z, á lós cuales dirigía entre dientes los más expresivos improperios. No cabía duda que el marqués estaba muy irritado.

En efecto, hacía ya algún tiempo que el señor de Souday

estaba desconocido: la caza le aburría, hacíale bostezar el *whist* con una frecuencia desconsoladora para sus compañeros de juego; el goce de sus honores y prerrogativas le parecía insípido é insuficiente para halagarle, y triste y nauseabunda su morada. Sin embargo, de diez años á aquella parte no había tenido nunca tanta elasticidad en las piernas, tan desahogado el pecho, y tan claro el entendimiento como entonces. El marqués entraba en el segundo período de la virilidad, en el cual la inteligencia despide antes de espirar una llama tan viva como fugaz, y en que el cuerpo reúne todas las fuerzas como preparándose para la lucha postrera: por eso se encontraba tan ágil y robusto; por eso menospreciaba sus monótonos y tranquilos pasatiempos. Se le había antojado que las luchas y agitaciones de una nueva Vendée bastarían para disipar el tedio que le consumía y satisfacer los anhelos de su nueva mocedad, creído de que en la aventurera existencia de guerrillero encontraría otra vez las vivas fruiciones cuyo recuerdo era el encanto más agradable, el goce mejor de su ancianidad.

Nadie había acogido con tanto entusiasmo la nueva del alzamiento, pues aquella conmoción política halagaba su grandísimo egoísmo, probándole una vez más que el universo entero estaba ordenado con todas sus leyes y experimentaba todas sus metamorfosis, sólo para gozo y satisfacción del dignísimo y respetable señor marqués de Souday. Desgraciadamente sus correligionarios políticos habían mostrado una tibieza y un anhelo de demorar la lucha que exasperaban la bilis del belicoso hidalgo. Unos pretendían que el espíritu público no estaba bastante preparado para aquel trastorno político; otros, que no era prudente arriesgarse á probar fortuna sin contar con algún apoyo en el ejército, y algunos llegaban á sostener que el entusiasmo político y religioso había menguado en la montaña, y que por lo tanto el alzamiento no podía pasar de una vana é infructuosa tentativa; mas el buen marqués no alcanzaba á comprender que la Francia entera no estuviese dispuesta á armarse, cuando él lo consideraba como un ameno pasatiempo, cuando Juan Oullier había limpiado su mejor carabina y bordádole sus hijas una escarapela y un corazón arrojando llamas; así es que no se dejó convencer por los capciosos argumentos de sus correligionarios, y salió de la sala sin esperar que se levantara la sesión.

del abismo por una fuerza irresistible, soltó maquinalmente las ramas.

Mas cuando esperaba oír el silbido del aire arremolinado en derredor suyo y sentir su cuerpo destrozado por las puntas de los peñascos, levantáronle unos brazos robustos y le trasportaron al pié de un ribazo próximo al precipicio. ¡Se había salvado! Sin embargo, aquellos brazos le sacudían muy brutalmente para ser los de un amigo.

## XXV

EN DÓNDE EL MARQUÉS DE SOUDAY NO DISIMULA SU ENOJO

Al día siguiente á aquel en que llegaron el conde de Bonnevillle y su compañero al castillo de Souday, volvía el marqués de su expedición ó de su conferencia. El buen hidalgo que según trazas llevaba negrísimo humor, regañó á sus hijas por no haber salido á recibirle, echó pestes contra Juan Oullier que por sí y ante sí había ido á la feria de Montaigu sin pedirle permiso, y reprendió á su cocinera, que supliendo la ausencia del mayordomo, había salido á sujetarle el estribo y en vez de coger el de la derecha, tiraba fuertemente del izquierdo, lo cual obligó al marqués á apearse por el lado opuesto al de la gradería.

Al entrar el señor de Souday en el salón, siguió manifestando su cólera con tan enérgicos monosílabos, que Berta y Mary, aunque acostumbradas ya al desenvuelto lenguaje del emigrado, no sabían qué gesto poner para no dar pábulo á su enojo. En vano recurrieron á las más tiernas caricias para desarrugar el ceño de su padre, en vano trataron de aplacar su ira por todos los medios imaginables: el marqués golpeaba con el látigo sus botas de montar, sintiendo sin duda no poder hacer otro tanto con los señores X y Z, á lós cuales dirigía entre dientes los más expresivos improperios. No cabía duda que el marqués estaba muy irritado.

En efecto, hacía ya algún tiempo que el señor de Souday

estaba desconocido: la caza le aburría, hacíale bostezar el *whist* con una frecuencia desconsoladora para sus compañeros de juego; el goce de sus honores y prerrogativas le parecía insípido é insuficiente para halagarle, y triste y nauseabunda su morada. Sin embargo, de diez años á aquella parte no había tenido nunca tanta elasticidad en las piernas, tan desahogado el pecho, y tan claro el entendimiento como entonces. El marqués entraba en el segundo período de la virilidad, en el cual la inteligencia despide antes de espirar una llama tan viva como fugaz, y en que el cuerpo reúne todas las fuerzas como preparándose para la lucha postrera: por eso se encontraba tan ágil y robusto; por eso menospreciaba sus monótonos y tranquilos pasatiempos. Se le había antojado que las luchas y agitaciones de una nueva Vendée bastarían para disipar el tedio que le consumía y satisfacer los anhelos de su nueva mocedad, creído de que en la aventurera existencia de guerrillero encontraría otra vez las vivas fruiciones cuyo recuerdo era el encanto más agradable, el goce mejor de su ancianidad.

Nadie había acogido con tanto entusiasmo la nueva del alzamiento, pues aquella conmoción política halagaba su grandísimo egoísmo, probándole una vez más que el universo entero estaba ordenado con todas sus leyes y experimentaba todas sus metamorfosis, sólo para gozo y satisfacción del dignísimo y respetable señor marqués de Souday. Desgraciadamente sus correligionarios políticos habían mostrado una tibieza y un anhelo de demorar la lucha que exasperaban la bilis del belicoso hidalgo. Unos pretendían que el espíritu público no estaba bastante preparado para aquel trastorno político; otros, que no era prudente arriesgarse á probar fortuna sin contar con algún apoyo en el ejército, y algunos llegaban á sostener que el entusiasmo político y religioso había menguado en la montaña, y que por lo tanto el alzamiento no podía pasar de una vana é infructuosa tentativa; mas el buen marqués no alcanzaba á comprender que la Francia entera no estuviere dispuesta á armarse, cuando él lo consideraba como un ameno pasatiempo, cuando Juan Oullier había limpiado su mejor carabina y bordádole sus hijas una escarapela y un corazón arrojando llamas; así es que no se dejó convencer por los capciosos argumentos de sus correligionarios, y salió de la sala sin esperar que se levantara la sesión.

Sabiendo Mary que su padre tenía en gran veneración las nobles prácticas de la antigua hospitalidad, creyó que el anuncio de la llegada de los viajeros sería un poderoso antídoto contra su enojo, y cuando vió que éste había llegado á su apogeo, participóle la presencia del conde de Bonneville en el castillo.

—¡Bonneville! exclamó el marqués; no conozco ese nombre. Sin duda será algún golilla ó algún oficial advenedizo de esos que tanto abundan en el día y sólo se baten con la lengua; algún pisaverde que vendrá á probarnos que es preciso dejar que Luis Felipe acabe de desprestigiarse, como si la popularidad sirviera de algo. Si así fuera, poco nos costaría conquistarla á nuestro rey.—Ya veo, contestó muy cerseca una voz suave y meliflua, que el señor marqués desea un levantamiento inmediato.

Volvióse el de Souday y vió á un mozalbete en traje de aldeano, que apoyado como él en la chimenea calentábase también los piés al hogar: era Petit-Pierre. El castellano estaba vuelto de espaldas, y en la vehemencia de sus imprecaciones no observó las señas con que sus hijas le advertían la presencia del huésped que tan callandito entraba. Petit-Pierre aparentaba tener diez y seis ó diez y ocho años, aunque era muy delgado y endeble para tal edad; blanco de rostro, mas con largos y negros rizos; sus rasgados ojos azules brillaban de inteligencia; en su agraciada boquita asomaba una maliciosa sonrisa, y su abultada barba indicaba una fuerza de voluntad extraordinaria, completando en fin una nariz algo aguileña su aristocrática fisonomía, á la cual sentaba poco la sencillez del vestido.

—El señor Petit-Pierre, dijo de pronto Berta tomándole de la mano y presentándole á su padre.

Inclinóse el marqués, y el aldeanillo hizo un graciosísimo saludo. No le cogió muy de nuevo al antiguo emigrado el traje y el nombre de Petit-Pierre, pues la primera guerra de la Vendée le había dado muchos ejemplos de individuos de la más encopetada nobleza que encubrían su elevado linaje con un pseudónimo y con rústicos disfraces su distinguido porte; pero lo que más le preocupaba eran los pocos años del mancebo, á quien dijo:

—Mis hijas, caballero, han tenido la alta satisfacción de ofrecer un asilo á vos y á vuestro noble compañero el señor conde de Bonneville al par que yo el sentimiento de no poder

recibirlos en persona. Seguramente os informaron de mi ausencia: á no haber sido por esos mentecatos, habría tenido la honra de abrirlos yo mismo las puertas de mi pobre albergue; mas me complazco en creer que las niñas habrán hecho dignamente los honores de la casa, dándooos á entender que haremos cuanto nos permitan nuestros escasos medios para haceros llevadera vuestra permanencia en ella.—Creed, señor marqués, contestó con galantería Petit-Pierre, que vuestra hospitalidad será mucho más preciosa ejercida por tan graciosos intermediarios.—¡Qué sé yo! contestó el marqués como dudando; no digo que en otras circunstancias no fuesen capaces de distraer con algún ameno pasatiempo á los huéspedes del castillo, pues Berta sabe acorrallar al javalí como el primer cazador y Mary no tiene rival en la caza de la becada; mas ahora sólo pueden ofreceros distracciones de género más sosegado, y por cierto que exceptuando alguna habilidad en el *whist*, no las creo muy aptas para hacer los honores de un salón: de modo que no nos queda otro recurso que pasar las veladas junto á los tizones, á los cuales empujó con el pié como para demostrar que su cólera no estaba aún aplacada.—Sea como fuere, repuso Petit-Pierre, creo que pocas señoras de la corte pueden alabarse de aventajar en gracias y en distinción á esas lindas señoritas, y ninguna de reunir á sus atractivos la nobleza de corazón y los elevados sentimientos que acaban de mostrarme.—¿La corte? exclamó atónito el marqués mirando á Petit-Pierre.

Petit-Pierre se sonrió, y corriéndose como un actor que se equivoca ante un público benévolo, respondió:

—He dicho la corte, señor marqués, porque allí deberían estar vuestras hijas según el distinguido nombre que llevan, y también porque me holgaría mucho de que se encontraran en ella.

Sonrojóse el marqués de Souday á su vez de haber ruborizado á su huésped, comprendiendo que casi sin quererlo había faltado al incógnito que éste deseaba conservar, y su exquisita cortesía le reprendía esta falta.

Petit-Pierre continuó:

—Os decía, señor marqués, cuando estas señoritas me han hecho el honor de presentarme á vos, que opinabais por un levantamiento inmediato.—¡Pardiez! lo confieso, pues parece que sois de los nuestros, caballero.

Petit-Pierre hizo un ademán afirmativo.

—Sí, prosiguió el marqués, opino por un pronto levantamiento; pero por más que yo diga y haga, no escucharán al viejo hidalgo curtido por el fuego terrible de la Vendée de 1793 á 97, sinó á esa cáfila de charlatanes, de abogados sin pleitos, de almibarados petimetres, que temen ensuciarse el vestido echándose entre los matorrales ó pillar un costipado acostándose al raso, de imbéciles, de gallinas, de.... He dicho. Y el marqués daba fuertes taconazos á los tizones, que se vengaban arrojándole á las botas millares de chispas.—Papá, dijo Mary en voz baja notando que Petit-Pierre se sonreía; papá, calmáos.—Nó, contestó enfurecido el anciano, no quiero calmarme. Todo estaba preparado, y Juan Oullier me había dicho que nuestra división hervía de entusiasmo, mientras que ahora debemos esperar hasta Dios sabe cuándo.—¡Paciencia, señor marqués! repuso Petit-Pierre; ya llegará la hora, perded cuidado.—¡Paciencia, paciencia! replicó el de Souday encogiéndose de hombros; á vos os cuesta muy poco decirlo, porque sois mozo y os queda tiempo; mas yo no sé si Dios me concederá bastante vida para ver desplegada la santa y antigua bandera por la cual tan contento he combatido.

Las palabras del anciano conmovieron á Petit-Pierre, quien le preguntó:

—Señor marqués, ¿no habéis oído decir como yo que el levantamiento sólo se había aplazado por la incertidumbre en que se estaba respecto á la venida de la princesa?—¡Ya! exclamó el marqués con airado acento. No me vengan á mí con tales historias. ¿Creéis por ventura que he olvidado la primera guerra de la Vendée en la cual se nos llevó cinco años engañados con la esperanza de que el rey vendría á esgrimir su espada al frente de sus fieles defensores? ¿Acaso no me encontré en el famoso 2 de octubre entre los realistas que esperaban al conde de Artois en la playa de l'Île-Dieu? Así vendrá la princesa en 1832 como el príncipe en 1796; mas eso no ha de privarme de morir por su causa.—Señor marqués de Souday, contestó Petit-Pierre profundamente conmovido, os juro que la duquesa de Berry habría venido á Francia aunque sólo hubiese tenido una cáscara de nuez, á fin de tomar cumplida venganza bajo la bandera que tan valerosamente tremoló en otro tiempo el bravo Charrette; os juro que vendrá, si no á vencer con ella, á morir bajo sus pliegues con los denodados campeones de su hijo.

Atónito y confuso el marqués de Souday ante la energía de su acento, y aun más de que un aldeanillo de diez y seis años profiriese con tanta entereza semejantes expresiones, preguntóle:

—¿Quién sois vos para hablar así de las intenciones de su Alteza Real?—Paréceme, señor marqués de Souday, que cuando vuestras hijas han tenido la amabilidad de presentarme á vos, os han dicho mi nombre.—Es cierto, contestó desconcertado el marqués; dispensad. Sin embargo, añadió tomándole por el hijo de algún gran personaje, ¿sería indiscreto preguntaros vuestra opinión acerca de la oportunidad del alzamiento? A pesar de vuestros pocos años veo en vos tanta cordura y resolución, que me alegraría de saberla.—No trataré de ocultaros mis ideas, pues á lo que veo no difieren mucho de las vuestras.—¡De veras!—Mi opinión, si me es lícito manifestar una.....—Sí por cierto, que al lado de los mentecatos caballeros que he oído esta noche, os considero como uno de los siete sabios de Grecia.—Hacéisme sobrado favor, señor marqués. Por mi parte, creo que ha sido una verdadera desgracia que no hayamos podido iniciar la revuelta en la noche del 13 al 14 de mayo, como al principio se había concertado.—¿Qué tal? ¿No lo decía yo? ¿Y en qué razones os fundáis para sostenerlo? Veamos.—Me fundo en que los soldados están en las aldeas diseminados en sus alojamientos, siendo por lo tanto muy fácil sorprenderles y desarmarles aprovechando su estupor.—Es muy cierto; pero ahora ya.....—Ahora ya ha cambiado de aspecto la cosa, pues de dos días á esta parte los destacamentos de poca importancia han recibido orden de abandonar sus acantonamientos y estrechar la red de las fuerzas que ocupan el país, no ya en pequeñas partidas, sinó por batallones y hasta por regimientos: de modo que ahora sólo podemos alcanzar la victoria derrotando al enemigo en campal batalla.—¡Es incontestable! exclamó el marqués entusiasmado; lo que siento en el alma es que en las mil y una razones que he expuesto á mis adversarios no he atinado en esa. Y ¿estáis bien seguro de que las tropas que guarnecen el país han recibido ya esa orden?—Segurísimo, caballero, contestó Petit-Pierre con el tono más modesto que pudo.

El marqués le miró con asombro y prosiguió:

—¡Cáspita! Es sensible, muy sensible; pero ¿qué le haremos? Yo creo, amigo mío, y permitidme que os dé este

nombre, que lo mejor será esperar, como há poco decíais, que nuestra María Teresa venga á impetrar el auxilio de sus fieles húngaros, y mientras esperamos este día, brindemos alegremente á la salud de su vástago real y de la bandera sin mancilla; para esto será preciso que esas señoritas se ocupen en aderezar el almuerzo supliendo la ausencia de Juan Oullier, á quien alguien se ha permitido mandar á Montaigu sin mi anuencia, añadió dirigiendo á sus hijas una mirada algún tanto colérica.

—Ese alguien soy yo, contestó Petit-Pierre en tono cortés y con firmeza. Os suplico que me perdonéis esta libertad, en gracia del objeto que la motivó, pues nos convenia mucho saber cómo se encontraban los ánimos de los aldeanos reunidos en la feria de Montaigu.

A pesar de su timbre suave y apacible, tenía la voz de Petit-Pierre un acento tan firme sin ser afectado, y una expresión de tanta superioridad, que el marqués al oírlo no se atrevió á replicar, y al evocar el recuerdo de todos los personajes á quienes en sus tiempos había conocido, tratando de adivinar de cuál de ellos descendía su interlocutor, tan sólo acertó á balbucir algunas palabras de asentimiento. En esto entró en el salón el conde de Bonneville á quien Petit-Pierre suplicó le permitiera presentarle al marqués en calidad de amigo, que ya lo era suyo, y el buen hidalgo, movido por las simpatías que experimentaba por Petit-Pierre por el interesante coloquio que con él acababa de tener, no encontró por cierto menos agradable á su noble compañero, cuyo semblante franco y jovial acabó de sofocar los últimos restos de su enojo. Apretóle cordialmente la mano, juró olvidar la cobardía de sus follones y medrosos camaradas, é invitando á sus huéspedes á pasar al comedor, propúsose poner en juego toda su habilidad para inducir al conde de Bonneville á revelar el verdadero nombre de su singular compañero. En esto entró Mary anunciando que estaba puesta la mesa.

## XXVI

DONDE EL MARQUÉS DE SOUDAY SE AFLIGE PORQUE PETIT-PIERRE NO ES HIDALGO

Cuando llegaron al comedor, el anfitrión y sus huéspedes detuviéronse á la puerta, ante el formidable aspecto de la sala. De su centro alzabase, cual antigua ciudadela dominando los edificios de su alrededor, un soberbio pastel de corzo y jabalí, flanqueándola á los cuatro puntos cardinales un grandísimo sollo que no bajaba de quince libras, tres ó cuatro gallinas en adobo, una verdadera torre de Babel de chuletas, y una inmensa pirámide de gazapos con salsa verde; y como sirviéndole de puntos avanzados, la cocinera de Souday había rodeado estos manjares de numerosos platos de frituras, manteca, anchoas, aceitunas, pepinillos, rábanos, frutas y conservas de todas clases, confundidos y apiñados en pintoresco desorden, presentando un grato espectáculo á la vista de los huéspedes del castillo, cuyo apetito habiase despertado con el penetrante y saludable airecillo de las selvas del país de Mauges.

—¡Caramba! exclamó Petit-Pierre parándose como hemos dicho al ver aquel formidable aparato; en verdad, señor de Souday, que tratáis con sobrada esplendidez á unos pobres aldeanos como nosotros.—Nada de eso, amigo mío; no he tenido la menor parte en ello, y por lo tanto no hay que agradecerme ni criticármelo, sinó á esas señoritas; sin embargo, aunque eréo excusado decíroslo, debo manifestaros que tendré un gran placer en que honréis con vuestra indulgencia la mesa de un pobre hidalgo campesino.

Al terminar estas palabras el marqués empujó suavemente á Petit-Pierre para que se sentara á la mesa, á lo cual accedió diciéndole:

—No me atrevo á aseguraros que honraré dignamente vuestra mesa, pues soy poco gastrónomo.—Comprendo, contestó el marqués: estáis acostumbrado á más delicados man-

nombre, que lo mejor será esperar, como há poco decíais, que nuestra María Teresa venga á impetrar el auxilio de sus fieles húngaros, y mientras esperamos este día, brindemos alegremente á la salud de su vástago real y de la bandera sin mancilla; para esto será preciso que esas señoritas se ocupen en aderezar el almuerzo supliendo la ausencia de Juan Oullier, á quien alguien se ha permitido mandar á Montaigu sin mi anuencia, añadió dirigiendo á sus hijas una mirada algún tanto colérica.

—Ese alguien soy yo, contestó Petit-Pierre en tono cortés y con firmeza. Os suplico que me perdonéis esta libertad, en gracia del objeto que la motivó, pues nos convenía mucho saber cómo se encontraban los ánimos de los aldeanos reunidos en la feria de Montaigu.

A pesar de su timbre suave y apacible, tenía la voz de Petit-Pierre un acento tan firme sin ser afectado, y una expresión de tanta superioridad, que el marqués al oírlo no se atrevió á replicar, y al evocar el recuerdo de todos los personajes á quienes en sus tiempos había conocido, tratando de adivinar de cuál de ellos descendía su interlocutor, tan sólo acertó á balbucir algunas palabras de asentimiento. En esto entró en el salón el conde de Bonneville á quien Petit-Pierre suplicó le permitiera presentarle al marqués en calidad de amigo, que ya lo era suyo, y el buen hidalgo, movido por las simpatías que experimentaba por Petit-Pierre por el interesante coloquio que con él acababa de tener, no encontró por cierto menos agradable á su noble compañero, cuyo semblante franco y jovial acabó de sofocar los últimos restos de su enojo. Apretóle cordialmente la mano, juró olvidar la cobardía de sus follones y medrosos camaradas, é invitando á sus huéspedes á pasar al comedor, propúsose poner en juego toda su habilidad para inducir al conde de Bonneville á revelar el verdadero nombre de su singular compañero. En esto entró Mary anunciando que estaba puesta la mesa.

## XXVI

DONDE EL MARQUÉS DE SOUDAY SE AFLIGE PORQUE PETIT-PIERRE NO ES HIDALGO

Cuando llegaron al comedor, el anfitrión y sus huéspedes detuviéronse á la puerta, ante el formidable aspecto de la sala. De su centro alzabase, cual antigua ciudadela dominando los edificios de su alrededor, un soberbio pastel de corzo y jabalí, flanqueándola á los cuatro puntos cardinales un grandísimo sollo que no bajaba de quince libras, tres ó cuatro gallinas en adobo, una verdadera torre de Babel de chuletas, y una inmensa pirámide de gazapos con salsa verde; y como sirviéndole de puntos avanzados, la cocinera de Souday había rodeado estos manjares de numerosos platos de frituras, manteca, anchoas, aceitunas, pepinillos, rábanos, frutas y conservas de todas clases, confundidos y apiñados en pintoresco desorden, presentando un grato espectáculo á la vista de los huéspedes del castillo, cuyo apetito habíase despertado con el penetrante y saludable airecillo de las selvas del país de Mauges.

—¡Caramba! exclamó Petit-Pierre parándose como hemos dicho al ver aquel formidable aparato; en verdad, señor de Souday, que tratáis con sobrada esplendidez á unos pobres aldeanos como nosotros.—Nada de eso, amigo mío; no he tenido la menor parte en ello, y por lo tanto no hay que agradecerme ni criticarme, sino á esas señoritas; sin embargo, aunque eréo excusado decíroslo, debo manifestaros que tendré un gran placer en que honréis con vuestra indulgencia la mesa de un pobre hidalgo campesino.

Al terminar estas palabras el marqués empujó suavemente á Petit-Pierre para que se sentara á la mesa, á lo cual accedió diciéndole:

—No me atrevo á aseguraros que honraré dignamente vuestra mesa, pues soy poco gastrónomo.—Comprendo, contestó el marqués: estáis acostumbrado á más delicados man-

jares: yo de mí sé decir que á fuer de buen campesino prefero á todas las golosinas del mundo los platos sustanciosos y succulentos que reparan mejor el estómago.—Acerca de eso he oído muy graves disertaciones entre el rey Luis XVIII y el marqués de Avaray.

El conde de Bonneville dió un codazo á Petit-Pierre.

—¿Habéis conocido á Luis XVIII y al marqués de Avaray? preguntó asombrado el hidalgo mirando á Petit-Pierre como para cerciorarse de si se burlaba de él.—Yo lo creo; en mi mocedad, muchísimo, contestóle con el acento más natural del mundo.—¡Ya!

En esto se habían sentado todos á la mesa, incluso Berta y Mary, y empezaron á abrir brecha en el formidable desayuno; pero por más que el marqués brindó á su misterioso huésped con los platos más agradables y regalados, no logró que éste aceptase la menor cosa, pues á lo que dijo prefería una taza de té y un par de huevos de las gallinas que oyó claquear aquella mañana.

—En cuanto á huevos, contestó el marqués, es muy fácil complacerlos; Mary irá por ellos al gallinero y los hallará calientes todavía; pero..... te..... puedo equivocarme, mas apostaría á que no lo hay en casa.

La buena Mary, que sin esperar la orden de su padre se había levantado para satisfacer los deseos de Petit-Pierre, se detuvo súbitamente antes de llegar á la puerta al oír las dudas manifestadas por el marqués; y viendo el embarazo de ambos, Petit-Pierre comprendió que en efecto se veían en la imposibilidad de ofrecerle lo que apetecía, y dijo:

—No os apuréis por eso; el señor conde de Bonneville me hará el obsequio de ir á buscar un poco en mi *estuche*, donde lo habrá de seguro, pues como he adquirido el vicio de tomarlo, siempre llevo conmigo cuando voy de viaje.

Y sacando una llavecita que en un manojo traía colgada de una cadenilla de oro, entrególa al conde de Bonneville, quien salió por una puerta del comedor, en tanto que Mary salía por otra.

—¡Vive el cielo! exclamó el marqués engullendo una enorme tajada de venado; ¿sabéis, amiguito, que sois una verdadera niña, y que á no haberos oído hablar poco há con tanta energía y discreción, casi dudaría de vuestro sexo?—¿De veras? dijo sonriendo Petit-Pierre; aplazad vuestro concepto para cuando nos hayamos medido con las huestes de

Luis Felipe: no dudo que entonces formaréis de mí más ventajosa opinión de la que ahora os acabo de inspirar.—¿Es decir que según eso seréis de los nuestros? preguntó atónito el marqués.—Así lo creo, contestó Petit-Pierre.—Y yo, añadió Bonneville que en aquel momento entraba en el comedor, os respondo de que le veréis constantemente á mi lado.—Mucho me holgaré de ello, contestó el marqués; pero no creáis que me extrañe sobremanera ese rasgo de valentía, pues sobre ser bien sabido que Dios no da el valor á los hombres á proporción de su estatura y fuerzas, vi con mis propios ojos en la primera guerra de la Vendée á una señora que militaba en las filas de Charrette, y se portó con singular bizarría.

En esto entró Mary llevando en una mano la tetera y en la otra un plato con dos huevos pasados por agua. Volvióse hacia ella Petit-Pierre, y le dijo con un tono de galante protección que recordó al marqués las aristocráticas maneras de los señores de la antigua corte:

—Gracias mil, hermosísima niña; os suplico que me perdonéis la molestia que os acabo de causar.—Há poco, dijo el marqués de Souday hablabais de Luis XVIII y sus opiniones culinarias, y por cierto que también he oído asegurar que era muy delicado en sus comidas.—Es la pura verdad, contestó Petit-Pierre; el buen monarca tenía un modo especial y enteramente suyo de comer los hortelanos y las chuletas.—Sin embargo, contestó el de Souday llevándose de un bocado la carne de una chuleta cuyo hueso dejó desnudo, no concibo como pueda haber más de un modo de comerlos.—¿Y es el vuestro, no es verdad? replicó riendo Bonneville.—Por lo que toca á los hortelanos, no suelo comerlos; mas cuando Berta y Mary se divierten por casualidad cazando alondras y pipies, cójolos por el pico, los salpimento, y metiéndomelos enteritos en la boca, les corto el pico con los dientes junto á los ojos. Es el mejor modo de comerlos, y no tiene otro inconveniente que el de necesitarse dos ó tres docenas por cabeza.

Echóse á reír Petit-Pierre recordando la famosa historia de aquel suizo que apostó á que se almorzaría un becerillo de seis semanas y contestó:

—No he hablado con mucha exactitud al decir que Luis XVIII comía los hortelanos y las chuletas de un modo particular; la verdadera singularidad era el modo de cocerlos.

—Sin embargo, añadió el marqués, yo siempre he visto cocerlos hortelanos al asador y las chuletas á las parrillas.—Indudablemente; mas el buen monarca era muy refinado en sus gustos. Figuráos que el cocinero real hacía siempre cocer la chuleta, que según él *debía tener el honor de ser comida por el rey*, entre otras dos chuletas que le comunicaban de este modo su jugo sustancioso, y lo mismo hacía con los hortelanos, metiéndolos dentro de un tordo, el cual era metido á su vez en una becada. Verdad es que cuando estaba cocido el hortelano, la becada no se hallaba ya en estado de ser comida; pero el tordo estaba sabrosísimo y mucho más el hortelano.—¡Cáspita, cáspita, mancebo! Diríase que vos mismo habéis visto hacer al buen monarca todas esas proezas gastronómicas.—Diríase la verdad.—¿Habéis desempeñado algún cargo en la corte? preguntó el marqués trocando en risa su admiración.—Fuí paje.—¡Acabáramos con ello! ¡Pardiez! á decir verdad, mucho habéis visto para la edad que tenéis.—Si, contestó suspirando Petit-Pierre, y demasiado.

Al oír estas palabras, las hijas de Souday dirigieron al joven una mirada de simpatía, y notaron que aquel semblante tan fresco y jovial á primera vista llevaba impresas las huellas de los sufrimientos que siempre acarrea la desgracia.

Desde este momento decayó la conversación á pesar de los esfuerzos del marqués, quien en vano trató de reanimarla dirigiéndose á su huésped con numerosas sabias y difusas disertaciones acerca de toda clase de guisos y condimentos. Su joven interlocutor estaba sumido en hondas reflexiones, y cual si después de las últimas palabras que acababa de pronunciar no le fuese dado añadir ni una sílaba, no se dió por aludido, ni prestó atención á los elocuentes discursos del viejo hidalgo. Sin embargo, éste al levantarse de la mesa estaba tan excitado por los vapores de la comida, que sin parar mientes en el silencio de su comensal, siguió hablándole tan afectuoso y expansivo como antes. Concluído el almuerzo volvieron todos al salón, en cuya chimenea ardía un grandísimo fuego, indicio de la vegetación de los bosques de Machecul; mas en lugar de reunirse Petit-Pierre con el marqués, sus hijas y el conde de Bonneville, que se habían sentado junto al hogar, fué con aire caviloso á ponerse á una ventana y apoyó la frente en sus cristales.

Estaba el buen hidalgo conversando con el conde á quien estaba haciendo un ardiente panegírico de su joven camarada, cuando de pronto se oyó la voz de éste que llamaba á Bonneville, quien se volvió acudiendo presuroso á su llamamiento; díjole aquel bajito algunas que parecían órdenes, á cada una de las cuales se inclinaba el conde en señal de respetuoso asentimiento; y luego, tomando éste el sombrero, saludó saliendo de la sala. Entonces adelantóse Petit-Pierre hacia el marqués y le dijo:

—Señor de Souday, debo manifestaros que me he permitido asegurar al conde de Bonneville que podía disponer sin el menor reparo de uno de vuestros caballos para dar una vuelta por estos alrededores y citar para esta noche á esos obstinados con quienes habéis discutido tan calurosamente esta mañana. Sospecho que á su llegada aún estarán reunidos en San Filiberto, y por lo mismo le he encargado la mayor diligencia posible.—Mucho temo, dijo el marqués, que algunos estén resentidos de lo que les he dicho esta mañana y se nieguen á venir.—Si no acceden á una invitación, se les mandará una orden.—¿De quién? preguntó admirado el marqués.—De la duquesa de Berry, que ha dado plenos poderes para obrar al conde de Bonneville. Y añadió vacilando: ¿no teméis, señor marqués, que esta reunión celebrada en Souday sea fatal para sus moradores? Si es así, decidlo francamente; el conde no ha partido todavía.—¡Por vida de...! exclamó el marqués, parta en buen hora y al galope, aunque tenga que reventar mi mejor caballo.

Hubiérase dicho que Bonneville esperaba la anuencia del marqués para ponerse en camino, pues apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando pasó el joven en un brioso corcel ante las ventanas del castillo, y trasponiendo de un salto la puerta del patio, tomó á escape el camino de San Filiberto.

El marqués fué á la ventana de enfrente, y estuvo contemplándole hasta que le perdió de vista.

Entonces volvióse, y mientras buscaba á Petit-Pierre, díjeronle sus hijas que había salido del salón manifestando que se retiraba á su aposento para despachar la correspondencia.

—¡Diantre con el mocito! murmuró el marqués de Souday.

## XXVII

## LOS VENDEANOS

A las cinco de la tarde de aquel mismo día estaba ya de regreso el conde de Bonneville después de avistarse con cinco de los principales caudillos, quienes debían hallarse en el castillo de Souday entre ocho y nueve. El hospitalario marqués dispuso que aderezasen una opípara cena para agasájar á todos sus huéspedes. Los caudillos eran Luís Renaud, Pascual, Corazón de León, Gaspar y Aquiles, personajes que sin dificultad conocerá el lector algo enterado de los sucesos de 1832, y que tomaban esos nombres de guerra para ocultarse á la autoridad en caso de que cayese en su poder algún parte.

Habían dado ya las ocho y el marqués impaciente pateaba al ver que Juan Oullier no parecía. Para suplir su ausencia púsose Mary de centinela á la puerta, con encargo especial de no abrirla sinó á los que diesen la seña convenida entre los conjurados, quienes debían celebrar la junta en el salón cuyas ventanas estaban herméticamente cerradas, y en el cual les aguardaban el marqués de Souday, el conde de Bonneville, Berta y Petit-Pierre.

Como la calma no era la calidad característica de este último, daba las más inequívocas muestras de impaciencia, y sin pensar que la reunión no debía tener lugar hasta las ocho y el reloj señalaba en aquel momento las siete y media, paseaba con viva agitación por el aposento, llegándose muy á menudo á la puerta para escuchar. Las ocho daban en el reloj del salón cuando sonaron en la puerta del castillo tres golpes á intervalos y de un modo particular, que denotaban la llegada de alguno de los caudillos convocados. Al oírlos, lanzó Petit-Pierre una alegre exclamación y corrió á la puerta; mas el conde de Bonneville le detuvo con un gesto y una respetuosa sonrisa.

—Tenéis razón, dijo el mancebo.

Y fué á ocultarse en el rincón más oscuro del aposento, en tanto que en el dintel de la puerta aparecía el jefe convocado.

—Luís Renaud, dijo el conde de Bonneville bastante alto para que Petit-Pierre le oyese y pudiera saber el verdadero nombre por el de guerra.

Viendo el marqués de Souday en aquel mancebo á uno de los que como él habían opinado por un alzamiento inmediato, adelantóse presuroso á recibirle y le dijo:

—Venid, querido conde; sois el primero en llegar, y esto es de buen agüero.—No creáis, querido marqués, que mi puntualidad dimane de un celo mayor que el de mis camaradas, pues vivo muy cerca de vos para que se encarezca mi exactitud.

Aunque vestido como un campesino bretón, el que se anunciaba con el nombre de Luís Renaud, presentábase con tanta gracia juvenil y saludaba á Berta con tan aristocrático desenfado, que trocándose estas dos cualidades en defectos, le hubieran perjudicado mucho si hubiese querido servirse de las maneras de la clase social cuyo traje llevaba. Saludó en seguida el forastero al conde de Bonneville, quien comprendiendo la impaciencia de Petit-Pierre que desde el rincón hacía ademanes inequívocos para él, entró resuelto en materia diciendo á Luís Renaud:

—Querido conde, ya sabéis á dónde alcanzan mis poderes; habéis leído la carta de S. A. R., y no ignoráis que soy su intermediario con vos, á lo menos por ahora. ¿Me permitiréis que os pregunte vuestra opinión respecto al actual estado de cosas?—Lo he dicho ya esta mañana; bien que no con tanta lisura como voy á hacerlo ahora, pues hablando con el más ardiente partidario de S. A., puedo atreverme á decir toda la verdad.—Sí, toda la verdad, pues *Madama* desea saberla, y podéis estar seguro de que hablando conmigo lo hacéis como si ella misma os oyera.—Entonces, amigo mío, yo opino que no se haga nada hasta la llegada del mariscal. —¡Cómo! exclamó Petit-Pierre; ¿no está en Nantes el mariscal?

Hasta entonces Luís Renaud no había visto al joven, y mirándole al oír aquella interpelación, saludó contestando:

—Hoy mismo, al volver á casa, me han dicho que al saber los sucesos del mediodía salió de Nantes; mas nadie sabe á dónde se ha dirigido ni qué objeto lleva.

Petit-Pierre golpeó despedido el suelo con el pié, exclamando:

—¡Medrados estamos! ¿Sabéis cuáles serán las consecuencias de esa partida? Que se entibiará la confianza de los soldados, y excitado el amor propio de todos los ambiciosos, engendrará mil discordias y rivalidades semejantes á las que tanto perjudicaron al partido realista en la primera guerra de la Vendée.

Viendo que Petit-Pierre terciaba en la conversación, apartóse el conde de Bonneville descubriendo al mancebo, quien se acercó hasta el círculo de luz trazado por la lámpara. Miró Luís Renaud con extrañeza al imberbe joven que con tanta formalidad y precisión había hablado, y dijo:

—Es un retardo, caballero, no más que un retardo; no dudéis de que en cuanto el mariscal esté seguro de la presencia de S. A. en la Vendée, se apresurará á ocupar su puesto.—¿Acaso no os ha dicho el señor de Bonneville que S. A. está ya en camino resuelta á no separarse ni un instante de sus amigos?—Sí tal, y por mi parte he recibido esa noticia con grandísimo júbilo.—¡Un retardo! murmuraba Petit-Pierre, paréceme haber oído decir que la época más propicia para un alzamiento en vuestro país es á primeros de mayo, en cuyos días los campesinos están menos ocupados. Estamos á 14, y esto es ya un retardo. ¿Están avisados los caudillos para la reunión?—Sí señor, contestó Renaud con melancólica gravedad; mas diré: no creo que podáis contar con gran cosa más que ellos, y aun no con todos, añadió suspirando; el marqués de Souday lo ha visto esta mañana.—¿Qué decís, caballero? ¿Tibieza en la Vendée? ¿Tibieza en la Vendée cuando nuestros amigos de Marsella, á quienes acabo de dejar, están enfurecidos por el mal éxito de su intentona y piden al cielo una ocasión de desquitarse?

Sonrióse tristemente el joven caudillo y contestó:

—Veo, caballero, que á pesar de vuestro acento sois meridional.—¿Qué queréis decir con eso?—Que es preciso no confundir el mediodía con el oeste, al marsellés con el vendeano. Allí basta una proclama para una sedición y una derrota para sofocarla, mientras que la Vendée, y apreciaréis la verdad de lo que os digo cuando hayáis permanecido en ella algún tiempo: la Vendée es fría, grave y taciturna; discute lenta y laboriosamente los proyectos, pesando todas las probabilidades de buen ó mal éxito, y si prevalecen las favo-

rables, tiende la mano, se decide y muere antes que faltar á su palabra. Sin embargo, como sabe que esta es para ella cuestión de vida ó muerte, tarda mucho en resolverse.—¿Y el entusiasmo, caballero? exclamó Petit-Pierre.—He oído hablar de él en mi mocedad, contestó sonriendo el caudillo; es una divinidad del pasado siglo que bajó de su altar desde que no se cumplieron las promesas hechas á nuestros padres. ¿Sabéis lo que ha pasado esta mañana en San Filiberto?—Algo me ha dicho el marqués.—¿Y lo que ha sucedido después de su partida?—Lo ignoro.—Pues sabed que siete de los doce jefes de división han protestado en nombre de las suyas, que á estas horas ya deben estar disueltas, declarando que en cuanto á ellos estaban prontos á dar su vida por S. A.; pero que no se atrevían á asumir la terrible responsabilidad de arrastrar á los aldeanos para efectuar una sublevación que no podía ser más que una sangrienta intentona.—Con que ¿es preciso renunciar á toda esperanza, á toda tentativa?—A toda esperanza, sí, tal vez; á toda tentativa, no. S. A. nos ha hecho manifestar que obraba impulsada por el comité directivo de París, y que tenía algunas relaciones en el ejército: estas razones nos inducen á probar fortuna esperando que nos apoyará alguna sublevación en la capital ó algunas deserciones de las tropas. Además, si no hiciésemos ninguna tentativa, S. A. se volvería convencida de que su causa se habría perdido por la pusilanimidad de sus defensores, y estos no pueden permitir que en su ánimo quede ni la sombra de una duda.—¿Con que no sois de los que han disuelto su división?—Sí tal; pero soy también de los que han jurado morir por S. A. R. Por otra parte, quizás á estas horas se han roto ya las hostilidades, y no tendremos otro mérito que seguir la corriente.—¿Qué estáis diciendo? preguntaron en coro Petit-Pierre, Bonneville y el marqués.—Hoy ha habido tiros en la feria de Montaigu.—Y en este momento los hay en el vado del Boulogne, añadió una voz desconocida desde la puerta por donde asomaba otro de los convocados.

## XXVIII

## LA ALARMA

El nuevo personaje á quien presentamos, ó mejor, que se presentaba por sí mismo en el salón del marqués de Souday, era el comisario general del futuro ejército vendeano, quien habiendo trocado su nombre muy conocido en el foro de Nantes por el pseudónimo de Pascual, había ido varias veces al extranjero para conferenciar con *Madama*, y la conocía perfectamente. Apenas hacía dos meses que había pasado á Génova y que llevando noticias de Francia á S. A. R., recibió órdenes en cambio, entre ellas la de que la Vendée estuviese pronta.

—¡Hola! ¡hola! exclamó el marqués de Souday con cierto movimiento de labios indicativo de la escasa admiración que á los abogados profesaba; ¡hola! el comisario general señor Pascual.—Que trae noticias, según parece, dijo Petit-Pierre con muy visible intento de atraerse toda la atención del abogado.

Estremecido el comisario al sonar aquella voz, volvióse hacia donde estaba Petit-Pierre, quien le hizo con los ojos y los labios una seña casi imperceptible, á la cual dióse al parecer por entendido.

—Noticias.... sí, contestó.—¿Buenas, ó malas? preguntó Renaud.—De todo hay. Empecemos por la buena.—Decid.—Su Alteza Real ha atravesado felizmente el mediodía y ha llegado con toda felicidad á la Vendée.—¿Estáis seguro? exclamaron á un tiempo Renaud y el marqués.—Tan seguro como de que ahora os estoy mirando. Pasemos á las demás.—¿Qué sabéis de Montaigu? preguntó Luís Renaud.—Que ha habido una escaramuza con la guardia nacional, de la que han resultado muertos y heridos algunos aldeanos.—¿Con qué motivo? preguntó Petit-Pierre.—Con motivo de una pendencia que luego se convirtió en motín.—¿Quién manda en Montaigu? añadió Petit-Pierre.—Un simple capitán; pero hoy, á causa de la feria, estaban también allí el

sub-prefecto y el general jefe de la subdivisión militar.—¿Sabéis cómo se llama el general? —Dermoncourt.—¿Qué hombre es ese?—Un anciano de sesenta ó sesenta y dos años, de aquella raza de hierro que hizo todas las campañas de la Revolución y del Imperio. Es capaz de estar montado noche y día para no dejarnos un momento de descanso.—Bueno, bueno, contestó riendo Luís Renaud, ya veremos de fatigarle y como por término medio sólo tenemos la mitad de sus años, muy desgraciados ó muy torpes seremos si no logramos nuestro objeto.—Y su carácter ¿qué tal es?—¡Oh! la lealtad personificada; no un Amadís ó un Galaor, sino un Ferragus, y si S. A. R. tuviese la desgracia de caer en sus manos....—¿Qué estáis diciendo? preguntó Petit-Pierre.—Soy abogado, caballero, y á fuer de tal preveo todas las eventualidades de nuestra causa; repito que si S. A. tuviese la desgracia de caer en sus manos, podría juzgar de su caballerosidad.—Entonces es un enemigo tal como ella misma le habría elegido, enérgico, valiente y leal. Señores, hay probabilidades de éxito. ¿Y los tiros en el vado del Boulogne de que hablabais?—Yo creo que los fusilazos que he oído al pasar por el camino de.... —Quizás no sería malo que Berta fuere á ver lo que pasa, dijo el marqués. La joven se levantó.—¡Cómo! exclamó Petit-Pierre; ¿la señorita?—¿Por qué nó?—Páreceme que eso más es cosa de hombres que de mujeres.—Amigo mío, repuso el viejo hidalgo; en esta clase de asuntos no fio sino en mí mismo ó en Juan Oullier, y después de Oullier en Berta ó Mary; y como deseo permanecer á vuestro lado y ese tunante de Oullier no está en casa, fuerza será que Berta supla su ausencia.

Al oír la joven esas palabras encaminóse á la puerta, donde encontró á su hermana que le dijo algunas palabras en voz baja.

—Ahi está Mary, dijo Berta.—¿Has oído los tiros, Mary? preguntó el marqués.—Sí, papá; se están batiendo.—¿En dónde?—En la cuesta de Baugé.—¿Estás segura de ello?—Sí; los tiros suenan en el pantano.—Ya lo veis. ¿Quién vigila á la puerta en lugar tuyo?—Rosina Tinguy.—Escuchad, dijo Petit-Pierre.

Oyóse en efecto llamar precipitadamente á la puerta del castillo.

—¡Diantre! exclamó el marqués; ese no es de los nuestros. Y pusieronse á escuchar con mayor atención.

—Abrid, gritaba una voz; abrid, no hay que perder un momento.—Es su voz, dijo Mary.—¿Qué voz? preguntó el marqués.—La voz del barón Michel, respondió Berta que también la conoció.—¿Y á qué viene ese títere? dijo su padre dando un paso hacia la puerta como para oponerse á su entrada.—Dejadle entrar, marqués, dijo Bonneville; yo respondo de él.

Apenas acababa de pronunciar esas palabras cuando se oyeron precipitados pasos y apareció Michel á la puerta del salón, cubierto de lodo, bañado en sudor, y tan jadeante que sólo pudo decir:

—No perdáis momento, huid, que vienen.

Y agotadas sus fuerzas, sin poder respirar, cayóse apoyando en el suelo una rodilla y una mano. Había hecho media legua en seis minutos, según prometiera á Juan Oullier.

Hubo en la sala un momento de indescribible confusión, sobresaliendo en aquel tumulto la voz del marqués, que empuñaba su carabina y señalaba un armero colocado en un rincón del aposento, en el cual había algunas carabinas y escopetas, gritando: «¡A las armas!» El conde de Bonneville y Pascual se pusieron á un mismo tiempo delante de Petit-Pierre para defenderle, en tanto que Mary alzaba del suelo al barón y Berta corría á abrir una ventana. Entonces se oyeron algunos tiros más cercanos, pero á cierta distancia, y Berta gritó:

—Están en la vereda de las Cabras.—¡Es imposible que hayan echado por semejante camino! contestó el marqués.

—Os digo que sí.—Es verdad, añadió Michel con débil acento; yo los he visto; iban con antorchas y guiábalos una mujer.—¡Diablo de Oullier! ¿Por qué no está aquí?—Se está batiendo, señor marqués, contestó Michel; por eso me ha mandado en su lugar.—¡Cómo! ¿Os ha mandado él? preguntó el marqués.—Sí, mas yo venía voluntariamente, señorita, pues sabía desde ayer que iban á atacar el castillo, y hallándome preso he tenido que fugarme por una ventana del segundo piso.—¡Cielos! exclamó Mary inmutada.—¡Bravisímo! dijo Berta.—Señores, dijo Petit-Pierre con serenidad; me parece que de todos modos deberíamos apresurarnos á tomar una resolución definitiva: si hemos de pelear, armémonos, cerremos las puertas del castillo, y colóquese cada cual en su puesto; si obtamos por la fuga no tenemos

un minuto que perder.—¡Defendámonos! exclamó el marqués.—¡Huyamos! replicó Bonneville; cuando Petit-Pierre esté en salvo, entonces podremos pensar en la defensa.—¿Qué decis á eso, conde? preguntó Petit-Pierre.—Digo que no hay nada preparado, y que por lo tanto no podemos batiarnos, ¿no es eso, señores?—Siempre se puede combatir, dijo un recién venido dirigiéndose tanto á los que estaban en el salón como á los dos mancebos que le seguían y á quienes sin duda había encontrado á la puerta.—¡Oh! Gaspar! Gaspar! exclamó Bonneville; y corriendo á él le dijo algunas palabras al oído.—Señores, dijo Gaspar, el conde de Bonneville tiene razón: toquemos retirada. Decid, marqués; ¿hay en este castillo alguna puerta secreta? El tiempo vuela, señores; y los últimos tiros que Aquiles, Corazón de León y yo hemos oído abajo, sonaban á quinientos pasos de aquí.—Señores, añadió el de Souday, os encontráis en mi casa y por lo tanto sobre mí recae toda la responsabilidad. Hoy mando; mañana obedeceré.

Siguió á esas palabras un profundo silencio y el marqués añadió:

—Mary, haz que cierren la puerta del castillo, sin atrancarla, para que puedan abrirla al primer aldabonazo que se oiga. Tú Berta, vé al subterráneo inmediatamente. Mis hijas y yo nos encargamos de recibir al general; mañana nos reuniremos con vosotros si nos decis donde os halláis.

Salió Mary á cumplir las órdenes de su padre, en tanto que Berta, haciendo seña á Petit-Pierre de que la siguiese, salía al patio por la puerta opuesta y entraba en la capilla, donde tomando dos cirios del altar, los encendió en la lámpara, y apretando un resorte que abrió como por encanto la parte anterior del altar, ofreció á los fugitivos una escalera que conducía á un subterráneo, el cual antes servía de panteón á la familia de Souday.

—No podéis extraviaros, dijo la doncella; al extremo encontraréis una puerta con la llave en la cerradura, y por ella saldréis al campo.

Tomó Petit-Pierre la mano de Berta, apretósela, y en seguida bajó á la cueva, precedida de Bonneville y Pascual que alumbraban el camino; en pos de ella iban Aquiles, Corazón de León y Gaspar. Habiendo observado que Michel no estaba entre los fugitivos, Berta cerró la puerta tras ellos.

## XXIX

EL TÍO LORIOT

Después de seguir con la vista á los fugitivos hasta que hubieron desaparecido por la capilla, exhaló el marqués de Souday una de aquellas exclamaciones que indican un desahogo del alma, y volvió al vestíbulo, desde donde pasó á la cocina. Contra su costumbre y con suma extrañeza de la cocinera, acercóse al fogón, levantó una tras otra todas las tapaderas para cerciorarse de que no se había pegado ningún guiso, apartó los asadores para resguardar los asados de alguna violenta llamarada, y pasando al comedor examinó las botellas, mandó aumentar su número, y por último, habiendo mirado si la mesa estaba puesta en toda regla, entró satisfecho en el salón.

Allí junto á la chimenea encontró sentadas á sus hijas que habían confiado la puerta del castillo á Rosina, cuya misión se limitaba á abrirla en cuanto llamasen: Mary inquieta, Berta meditabunda. Ambas pensaban en Michel. Mary suponía que el barón había seguido á Petit-Pierre, y recelaba los riesgos y fatigas á que se expondría; Berta embriagada por el hondo placer subsiguiente á la revelación de un amor correspondido. La pobre muchacha creía haber adquirido en las miradas de Michel la certidumbre de que por ella había vencido su debilidad y arrostrado peligros reales, y medía la grandeza del amor que le suponía por la gran transformación que en su carácter se había operado; hacía mil castillos en el aire y reconveníase amargamente de no haberle hecho volver al castillo cuando advirtió que no seguía á los que con su solicitud salvaba. Sonreíase luego, pues de pronto la acudía una idea, y era que el mancebo se habría escondido en algún rincón del castillo para verla á hurtadillas, y que si saliese á los patios ó al parque, le vería aparecer diciéndole: Ved de cuánto soy capaz para obtener una mirada vuestra.

Apenas acababa el marqués de sentarse sin haber tenido

todavía tiempo para notar el ensimismamiento de sus hijas, que por otra parte habría atribuido á otra cualquier causa, cuando sonó un aldabonazo. Estremecióse el señor de Souday, no porque le cogiese desprevenido el golpe, sinó porque era muy distinto del que estaba esperando, pues por lo tímido y casi obsequioso nada tenía de soldadesco.

—¿Qué significa eso? dijo.—Creo que han llamado, contestó Berta.—Sí, han dado un aldabonazo, añadió Mary.

El marqués meneó la cabeza como diciendo para sí: No es eso; mas pensando que en semejante circunstancia conviene verlo todo, quiso averiguar lo que era, y por lo tanto salió del salón, atravesó el vestíbulo, y adelantóse hasta el primer peldaño de la escalera. En efecto, en vez del brillo de sables y bayonetas y de los rostros marciales que esperaba, vió avanzar hacia él la cúpula de un grandísimo paraguas azul que subía lentamente la escalera. Como el paraguas seguía subiendo cual concha de tortuga y amenazaba reventarle un ojo con la punta, desvíola el marqués, y hallóse delante de un hocico de guardaña superado por dos puntos brillantes como carbunclos y cubierto con un alto sombrero de ala estrecha, tan cepillado, que relucía en la oscuridad cual si le hubiesen dado un baño de barniz.

—¡Voto á una legión de diablos! exclamó al verle el marqués de Souday. ¡Es el tío Lorient!—Para lo que gustéis mandar, contestó el del paraguas con una voz de falsete casi cavernosa de puro halagüeña que quería ser.—Bien venido seáis á mi castillo, díjole jovialmente el marqués como prometiéndose un buen rato con su presencia. Esta noche espero mucha gente, y vos, como notario de la casa, me ayudaréis á hacer los honores de ella. Venid á saludar á las señoritas.

Y con un desenfado que probaba la superioridad que se atribuía sobre un notario de aldea, el viejo hidalgo precedió á su huésped en el salón. Verdad es que el tío Lorient ponía tanto cuidado en limpiarse los pies en la estera colocada á la puerta, que si el marqués hubiese tenido la delicadeza de hacerle entrar primero, habríale hecho un flaco servicio.

Aprovechemos el momento en que al rayo de luz que salía por la puerta medio entornada cerraba el paraguas y se limpiaba los pies, para trazar su retrato si el empeño no es superior á nuestras facultades.

Era el tío Lorient un figurilla flaco y endeble, que aun parecía más raquítico por su costumbre de hablar siempre en-

corvado y en la más respetuosa actitud. Su cara, digámoslo así, era una nariz larga y puntiaguda, pues al desarrollar descomunadamente esta parte de su rostro, la naturaleza había querido desquitarse en las demás, y con increíble sobriedad le escatimó cuanto no pertenecía á la nariz, en términos que era preciso mirarle de muy cerca y gran rato para ver que el tío Lorient tenía ojos y boca como los demás hombres; mas en cambio, notábase mucha viveza en los ojos y cierta elegancia en la boca. En efecto, el Sr. Lorient, ó el tío Lorient, como le llamaba el marqués de Souday, quien á fuer de cazador era algún tanto ornitólogo (1); el tío Lorient, decimos, cumplía todo lo ofrecido en su prospecto/fisonómico, y era bastante mañoso para ganar treinta mil francos explotando el campo donde vivieron con estrechez sus progenitores. Para conseguir este fin hasta entonces reputado imposible, en vez de estudiar el Código estudió á los hombres, y aprendió que la vanidad y la soberbia eran sus predisposiciones dominantes; por consiguiente, procuró lisonjear estos dos vicios, y en breve se captó el aprecio y confianza de los que los poseían. Insiguiendo ese sistema, en casa del Sr. Lorient la cortesía rayaba en obsequiosidad; el notario no saludaba, sino que se prosternaba, y al igual que los faquires de la India, ejercitose tanto en ciertos movimientos, que al cabo se acostumbró literalmente á encorvarse hasta al suelo. Era un paréntesis siempre abierto, en el cual se incluían los títulos de sus clientes, que menudeaban en sus palabras con inagotable abundancia; por poco que su interlocutor fuese barón ó caballero, ó solamente hidalgo, nunca le hablaba el notario sino en tercera persona. Por lo demás, mostraba humilde y expansivo agradecimiento á los que le trataban con amabilidad, y como al propio tiempo manifestaba interesarse de un modo exagerado por los asuntos que le confiaban, supo merecer tantos encomios, que poco á poco adquirió una clientela numerosa entre los nobles de los alrededores.

Lo que más había contribuído á afianzar el crédito del señor Lorient era la exaltación de sus opiniones políticas, pues de él podía decirse: *más realista que el rey*.

Cada vez que oía pronunciar el nombre de un jacobino le chispeaban los ojillos, y para él eran jacobinos todos los liberales sin excepción, desde Chateaubriand á Lafayette;

(1) *Lorient es oroptudola en castellano (N. del T.)*

nunca quiso reconocer la monarquía de julio, y siempre llamaba duque de Orleans á Luis Felipe, negándole hasta el título de Alteza Real que Carlos X le había dado.

Constante el señor Lorient en su táctica de mostrar gran respeto á los últimos representantes de un régimen que echaba muy de menos, visitaba con frecuencia á los moradores del castillo, y llevó su complacencia hasta el punto de prestar algunas sumas en el pago de cuyos intereses no era muy puntual el marqués, hombre bastante descuidado en materia de dinero. El castellano acogía con gusto al tío Lorient, así por los préstamos mencionados, como porque el servilismo del notario halagaba su vanidad, y también porque en medio del aislamiento en que vivía le era muy grato cuanto alteraba la monotonía de su existencia.

Cuando vió el notario que ya no quedaba en sus zapatos el menor vestigio de barro, entró en el salón, saludó de nuevo al marqués que ya se había sentado, comenzó á ofrecer sus respetos á las dos doncellas, y antes de que pudiese terminar sus cumplidos, le dijo el anciano:

—Ya sabéis, Lorient, que siempre me alegro de veros.

El notario se inclinó hasta el suelo y el marqués añadió:

—Mas permitidme preguntaros lo que os trae á nuestra aislada vivienda á las nueve y media de la noche y con semejante tiempo. Ya sé que para quien posee un paraguas como el vuestro, la bóveda celeste es siempre azul.

No creyó el notario que debiese pasar desapercibida esta chanza, y murmuró riendo:

—¡Vaya, vaya, señor marqués! Contestando luego directamente, dijo: Figuráos que habiendo yo ido al castillo de la Logerie á llevar dinero á la señora baronesa, y al regresar á pié, como acostumbro, he oído de pronto en el bosque un ruido de mal agüero, que ha confirmado lo que acababan de decirme respecto á la asonada de Montaigu. Entonces, temiendo tropezar con los soldados del duque de Orleans si iba más lejos, he resuelto venir al castillo á pedir hospitalidad por esta noche.

Al nombre de la Logerie levantaron Berta y Mary la cabeza como los caballos al oír el lejano sonido del clarín.

—¿Venís de la Logerie? preguntó el marqués.—Así he tenido el honor de decirlo al señor marqués.—¡Calle! ¡Pues esta noche ha venido alguien de la Logerie!—¿El baroncito quizás?—Dueleme en verdad, Lorient, que un hombre de tan

firmez y sanos principios como vos, rebajéis tan respetable título dándolo á semejante familia.

Al oír esas desdeñosas expresiones Berta se ruborizó y Mary se puso pálida. Pasó inadvertido al marqués el efecto que acababan de producir sus palabras, no sucediendo lo mismo con el curial, que iba ya á replicar, cuando aquél le indicó con un gesto que aun no había concluido, y añadió.

—Decid: ¿acaso no os tratamos con bastante benevolencia para que entréis en el castillo valiéndoos de un pretexto?— ¡Señor marqués!...—Acabad. Buscáis al Sr. Michel ¿no es cierto? ¿A qué mentir?—Dispénsame el señor marqués. La madre de ese mozo es mi cliente por haberlo sido de mi predecesor, y se halla muy inquieta, pues despreciando el hijo la voluntad de la madre y exponiéndose á una terrible caída, ha bajado de una ventana del segundo piso y ha huido, de modo que la Sra. Michel me ha encargado.....—¡Hola, hola! ¿Eso ha hecho el mocito?—Ni más ni menos, señor marqués.—Por Dios que eso me reconcilia con él; nó del todo, entendámonos, sinó un poco.—Si el señor marqués tuviese la bondad de indicarme su paradero para llevarle á la Logerie...—¡Lléveme el diablo si sé dónde se ha metido! A ver: ¿lo sabéis vosotras? preguntó el marqués á sus hijas.

Estas hicieron un gesto negativo.

—Ya véis, mi buen Lorient, que no podemos complaceros. Mas ¿por qué diablos había encerrado esa buena señora á su hijo?—Según parece, respondió el notario, el joven Michel, tan dócil y sumiso hasta hoy, está enamorado.—¡Ya! quiere hacer de las suyas: decidmelo á mí. ¿Queréis crearme? Decid á su madre que le afloje las riendas, y eso será mejor que apretarle el freno. A más de que, si no me engañan las apariencias, ese joven es bastante travieso.—Creed que es un excelente muchacho, señor marqués, y además hijo único, con más de cien mil libras de renta.—Si no hay más que eso, no bastará para borrar la mancha del nombre que lleva.—¡Papá! exclamó Berta, ¿no recordáis ya el favor que nos ha hecho esta noche? Mary suspiró.—¡Calle! dijo entre sí Lorient; ¿sí tendrá razón la señora baronesa? ¡Por mi vida que sería un magnífico contrato!

Al hacer esa reflexión, púsose á calcular á cuánto ascenderían los honorarios del contrato de bodas entre el barón de la Logerie y la señorita Berta de Souday.

—Tienes razón, dijo el marqués; dejemos á Lorient que se componga como Dios le dé á entender para encontrar al mozo. ¡Con que á buscarle, señor escribano!—Con vuestro permiso, señor marqués.....yo preferiría.....—¡Diantre! Medrosillo sois, amigo mío; há un rato dabais por pretexto vuestro miedo á los soldados, y ahora si no mienten las señas..... ¡No os da vergüenza! ¿Qué puede esperar nuestro partido de un hombre como vos?—Os confieso ingenuamente que no lo sé; pero lo que sí puedo deciros, es que tengo tanta aversión á los uniformes azules que al verlos se me aprieta la garganta, y estoy veinte y cuatro horas sin poder engullir bocado.—Hé aquí explicada vuestra flaqueza; mas lo sensible del caso es que por ella voy á verme obligado á plantaros fuera.—El señor marqués está hoy muy chancero.—Nada de eso, sinó muy interesado en conservar vuestra existencia á fuer de buen amigo.—¡Cómo! ¿Acaso peligra?—¡Y tanto! Yo creo que en buena lógica si la vista de un soldado os priva de comer durante veinte y cuatro horas, después que hayais dormido con todo un regimiento bajo un mismo techo, no podéis menos de perecer de hambre.—¡Dios de Israel! ¡Un regimiento!—Enterito. Lo he convidado á cenar esta noche aquí; y por eso he creído deber advertiros que os convenía tocar soleta cuanto antes. Mas cuenta, que si esos tunantes os ven correr á tales horas por el campo ó por el bosque, pueden muy bien tomaros por otro, ó mejor, por lo que realmente sois, y.....—¿Y qué?—Nada; podría antojárseles honraros con algunos tiros, y sabed que los fusiles del duque de Orleans están cargados con bala.

El notario se demudó y tartamudeó algunas palabras que nadie pudo comprender.

—¡Ea! Decidíos pronto: ¿qué muerte preferís? ¿El hambre, ó un balazo? Mirad que el tiempo vuela y se oye el paso de una partida de tropa; van á llamar á la puerta del castillo..... ¿Qué resolvéis?

No bien hubo acabado de pronunciar el marqués esas palabras, cuando resonó en el patio un recio aldabonazo que no dejaba ya ninguna duda respecto al que lo daba.

—Resuelvo, contestó entonces Lorient haciendo de tripas corazón; resuelvo contestaros que en vuestra compañía me siento capaz de vencer mi repugnancia, por grande que sea.—¿Sí? pues tomad esa luz y precededme para recibir á mis convidados.—¿A vuestros convi..... ¡Vaya! permitid que me

asombre.....—¡Ea! venid y dejáos de cuentos, ya os asombraréis después.

Y tomando el marqués otra luz salió de la habitación seguido de sus hijas: Mary pensativa, Berta inquieta, y ambas con la vista clavada en lo más oscuro del patio, para ver si descubrirían al mancebo en quien de continuo pensaban.

### XXX

DE CÓMO EL GENERAL SE SIENTA Á UNA MESA PUESTA PARA OTRO

Según las instrucciones del marqués, transmitidas á Rosina por Mary, abrióse la puerta al primer aldabonazo de los soldados, quienes invadieron el patio apresurándose á cercar la casa. Apeábase el general cuando vió al marqués y al notario que alumbraban, y tras ellos á las dos gemelas, sorprendido de que los cuatro se adelantaran con aire solícito y afable. Bajando el marqués hasta el último peldaño para recibir al general, exclamó:

—A fe mía, general, que ya empezaba á desconfiar de vosotros esta noche.—¿Cómo á desconfiar? dijo el general admirado de aquel exordio.—Si tal, y por cierto que me sobraba razón para ello: ¿á qué hora habéis salido de Montaigu? A eso de las siete, ¿no es verdad?—A las siete en punto.—¿Qué tal? Yo había calculado que para venir aquí necesitabais dos horas largas, y por lo tanto os esperaba á las nueve ó nueve y media; y como ya han dado las diez, estábame diciendo cuando habéis llegado: ¿quién sabe si alguna desgracia me privará del honor de recibir en mi casa á un jefe tan simpático y valiente?—¿Según eso estabais prevenido de mi llegada, caballero?—¡Justamente! Apostaría á que vuestra tardanza se debe al maldito vado de Pontfarcy. ¡Es mucho cuento este país! no se puede dar un paso sin tropezar con un riachuelo que en cuanto caen cuatro gotas se convierte en torrente; y ¿qué diremos de los caminos? Entre estos riscos dan el nom-

bre de caminos á los que llamo yo barrancos y torrenteras. Pero vos ya debéis conocerlos, pues de seguro os habrá costado subir la cuesta de Baugé, aquel maldito lodazal en donde el lodo llega á la cintura si no cubre del todo á los hombres; sin embargo, eso son tortas y pan pintado en comparación de la vereda de las Cabras; recuerdo aún que en mis tiempos, y eso que yo era furibundo cazador, no podía seguirla sin temblar. En verdad os digo, general, que cuando pienso en los peligros que habéis arrostrado para dispensarme el honor de vuestra visita, no acierto á manifestaros todo mi reconocimiento.

Viendo el general que trataba con un hombre más ladino y astuto que él, resolvió no apartarse del terreno en que el marqués se colocaba, y contestó:

—Creed, señor marqués, que no ha sido culpa mía si he demorado mi llegada, y siento infinito haberme hecho esperar tanto; pero no echaré en saco roto la lección que acabáis de darme, y á despecho de cuantos vados, cuevas y veredas encuentre en mi camino, obraré según las más rigurosas leyes de la cortesía.

Acercóse en esto al general uno de los oficiales de la columna para pedirle instrucciones respecto á las pesquisas que debían practicarse en el castillo.

—¿Cómo se entiende! exclamó el marqués. Sabed, general, que mi casa está á vuestra disposición y podéis disponer de ella como mejor os plazca.—Muy cortés es vuestra oferta para que no la acepte, contestó inclinándose el general.—¿Dónde tenéis la cabeza, muchachas? añadió el de Souday volviéndose á sus hijas. ¿Por qué no me advertís que esos señores están rato há al raso con un tiempo nada grato después de atravesar el vado de Pontfarcy? Entrad, general; entrad, caballeros: he mandado encender en la chimenea un buen fuego y allí podréis secaros la ropa.—Señor marqués, vuestra amabilidad nos confunde; jamás podremos pagaros los favores de que nos estáis colmando, repuso el general mordiendo el bigote.—¡Oh! podéis pagarme en la misma moneda; pues no dudo de vuestra correspondencia, añadió el marqués entrando en el salón seguido de los oficiales y dejando el candelabro sobre la chimenea, mientras que Lorient después de encender las otras bujías hacía otro tanto. Luego añadió variando de tono: Ahora, permitid que cumpla una formalidad por la cual debería haber empezado: general,

asombre.....—¡Ea! venid y dejáos de cuentos, ya os asombraréis después.

Y tomando el marqués otra luz salió de la habitación seguido de sus hijas: Mary pensativa, Berta inquieta, y ambas con la vista clavada en lo más oscuro del patio, para ver si descubrirían al mancebo en quien de continuo pensaban.

### XXX

DE CÓMO EL GENERAL SE SIENTA Á UNA MESA PUESTA PARA OTRO

Según las instrucciones del marqués, transmitidas á Rosina por Mary, abrióse la puerta al primer aldabonazo de los soldados, quienes invadieron el patio apresurándose á cercar la casa. Apeábase el general cuando vió al marqués y al notario que alumbraban, y tras ellos á las dos gemelas, sorprendido de que los cuatro se adelantaran con aire solícito y afable. Bajando el marqués hasta el último peldaño para recibir al general, exclamó:

—A fe mía, general, que ya empezaba á desconfiar de vros esta noche.—¿Cómo á desconfiar? dijo el general admirado de aquel exordio.—Si tal, y por cierto que me sobraba razón para ello: ¿á qué hora habéis salido de Montaigu? A eso de las siete, ¿no es verdad?—A las siete en punto.—¿Qué tal? Yo había calculado que para venir aquí necesitabais dos horas largas, y por lo tanto os esperaba á las nueve ó nueve y media; y como ya han dado las diez, estábame diciendo cuando habéis llegado: ¿quién sabe si alguna desgracia me privará del honor de recibir en mi casa á un jefe tan simpático y valiente?—¿Según eso estabais prevenido de mi llegada, caballero?—¡Justamente! Apostaría á que vuestra tardanza se debe al maldito vado de Pontfarcy. ¡Es mucho cuento este país! no se puede dar un paso sin tropezar con un riachuelo que en cuanto caen cuatro gotas se convierte en torrente; y ¿qué diremos de los caminos? Entre estos riscos dan el nom-

bre de caminos á los que llamo yo barrancos y torrenteras. Pero vos ya debéis conocerlos, pues de seguro os habrá costado subir la cuesta de Baugé, aquel maldito lodazal en donde el lodo llega á la cintura si no cubre del todo á los hombres; sin embargo, eso son tortas y pan pintado en comparación de la vereda de las Cabras; recuerdo aún que en mis tiempos, y eso que yo era furibundo cazador, no podía seguirla sin temblar. En verdad os digo, general, que cuando pienso en los peligros que habéis arrostrado para dispensarme el honor de vuestra visita, no acierto á manifestaros todo mi reconocimiento.

Viendo el general que trataba con un hombre más ladino y astuto que él, resolvió no apartarse del terreno en que el marqués se colocaba, y contestó:

—Creed, señor marqués, que no ha sido culpa mía si he demorado mi llegada, y siento infinito haberme hecho esperar tanto; pero no echaré en saco roto la lección que acabáis de darme, y á despecho de cuantos vados, cuevas y veredas encuentre en mi camino, obraré según las más rigurosas leyes de la cortesía.

Acercóse en esto al general uno de los oficiales de la columna para pedirle instrucciones respecto á las pesquisas que debían practicarse en el castillo.

—¿Cómo se entiende! exclamó el marqués. Sabed, general, que mi casa está á vuestra disposición y podéis disponer de ella como mejor os plazca.—Muy cortés es vuestra oferta para que no la acepte, contestó inclinándose el general.—¿Dónde tenéis la cabeza, muchachas? añadió el de Souday volviéndose á sus hijas. ¿Por qué no me advertís que esos señores están rato há al raso con un tiempo nada grato después de atravesar el vado de Pontfarcy? Entrad, general; entrad, caballeros: he mandado encender en la chimenea un buen fuego y allí podréis secaros la ropa.—Señor marqués, vuestra amabilidad nos confunde; jamás podremos pagaros los favores de que nos estáis colmando, repuso el general mordiendo el bigote.—¡Oh! podéis pagarme en la misma moneda; pues no dudo de vuestra correspondencia, añadió el marqués entrando en el salón seguido de los oficiales y dejando el candelabro sobre la chimenea, mientras que Lorient después de encender las otras bujías hacía otro tanto. Luego añadió variando de tono: Ahora, permitid que cumpla una formalidad por la cual debería haber empezado: general,

tengo el honor de presentaros á mis hijas las señoritas Berta y Mary de Souday.—¡Por mi santiguada, contestó galantemente su interlocutor, que sólo por el placer de contemplar tan agraciados rostros podría uno arriesgarse á pillar un tabardillo en el vado de Pontarcy, á encenagarse en el pantano de Baugé, y á romperse la cabeza en la vereda de las Cabras!—Emplead pues, señoritas, vuestros lindos ojos averiguando si la comida, después de aguardar á estos señores, se hará esperar á su vez.—Os repito, marqués, dijo el general volviéndose á los oficiales que le acompañaban, os repito que vuestra amabilidad nos confunde, y estad seguro de que nuestra gratitud...—Se paga con la grata distracción que nos proporcionáis, pues ya comprenderéis cuál habrá sido mi alegría cuando á mí, que tan acostumbrado estoy á los dos hermosos rostros á los cuales habéis dirigido tan galantes cumplidos, á mí que soy su padre, á mí que estoy cansado de la vida monótona de mi pobre castillo; se me ha presentado un duende amigo diciéndome al oído: El general Dermoncourt ha salido á las siete de Montaigu para venir á visitaros con su estado mayor.—¡Hola, hola! ¿Con que hubo duendes de por medio?—Cierto. ¿Por ventura no los hay en todos los castillos y chozas de este país? Entonces, al pensar en la grata velada que ibais á proporcionarme, el gozo ha dado al traste con mi indolencia habitual, comunicando mi actividad á cuantos me rodeaban, y después de no quedar huésped alguno en el gallinero, he dado prisa á mis hijas, rogando al señor Lorient, notario de Machecul que está presente, que se quedara para tener el honor de conoceros. Hasta ¡Dios me perdone! yo mismo he querido contribuir con mis propias manos á preparar la comida que tenemos el honor de ofreceros, lo propio que á vuestros soldados, pues yo no olvido jamás que también lo he sido.—¡Cómo! ¿habéis servido, señor marqués?—Acaso no en las mismas filas que vos, y por lo tanto no diré que he servido, sino peleado.—¿En este país?—En este país, y á las órdenes de Charrette.—¡Ah!—Fui ayudante de campo suyo.—Si es así, no es esta la primera vez que nos encontramos.—¿De veras?—De veras: yo hice en la Vendée las dos campañas de 1795 y 1796.—¡Cuánto me huelgo de ello! A los postres evocaremos los recuerdos de nuestra juventud, y eso nos alegrará.—¡Ay, caballero! así del uno como del otro campo, somos ya muy pocos los que podemos hablar de aquellas jornadas.

Pero si no me engaño, aquí están ya mis hijas anunciando que está preparada la cena: ¿queréis ofrecer el brazo á una de ellas, general? El capitán lo ofrecerá á la otra.

Invitó luego á los otros oficiales, y pasando al comedor, sentáronse á la mesa, el general en medio de las señoritas de Souday, y el marqués entre dos oficiales, en tanto que Lorient se colocaba junto á Berta, proponiéndose aprovechar la primera coyuntura favorable para sacar á colación el nombre de Michel, cuyo contrato matrimonial se proponía celebrar en su despacho.

Así pasaron algunos momentos durante los cuales no se oyó más que el ruido de los platos y de los vasos; todos permanecían callados, así el general y Lorient como los oficiales, á quienes empezaba ya á gustarles aquel raro desenlace de su expedición, y el marqués de Souday, que había retrasado aquel día seis horas su comida, reparaba concienzudamente esta demora. Berta y Mary estaban muy pensativas, y alegrábanse interiormente de que la presencia de las escarape-las tricolores que en otra ocasión tan enojosa les habria sido, les proporcionase un pretexto para entregarse á sus reflexiones. El general por su parte meditaba un plan para tomar el desquite de la derrota que acababa de sufrir, pues no dudaba de que el señor de Souday había sido advertido de su llegada: era zorro viejo, conocía todos los ardites de aquella guerra, no ignoraba con qué rapidez y facilidad se transmitían las noticias de aldea en aldea y de alquería en alquería, y por lo tanto, si bien al principio le admiró sobremanera el cordial recibimiento del marqués, no tardó en recobrar su sangre fría, comentando su amabilidad cuyo exceso se le hacía muy sospechoso, mayormente cuando la comida era sobrado espléndida para un enemigo. Con todo, reservóse estas observaciones, y calculando que si la caza ilustre que perseguía se había ya escapado, no era hora ni ocasión aquella para irle á los alcances, y resolvió aplazar sus pesquisas y observar atento cuanto pasase en derredor suyo á fin de no perder ningún indicio.

Hechas estas reflexiones, levantó el vaso y rompió el silencio diciendo:

—Creo, señor marqués, que atendidas nuestras respectivas posiciones, sería bastante dificultosa la elección de un brindis, á no mediar una feliz circunstancia que debo aprovechar: permitidme pues que brinde por las señoritas de

Souday en manifestación de mi profunda gratitud por el noble y hospitalario recibimiento con que nos han honrado. —Mil gracias, señor general, contestó Berta; creed que mi hermana y yo nos congratulamos de vuestra visita y de merecer vuestro agrado al conformarnos con la voluntad de nuestro padre. —Lo cual significa, añadió sonriendo el general, que sólo nos ponéis buen gesto por mandato superior, y que por lo tanto sólo debemos estar agradecidos al marqués vuestro padre. Sea en buen hora: pláceme esa franqueza militar, que me haría pasar del campo de vuestros admiradores al de vuestros amigos, si no fuese un obstáculo la escapela que llevo. —Los elogios que acabáis de dispensarme me animan para hablar con entera sinceridad, y os confieso que no son sus colores los que más me agrada ver en la divisa de mis amigos; pero si en algo apreciáis este título, no han de impedirme otorgároslo, pues cuento que quizás algún día los trocaréis por los míos. —General, dijo de pronto el marqués rascándose la oreja, vuestra observación era muy acertada, pues me veo apurado para contestar á vuestro brindis. ¿Estáis casado?

El general quería apretar al señor de Souday.

—No, contestó. —¿Tenéis hermanas? —Tampoco. —¿Madre, quizás? —Sí, contestó el general sonriendo al verle caer en el lazo; mi madre es la Francia, nuestra madre común. —¡Magnífico! Brindo por la Francia, y por que vea prolongarse los ocho siglos de gloria y grandeza que sus reyes le han dado. —Permitidme que añada, y el medio siglo de libertad que le han dado sus hijos. —Eso es ya no sólo una adición, sino una modificación, contestó el marqués, añadiendo después de una corta pausa: ¡Qué diantre! Acepto: blanca ó tricolor, Francia siempre será Francia.

Chocaron todos los vasos, y hasta Lorient, arrastrado por el ejemplo del marqués, aceptó el brindis de éste con la modificación del general, apurando de un sorbo el contenido del suyo. Entonces la conversación fué animándose gradualmente, y á tal punto llegó á las dos terceras partes de la comida, que Berta y Mary no juzgaron prudente permanecer á la mesa por más tiempo y salieron del comedor. Como el notario según trazas había venido tanto para hablar con las señoritas como con el marqués, levantóse también y siguiólas.

## XXXI

DONDE NO VAN LAS COSAS COMO MARY Y MICHEL CREYERAN

Entraron en el salón las dos jóvenes, y tras ellas el señor Lorient haciendo profundas reverencias y restregándose alegre las manos.

—¿Qué pasa, señor notario? le dijo Berta; parece que estáis muy gozoso. —Señoritas, contestó el curial á media voz; he hecho cuanto he podido para coadyuvar el ardid de guerra del señor marqués, y espero que en caso necesario haréis otro tanto. —¿De qué ardid queréis hablar? contestó riendo Mary; ni Berta ni yo os comprendemos. —¡Cáspita! ¿Qué sé yo? Sin embargo, creo que sus razones tendrá el señor marqués para tratar como antiguos amigos, y aun mejor, á esos soldadotes que tan afablemente ha hecho sentar á su mesa. Me parece tan extremada su amabilidad por los seides del usurpador, que no he podido menos de figurarme que tiene algún fin oculto. —¿Qué fin queréis que tenga? preguntó Berta. —¡Cáscaras! el de inspirarles mucha confianza para quitarles todo recelo y hacerles sufrir la suerte de.... —¿De quién? Sepamos.

El notario hizo ademán de cortar una cabeza.

—¿De Holofernes tal vez? exclamó Berta riendo á carcajadas. —Justo, dijo el señor Lorient.

Mary entonces se echó á reír como su hermana. Ambas se divertieron sobremanera con la donosa suposición del buen notario.

—¿Es decir, dijo Berta al cabo de un rato; es decir que nos destináis el papel de Judit? —En verdad.... —¿Sabéis que si mi padre estuviese aquí quizás llevaría á mal que nos creyeseis capaces de desempeñar un papel que me parece sobrado bíblico? Pero perded cuidado, nada le diremos al general, á quien de seguro no lisonjearía mucho el entusiasmo con que aceptabais de antemano nuestro heroísmo. —Señoritas, contestó abochornado Lorient, dispensad si mi

Souday en manifestación de mi profunda gratitud por el noble y hospitalario recibimiento con que nos han honrado. —Mil gracias, señor general, contestó Berta; creed que mi hermana y yo nos congratulamos de vuestra visita y de merecer vuestro agrado al conformarnos con la voluntad de nuestro padre. —Lo cual significa, añadió sonriendo el general, que sólo nos ponéis buen gesto por mandato superior, y que por lo tanto sólo debemos estar agradecidos al marqués vuestro padre. Sea en buen hora: pláceme esa franqueza militar, que me haría pasar del campo de vuestros admiradores al de vuestros amigos, si no fuese un obstáculo la escapela que llevo. —Los elogios que acabáis de dispensarme me animan para hablar con entera sinceridad, y os confieso que no son sus colores los que más me agrada ver en la divisa de mis amigos; pero si en algo apreciáis este título, no han de impedirme otorgároslo, pues cuento que quizás algún día los trocaréis por los míos. —General, dijo de pronto el marqués rascándose la oreja, vuestra observación era muy acertada, pues me veo apurado para contestar á vuestro brindis. ¿Estáis casado?

El general quería apretar al señor de Souday.

—No, contestó. —¿Tenéis hermanas? —Tampoco. —¿Madre, quizás? —Sí, contestó el general sonriendo al verle caer en el lazo; mi madre es la Francia, nuestra madre común. —¡Magnífico! Brindo por la Francia, y por que vea prolongarse los ocho siglos de gloria y grandeza que sus reyes le han dado. —Permitidme que añada, y el medio siglo de libertad que le han dado sus hijos. —Eso es ya no sólo una adición, sinó una modificación, contestó el marqués, añadiendo después de una corta pausa: ¡Qué diantre! Acepto: blanca ó tricolor, Francia siempre será Francia.

Chocaron todos los vasos, y hasta Lorient, arrastrado por el ejemplo del marqués, aceptó el brindis de éste con la modificación del general, apurando de un sorbo el contenido del suyo. Entonces la conversación fué animándose gradualmente, y á tal punto llegó á las dos terceras partes de la comida, que Berta y Mary no juzgaron prudente permanecer á la mesa por más tiempo y salieron del comedor. Como el notario según trazas había venido tanto para hablar con las señoritas como con el marqués, levantóse también y siguiólas.

## XXXI

DONDE NO VAN LAS COSAS COMO MARY Y MICHEL CREYERAN

Entraron en el salón las dos jóvenes, y tras ellas el señor Lorient haciendo profundas reverencias y restregándose alegre las manos.

—¿Qué pasa, señor notario? le dijo Berta; parece que estáis muy gozoso. —Señoritas, contestó el curial á media voz; he hecho cuanto he podido para coadyuvar el ardid de guerra del señor marqués, y espero que en caso necesario haréis otro tanto. —¿De qué ardid queréis hablar? contestó riendo Mary; ni Berta ni yo os comprendemos. —¡Cáspita! ¿Qué sé yo? Sin embargo, creo que sus razones tendrá el señor marqués para tratar como antiguos amigos, y aun mejor, á esos soldadotes que tan afablemente ha hecho sentar á su mesa. Me parece tan extremada su amabilidad por los seides del usurpador, que no he podido menos de figurarme que tiene algún fin oculto. —¿Qué fin queréis que tenga? preguntó Berta. —¡Cáscaras! el de inspirarles mucha confianza para quitarles todo recelo y hacerles sufrir la suerte de.... —¿De quién? Sepamos.

El notario hizo ademán de cortar una cabeza.

—¿De Holofernes tal vez? exclamó Berta riendo á carcajadas. —Justo, dijo el señor Lorient.

Mary entonces se echó á reír como su hermana. Ambas se divertieron sobremanera con la donosa suposición del buen notario.

—¿Es decir, dijo Berta al cabo de un rato; es decir que nos destináis el papel de Judit? —En verdad.... —¿Sabéis que si mi padre estuviese aquí quizás llevaría á mal que nos creyeseis capaces de desempeñar un papel que me parece sobrado bíblico? Pero perded cuidado, nada le diremos al general, á quien de seguro no lisonjearía mucho el entusiasmo con que aceptabais de antemano nuestro heroísmo. —Señoritas, contestó abochornado Lorient, dispensad si mi

ardor y mi repugnancia por los partidarios de las nuevas doctrinas me han llevado demasiado lejos en mis suposiciones.—Estáis perdonado, señor Lorient, respondió Berta, quien á causa de su carácter franco y leal era la que había dado más lugar á las sospechas de Lorient, y por lo tanto la que más resentida debía estar; estáis perdonado; pero á fin de que en adelante no volváis á incurrir en tan graves suposiciones, os pondré al corriente de la situación. El general Dermoncourt á quien miráis como un Antecristo, no ha venido al castillo con otro objeto que con el de practicar en él algunas pesquisas como lo ha hecho en todos los de estos alrededores.—Entonces, replicó el notario que cada vez comprendía menos lo que pasaba, ¿por qué se les trata con tanta... esplendidez? La ley es categórica.—¿La ley?—Sí tal: la ley prohíbe á los magistrados, empleados civiles y militares encargados de ejecutar alguna orden judicial, el tomar, arrebatar ó apropiarse otros objetos que los en ella comprendidos; y ¿qué hacen esos tunantes con los manjares y vinos de la mesa del señor marqués? Se los a... pro... pian.—Sin embargo, dijo Mary, me parece que mi padre es muy dueño de convidar á quien le acomode.—Hasta á aquellos que vienen á ejercer... á representar en su casa un poder tiránico y odioso; permitid que lo extrañe y lo atribuya á un plan más ó menos maquiavélico.—Es decir que creéis ver aquí un secreto que tratáis de descubrir, ¿no es eso?—¡Por Dios, señorita!—Sea como fuere, yo os lo confiaré si os empeñáis en ello; pero vos me diréis por qué para encontrar al barón de la Logerie habéis venido al castillo.

Había pronunciado Berta con tal firmeza estas palabras que el notario se turbó al oírlas. En tanto Mary tomaba del brazo á su hermana apoyando su hechicero rostro en el hombro de esta, y miraba fijamente á Lorient esperando su respuesta con visible curiosidad.

—Sea, dijo el notario, puesto que deseáis saberlo, os lo diré.... Mas se paró como pidiendo que le animasen para continuar. Comprendió Berta el significado de su reticencia, é hizo una seña con la cabeza. Entonces añadió Lorient:

—He venido á este sitio con preferencia á otro cualquiera porque la señora baronesa de la Logerie me dijo que aquí es donde probablemente se encontraría su hijo.—¿En qué fundaba la baronesa semejante suposición? preguntó Berta con la mirada fija y el acento firme de costumbre.—Seño-

rita, contestó el notario muy turbado, no sé en verdad si después de lo que he dicho poco há á vuestro padre me atreveré á proseguir á pesar de la recompensa que me ofrecéis.—¿Por qué no, señor notario? dijo Berta; ¿queréis que os ayude á ello? Lo ha dicho porque, como vos manifestasteis hace un rato, cree que el objeto del amor de su hijo está en el castillo de Souday.—Es cierto.—Corriente; pero lo que yo quisiera saber es el modo de pensar de la señora baronesa respecto de este amor.—Tengo que confesaros mal de mi grado, señorita, que no es por cierto muy favorable.—¡Buena! contestó riendo Berta; hé aquí un punto acerca del cual la baronesa y mi padre están acordes.—Sin embargo, dijo recalcando las palabras el notario, el señor de Michel será mayor de edad dentro de algunos meses, y por consiguiente dueño tanto de sus acciones como de sus grandísimas riquezas.—Si es dueño dentro de poco de sus acciones, mejor para él; para mucho puede servirle.—¿Para qué? preguntó socarronamente el notario.—Para rehabilitar el nombre que lleva y borrar los funestos recuerdos que dejó su padre en este país. En cuanto á sus riquezas, si fuese yo la persona á quien el señor de Michel honra con su cariño, le aconsejaría que usase de ellas de tal modo, que al cabo de algún tiempo no había de haber en el país un nombre más respetable ni más respetado que el suyo.—¿Qué le aconsejaríais? preguntó atónito Lorient.—Que las devolviese á aquellos á quienes según se dice las quitó su padre y restituyese á sus primitivos dueños los bienes nacionales que él compró.—Entonces labraríais lisa y llanamente la ruina del que tendría el honor de amaros, contestó el notario lleno de estupor.—¿Qué importa? ¿No le quedaría por ventura la consideración de todos los hombres honrados y el cariño de la mujer que le hubiese aconsejado este sacrificio?

En esto Rosina asomó la cabeza al dintel de la puerta, y dijo sin dirigirse á ninguna de las hermanas:

—Señorita, ¿queréis tener la bondad de oír dos palabras?

Berta deseaba continuar la conversación con el notario, ansiosa como estaba de enterarse de los sentimientos que la baronesa de la Logerie abrigaba contra ella, aun más tal vez que de los que su hijo la profesaba; y como se complacía en hablar, aunque vagamente, de los proyectos que desde hacía algún tiempo formaban el tema invariable de sus meditaciones, dijo á Mary que fuese á verse con Rosina; mas Mary

no salía del salón sinó mal de su grado, espantada al ver hasta qué punto había crecido en pocos días el amor de Berta á Michel: las palabras de su hermana la herían el alma, y segura de que el barón la amaba á ella sola, pensaba con terror en la aflicción de Berta á la hora de su desengaño; además, como á pesar del gran cariño de Mary por su hermana, el amor la había infundido un tanto del egoísmo inherente á este sentimiento, alegrábase aquella de lo que oía, reservándose el papel que para la amada de Michel trazaba Berta. Así es que esta hubo de decirla por segunda vez que fuese á ver lo que Rosina quería.

—Vé, querida, y prepara el aposento del señor Lorient, pues no extrañaría que con esta confusión nadie hubiese pensado en ello.

Acostumbrada como estaba Mary á obedecer á su hermana, salió sin replicar, y encontrando á Rosina junto á la puerta, la preguntó:

—¿Qué ocurre?

Rosina no contestó, y cual si temiera ser oída desde el comedor, donde el marqués estaba relatando la última jornada de Charrette, asió á Mary del brazo, y llevándola á la otra parte del vestíbulo, la dijo debajo de la escalera:

—Tiene hambre, señorita. —¿Hambre?—Sí; acaba de decirme. —¿De quién hablas? ¿quién tiene hambre?—El pobre mozo. —Pero ¿qué mozo?—El Sr. Michel. —¿El Sr. Michel está aquí?—¿No lo sabíais?—No. —Hace dos horas que entró en la cocina, antes de llegar los soldados. —¿No se fué con Petit-Pierre?—No. —Y ¿dices que entró en la cocina?—Sí; estaba tan rendido que daba lástima. Sr. Michel, le dije, ¿por qué no vais al salón?—Porque no me han convidado. Y quería marcharse á Machecul, decidido á no volver á la Logerie, pues parece que su madre intenta llevarle á París; yo no le he dejado salir. —Bien hecho, Rosina. Y ¿dónde está?—En el cuarto de la torrecilla; como los soldados ocupan los bajos de ella y ahora sólo se puede entrar por el corredor que hay al extremo del granero, vengo á pedir la llave.

El primer impulso de Mary fué avisar á su hermana; mas luego cedió al menos generoso de ver á Michel antes que ella, mayormente cuando después de entregar la llave á Rosina la contestó ésta:

—Os suplico que me acompañéis, señorita; hay tantos hombres en el castillo que no me atrevo á subir sola; á vos

todos os respetarán. —¿Y las provisiones?—En este cesto. —Pues adelante.

Y así diciendo subió Mary la escalera con la ligereza de los corzos que perseguía en la selva.

## XXXII

### CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Al llegar al segundo piso detúvose Mary ante el aposento de Juan Oullier, tomó una llave, abrió una puerta que comunicaba con una escalera de caracol, por la cual se subía á lo alto de la torrecilla, y adelantándose á Rosina que andaba con trabajo á causa del cesto que llevaba, empezó una rápida y peligrosa ascensión por los vetustos y carcomidos escalones. Rosina y la cocinera habían acordado colocar á Michel en el cuarto superior de la torrecilla.

A pesar de la buena voluntad de las dos mozas, era imposible imaginar un albergue más mezquino ni menos idóneo para descansar, pues era una reducidísima pieza donde guardaba Juan Oullier las semillas del jardín y los diversos aperos que le servían para desempeñar sus multiplicadas funciones de factotum. Las paredes estaban literalmente atestadas de habichuelas, berzas, lechugas y cebollas de varias clases, todo puesto á secar con el objeto de que sazanasen las semillas; por desgracia, aquellas legumbres y berzas estaban cubiertas de una capa tan densa de polvo, que bastaba el menor movimiento en el cuarto para llenarse de él. No había otro mueble en el aposento que un banco de carpintero, asiento no muy cómodo, por lo cual el baroncillo no tardó en abandonarlo yendo á descansar en un montón de avena, que por lo raro de su especie había merecido el honor de ser colocada en el granero de las plantas preciosas; y allí, prescindiendo de algunos inconvenientes (cosa inevitable en toda clase de asientos) encontró suficiente elasticidad para dar un momento de reposo á sus entorpecidos miem-

no salía del salón sinó mal de su grado, espantada al ver hasta qué punto había crecido en pocos días el amor de Berta á Michel: las palabras de su hermana la herían el alma, y segura de que el barón la amaba á ella sola, pensaba con terror en la aflicción de Berta á la hora de su desengaño; además, como á pesar del gran cariño de Mary por su hermana, el amor la había infundido un tanto del egoísmo inherente á este sentimiento, alegrábase aquella de lo que oía, reservándose el papel que para la amada de Michel trazaba Berta. Así es que esta hubo de decirla por segunda vez que fuese á ver lo que Rosina quería.

—Vé, querida, y prepara el aposento del señor Lorient, pues no extrañaría que con esta confusión nadie hubiese pensado en ello.

Acostumbrada como estaba Mary á obedecer á su hermana, salió sin replicar, y encontrando á Rosina junto á la puerta, la preguntó:

—¿Qué ocurre?

Rosina no contestó, y cual si temiera ser oída desde el comedor, donde el marqués estaba relatando la última jornada de Charrette, asió á Mary del brazo, y llevándola á la otra parte del vestíbulo, la dijo debajo de la escalera:

—Tiene hambre, señorita.—¿Hambre?—Sí; acaba de decirme.—¿De quién hablas? ¿quién tiene hambre?—El pobre mozo.—Pero ¿qué mozo?—El Sr. Michel.—¿El Sr. Michel está aquí?—¿No lo sabíais?—No.—Hace dos horas que entró en la cocina, antes de llegar los soldados.—¿No se fué con Petit-Pierre?—No.—Y ¿dices que entró en la cocina?—Sí; estaba tan rendido que daba lástima. Sr. Michel, le dije, ¿por qué no vais al salón?—Porque no me han convidado. Y quería marcharse á Machecul, decidido á no volver á la Logerie, pues parece que su madre intenta llevarle á París; yo no le he dejado salir.—Bien hecho, Rosina. Y ¿dónde está?—En el cuarto de la torrecilla; como los soldados ocupan los bajos de ella y ahora sólo se puede entrar por el corredor que hay al extremo del granero, vengo á pedirlos la llave.

El primer impulso de Mary fué avisar á su hermana; mas luego cedió al menos generoso de ver á Michel antes que ella, mayormente cuando después de entregar la llave á Rosina la contestó ésta:

—Os suplico que me acompañéis, señorita; hay tantos hombres en el castillo que no me atrevo á subir sola; á vos

todos os respetarán.—¿Y las provisiones?—En este cesto.—Pues adelante.

Y así diciendo subió Mary la escalera con la ligereza de los corzos que perseguía en la selva.

## XXXII

### CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Al llegar al segundo piso detúvose Mary ante el aposento de Juan Oullier, tomó una llave, abrió una puerta que comunicaba con una escalera de caracol, por la cual se subía á lo alto de la torrecilla, y adelantándose á Rosina que andaba con trabajo á causa del cesto que llevaba, empezó una rápida y peligrosa ascensión por los vetustos y carcomidos escalones. Rosina y la cocinera habían acordado colocar á Michel en el cuarto superior de la torrecilla.

A pesar de la buena voluntad de las dos mozas, era imposible imaginar un albergue más mezquino ni menos idóneo para descansar, pues era una reducidísima pieza donde guardaba Juan Oullier las semillas del jardín y los diversos aperos que le servían para desempeñar sus multiplicadas funciones de factotum. Las paredes estaban literalmente atestadas de habichuelas, berzas, lechugas y cebollas de varias clases, todo puesto á secar con el objeto de que sazanasen las semillas; por desgracia, aquellas legumbres y berzas estaban cubiertas de una capa tan densa de polvo, que bastaba el menor movimiento en el cuarto para llenarse de él. No había otro mueble en el aposento que un banco de carpintero, asiento no muy cómodo, por lo cual el baroncillo no tardó en abandonarlo yendo á descansar en un montón de avena, que por lo raro de su especie había merecido el honor de ser colocada en el granero de las plantas preciosas; y allí, prescindiendo de algunos inconvenientes (cosa inevitable en toda clase de asientos) encontró suficiente elasticidad para dar un momento de reposo á sus entorpecidos miem-

bros. Pronto se cansó sin embargo de estar tendido en aquel móvil sofá, pues el agua y el lodo de que se cubrió cuando Guerin le derribó junto al río y que sólo á medias había podido secar en la cocina, volvían á humedecerle las carnes y á darle malísimo rato. No tuvo otro remedio que ponerse á pasear de arriba abajo, maldiciendo su necia pusilanimidad que tanto frío y fatiga le costaba, amén del hambre que le atormentaba y de la privación de ver á Mary que era lo que más le afligía. Reprendíase por no haber sabido aprovechar lo que con tanto valor había emprendido y por faltarle ánimo en el momento de llevar á cabo lo que tan bien había comenzado. Apresurémonos á decir para justificar el carácter que á nuestro héroe hemos dado, que la conciencia de su falta no le infundía más valor, y que no se le ocurrió la idea de bajar y pedir francamente hospitalidad al marqués, hospitalidad en que confió al resolver su fuga. Entretanto habían llegado los soldados, y atraído Michel por el ruido que al entrar movieron, corrió á una ventanilla que daba á la parte trasera del castillo, y vió pasar por los salones principales á las señoritas de Souday, al general, á los oficiales y al marqués.

Viendo entonces á Rosina al pié de la torre, creyó oportuno atraerse la atención puesta en los nuevos huéspedes, y con toda la modestia de su carácter, la pidió una rebanadita de pan, demanda bien moderada, atendida el hambre que le devoraba y que ya era canina por haberla aguzado las contrariedades así físicas como morales que experimentaba. Al oír las ligeras pisadas que iban acercándose, dilatósele el corazón á impulsos del gozo y de la gratitud, pues aquel rumor le anunciaba una cosa segura y otra probable: la primera, que iba á satisfacer su apetito; y la segunda que oíría hablar de Mary.

—¿Eres tú, Rosina? preguntó con anheloso acento cuando oyó que trataban de abrir la puerta.—No, sinó yo, señor Michel. Conoció éste la voz de Mary, sin atreverse á dar crédito á sus sentidos. Soy yo, continuó la voz, yo que estoy muy enojada con vos.

Mal se avenía el tono con el sentido de esas palabras, y por lo tanto no descorazonaron á Michel.

—¡La señorita Mary! exclamó, ¡la señorita Mary! ¡Oh!...

Y apoyóse en la pared para no caerse, en tanto que Mary abría la puerta.

—¡Vos aquí exclamó al verla el mancebo; ¡cuán dichoso soy, señorita!—No mucho.—¿Por qué?—Como á pesar de vuestra dicha confesáis que os estáis muriendo de hambre...—¿Quién os lo ha dicho, señorita? preguntó Michel encendido como una amapola.—Ea, acércate, Rosina, pon la linterna encima de ese banco y destapa el cesto; date prisa, ¿no ves que el señor barón se lo está comiendo con los ojos?

Al oír esas zumbonas palabras corrióse un tanto el mancebo de haber confesado tan francamente su apetito á su hermana de leche, y ocurriósele la idea de volver al cesto los manjares que esta había empezado á poner sobre la mesa, tirarlo por la ventana, aunque tuviese que aplastar á un soldado, y luego caer de hinojos ante la joven diciéndola con patético acento:—¿Cómo queréis que piense en mi estómago cuando mi corazón rebosa de felicidad? Parecíale que no podía darse más bella y tierna declaración; pero como no era capaz de lanzarse á ella, dejóse tratar por Mary como hermano de leche de Rosina, y volviendo á sentarse en el montón de avena, comió de muy buena gana las sabrosas tajadas que con su blanca mano le servía la joven.—¡Qué niño sois! le decía Mary; después de haber llevado á cabo tan noble y peligrosa hazaña, habéis hecho una tontería. ¿Qué os costaba exponer á mi padre vuestra situación y pedirle albergue por esta noche?—¡Libreme Dios! contestó el barón como asustado de lo que acababa de oír.—¿Por qué?—Porque vuestro padre me intimida sobremanera.—¡Si es el hombre mejor del mundo! Además, ¿no sois por ventura amigo nuestro?—¡Gracias, señorita! Sois muy buena en otorgarme ese título; y aventurándose luego á dar un paso adelante, preguntó: ¿Será cierto que ya lo haya merecido?

Sonrojóse Mary algún tanto. Algunos días antes habría contestado que rayaba tan alto esa amistad, que casi siempre pensaba en él, de día y hasta de noche; mas desde que había sentido en su corazón la revelación del amor, habíale dado este un pudor instintivo, que en su inocencia aun no había sospechado; á medida que iba trasformándose de niña en mujer, veía por las nuevas sensaciones que empezaba á experimentar cuán extrañas eran sus maneras y costumbres de hasta entonces, y conoció la necesidad de modificar su lenguaje adoptando en algunos casos la prudente reserva que jamás había tenido, merced á su ingenuo carácter. Comenzando pues á comprender que las doncellas deben saber

esquivar, si no mentir, contestóle con ánimo de decir una trivialidad:

—Paréceme que bastante habéis hecho para merecerlo. ¡Eal! ¿qué decíais poco há de vuestro apetito? ¡Si apenas probáis bocado!—Señorita, contestó el mancebo: no puedo más.—¡Vaya! Ya veo que no servís para hacer los honores de una mesa. Acabemos, me obedecéis ó me marchó.—¡Señorita! exclamó el pobre barón alzando las manos armadas de un tenedor la una y de un pedazo de pan la otra; es imposible que tengáis tan mal corazón. ¡No sabéis cuánto he sufrido las dos horas que he pasado en esta soledad!—Lo comprendo muy bien, dijo riendo Mary; como que teníais un apetito voraz....—No sólo eso, señorita, sinó que desde aquí os veía pasar con todos esos oficiales....—Vos tenéis la culpa. En lugar de venir á situaros en esta torre solitaria como un buho, podíais haberos quedado en el salón, y cenar en compañía de mi padre y del general Dermoncourt, cuyos belicosos relatos os habrían hecho erizar los cabellos, y hubierais visto comer al notario Lorient, lo cual es un espectáculo no menos horripilante.—¡Dios mío! exclamó el barón.—¿Qué tenéis? preguntó asustada Mary.—¡El notario Lorient de Machecul?—Sí.—¡El notario de mi madre!—¡Toma! es verdad.—¿Está aquí?—Sí por cierto, repuso Mary; y ahora que recuerdo, añadió luego riendo, ¿sabéis á qué ha venido?—Nó.—A buscaros.—¿A buscarme?—Sí, de parte de la baronesa.—Es que yo no quiero volver á la Logerie.—¿Por qué?—Porque allí me esclavizan, me encarcelan, me alejan de.... de mis amigos.—La Logerie no está muy lejos de Souday.—Pero París sí que lo está, y allí es á donde me quieren llevar. ¿Acaso le habéis dicho al notario que estoy aquí?—Ni por pienso.—¡Oh! ¡gracias, mil gracias, señorita!—No tenéis que agradecermelo, pues ignoraba....—Y ahora que lo sabéis... balbució tímidamente Michel.—¿Qué?—Es preciso ocultárselo también, añadió el barón avergonzado de su cortedad.—¿Queréis que os hable con franqueza?—Decid, decid.—Pues os diré con la mayor lisura que si yo fuese hombre, el tal Lorient me daría muy poco cuidado.

Hizo el barón un visible esfuerzo para contestar con resolución:

—Sí, tenéis razón; voy á manifestarle terminantemente que no volveré á poner los piés en la Logerie.

En esto se estremecieron los dos jóvenes: la cocinera llamaba á Rosina á grandes voces.

—¡Dios mío! ¿Qué habrá? exclamaron ambos á un mismo tiempo.—¿Oís, señorita? dijo Rosina.—Sí.—Me llaman.—¡Cielos! exclamó Mary haciendo ademán de huír. ¿Si sospecharán que estamos aquí?—Y aunque así fuese, no veo ningún mal en ello, replicó Rosina.—Cierto, pero...—¡Silencio! Oíd.

Todos callaron y la voz de la cocinera fué alejándose.

—¿Oís? prosiguió Rosina; está llamándome en el jardín. Así diciendo, fuése á tomar la puerta, cuando Mary exclamó:

—¡Cómo! ¿vas á dejarme sola?—No tal, contestó candorosamente Rosina, os dejo con el señor barón.—¿Y para volver á casa? balbució Mary.—En verdad que no os comprendo, señorita, dijo Rosina admirada. ¿Os habéis vuelto cobarde, vos que tan valerosamente cruzáis los bosques en la noche más oscura, como en medio del día?—No importa, quédate.—Para hacer lo que hasta aquí, bien puedo marcharme.—No lo digo por eso.—¿Pues por qué?—Ese pobre muchacho no puede pasar aquí toda la noche.—Entonces, ¿en dónde le pondremos?—No lo sé, pero es preciso encontrar un aposento.—¿Sin decirselo al señor marqués?—¡Es verdad! ya no me acordaba de que mi padre ignora que esté en el castillo.—¿Qué hacer? ¡Pronto! ¡Ah! señor Michel, vos tenéis la culpa de todo.—Señorita, contestó el barón, si lo exigís, estoy pronto á partir.—¿Quién os dice tal cosa? exclamó vivamente Mary; nó, quedáos.—Se me ocurre una idea, señorita, dijo en esto Rosina.—¿Cuál?—Si consultásemos á la señorita Berta...—Nó, nó, contestó Mary con una vivacidad que á ella misma la admiró; ya se lo diré cuando bajemos después que el señor Michel haya acabado de cenar.—Pues me voy, dijo Rosina.

Mary no se atrevió á detenerla por más tiempo, y Rosina salió dejándolos solos.

## XXXIII

EL CUAL NO ACABA COMO SE PRESUMÍA MARY

Iluminaba tan sólo el aposento el tenue resplandor de la linterna, cuya escasa luz daba toda en la puerta, dejando casi á oscuras el resto del cuarto, si tal puede llamarse la especie de palomar donde á la sazón se encontraban los dos jóvenes.

Continuaba sentado el barón en el montón de avena que ya poco antes le sirvió de sofá, y Mary arrodillada delante de él registraba todos los rincones del cesto, con más turbación que amor al prójimo, para ver si podría encontrar alguna golosina con que dar fin y sabroso remate á la cena que Rosina había improvisado para el pobre prisionero. Habían pasado tantas cosas, que Michel había perdido ya el apetito, y con el codo apoyado en la rodilla y el rostro en la palma de la mano, contemplaba extasiado el tierno y apacible semblante de la joven, que de escorzo se presentaba á sus ojos, y aspiraba con embriaguez las perfumadas emanaciones que la brisa le llevaba, después de jugar con los dorados rizos de su cabellera; y aquel íntimo contacto, aquel perfume, aquella vista, hacían circular rápidamente su sangre, sentíala latir con violencia en las sienes, y un prolongado estremecimiento agitaba todo su cuerpo. Al experimentar aquellas sensaciones tan nuevas para él, sintió el mancebo que surgían en su corazón extrañas y desconocidas aspiraciones; empezaba á querer, y lo que quería era expresar de un modo ú otro á Mary el amor que de su pecho rebosaba. Estuvo un rato pensando cómo debía ingeniarse para ello, y al cabo se le ocurrió que lo más sencillo era cogerle la mano y llevársela á los labios, como así lo hizo casi sin darse cuenta de ello.

—¿Qué hacéis, señor Michel? dijo la joven levantándose vivamente, más admirada que colérica.

Comprendió el barón que se había propasado y tenía que

dar una explicación; cayendo pues de rodillas y volviendo á coger la mano que acababa de escapársele, y que entonces ya no trató de repetirlo, exclamó:

—¡Ah! ¿os he ofendido? creed que lo siento en el alma. —¡Señor Michel! contestó turbada la joven.

Temeroso el barón de que aquella linda manecita le escapase otra vez, la estrechaba fuertemente entre las suyas, diciendo:

—Si he abusado de vuestra condescendencia, decídmelo, señorita, mas no me guardéis rencor.—Os lo diré cuando os hayais levantado, respondió Mary haciendo un débil esfuerzo para retirar la mano.

Y tan débil fué en efecto, que Michel comprendió que no la tenía asida contra la voluntad de su dueña, y animado por la exaltación que le daba la esperanza próxima á convertirse en certeza, replicó:

—No, dejad que permanezca de rodillas á vuestros pies. ¡Ah! ¡si supieseis cuántas veces desde que os conozco he soñado que me encontraba en esta postura! ¡si supieseis cuán grátas sensaciones, cuán deliciosas angustias producía en mí este sueño, no tendríais á buen seguro la crueldad de privarme de esta dicha, cuando se ha convertido en realidad! —Señor Michel, contestó Mary con acento conmovido, presintiendo que al poco rato ya no la quedaría ninguna duda del amor del mancebo; señor Michel, sólo se dobla la rodilla ante Dios y los ángeles.—No sé por quién se dobla ni por qué lo he hecho ante vos; lo que siento en este instante es tan distinto de lo que he sentido hasta ahora, incluso el cariño que á mi madre profeso, que no sé cómo calificar el afecto que me obliga á adoraros; pero se asemeja mucho á la veneración que nos hace prosternar ante Dios y sus ángeles. Vos sois para mí la creación entera: adorando en vos, en ella adoro.—¡Por favor, señor Michel, no me habléis de ese modo!—¡Oh! nó, dejad que permanezca en esta postura; dejad que os ofrezca mi vida y mi corazón. ¡Dios mío! Desde que empiezo á conocer á los hombres voy convenciéndome cada vez más de lo poco que valen; sin embargo, aunque soy muy mozo y muy débil, á pesar de que conozco mi carácter tímido é irresoluto, comprendo que ha de haber una fruición inesfable en sufrir, en derramar la sangre toda, en dar la vida, si es preciso, por una mujer como vos, y para conseguir tamaña felicidad, estoy seguro de que encontra-

ría en mi corazón un arroyo y una fuerza de voluntad que jamás he tenido.—¿A qué hablar de sufrimientos y de muerte? preguntó Mary con suave acento; ¿creéis acaso que sin ellos no puede probarse la sinceridad de un afecto?—¡Ah! ¿sabéis por qué, Mary? Porque me parece que vivir tranquilo y dichoso á vuestro lado, gozar de vuestro amor sin contratiempo alguno y poderos dar el tierno nombre de esposa, es una ilusión harto atrevida, muy superior á las humanas esperanzas, y no me es lícito concebir ni aun en sueños tan inmensa felicidad.—¡Pobre mozo! dijo Mary con un acento impregnado de ternura y compasión, ¿me amáis mucho pues?—¡Ah señorita! ¿qué necesidad tengo de deciroslo? ¿Acaso no lo veis con vuestros propios ojos? ¿No os lo dice por ventura el corazón? Pasad la mano por mi frente inundada en sudor, ponedla sobre mi corazón, y atrevéos aún á preguntarme si os amo.

La exaltación febril que tan súbitamente había transformado al mancebo, no tardó en comunicarse á Mary, quien, poseída de extraña turbación y olvidando no solo el odio de su padre á la familia de Michel, sino también la repugnancia que la señora de la Logerie sentía por la suya y las ilusiones que Berta había concebido y que ella se proponía no destruir, se dejó dominar por el ardoroso trasporte de su naturaleza virgen y apasionada, y abandonó la prudente reserva en que había resuelto encerrarse. A tal punto habían llegado las cosas, que iba de seguro á contestar á aquella ardiente declaración con frases más tiernas todavía, cuando sonó de repente hacia la puerta un leve ruido que le hizo volver la cabeza. Al hacer este movimiento quedó petrificada de asombro al ver en el dintel á Berta inmóvil como una estatua, y en la palidez de su rostro iluminado de lleno por la luz de la linterna, en sus cejas fruncidas y en sus labios contraídos, comprendió cuánto dolor y enojo encubría aquella postura. Aterróse de tal manera al ver esta inesperada aparición, que rechazando al mancebo que aun le tenía cogida la mano, se adelantó hacia su hermana; mas ésta penetró en la estancia sin detenerse, y apartándola con la mano como lo hubiera hecho con un obstáculo inerte, fuese en derechura al barón diciéndole con voz vibrante:

—Caballero, ¿no os ha dicho mi hermana que el señor Lorient notario de la señora baronesa viene á buscaros de parte suya, y desea hablaros en particular?

El barón contestó balbuciendo algunas palabras ininteligibles, y Berta añadió con acento imperioso:

—En el salón le encontraréis.

Volvió Michel á su primitiva timidez, levantóse vacilante y confuso sin responder palabra, tomó la puerta como un niño á quien se acaba de regañar, y salió en tanto que al tomar Mary la luz para alumbrarle, Berta se la arrancó de las manos y entrególa al mancebo indicándole con un gesto que saliese.

—¿Y vos, señorita? preguntó éste cortado.—Ya conocemos la casa, contestó Berta, y viendo luego que Michel estaba parado contemplando á Mary, díjole con aspereza: ¡Pronto!

Desapareció el mancebo, y quedaron solas en la torre las dos hermanas alumbradas únicamente por el ténue fulgor de la luna velada á cada momento por las nubes.

Al verse sola con su hermana esperaba Mary una severa reprehensión por el censurable coloquio en que la acababa de sorprender; pero Mary se equivocó, pues en cuanto estuvo el mancebo algo lejos del aposento, Berta le tomó la mano con una energía que demostraba bien á las claras la violenta agitación de su ánimo, y preguntóla con acento conmovido:

—¿Qué os estaba diciendo cuando le he encontrado de rodillas á vuestros piés?

Callóse Mary, y arrojándose á los brazos de su hermana á pesar de los esfuerzos que ésta hacía para desviarla, y bañándole el rostro con las lágrimas que brotaban á raudales de sus ojos, la preguntó:

—¿Por qué te has enfadado conmigo?—No estoy enfadada con vos, Mary; sólo os pregunto qué os decía ese hombre que os hablaba de rodillas.—No es así como sueles hablarme, querida hermana.—No se trata ahora de eso, lo que quiero y exijo es que me contestes.—¡Berta! ¡Berta!—Vamos, habla, ¿qué te decía? ¿oyes? Te pregunto qué te decía, exclamó apretando con tanta fuerza la muñeca de Mary, que la pobre niña exhaló un grito y pareció próxima á desmayarse.

Este grito volvió á Berta toda su serenidad. A pesar de la violencia de su carácter, tenía muy buen corazón y conmovióse en el alma al oír un gemido de su hermana; tomóla en brazos, levantóla como si fuera una niña, la acostó en el banco abrazándola estrechamente, saltaron de sus ojos algunas lágrimas como saltan las chispas del hogar, porque Berta lloraba como María Teresa, sus ojos no manaban lá-

grimas, sinó que despedían el llanto como un relámpago.

—¡Pobre Mary! ¡Pobre hermana mía! exclamaba Berta hablándola como á un niño á quien se ha lastimado inadvertidamente; perdona el mal que te he hecho.

Y como reponiéndose, añadió:

—Perdona, mía es la culpa; yo debiera haberte confesado el extraño amor que siento por ese hombre, por ese niño, añadió con cierto aire desdenoso, que me ha dominado hasta el punto de hacerme tener celos de la persona á quien más amo en el mundo, más que á mi vida, más que á él. ¡Ah! Mary! ¡si supieses cuánto me ha hecho sufrir este amor insensato, si supieses cuántas luchas he tenido que sostener antes de experimentarlo, y cuán amargamente he llorado mi debilidad! Nada tiene de lo que yo más amo y estimo, ni ilustre prosapia, ni fe, ni entusiasmo, ni fuerza ni osadía; y á pesar de todo le amo; ¡oh, sí! le amo desde que le ví. Le amo tanto que algunas veces angustiada, jadeante y fuera de mí he exclamado: ¡Dios mío, mátame antes que arrancarme su amor! Desde que lo encontramos por desgracia mía, siempre he tenido su imagen grabada en mi alma: siento por él un extraño afecto que seguramente es el que experimenta una mujer por su amante, pero que se asemeja más aun al que una madre siente por su hijo; y esta pasión aumenta todos los días, y es el objeto de todos mis pensamientos, de todos mis sueños, de mis esperanzas todas. ¡Ah Mary, no ha mucho te pedía que me perdonases; mas ahora te pido que me compadezcas! ¡Hermana mía, ten piedad de mí!

Al terminar esas palabras Berta estrechaba á su hermana entre sus brazos, en tanto que la pobre Mary escuchaba amedrentada la expresión de aquel afecto impetuoso y salvaje, que sólo era capaz de sentir una mujer tan poderosamente organizada como Berta; cada grito, cada palabra, cada frase que exhalaba despedazaban las hermosas y rosadas nubes que por un momento había vislumbrado. El fogoso acento de su hermana las dispersaba como dispersa el huracán los vapores que flotan por el aire después de la tormenta. A cada una de sus palabras era su llanto más amargo y abundante; pero á cada una de ellas también sentía cuán imprescindible era el sacrificio que su amor á Berta le exigía, y que ya algunas veces había presentado con terror; sin embargo, eran tales su dolor y su extravío cuando empezó Berta á dirigirle la palabra, que sólo se atrevió á contestarla cuando cesó de hablar. En-

tonces hizo un esfuerzo para dominar su emoción y exclamó:

—¡Calla por Dios, hermana mía! tus palabras me lastiman tanto más, cuanto que yo también tengo alguna culpa de lo que acaba de suceder.—¡No! exclamó Berta impetuosamente; yo debería haber estado sobre aviso cuando salí de la capilla. En seguida, con aquella fijeza de ideas propia de las personas enamoradísimas, preguntó otra vez: ¿Qué te decía Michel?

Viendo Mary que Berta temblaba al pronunciar esas palabras, sintió una dolorosa congoja; y al pensar cómo contestaría á ellas comprendió que cada sílaba que saliese de su boca la abrasaría los labios, cuando Berta rompió en llanto, que conmovió más todavía á Mary que el enojo que antes le había manifestado diciéndola:

—Vamos, habla, ten piedad de mí; esta ansiedad es cien veces más cruel que el mismo dolor. Dime, ¿no te hablaba de amor?

Mary no sabía mentir, y contestó ingénuamente:

—Sí.—¡Dios mío! exclamó Berta desprendiéndose de los brazos de su hermana y apoyando la frente en la pared.

Fueron pronunciadas esas palabras con tan doloroso acento, que Mary quedó aterrada olvidando á Michel y su amor para pensar sólo en su hermana, y con sublime abnegación, sonriendo con el corazón destrozado, exclamó:

—¡Tonta! déjame acabar; y al mismo tiempo abrazábala fuertemente.—¿No dijiste que te hablaba de amor?—Sí, más no te he dicho quién se lo inspiraba.—¡Ah, Mary! ¡Compadécete de mí! ¡No te burles de mi dolor!—¡Berta!—¿Te hablaba de mí?

Mary no tuvo fuerzas para contestar de viva voz, é hizo con la cabeza una seña afirmativa. Berta respiró con fuerza, y pasándose repetidas veces la mano por la frente, contestó:

—Mary, lo que acabas de decir me parece tan extraño, tan inverosímil, que necesito que me lo jures para creerlo.—Todo lo que quieras, hermana mía, respondió Mary deseosa de poner una valla insuperable entre su corazón y su amor.—Júrame que no amas á Michel, ni él á tí; júralo por el sepulcro de nuestra madre.—Por el sepulcro de nuestra madre te juro, dijo resuelta y solemnemente Mary, que jamás seré suya.

Y arrojóse á los brazos de su hermana buscando en sus caricias la recompensa de tan grande sacrificio, sacrificio cuya magnitud habría conocido Berta en las descompuestas

facciones de su hermana si la noche no hubiese envuelto á las dos en su oscuro velo.

Serenóse Berta al oír este juramento, y suspirando blandamente como si su corazón se libertara de un enorme peso, respondió:

—¡Gracias, mil gracias! bajemos.

Mary supo hallar un pretexto para ir á su aposento, y encerróse en él para orar y llorar á sus anchas.

Los moradores del castillo aun no se habían levantado de la mesa, y cuando Berta atravesó el vestibulo para pasar al salón, oyó su ruidosa conversación; no entró en el comedor, fuese en derechura al salón, y vió en él al notario hablando con el barón Michel, á quien trataba de persuadir de que volviese á la Logerie: mas tan elocuente era el silencio del mancebo, que el señor de Lorient habló en balde durante media hora, hasta agotar todos sus argumentos. De seguro no se encontraba en menor embarazo el joven Michel, pues recibió con tanto gozo á Berta, que se dirigió presuroso á ella, deseando saber en qué había parado la escena de Berta y su hermana; pero no quedó poco sorprendido cuando Berta le tendió la mano apretándole la suya con efusión. La joven había interpretado de distinto modo el movimiento del barón, y su buen humor se había trocado en regocijo. Se alegró Michel tanto de este cambio, que recobró la palabra y dijo por último al señor Lorient:

—Contestad á mi madre, caballero, que el hombre de corazón encuentra en sus opiniones políticas verdaderos é imprescindibles deberes, y que sabré morir si es preciso para cumplirlos.

¡Pobre mozo! ¡Confundía el deber con el amor!

### XXXIV

#### LOS DUENDES DEL GENERAL

Las dos de la madrugada serían cuando el marqués de Souday invitó á sus huéspedes á pasar al salón, á lo cual accedieron con el buen humor y la afabilidad que producen

siempre una excelente comida, un amable anfitrión y un buen apetito satisfecho, mayormente habiendo animado los intervalos del banquete una alegre y animada conversación.

De seguro no tuvo el marqués otro intento al proponérselo que el de cambiar de atmósfera, pues al levantarse mandó á Rosina y á la cocinera que le siguiesen llevando algunas botellas de licores y los vasos necesarios, para acabar dignamente en el salón aquel improvisado festín. Salió pues del comedor talareando la canción de *Ricardo Corazón de León* y aparentando no oír al general que le contestaba con el estribillo de la *Marsellesa*, canto revolucionario que los nobles artesones del castillo de Souday oirían por vez primera; y después de llenar los vasos disponíase á empezar de nuevo una interesante discusión á propósito del tratado de Saunais, cuando el general le señaló el reloj, contestándole que sin duda quería adormecer á sus enemigos en las delicias de Cápua; mas tomando el marqués la chanza con exquisito tino y *do-naire*, apresuróse á acceder á los deseos de sus huéspedes á quienes acompañó á sus respectivos aposentos retirándose después al suyo.

Animado y belicoso por demás estaba el buen marqués con la conversación que aquella noche había tenido, y su mente acalorada no soñó más que combates. Imaginóse que se encontraba en una descomunal batalla en cuya comparación eran las de Borfou, de Laval y Saumur juegos de chiquillos, y que en medio de una granizada de balas y metralla llevaba su división al asalto de un fortísimo reducto, cuando al clavar en él la bandera blanca con gran espanto y admiración de sus enemigos, de súbito le despertaron algunos golpes que con más fuerza que discreción daban en la puerta de su aposento. Tal era la embriaguez que le embargaba los sentidos, que aquel ruido le pareció al buen hidalgo el horrisono estampido del cañón; mas poco á poco fué disipándose la visión, abrió los ojos, y en lugar del campo de batalla lleno de destrozos y sembrado de cadáveres, encontróse acostado en su modesto lecho. En esto llamaron de nuevo á la puerta; frotóse los ojos, gritó «¡entrad,» y vió aparecer al general, á quien dijo con alegre acento:

—A buena hora llegáis; si hubieseis tardado dos minutos más, erais muerto.—¡Hombre!—Ni más ni menos: os hería de un mandoble.—¿Por supuesto que me quedaba el desquite? contestó el general tendiéndole la mano.—¡No fal-

facciones de su hermana si la noche no hubiese envuelto á las dos en su oscuro velo.

Serenóse Berta al oír este juramento, y suspirando blandamente como si su corazón se libertara de un enorme peso, respondió:

—¡Gracias, mil gracias! bajemos.

Mary supo hallar un pretexto para ir á su aposento, y encerróse en él para orar y llorar á sus anchas.

Los moradores del castillo aun no se habían levantado de la mesa, y cuando Berta atravesó el vestibulo para pasar al salón, oyó su ruidosa conversación; no entró en el comedor, fuese en derechura al salón, y vió en él al notario hablando con el barón Michel, á quien trataba de persuadir de que volviese á la Logerie: mas tan elocuente era el silencio del mancebo, que el señor de Lorient habló en balde durante media hora, hasta agotar todos sus argumentos. De seguro no se encontraba en menor embarazo el joven Michel, pues recibió con tanto gozo á Berta, que se dirigió presuroso á ella, deseando saber en qué había parado la escena de Berta y su hermana; pero no quedó poco sorprendido cuando Berta le tendió la mano apretándole la suya con efusión. La joven había interpretado de distinto modo el movimiento del barón, y su buen humor se había trocado en regocijo. Se alegró Michel tanto de este cambio, que recobró la palabra y dijo por último al señor Lorient:

—Contestad á mi madre, caballero, que el hombre de corazón encuentra en sus opiniones políticas verdaderos é imprescindibles deberes, y que sabré morir si es preciso para cumplirlos.

¡Pobre mozo! ¡Confundía el deber con el amor!

### XXXIV

#### LOS DUENDES DEL GENERAL

Las dos de la madrugada serían cuando el marqués de Souday invitó á sus huéspedes á pasar al salón, á lo cual accedieron con el buen humor y la afabilidad que producen

siempre una excelente comida, un amable anfitrión y un buen apetito satisfecho, mayormente habiendo animado los intervalos del banquete una alegre y animada conversación.

De seguro no tuvo el marqués otro intento al proponérselo que el de cambiar de atmósfera, pues al levantarse mandó á Rosina y á la cocinera que le siguiesen llevando algunas botellas de licores y los vasos necesarios, para acabar dignamente en el salón aquel improvisado festín. Salió pues del comedor talareando la canción de *Ricardo Corazón de León* y aparentando no oír al general que le contestaba con el estribillo de la *Marsellesa*, canto revolucionario que los nobles artesones del castillo de Souday oirían por vez primera; y después de llenar los vasos disponíase á empezar de nuevo una interesante discusión á propósito del tratado de Saunais, cuando el general le señaló el reloj, contestándole que sin duda quería adormecer á sus enemigos en las delicias de Cápua; mas tomando el marqués la chanza con exquisito tino y *do-naire*, apresuróse á acceder á los deseos de sus huéspedes á quienes acompañó á sus respectivos aposentos retirándose después al suyo.

Animado y belicoso por demás estaba el buen marqués con la conversación que aquella noche había tenido, y su mente acalorada no soñó más que combates. Imaginóse que se encontraba en una descomunal batalla en cuya comparación eran las de Borfou, de Laval y Saumur juegos de chiquillos, y que en medio de una granizada de balas y metralla llevaba su división al asalto de un fortísimo reducto, cuando al clavar en él la bandera blanca con gran espanto y admiración de sus enemigos, de súbito le despertaron algunos golpes que con más fuerza que discreción daban en la puerta de su aposento. Tal era la embriaguez que le embargaba los sentidos, que aquel ruido le pareció al buen hidalgo el horrisono estampido del cañón; mas poco á poco fué disipándose la visión, abrió los ojos, y en lugar del campo de batalla lleno de destrozos y sembrado de cadáveres, encontróse acostado en su modesto lecho. En esto llamaron de nuevo á la puerta; frotóse los ojos, gritó «¡entrad,» y vió aparecer al general, á quien dijo con alegre acento:

—A buena hora llegáis; si hubieseis tardado dos minutos más, erais muerto.—¡Hombre!—Ni más ni menos: os hería de un mandoble.—¿Por supuesto que me quedaba el desquite? contestó el general tendiéndole la mano.—¡No fal-

taba más! pero mucho me engaño ó la sencillez de mi aposento os ha sorprendido: sed franco. Sin duda hay mucha diferencia entre este cuarto dismantelado, este piso sin alfombras, y los lujosos aposentos donde moran los grandes señores de la corte; mas considerad que he pasado una tercera parte de mi vida en el campo y otra en la indigencia, y que este pobre lecho me parece bastante lujoso para mi ancianidad. Pero veamos qué os trae tan de mañana? pues de seguro no hay más de una hora que ha amanecido.—Vengo á despedirme de vos, querido huésped.—¡Tan pronto! mirad lo que son las cosas: siento que os marchéis y sin embargo ayer estaba bastante mal prevenido contra vos.—¿De veras? pues ¿por qué me ponéis tan buen semblante?—¿No habéis estado en Egipto? contestó riendo el marqués. ¿No habéis recibido jamás ningún balazo en un oasis verde y tranquilo?—Sí por cierto; allí es donde los árabes preparan sus más terribles emboscadas.—Pues me acuso de haber sido anoche algo árabe, y creed que lo hago sinceramente, pues siento un verdadero pesar de ver que nos abandonéis tan pronto.—¿Será porque aun no me habéis enseñado el paraje más misterioso de vuestro oasis?—No, sinó porque vuestra franqueza, y vuestra lealtad, y los peligros que juntos hemos corrido, bien que en opuestos campos, me han inspirado por vos, sin saber cómo y de repente, un sincero y profundo afecto.—¿A fe de caballero?—A fe de caballero y de soldado.—Pues franqueza por franqueza, os contestaré en los mismos términos. Yo esperaba encontrar en este castillo á un viejo emigrado lleno de mal humor, de góticas preocupaciones y de polvo.—Ya habéis visto que un viejo hidalgo puede estar polvoriento sin tener preocupaciones.—He visto un corazón franco y leal, un carácter amable, un humor jovial y unas maneras que no por eso son menos aristocráticas, lo cual ha acabado por captaros el aprecio de este regañón y curtido veterano.—Mucho me huelgo de ello, general. Voy á hablaros sin doblez; ¿queréis quedaros hoy aquí?—Es imposible.—Palabras son esas que no admiten réplica; pero prometedme al menos que volveréis cuando se hagan las paces si los dos estamos aún en este mundo.—¿Cómo las paces! ¿Estamos pues en guerra? preguntó riendo el general.—Estamos entre la paz y la guerra.—Ya, en el justo medio.—¿Citémonos entonces para después del justo medio?—Bueno, os doy mi palabra.—Yo acepto.—Vamos claros, dijo

el general tomando una silla y sentándose á los piés de la cama.—Corriente; pase por una vez.—Si no me engaño, sois aficionado á la caza.—Sobre toda ponderación.—¿A cuál?—A todas.—Ya, pero ¿cuál preferís?—La del jabalí, porque me recuerda la caza de los azules.—Gracias.—No hay de qué: los azules y los jabalíes se parecen en el golpe de gracia.—Y qué me decís de la caza del zorro?—¡Pés! contestó el marqués avanzando desdeñosamente el labio inferior como un príncipe de la casa de Austria.—Pues os juro que es una hermosa caza.—Esa la dejo yo para Juan Oullier, que tiene un instinto maravilloso y una paciencia sin igual para esperarlos al acecho.—Y... decid, marqués: ¿ese Juan Oullier no acecha más que zorros?—Sí, por cierto, creo que se dedica á todas las cazas habidas y por haber.—¿Creeríais, marqués, que se me ha antojado tomar afición á la caza del zorro?—¿Por qué?—Porque no hay ningún país tan idóneo para ello como Inglaterra, y barrunto que los aires de aquel país os convendrían muchísimo tanto á vos como á vuestras hijas.—¿De veras? contestó el marqués sentándose en el lecho.—Y muy de veras.—¿Es decir que me aconsejáis buenamente que emigre por segunda vez? Gracias.—Si emigración llamáis á un viajecito de recreo, convengo en ello.—Ya conozco yo esa clase de viajes, querido general, y en verdad os digo que preferiría dar la vuelta al mundo, pues por lo menos sabría el punto de partida y el día del regreso. Además tengo que deciros una cosa....—¿Y es?—Que como habréis observado ayer y esta mañana, tengo á pesar de mi edad un razonable apetito, y os aseguro que jamás he sufrido la menor indigestión.—¿Qué queréis decir con eso?—Que esa maldita niebla inglesa siempre se me ha indigestado.—Entonces id á Suiza, á España, á Italia ó adónde se os antoje; pero salid de Souday, de Machecul, en una palabra, de la Vendée.—¡Hola, hola! ¿Con que según eso estamos comprometidos?—Si no lo estáis todavía lo estaréis dentro de poco.—¡Acabáramos con ello! exclamó el viejo hidalgo sumamente gozoso imaginando que la iniciativa del gobierno decidiría por último á sus correligionarios á tomar las armas.—Nada de bromas, contestó seriamente el general; si sólo escuchase la voz de mi deber, tendríais dos centinelas á la puerta y un oficial sentado en la silla que yo ocupo.—¿Cómo! exclamó el marqués algo formalizado.—Ni más ni menos; mas comprendo que á vuestra edad y acostumbrado como estáis á la vida

activa y al aire del campo, sufriríais mucho en el estrecho recinto de la cárcel que los señores golillas os darían por morada.—¿Y no creéis que esta indulgencia pueda comprometeros?—No me faltarán excusas. Un anciano gastado y casi impedido, no puede ser muy peligroso.—¡Gastado, casi impedido! exclamó el marqués sacando de la cama sus huesosas piernas; no sé cómo no he descolgado ya una de esas espadas, y no os propongo jugar el desayuno á la primera estocada, como lo hacíamos cuarenta y cinco años atrás, cuando yo era paje.—Dejáos de tonterías, pues si me probáis que me he equivocado, me pondréis en la dura precisión de llamar á los soldados.

Al decir esto se puso en pié el general, y el marqués contestó inmediatamente:

—¡Nó, cáspita, nó! soy gastado, impedido, no á medias, sino del todo; soy todo lo que queráis que sea.—Enhorabuena.—Veamos, ¿cómo y por quién estoy comprometido?—Por vuestro criado Juan Oullier.—¡Cómo!—Elcazador de zórrros.—Estoy.—Vuestro criado Juan Oullier, y por cierto que no os lo conté anoche creyendo que lo sabríais como yo, se ha puesto á la cabeza de una gavilla de facciosos, tratando de detener á la columna que venía al castillo, y en diversos encuentros nos ha hecho perder tres hombres, sin contar el que yo mismo he muerto, y que según presumo es de estos alrededores.—¿Cómo se llamaba?—Francisco Tinguy.—¡No levantéis tanto la voz, general! su hermana está aquí; es la muchacha que nos ha servido en la mesa, y hace muy poco tiempo que han enterrado á su padre.—¡Ah! ¡cargue el infierno con la guerra civil! Yo había cogido á ese Juan Oullier, y ha logrado escaparse.—Confesad que ha obrado como debía.—Sí, pero procure no caer otra vez en mis manos.—Perded cuidado, ahora os respondo de él.—Mejor, pues con él no sería tan indulgente; no me ha hablado de la gran guerra como vos.—Sin embargo, la hizo conmigo, y con singular bizarría, os lo aseguro.—Razón más, por reincidente.—En verdad, general, no veo qué relación puede haber entre mi conducta y la de mi guarda.—Ayer me hablasteis de los duendes que os contaron cuánto hice de las siete á las diez de la noche, y yo os digo á mi vez que también tengo duendes y tan buenos como los vuestros.—Lo dudo.—Sin embargo, me han contado cuánto se hizo en vuestro castillo en el día de ayer.—Veamos, contestó con incredulidad el

marqués, os escucho.—Anteayer recibisteis en el castillo á dos personas.—Veo que dais más de lo que prometéis; habíais ofrecido relatarme lo que ayer aconteció, y empezáis por anteayer.—Esas dos personas eran un hombre y una mujer.

Aquí hizo el marqués un gesto negativo.

—Bueno; supongamos que fuesen dos hombres, bien que uno de ellos sólo tenía de tal el traje.

Calló el marqués, y añadió el general:

—Uno de esos personajes, esto es, el más bajo, pasó todo el día en el castillo; el otro recorrió estos alrededores citando para la noche á varios hidalgos, cuyos nombres podría citaros, como por ejemplo os cito el del marqués de Bonneville.

El marqués no desplegó los labios pues habría sido preciso cantar de plano ó mentir; pero haciendo un esfuerzo contestó:

—¿Qué más?—Esos hidalgos han acudido todos, y han tratado diversas cuestiones, que no se encaminaban por cierto á la prolongación ni á la prosperidad del gobierno de julio.—Hasta aquí no veo delito alguno.—No hay ningún delito en recibir á esos vecinos; mas sí en que tengan un conciliábulo para tratar de un alzamiento.—¿Qué pruebas hay de ello?—La presencia de los dos forasteros, uno de los cuales, el más bajito, el rubio ó la rubia, que llevaba una peluca negra, era nada menos que la princesa María Carolina, á quien vos llamáis regente del reino, ó sea S. A. R. la duquesa de Berry, como soléis llamarla cuando no la designáis con el nombre de Petit-Pierre.

Esas palabras del general fueron un rayo de luz para el marqués, quien no cabía en sí de gozo á la idea de haber recibido en su castillo á la duquesa de Berry; mas como en este mundo no hay alegría completa, hubo de reprimir su júbilo preguntando:

—¿Qué más?—A lo mejor de vuestra conversación se os presentó un mancebo á quien nadie hubiera creído de los vuestros, dándoos aviso de que venía tropa al castillo; y entonces, no lo neguéis, señor marqués, porque estoy seguro de ello; entonces vos opinasteis por la resistencia, y adoptándose luego el parecer contrario, vuestra hija la morenita....—Berta.—La señorita Berta tomó una luz y salió seguida de todos menos vos, señor marqués, que sin duda tuvisteis por conveniente pensar en nosotros antes de nues-

tra llegada. Vuestra hija atravesó el patio, entró en la capilla, y tocando un resorte oculto en el altar y en la pata izquierda de un cordero, trató de abrir una puerta falsa, y no pudiendo lograrlo, cogió la campanilla del altar y apretó con ella el resorte, con lo cual se abrió la trampa, descubriendo una escalera que conduce á un subterráneo. Entonces la señorita Berta tomó dos cirios, encendiólos, y entregándolos á dos de los que la acompañaban, hizoles bajar la escalera á todos, cerró la puerta, y volvió acompañada de otra persona que se dirigió al parque. Hablemos ahora de los fugitivos. Al llegar estos al extremo del subterráneo que da á las ruinas del vetusto castillo que desde aquí se divisa, costóles algún trabajo abrirse paso por entre las piedras: uno de ellos cayó, y bajando por último al caminito hondo que rodea la cerca del parque, tuvieron una corta conferencia. Luego tres de ellos tomaron el camino de Nantes á Machecul, otros dos el atajo que conduce á Legé, y los dos últimos....—¡Diantre! ¿Sabéis que me estáis refiriendo un cuento azul?—Y vos me interrumpís en lo más interesante de la narración; el sexto se cargó á cuestras al séptimo, y así anduvieron hasta un arroyuelo que desagua en el arroyo que corre al pié del *sendero de las Cabras*; y os aseguro que ese fugitivo es el que tengo más deseos de alcanzar.—Os repito, general, que todo eso sólo ha pasado en vuestra imaginación.—Dejáos de cuentos, mi antiguo enemigo: ¿no sois capitán de lobería?—Sí.—Corriente. Cuando veis impresas en la tierra las huellas de un jabato, ¿os dejaríais convencer de que aquellas señales sólo han existido en vuestra imaginación? Todo eso lo he visto, marqués, ó mejor, lo he leído.—¡Poder de Dios! exclamó el marqués incorporándose para oír mejor; holgariame de saber de qué manera.—Voy á explicárosllo, pues aun nos queda media hora; mandad que nos suban un pastel y una botella de vino, y os lo contaré mientras nos desayunemos.—Bueno, pero con una condición.—¿Cuál?—Que vamos á hacerlo juntos.—¿Tan temprano?—El buen apetito no conoce horas.

El marqués saltó de la cama, púsose apresuradamente los pantalones, tocó la campanilla, mandó poner la mesa, y sentóse con aire interrogador ante el general, quien al verse en la precisión de probar lo que acababa de decir, empezó su narración en estos términos:

## XXXV

EN DONDE SE VE QUE LAS TELARAÑAS NO SON SOLAMENTE  
FATALES Á LAS MOSCAS

—Ante todo, querido marqués, dijo el general á manera de exordio, conste que no solicito me reveléis ningún secreto, pues tan convencido estoy y tan seguro de que han pasado las cosas como las voy á contar, que ni siquiera os preguntaré si yerro ó nó. Mi única pretensión es probaros, porque así lo exige mi amor propio, que tenemos en nuestro campo tan buenas confidencias como en el de los sediciosos.—Adelante, adelante, contestó el marqués con impaciencia y como solía contestar á Juan Oullier cuando le anunciaba haber levantado un lobo.—Ante todo procedamos con orden. Yo sabía que anteanoche había entrado en vuestro castillo el conde de Bonneville acompañado de un aldeanillo que tenía todas las trazas de una mujer disfrazada, que sospechamos nosotros ser la princesa. Al llegar aquí, os confieso que á pesar de vuesta ladina galantería, reparé dos cosas bastante singulares.—¿Cuáles?—La primera, que de los diez cubiertos que en la mesa había, los cinco tenían la servilleta arrollada, claro indicio de pertenecer á los huéspedes habituales del castillo, cosa que no dejaría de considerarse como una circunstancia atenuante si se formase causa sobre este negocio.—¿Por qué?—Porque si hubieseis sabido los verdaderos nombres de vuestros huéspedes, no habríais permitido que ellos mismos doblasen sus servilletas, pues los armarios del castillo de Souday no están tan faltos de ropa blanca para que la señora duquesa de Berry no pueda tener servilleta limpia á cada comida; por manera que casi estoy por creer que la supuesta rubia disfrazada con peluca negra, era un mancebo trigueño.—Seguid, seguid, replicó el marqués mordiendo los labios despedido al ver la perspicacia y al oír el sarcasmo del general.—Luego, aquellas cinco servi-

lletas dobladas me probaron que la comida no se había preparado para nosotros como tratasteis de hacernos creer, sinó que nos regalabais con el festín preparado para el señor de Bonneville y su compañero, que á la cuenta no creyeron oportuno compartirlo con nosotros.—¿Y la segunda observación?—La segunda consiste en que la señorita Berta, á quien tengo por una joven muy fina y aseada, cuando tuve el honor de serle presentado, llevaba encima una porción de telarañas, cosa que me extrañó tanto más, cuanto que hasta las llevaba en su hermosa cabellera.—¿Y qué dedujisteis de eso?—Que como no podía haber adoptado por coquetería un peinado tan singular, forzosamente tenía que haberlo motivado una causa muy extraña, y lleno de curiosidad he recorrido esta mañana todo el castillo hasta dar con el sitio donde más abundaban los tejidos de tan laborioso insecto.—¿Y lo habéis encontrado?—Sí á fe, y por cierto que no honra sobremanera lo que he observado á vuestros sentimientos religiosos, pues he visto en la puerta de vuestra capilla muchas arañas que con laudable laboriosidad estaban reparando el destrozo de la noche pasada, sin duda confiadas en que no volvería á suceder.—Convenid, general, en que esos indicios son bastante vagos.—Corriente; pero vago es también el husmear de vuestro sabueso, y sin embargo no dejáis de seguir sus huellas.—Es verdad.—Y tanto que algunas he descubierto yo en vuestros senderos, donde entre paréntesis no sobra la arena.—¿Y dónde no hay huellas?—No las hay en todas partes en número igual al de los actores del drama misterioso que yo estaba presenciando, y por añadidura, huellas de gente que corre precipitadamente.—¿En qué habéis conocido que corrían?—En que pisaban más con la punta que con el talón, y la tierra era rechazada en dirección inversa á la que seguían los pies. ¿Qué os parece, señor lobero?—Magnífico, contestó el marqués con aire de inteligencia.—Luego he examinado las pisadas una por una: las había de hombre y de diversas formas, como botas, borceguies, zapatos claveteados, y entre todos, un pie femenino diminuto y delicado, capaz de matar de envidia á todas las andaluzas desde Córdoba hasta Cádiz, á pesar del zapato con clavos que le contenía.—Adelante, adelante.—¿Por qué?—Porque si os detenéis un poco más en esa descripción, vais á enamoraros del tal zapato.—Mucho me holgara de tenerlo en mi poder; pero á su tiempo maduran las brevas. Las huellas de

lodo habían manchado los escalones y las baldosas de la capilla, y además encontré junto al altar y al rededor de un pié primorosísimo que juraría ser el de la señorita Berta, innumerables gotas de cera. Como precisamente en la parte exterior de la puerta había también otras manchas iguales y en dirección vertical á la cerradura, deduje que vuestra hija llevaba la luz, y al inclinarse para abrir la puerta con la mano izquierda, había derramado aquellas gotas de cera en el suelo. Por otra parte, el destrozo causado en las telarañas, y sus restos que en el peinado llevaba, acabaron de probarme que ella fué en efecto quien franqueó el paso á los fugitivos.—Seguid.—Lo demás poco vale: sólo he notado que estos pasos se detenían ante el altar, que el cordero pascual tenía una pata rota dejando descubierto un botoncito de acero que me indicó un resorte, mas al querer abrirlo, he tenido que luchar gran rato, como la señorita Berta, que por más señas se ha lastimado los dedos, manchando de sangre la madera. Como ella también, he buscado un cuerpo duro para lograr mi intento, é imitándola en esto como en todo, he cogido la campanilla del altar, que además de la señal de haber servido la víspera para lo mismo, tenía otra mancha de sangre.—¡Bravo! exclamó el marqués cuyo interés aumentaba á medida que iba prolongándose la narración de su interlocutor.—Excuso deciros, añadió el general, que entonces he bajado al subterráneo, donde los piés de los fugitivos estaban claramente impresos en la arena, y al salir de allí atravesando las ruínas, he notado que uno de ellos había caído, pues ví una gran mata de ortigas rota y magullada, como si la hubiesen magullado y roto con la mano, cosa que no se habrá hecho por gusto, atendida la índole nada suave de semejante vegetal. En un ángulo de las ruínas y frente á una puerta, había algunas piedras apartadas del lugar que ocupaban, y en otra mata de ortigas pegada á la pared los dos cirios que se habían quitado del altar; por último, he vuelto á encontrar las huellas en el camino, y entonces las he clasificado del modo que acabo de designaros.—Eso no puede acabar así.—¿Por qué?—¿Quién os ha dicho que uno de los viajeros llevaba á otro en hombros?—Por lo visto, marqués, os habéis empeñado en dar sobrada importancia á mi perspicacia. El famoso piecécito del zapato claveteado, aquel brevísimo pié que tanto me desazona, había vuelto á aparecer en el subterráneo, luego en el camino

hondo que pasa junto á las ruinas en el paraje donde se han detenido para deliberar, cosa que se nota con lo removido que está el suelo, apareciendo de nuevo en dirección al arroyuelo, y desapareciendo de repente junto á una peña, que la lluvia debería haber lavado, y que por el contrario está manchada de lodo. Desde que he adquirido este último dato, he pensado que como no existen ya hipógrifos, no podía explicarse de otro modo semejante desaparición que como os lo acabo de referir. Además, las huellas del señor de Bonneville son desde aquel paraje mucho más profundas.—Os habéis olvidado una cosa.—No lo creo.—¿Cómo habéis sabido que el señor de Bonneville corrió todo el día para citar á los vecinos?—Vos mismo me dijisteis que no habíais salido de casa en todo el día.—¿Y qué?—Al ir á cerciorarme de si habían dado el pienso á mi Bucéfalo, he visto cubierto de lodo vuestro caballo, vuestro caballo favorito, según me ha dicho la guapa muchacha que ha cogido del diestro al mío, y por cierto que no habríais confiado vuestro caballo á un hombre que no os mereciese la mayor consideración.—Permitid que os haga otra pregunta.—Decid.—¿En qué os apoyáis al suponer que el compañero del señor de Bonneville sea la augusta persona que no há mucho habéis designado?—Primero, en que siempre se le hace pasar antes que á los demás, y luego en que se apartan las piedras para que pase.—¿Y conocéis en las huellas si una persona es morena ó rubia?—No; pero lo conozco en otra cosa.—¿En qué? será mi última pregunta, y si contestáis á ella.....—¿Qué?....—Nada, continuad.—Ya sabréis, querido marqués, que me habéis dispensado la honra de darme el mismo aposento que ayer ocupaba el compañero del señor de Bonneville.—No lo sabía; proseguid.—Honra á la cual os estoy sumamente reconocido. Mirad, ahí tenéis un hermoso peine de concha que he encontrado á los piés de la cama. Confesad, querido marqués, que es muy precioso para pertenecer á un aldeano, y además tenía y tiene aún algunos cabellos de un rubio oscuro que en nada se parece al rubio dorado de vuestra segunda hija, la única rubia del castillo.—¡General! exclamó el marqués tirando el tenedor y levantándose de un salto; hacedme prender una y cien veces si queréis; pero os doy palabra de honor de que no iré á Inglaterra.—¡Hola, hola! ¿Qué mosca os ha picado?—Habéis aguijoneado mi emulación; y terminada la campaña, cuando vengáis otra vez al

castillo de Souday, como me lo habéis prometido, nada podré contaros que valga lo que vuestra interesante narración.—Oid, mi bueno y antiguo enemigo, contestó el general, os he dado palabra de no prenderos esta vez, y la cumpliré por más que hagáis; pero os aconsejo en nombre de vuestras encantadoras hijas, que no obréis á la ligera, y que si no queréis salir de Francia, permanezcáis quieto en vuestro castillo.—¿Por qué?—Porque esos recuerdos de los tiempos heroicos que tanto os entusiasman, de recuerdos no pasan; porque esas nobles y grandes acciones que pensáis ver renacer, no las encontraréis en ninguna parte; porque las épocas de los grandes mandobles, de las santas abnegaciones y de las muertes sublimes han pasado para no volver. Fíad en mi palabra, también yo he conocido á aquella formidable Vendée por tanto tiempo no domada; con ella peleé gloriosamente en otro tiempo, y al volver la he buscado en vano. Creedme, marqués, son pocos los jóvenes que se atreverán á arrostrar los peligros de una lucha exterminadora, y no muchos los ancianos que tengan por un deber en 1832 lo que tal creyeron en 1793: será una lucha desigual, y por lo tanto insensata.—Esta insensatez la hará más gloriosa, exclamó el marqués olvidando en su exaltación la posición política de su interlocutor.—No, no será gloriosa, todo lo que va á suceder será pálido, mezquino, innoble en uno y otro bando: no veréis más que pequenezas y traiciones en nuestro partido, y en el vuestro miserias y egoístas transacciones, que os matarán á desengaños después de haberos respetado las balas de los azules.—Vos veis las cosas como partidario del gobierno, y no consideráis que tenemos amigos hasta en vuestras filas, y que á una voz que demos, se levantará el país en masa.

A estas palabras el general se encogió de hombros y contestó:

—En nuestros tiempos, mi buen camarada, todos los azules eran azules, y blancos todos los blancos: vosotros no teníais amigos en nuestras filas, ni nosotros en las vuestras, y por eso éramos igualmente fuertes, grandes y terribles. Decís que os bastará una voz para levantar la Vendée, ¿no es eso? pues yo sostengo que os equivocáis: la Vendée se dejó acuchillar en 1795 confiando en la palabra de un príncipe, y la Vendée está desengañada, porque el príncipe faltó á ella cobardemente. Los aldeanos han perdido la fe política

que levanta montañas humanas, haciéndolas chocar hasta anegarse en mares de sangre; han perdido la fe religiosa que engendra y perpetúa los mártires, del mismo modo que nosotros no podemos ya poseer el ardiente entusiasmo que sentimos un día por la libertad, por el progreso y por la gloria, que conmueven y empujan las viejas sociedades y producen los héroes. La guerra civil que nos amenaza, si llega á estallar, será una triste parodia, que dará la victoria á los ejércitos más poderosos y á los tálamos más repletos: pensadlo bien antes de decidiros.—Vos sois quien se equivoca, general; no nos faltarán soldados, nó, y además tendremos un caudillo cuyo sexo inflamará á los más pusilánimes acallando todas las ambiciones.—¡Pobre mujer! dijo el general con acento compasivo é inclinándose sobre su pecho el atezado rostro. Dentro de un rato será su más encarnizado enemigo; pero mientras estoy en este aposento, en terreno neutral todavía, dejad que admire su resolución, su arrojo y perseverancia, en una época que no es para las figuras de su talla. Han pasado ya los tiempos en que Juana de Montfort con sólo golpear el suelo con el pié hacía brotar millares de combatientes. Tened presentes estas palabras para repetirselas en ocasión oportuna: su noble y valeroso corazón no recibirá en premio de su energía y de la sublime elevación de sus sentimientos de madre y princesa, sinó indiferencia, ingratitud y perfidia. Y ahora, marqués, por última vez.....—Por última vez os repito lo que os dije al principiar nuestro diálogo.—Repetidlo.—No voy á Inglaterra.—Vamos, continuó el general mirando fijamente al marqués y poniéndole la mano en el hombro; aunque vendeano sois activo como un gascón; ya sé que vuestras rentas son reducidas..... ¡No hay porqué fruncir el entrecejo! dejadme acabar; ya podéis figuraros que nada os ofreceré que yo no aceptase en vuestro lugar. Digo, que vuestras rentas son reducidas, y que en este maldito país nó basta tenerlas, sinó cobrarlas. Si os falta dinero para pasar el canal, no soy rico, pues nó tengo más que mi sueldo, pero he logrado poner junto al corazón y á la espada algunos centenares de luises; eso viniendo de un camarada, puede muy bien aceptarse; ¿los queréis? Cuando llegue la paz, como vos decís, me los devolvéis.—Basta, basta, contestó el marqués, sólo me conocéis desde ayer, y me tratáis como si fuésemos amigos de hace veinte años.

El viejo vendeano se rascó la oreja, y dijo como hablando consigo:

—¿Cómo podré pagaros semejante solicitud?—¿Es decir que aceptáis?—Nó, nó; rehusó.—¿Pero partís?—Me quedo.—Entonces quedad con Dios, y él os tenga de su mano, contestó el general impaciente; ¡voto al infierno! si la casualidad nos coloca frente á frente, como hace treinta y seis años en Laval, os juro que os buscaré.—¡Pues y yo! Os prometo que os llamaré á grito herido; mucho me alegrara de enseñar á esos barbilampiños lo que eran los hombres de la gran guerra.—¡Ea! el clarín me llama; gracias por vuestra hospitalidad.—Hasta más ver, general, y gracias por la amistad que acabáis de demostrarme y de la cual espero probaros que participo.

Estrecháronse la mano los ancianos, saliendo el general de la estancia.

Vistióse el marqués, y desde la ventana vió desfilarse la columna que se encaminaba al bosque. A corta distancia mandó el general flanco derecho, detuvo el caballo, dirigió por última vez la vista á la morada de su nuevo amigo, hizo con la mano una señal de despedida, y desapareció. Después de un rato de seguir con los ojos á la partida que acababa de ocultarse en la espesura, retirábase el marqués de la ventana, cuando oyó que rascaban suavemente á una puertecilla de la alcoba que comunicaba con la escalera.

—¿Quién diablos será? preguntóse, y al abrirla apareció Juan Oullier. ¡Cómo! ¿eres tú? hoy empieza el día con favorables auspicios.

Así diciendo tendió las manos al viejo Juan, quien se las apretó con indecible expresión de respeto y reconocimiento; luego metió una en el bolsillo, y entregó á su amo una hoja de papel ordinario doblado á manera de carta. Tomólo el marqués y á medida que iba leyendo mostraba su semblante un gozo indecible.

—Juan Oullier, dijo en seguida, llama á las niñas, reúne á todo el mundo; mas nó, mejor será que á nadie llames, limpia la espada, las pistolas, la carabina, todas mis armas, y da un buen pienso á Tristán: va á empezar la campaña, querido Oullier, va á empezar en seguida. ¡Berta! ¡Mary! ¡Berta!—Señor marqués, contestó friamente Juan Oullier, ya la empecé ayer á las tres.

Al oír aquellos gritos acudieron presurosas las dos herma-

nas, Mary con los ojos inflamados y Berta radiante de alegría.

—Señoritas, dijo el marqués, venid, leed.  
Berta tomó la carta y leyó lo que sigue:

«Señor marqués de Souday.

»Conviene á la causa de Enrique V que anticipéis algunos días el alzamiento; reunid cuantos hombres resueltos podáis de vuestra división, y aprestaos á obrar cuanto antes.

»Me parece que dos amazonas no estarian de más en el ejército para estimular el amor propio de nuestros amigos, y de consiguiente, señor marqués, os suplico tengáis á bien darme vuestras dos bellas cazadoras por ayudantes de campo.

»Recibid, etc.

»PETIT-PIERRE.»

—«Es decir que partimos?» preguntó Berta.—¡Pues no, contestó el marqués.—Entonces, papá, permitidme que os presente un recluta.—Con mucho gusto.

Mary permaneció muda é inmóvil como una estatua; Berta salió y al momento volvió á entrar llevando de la mano á Michel.

—El señor barón Michel de la Logerie, dijo la joven acentuando este título, desea probaros que S. M. el rey Luis XVIII no se equivocó al conferirle la nobleza.

El marqués frunció las cejas al oír aquel nombre, mas luego procuró poner buen semblante y dijo:

—Observaré con interés los esfuerzos que el señor Michel haga para conseguirlo.

Y pronunció esta lacónica contestación en el mismo tono que habría empleado Napoleón la víspera de la batalla de Marengo ó de Austerlitz.

## XXXVI

DONDE EL PIÉ MÁS BREVE DE FRANCIA Y NAVARRA DEPLORA  
NO LLEVAR GALZADO DE AGUADOR.

Con permiso del lector retrocederemos algunas horas para seguir en su fuga al conde de Bonneville y á Petit-Pierre, que, como hemos visto, no son los personajes menos importantes de esta historia.

Justísimas eran las suposiciones del general, pues al salir del subterráneo los nobles vendeanos deliberaron en la hondonada acerca del camino que convenía tomar; Gaspar opinaba que debían andar juntos, no habiéndosele ocultado la emoción de Bonneville cuando Michel anunció la llegada de la columna, ni el importantísimo sentido de aquellas palabras del conde: «Ante todo salvemos á Petit-Pierre;» de suerte que desde entonces no cesó un punto de examinar el rostro del aldeanillo á la luz de los cirios, portándose con él de un modo reservado al par que altamente respetuoso, y tomando con calor la palabra en la deliberación.

—Habéis dicho, caballero, observó dirigiéndose al de Bonneville, que importa sobremanera á la causa que defendemos la salvación de la persona que os acompaña. Por lo tanto, me parece muy natural que le sirvamos de escolta, á fin de que si se presenta un peligro, lo cual es muy fácil, podamos protegerle con más eficacia.—Cierito, contestó el conde de Bonneville; mas ahora no se trata de pelear sinó de huir, y creo que la fuga será tanto más fácil cuanto menor sea el número de fugitivos.—Considerad, conde, dijo Gaspar frunciendo el entrecejo, que para una cabeza de veinte y dos años es mucho cargar con la responsabilidad de un depósito tan precioso.—Considero, contestó el conde con altivez, que mi adhesión es el único juez competente en esta materia, y que trataré de hacerme digno de la confianza con que se me ha honrado.

Petit-Pierre permanecía callado en medio del grupo, y

nas, Mary con los ojos inflamados y Berta radiante de alegría.

—Señoritas, dijo el marqués, venid, leed.  
Berta tomó la carta y leyó lo que sigue:

«Señor marqués de Souday.

»Conviene á la causa de Enrique V que anticipéis algunos días el alzamiento; reunid cuantos hombres resueltos podáis de vuestra división, y aprestaos á obrar cuanto antes.

»Me parece que dos amazonas no estarian de más en el ejército para estimular el amor propio de nuestros amigos, y de consiguiente, señor marqués, os suplico tengáis á bien darme vuestras dos bellas cazadoras por ayudantes de campo.

»Recibid, etc.

»PETIT-PIERRE.»

—«Es decir que partimos?» preguntó Berta.—¡Pues no, contestó el marqués.—Entonces, papá, permitidme que os presente un recluta.—Con mucho gusto.

Mary permaneció muda é inmóvil como una estatua; Berta salió y al momento volvió á entrar llevando de la mano á Michel.

—El señor barón Michel de la Logerie, dijo la joven acentuando este título, desea probaros que S. M. el rey Luis XVIII no se equivocó al conferirle la nobleza.

El marqués frunció las cejas al oír aquel nombre, mas luego procuró poner buen semblante y dijo:

—Observaré con interés los esfuerzos que el señor Michel haga para conseguirlo.

Y pronunció esta lacónica contestación en el mismo tono que habría empleado Napoleón la víspera de la batalla de Marengo ó de Austerlitz.

## XXXVI

DONDE EL PIÉ MÁS BREVE DE FRANCIA Y NAVARRA DEPLORA  
NO LLEVAR GALZADO DE AGUADOR.

Con permiso del lector retrocederemos algunas horas para seguir en su fuga al conde de Bonneville y á Petit-Pierre, que, como hemos visto, no son los personajes menos importantes de esta historia.

Justísimas eran las suposiciones del general, pues al salir del subterráneo los nobles vendeanos deliberaron en la hondonada acerca del camino que convenía tomar; Gaspar opinaba que debían andar juntos, no habiéndosele ocultado la emoción de Bonneville cuando Michel anunció la llegada de la columna, ni el importantísimo sentido de aquellas palabras del conde: «Ante todo salvemos á Petit-Pierre;» de suerte que desde entonces no cesó un punto de examinar el rostro del aldeanillo á la luz de los cirios, portándose con él de un modo reservado al par que altamente respetuoso, y tomando con calor la palabra en la deliberación.

—Habéis dicho, caballero, observó dirigiéndose al de Bonneville, que importa sobremanera á la causa que defendemos la salvación de la persona que os acompaña. Por lo tanto, me parece muy natural que le sirvamos de escolta, á fin de que si se presenta un peligro, lo cual es muy fácil, podamos protegerle con más eficacia.—Cierito, contestó el conde de Bonneville; mas ahora no se trata de pelear sinó de huir, y creo que la fuga será tanto más fácil cuanto menor sea el número de fugitivos.—Considerad, conde, dijo Gaspar frunciendo el entrecejo, que para una cabeza de veinte y dos años es mucho cargar con la responsabilidad de un depósito tan precioso.—Considero, contestó el conde con altivez, que mi adhesión es el único juez competente en esta materia, y que trataré de hacerme digno de la confianza con que se me ha honrado.

Petit-Pierre permanecía callado en medio del grupo, y

juzgando que había llegado ya el momento de intervenir, habló de esta manera:

—¡Cómo! ¿Será posible que el cuidado de proteger á un insignificante aldeanillo encienda la tea de la discordia entre los principales campeones de nuestra causa? Permitid que hable yo á mi vez, para deciros que esta no es ocasión de perder tiempo en discusiones inútiles. Ante todo, continuó con acento conmovido por el reconocimiento, os suplico que perdonéis el incógnito con que me he presentado á vosotros, á fin de conocer con certeza vuestras opiniones: Petit-Pierre las conoce ya, y la regente obrará en consecuencia. Ahora debemos separarnos; bastaráme un albergue cualquiera para pasar la noche, y el señor conde de Bonneville, que conoce el país á palmos, sabrá encontrarlo. —¿Cuándo podremos conferenciar con S. A. R.? preguntó Pascual inclinándose. — Cuando S. A. R. haya encontrado un palacio para S. M. proserita, Petit-Pierre os llamará, porque es incapaz de olvidar á sus amigos. — Petit-Pierre es un buen muchacho, exclamó alborozado Gaspar, y sus amigos le probarán que son dignos de él. — Adiós, amigos míos, dijo Petit-Pierre, ha cesado ya el incógnito, y me alegro infinito, Gaspar, de que vuestro corazón no haya dejado engañarse por él: démonos la mano como buenos camaradas, y separémonos, que ya es hora.

Todos besaron sucesivamente la mano que Petit-Pierre les presentaba, y luego desaparecieron en distintas direcciones, dejando á Bonneville y á Petit-Pierre solos en el camino.

—¿Y nosotros? preguntó éste á su compañero. — Nosotros vamos á tomar una dirección opuesta á la suya. — En marcha, pues. — Deteneos; antes preciso que vuestra alteza... — ¡Bonneville! olvidáis ya lo convenido. — Es cierto; perdónad, señora. — ¿Otra vez? ¡sois incorregible! — Es preciso que Petit-Pierre me permita llevarle en hombros. — Con mucho gusto; ahí tenéis una piedra que parece colocada ex profeso, acercáos.

Encaramóse Petit-Pierre, y púsosé á horcajadas sobre los hombros del conde.

—Lo hacéis á las mil maravillas, dijo éste echando á andar. — ¡Oh! es que en mi infancia tuve grande afición á jugar al paso. — Ya veis que siempre sirve para algo la buena educación. — Decid, conde, si podemos hablar. — Sí, por cierto. — Entonces, vos que sois chuan viejo me explicaréis

porqué voy sentada en vuestros hombros. — Curiosillo sois. — No lo creáis, pues he accedido á vuestro deseo sin chistar, á pesar de que esta postura es bastante crítica para una princesa de la casa de Borbón. — No veo yo tal princesa. — Es verdad, mas no me explicáis por qué he de privarme de correr á mi sabor privándoos también de hacerlo. — Preguntadle á vuestro pié porqué es tan diminuto. — Diminuto podrá ser, pero es firme, contestó Petit-Pierre como herido en su vanidad. — No lo niego; mas es muy pequeño para no ser conocido. — ¿Por quién? — Por los que van á seguirnos. — ¡Dios mío! exclamó Petit-Pierre con burlona tristeza: ¿quién había de decirme que en alguna ocasión sentiría no tener el pié de la duquesa de X?... — ¡Pobre marqués de Souday! ¿qué pensaría al oiros hablar de los piés de las duquesas él que tanto se admiraba de vuestro conocimiento de la corte? — ¿No le dije que había sido paje? Ya comprendo que no queréis que se conozcan mis huellas; mas como no siempre podremos viajar así, este maldito pié encontrará tarde ó temprano algún sitio donde estamparse. — Descuidad, vamos á despistar los perros, siquiera por un rato. Dicho esto dirigióse el joven á la izquierda, donde se oía el murmurio de un arroyo. — ¿Qué hacéis? preguntó Petit-Pierre. — ¿Adónde vais con agua hasta las rodillas? — Dejadme hacer; trabajo les mando si quieren seguirnos. — ¡Bravo! debíais haber nacido en una selva virgen ó en la soledad de las pampas: si necesitan una huella para encontrarnos, difícil será que puedan dar con esta. — No lo toméis á broma, nuestro perseguidor está acostumbrado á todas estas tretas: ha peleado en la Vendée, en los tiempos en que Charrette casi solo tenía á raya á todos los azules. — ¡Mejor que mejor! dijo alegre Petit-Pierre; siempre da gusto luchar con enemigos de valer.

A pesar de esta exclamación, Petit-Pierre quedó pensativo en tanto que Bonneville continuaba luchando con los guijarros y las ramas atravesadas en la corriente que le impedían el paso. Así continuó andando bastante espacio por el lecho del arroyo. Entonces torcía este mezclando sus aguas con las de otro más caudaloso, que era el que corría al pié del *sendero de las Cabras*; mas pronto llególe á Bonneville el agua á la cintura, y vióse precisado á invitar á Petit-Pierre á que se sentase sobre su cabeza, si quería ahorrarse un molesto pediluvio. Como el álveo iba profundizándose cada vez más, vióse por último obligado á saltar á la orilla y á

seguir andando por ella. Desgraciadamente los dos fugitivos huyeron de Scila para dar en Caribdis, pues la ribera estaba cubierta de maleza acabando por obstruirles el paso, y Bonneville tuvo que apearse á Petit-Pierre, recomendándole que no le siguiese; mas á pesar de la frondosidad de los espinos y de la oscuridad de la noche, penetró osadamente en el soto, avanzando hacia la derecha con la habilidad de los prácticos en la vida de los bosques. Esta táctica le valió, pues á los cincuenta pasos encontró una vereda.

—Me alegro, dijo al verla Petit-Pierre; aquí por lo menos podremos andar.—Y sin dejar huellas, respondió Bonneville hincando el pié en la roca.—¿Hacia donde vamos?—Ahora que hemos empezado á despistar á nuestros perseguidores, si los hay, podemos ir á donde mejor os plazca.—Ya sabéis que para la tarde de mañana he dado cita en la Cloutiere á nuestros amigos de París.—Podemos ir allá sin salir de los bosques, en donde siempre estaremos más seguros que en la llanura. Por un sendero que conozco iremos á la selva de Couvois, y de allí al gran Erial, á cuyo oeste se encuentra la Cloutiere, aunque no podremos llegar allí.—¿Por qué?—Porque para los rodeos que habremos de dar necesitamos seis horas, y es mucho andar para una noche; sin embargo, conozco un cortijo á una legua de la Benate, en donde seremos muy bien recibidos.—Adelante pues, ¿hacia dónde?—Yo os precederé: tomemos por la derecha.

Púsose en marcha Bonneville y siguióle su compañero. De vez en cuando el primero se detenía para reconocer el camino y para que descansase Petit-Pierre, anunciándole de antemano todos los accidentes del terreno con una precisión que indicaba que conocía la selva de Machecul.

—Ya veis, dijo de pronto deteniéndose, que evitamos todo lo posible los senderos trillados.—¿Por qué?—Porque en ellos se buscarán nuestras huellas.—¿Y éste es el más largo?—Y el más seguro.

Anduvieron luego diez minutos sin decir palabra, pasados los cuales Bonneville hizo alto cogiendo el brazo de su compañero.

—¿Qué pasa? preguntó este.—¡Silencio! ó hablad muy bajo.—¿Por qué?—¿Oís?—Nó.—Yo oigo voces.—¿En dónde?—Allí, á unos quinientos pasos de nosotros; y aun me parece ver luz entre el follaje.—Es verdad.—¿Qué podrá ser?—Eso digo yo.—¡Diantre!—Puede que sean carboneros.—

No es esta la época de hacer carbón, y dado que lo fuesen, no me atrevería á confiar en ellos.—¿No sabéis otro camino?—Sí tal.—¿Pues?—No quisiera tomarlo sinó en el último apuro.—¿Por qué?—Porque hay que atravesar un pantano.—¿Qué importa? ¡Si vos andáis por el agua como san Pedro!—¿Acaso no conocéis el pantano?—He cazado en él más de cien veces, pero....—Pero ¿qué?—Pero de día.—Pues si no queréis atravesarlo, arrostramos la hoguera de esas gentes: os confieso que no me vendría mal calentarme un poquito.—Quedaos aquí, mientras voy á ver quienes son.—Ya, pero...—Nada temáis.

Y Bonneville desapareció sigilosamente en las tinieblas.

### XXXVII

#### A BUENA HAMBRE NO HAY PAN DURO

Apoyóse entonces Petit-Pierre en un árbol, y en esta postura esperó callado, fijos los ojos y atento el oído, sin percibir más que una especie de murmullo hacia el lado de la hoguera. De pronto relinchó un caballo, y casi al mismo tiempo percibióse un ligero ruido en la maleza, apareciendo después una sombra. Era Bonneville que miraba á todos lados sin ver á su compañero: llamóle dos veces, y éste acudió dando un salto.

—¡Alerta! dijo arrastrándole el conde.—¿Qué sucede?—No hay que perder un momento; venid. Y echando á correr añadió: Era un vivac de cazadores. Si no hubiese habido más que hombres habría podido acercarme al fuego sin temor; mas un caballo me ha descubierto con su relincho.—Lo he oído.—Entonces ya comprenderéis que es cuestión de piernas.

Y silenciosos siguieron corriendo cerca de quinientos pasos por el bosque, y al llegar á la espesura dijo el conde á Petit-Pierre.

—Detenéos un instante para cobrar aliento mientras trato de orientarme.—¿Nos hemos extraviado? preguntó inquieto

Petit-Pierre.—Nó; estoy buscando un medio de evitar el maldito pantano.—Si pasando por él abreviamos camino, adelante.—Preciso será.—Pues guiad.

Echaron á andar en distinta dirección internándose en el soto, hasta que al cabo de diez minutos empezaron á aclararse los matorrales y á ser menos densa la oscuridad; encontrábanse entonces en el lindero del bosque, y oías ya el murmullo de los arbustos de la ribera agitados por el viento.

—¡Hola! exclamó Petit-Pierre, parece que ya hemos llegado.—En efecto; mas debo advertiros que este es el momento más crítico de nuestro viaje.

Sacó el conde del bolsillo una navaja que podía muy bien pasar por puñal, cortó un arbolillo, desmochólo y ocultó las ramas con sumo cuidado.

—Ahora, Petit-Pierre, es menester que os resignéis á cabalgar de nuevo sobre mis hombros.

Así se hizo, y ambos entraron en el agua, por la cual anduvieron con suma dificultad, pues aunque Bonneville tanteaba con el palo un vado que no existía, el lodo le llegaba á las rodillas, y con gran dificultad podía sacar los piés del cenagoso lecho cual si el pantano se negase á restituir su presa.

—¿Queréis que os dé un consejo? preguntó Petit-Pierre. Detúvose Bonneville y enjugóse el sudor. Si en lugar de chapuzar en el fango anduvieseis por aquellos juncos, me parece que avanzaríamos mejor.—Sin duda, pero también sería más visible nuestra huella. Un momento después añadió: No importa, tenéis razón.

Cambió el conde de dirección y encaminóse á los juncos, que con sus entrelazadas raíces habían formado una especie de islote en la superficie del agua. Después de probar el mancebo su solidez con el bastón, saltaba del uno al otro; mas como el peso de Petit-Pierre disminuía notablemente su ligereza, resbalaba muy á menudo, y viendo por último que de aquel modo no tardarían en agotarse sus fuerzas, rogó á su compañero que bajase por un instante.—Estáis cansado, pobre Bonneville. ¿Es muy largo este pantano?—Nos faltan todavía doscientos ó trescientos pasos; después llegaremos pronto á la vereda de la Benate que nos conducirá directamente al cortijo donde debemos pernoctar.—¿Podréis ir hasta allí?—Así lo espero.—¡Dios mío! ¡cuánto daría por poder llevaros á mi vez ó por lo menos andar á

vuestro lado! Estas palabras reanimaron al conde, quien, renunciando á su segundo sistema, volvió á andar por el lodo, el cual cada vez era más movedizo. De pronto Bonneville resbaló, hundióse y vióse casi completamente cubierto de agua. Entonces exclamó:

—Si me hundo del todo, hacéos á la derecha ó á la izquierda; los pasos peligrosos nunca son anchos.

Hizose en efecto á un lado Petit-Pierre, nó para salvarse sino para librar de su peso á Bonneville, y con el corazón oprimido y los ojos preñados de lágrimas al ver aquel rasgo sublime de abnegación, dijo:

—¡Amigo mío! pensad en vos, lo quiero, lo mando.

El agua llegaba ya á la cintura del conde, quien felizmente pudo apoyar el bastón en los juncos, y ayudado de Petit-Pierre logró salir del apuro. Un rato después el terreno fué ya más sólido, dibujóse claramente en el horizonte la línea sombría de los bosques, y los fugitivos llegaron á la orilla del estanque.

—¡Gracias á Dios! exclamó Bonneville.—Para siempre sea loado, amén; añadió Petit-Pierre al notar que su compañero tocaba ya firme; estaréis estropeado.—Estropeado, nó; pero algo cansado.—¡Dios mío! ¡pensar que no tengo para reanimaros ni siquiera la calabaza del soldado y del peregrino, ni el mendrugo del mendigo!—No saco yo las fuerzas del estómago.—¿De dónde pues? me gustaría saberlo.—¿Tenéis apetito?—No me disgustaría comer algo.—Ahora me hacéis sentir una necesidad que aun no había experimentado.

Echóse á reír Petit-Pierre, y chanceándose para animar á su compañero, le dijo:

—Bonneville, llamad al ujier y participad á los gentiles-hombres de mesa y boca que deseo comer una de esas aves que há poco he oído chillar á nuestro paso.—S. A. R. está servida, dijo el conde hincando la rodilla y presentándole sobre la copa del sombrero un objeto que aquella cogió precipitadamente, exclamando luego:—¡Pan! pan bazo.—De noche todos los gatos son pardos.—Pan duro, muy durísimo.—A buen hambre no hay pan duro.

Y Petit-Pierre empezó á morder con ahinco aquel mendrugo que había estado secándose durante dos días en el bolsillo del conde. De pronto dijo:

—¿No es verdad que desespera pensar que el general

Dermoncourt está despachando nuestra cena en el castillo de Souday? Pero perdonad, mi querido guía, me olvidaba ofreceros la mitad de mi cena.—Gracias, mi apetito no llega hasta el punto de comer guijarros, pero en cambio de vuestro ofrecimiento, voy á enseñaros un modo de ablandarlos.

Al terminar esas palabras cogió el pan, lo hizo á pedacitos, fué á remojarlos á una fuente que cerca de allí había, ofreciéndolo luego á su hambriento camarada.

—En verdad os digo, observó éste, que de veinte años á esta parte no he cenado con tanto gusto: os nombro mi mayordomo.—Y yo, contestó el conde, vuelvo á ser vuestro guía. Dejémos de regalos como ese, y sigamos andando.—Pronto estoy, dijo Petit-Pierre levantándose alegremente.

Atravesaron el bosque, y al cabo de media hora llegaron á la orilla de un arroyo para cuyo vado trató de emplear Bonneville su sistema acostumbrado; mas al primer paso, llególe el agua á la cintura, al segundo al cuello, y viéndose arrastrado por la corriente, cogió la rama de un árbol, y volvió á la orilla para buscar un paso. Entonces vió un árbol que el viento había derribado de una á otra orilla, y dijo á su compañero:

—¿Os atreveríais á pasar por ahí?—Si vos lo hacéis también lo haré yo.—Vamos, dijo el conde saltando sobre el árbol, andad con tiento.—¿Queréis que os siga?—Aguardad: os daré la mano.—Héme aquí.... ¡Dios mío! ¡cuánta habilidad se necesita para andar por el campo! jamás lo hubiera dicho.—No habléis, no os distraigáis por Dios. Esperad un momento: voy á cortar una rama que os estorbaría.

Al inclinarse el conde para ejecutarlo, oyó á sus espaldas un débil quejido, y el rumor de un cuerpo que caía al agua. Sin volverse ni siquiera pensarlo arrojóse al río temblando de emoción, y cogiendo la pierna de Petit-Pierre llegó nadando á la opuesta orilla. Su desgraciado compañero no hacía el menor movimiento; tomóle en brazos, acostóle en la hojarasca, le llamó repetidas veces y lo meneó en todos sentidos, pero Petit-Pierre permanecía mudo é inmóvil. Mesábase desesperado el conde los cabellos exclamando:

—¡Yo tengo la culpa! ¡Dios mío! esto es un justo castigo de mi orgullo; confié demasiado en mis fuerzas al responder

de él. ¡Dios mío! ¡mi vida por un suspiro, por un aliento suyo!

El aire fresco de la noche pudo más para volver los sentidos á Petit-Pierre que todas las lamentaciones de Bonneville, quien al ver que volvía en sí, y cuando ya hablaba de no sobrevivir á aquella cuya muerte había causado, exhaló un grito de alegría y cayó de rodillas ante Petit-Pierre que había comprendido sus últimas palabras.

—Bonneville, dijo éste, acabó de estornudar, y no me habéis dicho: ¡Dios os valga!—¡Viva! exclamó Bonneville.—Sí, viva, gracias á vos.—Pero calada hasta los huesos.—Sí, tengo llenos de agua los zapatos: os aseguro que me corre por el cuerpo de un modo desagradable.—Y no tenemos fuego ni con qué hacerlo.—Ya entraremos en calor andando; hablo en plural, porque debéis estar tan mojado como yo, como que habéis tomado tres baños.—No os cuidéis de mí: ¿podréis andar?—Sí por cierto, mas dejadme vaciar los zapatos.

Bonneville la ayudó en su tarea, le quitó la chaqueta, y después de retorcerla le dijo:

—Ahora, compañero, vamos á la Benate sin pérdida de tiempo.—Buena la hemos hecho al alejarnos de aquella hoguera, que ahora nos vendría de perlas.—Sin embargo, contestó desesperado Bonneville, no era prudente arriesgarlos.—Vaya, no toméis por lo serio mi reflexión. ¿Sabéis que vuestro carácter es particular? Ea, adelante: desde que he empezado á andar me parece que va secándose la ropa; dentro de diez minutos voy á sudar.

Bonneville echó á andar con tanta celeridad que Petit-Pierre á duras penas podía seguirle, y le llamaba algunas veces para recordarle que tenía el paso más corto; pero el conde en su turbación había equivocado sin duda la senda, y no acertaba á comprender cómo se había extraviado; detúvose varias veces mirando al rededor suyo, y luego volvía á andar con frenético ahinco. Por último Petit-Pierre alcanzóle corriendo y le dijo:

—¿Qué hay?—Que soy un menguado, pues confiando en mi conocimiento del país me he ofrecido á guiaros, y....—Y nos hemos extraviado.—Mucho lo temo.—Segura estoy de ello; hé aquí una rama que yo misma he cortado; hemos pasado por aquí muchas veces sin movernos de un círculo.—¡Ah! respondió Bonneville, ya comprendo la causa

de mi error.—¿Cuál?—Que al salir del agua estaba tan trastornado que lo he hecho por el mismo punto por donde habíamos venido.—¿De suerte, añadió Petit-Pierre soltando una carcajada, que de nada nos ha servido el baño que acabamos de tomar?—Señora, os ruego que no os chanceéis; vuestra alegría me traspasa el corazón.—Ya; pero á mi me hace entrar en calor.—¿Tenéis frío?—Un poco; mas no es esto lo peor.—¿Qué más hay?—Media hora há que no os atrevéis á confesar que nos hemos extraviado, y desde há una hora no me atrevo á confesaros que no puedo tenerme en pié.—¿Qué haremos? ¡medrados estamos!—¿Tendré que encargarme de vuestro papel para infundiros valor? Deliberemos: ¿cuál es vuestro parecer?—Que nos es materialmente imposible llegar esta noche á la Benate.—Pues ¿qué haremos?—Conviene llegar antes del amanecer á la alquería más próxima.—Corriente, pero ¿cómo nos orientamos?—No hay ninguna estrella en el cielo, ni luna siquiera.—Ni brújula, añadió zumbándose Petit-Pierre para infundir valor á su compañero.—¡Ah! ¡qué idea! ¡A las cinco de la tarde he visto por las veletas del castillo que el viento sopla al este.

Y así diciendo alzó el dedo mojado en saliva.

—¿Qué hacéis?—Una veleta: el norte está allí; siguiendo esta dirección llegaremos á la llanura por el lado de San Filiberto.—Ya; pero la dificultad está en andar.—¿Queréis que pruebe de llevaros en brazos?—Paréceme que bastante haréis con llevaros á vos mismo.

Hizo la duquesa un penoso esfuerzo para levantarse, pues durante este coloquio había estado sentada al pié de un árbol, y añadió:

—No temáis, ya domaré yo estas rebeldes piernas.

Dió en efecto cuatro ó cinco pasos; pero tan cansada estaba y sus miembros tan envarados por el baño que acababan de tomar, que vaciló cual si la hubiese dado un vahido, y estuvo á punto de caer al suelo. Bonneville se arrojó á sostenerla, en tanto que ella exclamaba:

—Dejadme, señor de Bonneville, dejad á este débil cuerpo que no sabe ponerse á la altura del alma que encierra. ¡Ah! ¡yo llegaré á vencerle! ¡yo le obligaré á sujetarse á mi voluntad!

Y echó á correr con tanta velocidad que su guía apenas pudo alcanzarle; pero esa última tentativa acabó de agotar

las fuerzas de Petit-Pierre, de suerte que al llegar el conde á su lado la encontró sentada con el rostro oculto entre las manos y llorando de rabia más que de dolor.

—¡Dios mío! exclamaba, ¿por qué me habéis encomendado la tarea de un gigante con las fuerzas de una mujer?

Entonces á pesar suyo Bonneville la tomó en brazos, y empezó á correr á su vez resonando en sus oídos las palabras que Gaspar le había dicho al salir del subterráneo, conociendo ser imposible que un cuerpo tan delicado resistiese á tan violentas emociones y que cada minuto que trascurría era un peligro más para su existencia; y resolviéndose á hacer cuanto estuviera á su alcance para salvar el precioso depósito que le habían confiado, corría desaladamente sin advertir que perdía el sombrero, sin pensar en las huellas que tras sí dejaba. Sólo sentía que el cuerpo de Petit-Pierre se estremecía convulso, haciéndole dar el frío diente con diente, y agujoneado por este ruido, como el caballo corredor cuyos bríos crecen con los gritos de la muchedumbre, corría desalado y frenético; mas ese vigor ficticio fué menguando gradualmente, las piernas se le doblaron á pesar suyo, la respiración fué haciéndose trabajosa, un sudor helado le inundaba la frente, el pulso le latía con violencia, turbábase la vista, y tropezando á cada paso hizo un esfuerzo sobrehumano y siguió corriendo como pudo hasta que Petit-Pierre gritó:

—¡Detenéos, os lo mando!—Nó, aun tengo fuerzas. ¿Como queréis que me detenga cuando llegamos al término de nuestro viaje y con otro esfuerzo puedo ponerlos en salvo? Mirad.

En efecto, distinguíase al extremo de la vereda una ancha faja rojiza que iba levantándose despacio en el horizonte, destacándose en ella algunas líneas negras con ángulos rectos que indicaban una casa. Clareaba, y habían llegado á la llanura; mas cuando Bonneville exhaló un grito de alegría al ver el fin de su vertiginosa carrera, se le doblaron las piernas, cayó de rodillas, y luego de espaldas, en tanto que Petit-Pierre se ponía en pié tratando en vano de levantarle. Bonneville llevó las manos á la boca sin duda para hacer la señal de los chuanes; pero faltóle aliento, y sólo tuvo fuerzas para decir á Petit-Pierre: Acordáos.... y se desmayó.

La casa que acababan de divisar distaba unos ochocientos pasos; por lo tanto decidióse Petit-Pierre á dirigirse á

ella é implorar auxilio para su compañero. Al doblar una encrucijada vió á un hombre y llamóle; mas como éste no volviese la cabeza, recordando Petit-Pierre el aviso y las lecciones de Bonneville, dió un grito semejante al del mochuelo. Detúvose al punto el hombre, y retrocedió dirigiéndose á Petit-Pierre, quien le dijo:

—Amigo mío, si queréis oro lo tendréis; pero antes ayudadme á salvar á un moribundo.

Y reuniendo todas las fuerzas que le quedaban echó á correr con la certeza de que el hombre le seguiría, llegóse á Bonneville que continuaba desmayado, y al levantarle la cabeza oyó la voz del desconocido que decía á sus espaldas:

—No necesito que me prometan oro para socorrer al señor conde de Bonneville. Miróle Petit-Pierre con más atención, y conociendo al guarda del marqués de Souday, exclamó en seguida:

—¡Juan Oullier! ¿Podríamos encontrar un albergue cerca de aquí?

El guarda contestó sin vacilar:

—No hay más que aquella casa en el radio de media legua.

Oullier pronunció esas palabras con visible repugnancia sin que petit-Pierre la notara.

—Es preciso que nos llevéis allí.—¿A aquella casa?—¿No son realistas sus habitantes?—No puedo responder de ello.

—Pongo nuestra vida en vuestras manos: ya sé que puedo fiar en vos.

Juan Oullier tomó en hombros á Bonneville todavía desmayado y de la mano á Petit-Pierre, encaminándose luego á la casa, que era la de José Picaut y su cuñada. Subió la escalera con tanta ligereza como si en vez de llevar á Bonneville sólo hubiese llevado su zurrón; mas al llegar al huerto, empezó á andar con cierta precaución. Todos dormían en la casa de José, aun cuando en el aposento de la viuda brillaba una luz, y veíase pasar muy á menudo una sombra por detrás de las cortinas. Juan Oullier vaciló un momento y luego dijo para sí:

—Bien considerado, lo mismo da. Y dirigióse resueltamente á la habitación de Pascual.

Abrió la puerta y vió al entrar el cadáver de Pascual tendido en la cama, entre dos cirios, y á la viuda orando junto á él. Al oír ésta el ruido de la puerta, se levantó, y Juan

Oullier sin soltar su carga ni la mano de Petit-Pierre la dijo:

—Viuda Pascual, esta noche os he salvado la vida en el sendero de las Cabras.

Miróle la viuda con extrañeza y como tratando de hacer memoria.

—¿No me creéis?—Sí, Juan; sé que sois incapaz de mentir.—Viuda Pascual, ¿queréis vengar á vuestro marido y enriqueceros al mismo tiempo?—¿De qué manera?—Ahí tenéis á la duquesa de Berry y al conde de Bonneville á quienes he encontrado casi muertos de hambre y de fatiga, que vienen á pedirnos un albergue.

Mirólos la viuda como asombrada y con grande interés, en tanto que Juan Oullier continuaba:

—Esta cabeza vale tanto oro como pesa: si la entregáis, vengáis á vuestro marido y seréis rica.—Juan Oullier, contestó la viuda con gravedad, Dios nos ha dado la caridad para todos, cualquiera que sea su alcurnia: han llamado á mi puerta dos infelices, y no los rechazaré; me piden asilo dos proscritos, antes se hundirá la casa que entregarlos.

Y con un sencillo ademán al cual imprimía la acción una grandeza sublime, añadió:

—Entrad todos, y bien venidos seáis.

En tanto que Petit-Pierre y Juan Oullier dejaban á Bonneville en una silla, díjole el guarda en voz baja:

—Señora, componéos los cabellos rubios que salen por debajo de vuestra peluca: lo que por ellos he adivinado y lo que acabo de decir á esa mujer, no conviene que lo sepan todos.

XXXVIII

IGUALDAD ANTE LA MUERTE.

Sobre las dos de la tarde de aquel mismo día salía Courtin de la Logerie so pretexto de ir á comprar en Machecul un bucy para la yunta, aunque en realidad su objeto era informarse de los acontecimientos de la noche anterior, los

ella é implorar auxilio para su compañero. Al doblar una encrucijada vió á un hombre y llamóle; mas como éste no volviese la cabeza, recordando Petit-Pierre el aviso y las lecciones de Bonneville, dió un grito semejante al del mochuelo. Detúvose al punto el hombre, y retrocedió dirigiéndose á Petit-Pierre, quien le dijo:

—Amigo mío, si queréis oro lo tendréis; pero antes ayudadme á salvar á un moribundo.

Y reuniendo todas las fuerzas que le quedaban echó á correr con la certeza de que el hombre le seguiría, llegóse á Bonneville que continuaba desmayado, y al levantarle la cabeza oyó la voz del desconocido que decía á sus espaldas:

—No necesito que me prometan oro para socorrer al señor conde de Bonneville. Miróle Petit-Pierre con más atención, y conociendo al guarda del marqués de Souday, exclamó en seguida:

—¡Juan Oullier! ¿Podríamos encontrar un albergue cerca de aquí?

El guarda contestó sin vacilar:

—No hay más que aquella casa en el radio de media legua.

Oullier pronunció esas palabras con visible repugnancia sin que petit-Pierre la notara.

—Es preciso que nos llevéis allí.—¿A aquella casa?—¿No son realistas sus habitantes?—No puedo responder de ello.

—Pongo nuestra vida en vuestras manos: ya sé que puedo fiar en vos.

Juan Oullier tomó en hombros á Bonneville todavía desmayado y de la mano á Petit-Pierre, encaminándose luego á la casa, que era la de José Picaut y su cuñada. Subió la escalera con tanta ligereza como si en vez de llevar á Bonneville sólo hubiese llevado su zurrón; mas al llegar al huerto, empezó á andar con cierta precaución. Todos dormían en la casa de José, aun cuando en el aposento de la viuda brillaba una luz, y veíase pasar muy á menudo una sombra por detrás de las cortinas. Juan Oullier vaciló un momento y luego dijo para sí:

—Bien considerado, lo mismo da. Y dirigióse resueltamente á la habitación de Pascual.

Abrió la puerta y vió al entrar el cadáver de Pascual tendido en la cama, entre dos cirios, y á la viuda orando junto á él. Al oír ésta el ruido de la puerta, se levantó, y Juan

Oullier sin soltar su carga ni la mano de Petit-Pierre la dijo:

—Viuda Pascual, esta noche os he salvado la vida en el sendero de las Cabras.

Miróle la viuda con extrañeza y como tratando de hacer memoria.

—¿No me creéis?—Sí, Juan; sé que sois incapaz de mentir.—Viuda Pascual, ¿queréis vengar á vuestro marido y enriqueceros al mismo tiempo?—¿De qué manera?—Ahí tenéis á la duquesa de Berry y al conde de Bonneville á quienes he encontrado casi muertos de hambre y de fatiga, que vienen á pedirnos un albergue.

Mirólos la viuda como asombrada y con grande interés, en tanto que Juan Oullier continuaba:

—Esta cabeza vale tanto oro como pesa: si la entregáis, vengáis á vuestro marido y seréis rica.—Juan Oullier, contestó la viuda con gravedad, Dios nos ha dado la caridad para todos, cualquiera que sea su alcurnia: han llamado á mi puerta dos infelices, y no los rechazaré; me piden asilo dos proscritos, antes se hundirá la casa que entregarlos.

Y con un sencillo ademán al cual imprimía la acción una grandeza sublime, añadió:

—Entrad todos, y bien venidos seáis.

En tanto que Petit-Pierre y Juan Oullier dejaban á Bonneville en una silla, díjole el guarda en voz baja:

—Señora, componéos los cabellos rubios que salen por debajo de vuestra peluca: lo que por ellos he adivinado y lo que acabo de decir á esa mujer, no conviene que lo sepan todos.

XXXVIII

IGUALDAD ANTE LA MUERTE.

Sobre las dos de la tarde de aquel mismo día salía Courtin de la Logerie so pretexto de ir á comprar en Machecul un bucy para la yunta, aunque en realidad su objeto era informarse de los acontecimientos de la noche anterior, los

cuales es fácil comprender que para el digno alcalde tenían un interés especialísimo.

Al llegar al vado de Pontarcy encontró á los mozos del molino que levantaban el cadáver del hijo de Tinguy, rodeados de algunas mujeres y niños que lo contemplaban con la curiosidad peculiar de su sexo y edad. Cuando el alcalde de la Logerie entró con su cabalgadura en el río, miráronle cesando como por ensalmo la animada conversación.

—¿Qué hay, muchachos? preguntó Courtin yendo en derechura al grupo.—Un muerto, contestó uno de los molineros con el laconismo propio del campesino vendeano.

Miró Courtin el cadáver, y viendo que llevaba uniforme dijo:

—A Dios gracias no es del país.

A pesar de sus opiniones filipistas el alcalde de la Logerie no consideraba prudente mostrar simpatías por un soldado de Luís Felipe.

—Os equivocáis, señor Courtin, contestó lacónicamente y con acento sombrío un hombre de chaqueta parda.

El tratamiento de señor que acababa de dársele con acento algo afectado, estuvo muy lejos de halagar al alcalde, pues sabía que en semejantes circunstancias, y en boca de un aldeano, más denotaba injuria ó amenaza que respeto; resuelto pues á ser muy circunspecto, contestó con acento suave:

—Sin embargo, me parece que lleva el uniforme de cazador.—¿Qué significa el uniforme? preguntó el aldeano. ¿No sabéis por ventura, vos que sois alcalde, que lo mismo entran en suerte nuestros hijos y hermanos que los demás?

Seguio á esas palabras otra pausa, y no pudiendo soportar Courtin aquel silencio, añadió:

—¿Se sabe el nombre de ese desgraciado?

Y el bellaco hacia inauditos é infructuosos esfuerzos para hacer brillar una lágrima en sus párpados. Todos permanecieron callados: el silencio era cada vez más significativo.

—¿Ha habido otras víctimas del país? He oído decir que se habían disparado muchos tiros.—No lo sé; como no sea aquella, contestó un aldeano señalando con el dedo el perro de Juan Oullier que yacía junto al río. Courtin se inmuto y dijo.—¿Aquel perro? si no hubiese otras víctimas que esa...—La sangre de un perro tiene también su valor; á buen seguro qué así lo creé su amo.

En seguida desapareció el que había pronunciado estas palabras, y los molineros siguieron andando. Las mujeres y los niños acompañaron el cortejo fúnebre orando en voz alta, y habiendo Courtin quedado solo en el camino, espoleó á su cabalgadura, y dijo:

—Para que Oullier me haga pagar esta cuenta, tendrá que deshacerse de los lazos con que lo he sujetado, y difícilmente lo veo.

En esto pasaba el alcalde de la Logerie junto á la cruz de la Berthaudiere, en la cual empezaba el sendero que conducía á la casa de Picaut, y entonces ocurriósele que nadie como Pascual podía ponerle al corriente de las cosas, pues la vispera había servido de guía á los soldados. Torció á la derecha y cinco minutos después entraba en la casa, en el dintel de cuya puerta encontró á José sentado y fumando sosegadamente. No cambió de postura al ver á Courtin, y como ya sabemos que este era perspicaz, aparentó no notarlo, y atando el caballo á una argolla de la pared, dijo á Picaut:

—¿Está en casa vuestro hermano?—Sí, está todavía. Parecióle á Courtin que su interlocutor había pronunciado esta última palabra con un acento singular. Picaut añadió en seguida:—¿Queréis que vuelva á guiar los soldados al castillo de Souday?

Courtin se mordió los labios sin contestar, diciendo para sus adentros:

—¿Por qué ese imbécil de Pascual habrá dicho á su hermano que yo le dí tal encargo? Hace veinte y cuatro horas que no puedo dar un paso sin hallar quién hable de ello.

Ese monólogo no le dejó observar que la puerta de la habitación de Pascual estaba cerrada por dentro contra la costumbre de los aldeanos, y cuando se la abrieron, retrocedió exclamando pasmado:

—¿Quién ha muerto aquí?—Vedlo, contestó la viuda. Courtin dirigió los ojos á la cama, y aunque el cadáver estaba cubierto con una sábana, todo lo adivinó.—¡Pascual! gritó horrorizado.—Creí que ya lo sabíais.—¿Yo?—Sí por cierto; vos habéis sido la causa de su muerte.—¿Yo? repitió Courtin, que recordando lo que José acababa de decirle comprendió que le convenía disculparse; os juro que hace más de ochó días que no he visto á vuestro difunto esposo.—No juréis; Pascual no jurará ni mentía jamás.—¿Quién

os ha dicho que le había visto? por Dios que me extraña la suposición.—No mintáis ante un muerto, señor Courtin, podriais arrepentiros de ello.—No miento, contestó tartamudeando el alcalde.—Salió de aquí para vuestra casa, y vos le hicisteis servir de guía á los soldados. Courtin hizo otro gesto negativo, y la viuda, mirando fijamente á una joven aldeana que estaba llorando en un rincón del aposento, añadió:—No creáis que trate de afeár vuestra conducta; su deber era apoyar á los que tratan de impedir que el país sea devastado otra vez por la guerra civil.—Ese era también mi objeto, contestó Courtin bajando de tal modo la voz que la aldeana del rincón apenas podía oírle; celebraría infinito que el gobierno acabase de una vez con todos esos nobles turbulentos que durante la paz nos insultan con su riqueza, y luego encienden la guerra para hacernos degollar como corderos. Ese es mi objeto, repito; pero es preciso no decirlo muy alto, pues esa gente es capaz de todo.—No podéis quejarnos si os atacan por la espalda, contestó la viuda con acento desdenoso, pues vos en cambio os ocultáis para atacarlos con más seguridad.—¡Diablo! cada cual hace lo que puede; no todos son valientes como vuestro difunto marido; mas os juro que le vengaremos.—Gracias, contestó la viuda con airado acento, no os necesito para eso; harto os habéis mezclado en los asuntos de esta pobre casa, y en adelante guardad para otros vuestra solicitud.—Como queráis. Yo apreciaba mucho á vuestro marido, y si alguna vez me necesitáis... Mas ¿quién es esa mozuela?—Una prima mía que ha llegado esta mañana de Port-Saint-Pere para ayudarme en el entierro de mi pobre Pascual.—¿De Port-Saint-Pere esta mañana? ¡Poder de Dios! mucho andar es.

La pobre viuda no estaba acostumbrada á mentir, y al ver que Courtin no caía en el lazo, le lanzó una colérica mirada; mas este contemplaba un traje de aldeano que estaba secándose á la chimenea, entre cuyas prendas había unos zapatos de forma muy elegante y una camisa de finísima batista, objetos no muy comunes en las chozas de los aldeanos.

—¡Hermosa tela! exclamó el alcalde al tocar su suave tejido; seguro estoy de que no lastima el cutis de la persona que la usa. La aldeana comprendió que ya era hora de ayudar á la viuda que estaba en ascuas y cuyo enojo crecía por instantes de un modo visible, y contestó:—Efectivamente, la he comprado en Nantes á un ropavejero para hacer cami-

sitas al sobrino de mi pobre primo.—Y habéis hecho muy bien en lavarlas antes, añadió Courtin mirándola de hito en hito, pues las prendas viejas nadie puede saber quien las ha usado.—Maese Courtin, dijo la viuda interrumpiéndole, me parece que vuestro caballo se impacienta.—Courtin se puso á escuchar, y añadió en seguida: Si no oyera andar á vuestro cuñado por el granero, creería que él es quien le atormenta.

Al oír esas palabras que daban otra prueba de la perspicacia de Courtin, la joven aldeana palideció y demudóse mucho más al oír que decía mirando por los cristales:—Sí, allí está el pícaro, aguijoneándole con el látigo. ¿Quién hay pues en vuestro granero?

Iba á contestar la desconocida que podría ser muy bien la mujer ó un hijo de José, cuando la viuda exclamó encolerizada:

—Maese Courtin, vuestras preguntas son más que impertinentes: tened entendido que odio á los espías, sea cual fuere el partido á que pertenezcan.—¿Desde cuándo se llama espionaje una conversación entre amigos? Os habéis vuelto muy suspicaz.

La aldeana miraba á la viuda como recomendándole que fuese prudente; mas esta gritó sin poderse contener:—Vuestros amigos debéis buscarlos entre los traidores y los pícaros como vos; salid de esta casa, y no turbéis más la tranquilidad de los que sufren.—Está bien, contestó Courtin fingiendo pesadumbre; veo que os empeñáis en achacarme la muerte de vuestro esposo y mi presencia os es odiosa; debí haberlo notado antes. Creed que lloro sinceramente vuestra desgracia: no os enojéis, ya me voy.

La viuda indicó con la vista á la aldeana una artesa que estaba detrás de la puerta y sobre la cual había un pupitre y algunos papeles. Allí se había escrito sin duda la orden que Juan Oullier había llevado aquella mañana al marqués. La aldeana comprendió la seña, y pronta como una exhalación se sentó encima del recado de escribir, en el cual afectó Courtin no reparar.

—Hasta más ver, dijo éste; por más que no lo creáis, os aseguro que siento en el alma la muerte de vuestro marido: y si alguien os molesta, sea quien fuere, no tenéis más que avisármelo, pues no en balde tengo la vara.

La viuda no contestó: estaba mirando con los brazos cru-

zados la cama donde yacía su esposo, y Courtin al marcharse dijo á la aldeana:

—Cuidad mucho á vuestra prima; desde que ha perdido á su marido parece una fiera; mas permitid que os lo diga: por más vueltas que le déis al huso, nunca haréis una tela tan fina como la de aquella camisa. ¡Hermosa tela! ¡hermosa tela!

Y tomó la puerta.

—¡Pronto, pronto! dijo la viuda, ocultad todos esos utensilios; va á volver.

La aldeana obedeció al punto y casi al momento asomóse á la puerta el rostro de Courtin.

—Perdonad si os he asustado, dijo éste. ¿Cuándo son las exequias?—¿Te irás de una vez? gritó encolerizada la viuda levantando las tenazas del hogar.

Courtin huyó precipitado en tanto que la viuda volvía á cerrar la puerta con fuerza; limpió con un puñado de hojas la silla de su cabalgadura, que el hijo de José, á quien su padre inculcaba el odio á los azules, había ensuciado con boñiga de vaca, y sin proferir una queja pasó por el huerto examinando curiosamente los árboles; mas al llegar á la cruz de la Berthaudiere donde empezaba la selva de Machecul, aguijó el caballo, y alejóse á toda prisa.

—Por fin se ha ido, dijo la joven aldeana á la viuda Picaut.—Pero no hay que fiar en él, señora.—¿Qué queréis decir? ¿Teméis que vaya á denunciarnos?—Le creo muy capaz de ello, pues aunque no acostumbro dar fe á las habillitas de la gente, no me inspira mucha confianza su semblante.—En efecto, no me ha gustado la cara de ese hombre.—¡Ah señora! ¿por qué no habéis hecho que se quedase Juan Oullier? aquel sí que es todo un hombre.—Porque tenía que dar algunas órdenes al castillo de Souday, y ha de traernos caballos esta noche para salir de una casa donde sólo causamos molestia y pesadumbre.

La viuda no contestó; tapábase la cara con las manos y lloraba.

—¡Pobre mujer! dijo la duquesa, vuestras lágrimas caen gota á gota sobre mi corazón y lo laceran. ¡Ay! esta es la terrible é inevitable consecuencia de las revoluciones.—Considerad, señora, que antes que podáis cumplir vuestro designio, muchos infelices que sólo habrán cometido el crimen de amaros, muchos padres, muchos hijos, muchos herma-

nos, yacerán en un lecho de muerte como mi desgraciado esposo; considerad que muchas madres, muchas viudas y muchos huérfanos verterán lágrimas de sangre, como las que ahora estoy derramando.—¡Dios mío! exclamó la aldeana cayendo de rodillas y alzando las manos al cielo, no permitáis que me equivoque, no me pidáis estrecha cuenta de tantas desgracias.

Y su voz entrecortada por la emoción se apagó en un suspiro.

### XXXIX

#### CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

En esto llamaron á una trampa del techo que comunicaba con el granero, y oyóse la voz de Bonneville que preguntaba:

—¿Qué sucede?—Nada, nada, contestó la aldeana apretando la mano de la viuda con afectuosa energía. En seguida preguntó trepando á una escala que conducía por la trampa al piso superior: Y vos ¿cómo os encontráis?—Pronto á empezar de nuevo, si así lo exige vuestro servicio, contestó el mancebo asomando por la abertura su risueño semblante; ¿quién ha venido hace poco?—Un aldeano llamado Courtin que no tiene trazas de ser muy amigo nuestro.—¡Hola! ¿El alcalde de la Logerie?—El mismo.—Ya me había hablado de él el barón Michel; es un hombre muy peligroso, y debierais haberle hecho seguir.—¿Por quién? no hay nadie en la casa.—¿Y el hermano de nuestra buena huésped?—Ya habéis visto cuánta repugnancia mostraba por él Juan Oullier.—Y sin embargo es un blanco, exclamó la viuda, un blanco que ha estado contemplando como asesinaban á su hermano.

Al oír esas palabras hicieron un gesto de horror la aldeana y Bonneville, quien contestó:

—Entonces más vale no inmiscuirle en nuestros negocios; mas ¿no tendremos á quién colocar de centinela en las cercanías?—Juan Oullier ha cuidado de ello, contestó la viuda,

y yo por mi parte he mandado á mi sobrino al erial de San Pedro, desde donde se atalayan todos los alrededores.—Si es un niño, dijo tímidamente la aldeana.—Un niño más seguro que muchos hombres.—Además, añadió Bonneville, dentro de tres horas habrá cerrado ya la noche y estarán aquí nuestros amigos con los caballos.—¡Tres horas! dijo la aldeana, en tres horas pueden pasar muchas cosas.—¿Quién es ese que viene corriendo? exclamó la viuda.—Soy yo, tía, contestó un niño que llegaba casi sin aliento.—¿Qué sucede?—¡Tía, tía! exclamó el niño, los soldados están allá arriba; han sorprendido al centinela y le han muerto.—¿Que vienen los soldados! dijo entrando José Picaut.—¿Qué haremos? preguntó Bonneville.—Esperarles, contestó la aldeana.—¿Por qué no huir?—Porque si nos ha delatado el hombre que acaba de salir de aquí, ya debe estar cercada la casa.—¿Quién habla de huir? preguntó la viuda Picaut. ¿No os he dicho que esta casa era segura? ¿No os he jurado que aquí nada tenéis que temer?

En esto apareció José Picaut con el fusil en la mano, quien al ver dos desconocidos junto á su cuñada, dijo retrocediendo asombrado:

—¿Con que tenéis nobles en vuestra casa? Ya no me admira la venida de los soldados; vos los habéis vendido.—¡Miserable! contestó su cuñada asiendo del sable de su marido que colgaba de la chimenea, y arremetiendo á José que le apuntó el fusil.

Bonneville se tiró de la escala, mientras la joven aldeana corrió á proteger con su cuerpo el de la viuda, y con acento robusto y enérgico que contrastaba con lo endeble de su cuerpo, gritó:

—Abajo el fusil.—¿Quién sois vos para mandarme á mí? preguntó José irritado.—Yo soy la que hasta ahora han estado esperando, yo soy la que tiene derecho á mandar y ser obedecida.

Habían sido tan inesperadas esas palabras, y dichas con tan majestuoso acento, que José quedó atónito y se le escapó el fusil de las manos.

—Ahora, continuó la aldeana, vuelve arriba con el señor.—¿Y vos? preguntó Bonneville con ansiedad.—Yo me quedo.—Pero.....—No hay pero que valga: obedeced.

Desaparecieron los dos y cerróse la trampa, en tanto que la aldeana viendo que la viuda Picaut deshacía la cama

donde yacía su esposo y la ponía en medio del aposento, la preguntaba admirada:

—¿Qué estáis haciendo?—Os preparo un asilo en el cual nadie vendrá á buscaros.—No necesito ocultarme. ¿Cómo queréis que me conozcan con este traje? Aquí les aguardaré.—No quiero que les aguardéis, contestó la viuda con fuerza dominando por completo la voz de su interlocutora; ya habéis oído á ese hombre: si os prendieran en mi casa, dirían que yo os he delatado.—¿No sois mi enemiga?—Soy una enemiga que si os viese prisionera no tardaría en acompañar en esta cama al cadáver que la está ocupando.

Y como nada pudo contestar á esas palabras, tendióse la aldeana entre dos colchones y el jergón, en donde también escondieron la camisa, los zapatos y los vestidos que tanto habían llamado la atención de Courtin. Apenas acababa la viuda de dirigir una mirada en torno suyo para ver si quedaba algo por ocultar, cuando se oyó un súbito rumor de armas y apareció en la puerta un oficial.

—¿Aquí? preguntaba á otro que le acompañaba.—¿Qué queréis? dijo la viuda.—Queremos ver á los forasteros que tenéis en casa.—¿Cómo! ¿No me conocéis?—Vaya si os conozco: sois la mujer que nos ha servido de guía esta noche.—Por lo mismo, extraño que busquéis en mi casa á los enemigos del gobierno.—¡Cáspita! añadió el subteniente, eso no tiene réplica.—No hay que fiarse de esas personas. ¿No habéis visto aquel chiquillo que estaba de centinela y que á pesar de nuestras amenazas les ha advertido nuestra llegada? Afortunadamente no han tenido tiempo para escapar.—Puede que tengáis razón.—Allá lo veremos.

Volvióse luego á la viuda y dijola:

—Nada temáis, vamos á registrar la casa.—Como gustéis, contestó ésta poniéndose á hilar en un rincón con toda tranquilidad.

Hizo una seña el teniente á los soldados, los cuales entraron dirigiéndose á la cama; Mariana se demudó al ver que el oficial alzaba la sábana, y levantándose de un salto, cogió el fusil de su marido que estaba colgado de la pared, diciendo con voz tonante:

—Por Dios os juro que si tocáis ese cadáver; sois muerto.

Retrocedieron los oficiales y, acercándose la viuda á la cama, apartó las sábanas y dijo:

—Miradle, es mi marido que murió ayer sirviéndoos.

—¡Cielos! exclamó el teniente, es el guía que nos mataron en el vado de Pontfarcy.—¡Pobre mujer! añadió su compañero, dejémosla.—Sin embargo, la declaración de aquel hombre era muy categórica.—Debíamos haberlo traído.—¿No hay otro cuarto en la casa?—Allí hay el granero, encima del establo.—Registrad el granero y el establo, pero abrid antes todos los cofres y no olvidéis el horno.

Los soldados se desparramaron por la casa para ejecutar la orden.

Temblaba la aldeana en su escondrijo por lo que podría suceder á Bonneville, pues no había perdido ni una sílaba de la conversación; así es que cuando oyó bajar del granero á los soldados, respiró como si la hubiesen quitado de encima un grandísimo peso.

Apoyóse en el arcón el teniente aguardando á que volviesen su compañero y los soldados, y preguntóles en cuanto les vió aparecer:

—¿Habéis encontrado algo?—Nada, mi teniente, contestó un cabo.—¿Habéis removido la paja, el heno?...—Todo lo hemos sondeado con las bayonetas; si hubiese habido un hombre en alguna parte, forzosamente habría tenido que sentirlas.—Corriente, pasemos á la casa del lado; en alguna parte deben estar.

Salieron los soldados, y receloso el oficial se volvió á mirar un tejadillo que sobresalía de la pared, proponiéndose hacerle registrar después, cuando de pronto cayó á su lado un caliche que le hizo levantar la cabeza, y parecióle ver una mano que desaparecía entre dos cabrios del tejado.

—¡Aquí, soldados! gritó con voz estentórea; y al acudir dijoles:—¡Os habéis lucido, voto á tal!—¿Qué hay? preguntaron todos.—Esos tunantes están en el granero, y vosotros pretendiais haberlo registrado todo: ¡ea! ¡arriba!

Penetraron los soldados de nuevo en la casa, yéndose en derechura á la trampa, la cual trataron de levantar como la primera vez; mas no pudieron abrirla.

—¡Bien, por vida mia! dijo el teniente subiendo también la escala; ya se va aclarando el negocio; ¡ea! salid de vuestra madriguera ú os sacaremos de ella.

Oyóse entonces en el granero un animado coloquio, indicio evidente de que los sitiados no estaban acordes sobre el partido que les convenía tomar.

Veamos ahora lo que había pasado. Creyendo Bonneville

y su compañero que los soldados investigarían con preferencia los montones de heno más altos, ocultáronse bajo una ligera capa del mismo que había junto á la trampa; y ya hemos visto cuán bien les salió esta astucia.

Con el oído pegado al suelo Bonneville y el aldeano escuchaban desde su escondrijo lo que en el piso inferior decían, y al oír José Picaut la orden de registrar su casa concibió vivísimos temores, por cuanto tenía en ella un depósito de pólvora; de suerte, que á pesar de las observaciones de su compañero, quiso ir á acechar á los soldados por las rendijas que formaban la vigas entre el techo y la pared. Cuando Bonneville oyó la voz del oficial y comprendió que él y José estaban descubiertos, sujetóle reconviéndole por la imprudencia que les perdía, de lo cual dimanó el cuchicheo que desde el cuarto de la viuda se había oído; mas ya era inútil toda reconvencción y urgía tomar un partido.

—¿Los habéis visto? preguntó el conde.—Sí.—¿Cuántos son?—Unos treinta.—Entonces sería temeraria la defensa, y como no han descubierto á *Madama*, quizás nuestro arresto contribuya á salvarla.—¿Cuál es vuestro parecer? preguntó Picaut.—Rendirnos.—¡Jamás!—¿Cómo jamás?—Lo dicho; comprendo que vos os rindáis, pues sois noble y rico, y os darán cómoda y lujosa cárcel; pero á mí me mandarán á presidio, donde he pasado ya catorce años, y os juro que prefiero la fosa al petate del presidario.—Si luchando sólo nos comprometiésemos nosotros, os juro que tampoco me cogerían vivo; mas se trata de salvar á la madre de nuestro rey.—Entonces matem os los más que podamos, y Enrique V tendrá esos enemigos ménos, dijo el vendeano colocando el pié sobre la trampa.—Acabemos de una vez, dijo Bonneville, ¿me obedecéis ó nó?

Soltó Picaut la risa y dióle Bonneville un puñetazo que le hizo medir el suelo. Al caer se le fué de las manos el fusil, y viendo delante de sí un tragaluz cerrado, ocurriósele la idea de dejar que el conde se rindiera y aprovechar la ocasión de huir. En efecto, mientras Bonneville levantaba la trampa, recogió el fusil, abrió el tragaluz, y cuando el conde bajaba los primeros escalones gritando: No tiréis ¡nos rendimos! disparó el vendeano á los soldados y saltó en seguida al huerto huyendo al bosque, no sin exponerse á las balas de dos ó tres centinelas. La de José hirió de gravedad á un soldado, y al mismo tiempo le fueron apuntados á Bonneville.

lle diez fusiles, de modo que el desventurado mancebo, sin que Mariana llegase á tiempo para escudarle con su cuerpo, cay6 acribillado á balazos á los piés de la viuda gritando:

—¡Viva Enrique V!

Oy6se otro grito que el teniente no advirti6 por impedirselo la baraunda que en la casa reinaba; grito que parecia salido del pecho del cadáver; único espectador mudo é impassible de aquella escena terrible. Mientras los soldados se desparramaban por la casa para buscar al asesino, el teniente distingui6 al través del humo á la viuda arrodillada abrazando fuertemente la cabeza de Bonneville, y pregunt6la:

—¿Ha muerto?—Sí, contest6 la pobre con voz apagada.

—Pero vos est6is herida tambi6n. En efecto, brotaban de su frente abundantes gotas de sangre.—¿Yo herida? contest6.

—Sí, os est6 saliendo sangre de la frente.—¿Qu6 importa mi sangre cuando ya no queda una gota en el cuerpo de aquel por quien jur6 que sabr6 morir?

En est6 asom6 por la trampa la cabeza de un soldado, diciendo:

—Mi teniente, á pesar de haberle disparado varios tiros, el otro ha escapado.—Ese es el que conviene coger, contest6 el teniente tom6ndole por Petit-Pierre; y si no encuentra un gui6, de seguro caerá en nuestras manos. ¡A él!

Reflexionando luego un poco, a6adi6:

—Apart6os, buena mujer; registrad al muerto.

Ejecutada la orden, nada pudo encontrarse en los bolsillos de Bonneville, por la sencilla raz6n de que Mariana le hab6a dado un traje de su marido, en tanto que se secaba el suyo.

—¿Y ahora, dijo Mariana se6alando el cadáver del conde, puedo quedarme con él?

—Sí; mas dad gracias á Dios que quiso que ayer nos sirvi6eis, pues á no haber sido así, os habr6a enviado á Nantes para enseñaros cu6n peligroso es dar asilo á los rebeldes.

Reuni6 el teniente á los soldados y sigui6 á buen paso la direcci6n que hab6a tomado el fugitivo; la viuda corri6 á la cama, y levantando el colch6n encontr6 á la princesa desmayada.

Diez minutos despu6s el cuerpo del conde de Bonneville descansaba junto al de Pascual Picaut, y las dos mujeres, la

presunta regente y la pobre aldeana, arrodilladas junto al lecho, rogaban por las dos primeras v6ctimas de la insurrecci6n de 1832.

## XL

EN D6NDE JUAN OULLIER DICE LO QUE PIENSA DEL BARON-CITO MICHEL.

En tanto que en casa de Mariana acontec6an los tristes sucesos que acabamos de relatar, reinaba en el castillo de Souday ins6lito movimiento y algazara. El Marqu6s no cab6a en s6 de gozo al ver llegado el tan ansiado momento, y poni6ndose su mejor traje de caza con una faja blanca, distintivo de jefe de divisi6n que sus hijas le hab6an bordado, prendi6se en el pecho un coraz6n encarnado y en el ojal un rosario; y así vestido de gala, probaba el temple de su sable en todos los muebles de la casa. De cuando en cuando ensay6base mandando el ejercicio á Michel y al notario, á quien quer6a reclutar á todo trance, por m6s que este, á pesar de sus opiniones, se negara á manifestarlas de un modo extralegal.

Siguiendo Berta el ejemplo de su padre visti6 un traje belicoso compuesto de una levita de terciopelo verde, que abierta de pecho descubr6a una chorrera de deslumbrante blancura; estaba adornada de alamares de seda negra, y ajustada al talle, completando el traje unos anchos calzones de pa6o pardo y botas que le llegaban á la rodilla. La doncella no llevaba la banda terciada al hombro, sin6 atada al brazo izquierdo con una cinta carmes6. Este vestido hac6a resaltar la esbeltez y elegancia de Berta, y su chambergo de fieltro ins6ciento, con blancas plumas, sentaba maravillosamente á la varonil expresi6n de su rostro. Berta estaba encantadora, y como á pesar de no ser coqueta not6 que hab6a hecho honda impresi6n en el 6nimo de Michel, pronto se puso tan gozosa y expansiva como el marqu6s su padre.

lle diez fusiles, de modo que el desventurado mancebo, sin que Mariana llegase á tiempo para escudarle con su cuerpo, cayó acribillado á balazos á los piés de la viuda gritando:

—¡Viva Enrique V!

Oyóse otro grito que el teniente no advirtió por impedirselo la baraunda que en la casa reinaba; grito que parecía salido del pecho del cadáver; único espectador mudo é impassible de aquella escena terrible. Mientras los soldados se desparramaban por la casa para buscar al asesino, el teniente distinguió al través del humo á la viuda arrodillada abrazando fuertemente la cabeza de Bonneville, y preguntóla:

—¿Ha muerto?—Sí, contestó la pobre con voz apagada.

—Pero vos estáis herida también. En efecto, brotaban de su frente abundantes gotas de sangre.—¿Yo herida? contestó.

—Sí, os está saliendo sangre de la frente.—¿Qué importa mi sangre cuando ya no queda una gota en el cuerpo de aquel por quien juré que sabría morir?

En esto asomó por la trampa la cabeza de un soldado, diciendo:

—Mi teniente, á pesar de haberle disparado varios tiros, el otro ha escapado.—Ese es el que conviene coger, contestó el teniente tomándole por Petit-Pierre; y si no encuentra un guía, de seguro caerá en nuestras manos. ¡A él!

Reflexionando luego un poco, añadió:

—Apartaos, buena mujer; registrad al muerto.

Ejecutada la orden, nada pudo encontrarse en los bolsillos de Bonneville, por la sencilla razón de que Mariana le había dado un traje de su marido, en tanto que se secaba el suyo.

—¿Y ahora, dijo Mariana señalando el cadáver del conde, puedo quedarme con él?

—Sí; mas dad gracias á Dios que quiso que ayer nos sirviérais, pues á no haber sido así, os habría enviado á Nantes para enseñaros cuán peligroso es dar asilo á los rebeldes.

Reunió el teniente á los soldados y siguió á buen paso la dirección que había tomado el fugitivo; la viuda corrió á la cama, y levantando el colchón encontró á la princesa desmayada.

Diez minutos después el cuerpo del conde de Bonneville descansaba junto al de Pascual Picaut, y las dos mujeres, la

presunta regente y la pobre aldeana, arrodilladas junto al lecho, rogaban por las dos primeras víctimas de la insurrección de 1832.

## XL

EN DÓNDE JUAN OULLIER DICE LO QUE PIENSA DEL BARON-CITO MICHEL.

En tanto que en casa de Mariana acontecían los tristes sucesos que acabamos de relatar, reinaba en el castillo de Souday insólito movimiento y algazara. El Marqués no cabía en sí de gozo al ver llegado el tan ansiado momento, y poniéndose su mejor traje de caza con una faja blanca, distintivo de jefe de división que sus hijas le habían bordado, prendióse en el pecho un corazón encarnado y en el ojal un rosario; y así vestido de gala, probaba el temple de su sable en todos los muebles de la casa. De cuando en cuando ensayábase mandando el ejercicio á Michel y al notario, á quien quería reclutar á todo trance, por más que este, á pesar de sus opiniones, se negara á manifestarlas de un modo extralegal.

Siguiendo Berta el ejemplo de su padre vistió un traje belicoso compuesto de una levita de terciopelo verde, que abierta de pecho descubría una chorrera de deslumbrante blancura; estaba adornada de alamares de seda negra, y ajustada al talle, completando el traje unos anchos calzones de paño pardo y botas que le llegaban á la rodilla. La doncella no llevaba la banda terciada al hombro, sinó atada al brazo izquierdo con una cinta carmesí. Este vestido hacía resaltar la esbeltez y elegancia de Berta, y su chambergo de fieltro encienzo, con blancas plumas, sentaba maravillosamente á la varonil expresión de su rostro. Berta estaba encantadora, y como á pesar de no ser coqueta notó que había hecho honda impresión en el ánimo de Michel, pronto se puso tan gozosa y expansiva como el marqués su padre.

Ello es que el barón, cuyo ánimo estaba también algo exaltado, no pudo menos de admirar la arrogante y caballeresca hermosura de Berta; pero su admiración nacía de que pensaba en la gracia de Mary cuando se pusiese un traje semejante, pues no dudaba de que acompañaría á su hermana en la expedición. Interrogóla con los ojos, no atreviéndose á hacerlo de viva voz, porque desde la escena de la torre Mary estaba seria y equiva con él; así es que habiéndole dicho Berta que fuese á vestirse, subió la joven á su aposento con un aire melancólico y abstraído que durante todo el día había contrastado singularmente con el buen humor de todos. El traje estaba ya preparado en el cuarto de Mary; mas la doncella se sentó en el lecho sin tocarlo, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Por el cariño que profesaba á su hermana, la pobre niña se había impuesto un sacrificio superior á sus fuerzas, y al empezar la lucha que en sí misma se empeñaba, sentía ya, sinó vacilar su resolución, desfallecer sus bríos. Repetíase sin cesar: No puedes ni debes amarle; y sin cesar le contestaba el corazón: Le amas. Bien comprendía Mary que á cada paso se le desvanecía una esperanza ó una alegría: el ruido y el movimiento que tanto la habían divertido en otros tiempos, los ejercicios á que se había dedicado, las ideas políticas que la habían conmovido, todo huía de su corazón volando como una bandada de pajarillos al aparecer el gavilán. Lo que más la acibaraba era el triste aislamiento en que se encontraría al llevar á cabo tan tremendo sacrificio, midiendo por su dolor presente su dolor venidero.

Hacía como media hora que estaba entregada á tan tristes reflexiones cuando sonó junto á la puerta la voz de Juan Oullier, quien con el cariñoso acento que sólo usaba con las hijas del marqués, la decía:

—¿Qué tenéis, señorita?

Estremeciéndose Mary como despertando de un sueño, y haciendo un esfuerzo para sonreirse, contestó con visible embarazo:

—Nada, Oullier, nada.

Mirábala Juan Oullier atentamente; meneó la cabeza con aire de duda, y acercándose á ella la preguntó en tono de suave y respetuosa reconvencción:

—No tenéis confianza en mí, señorita Mary.—¡Yo!—Sí, puesto que tratáis de engañarme.

Mary le tendió la mano, y tomándola Juan Oullier entre las suyas ásperas y endurecidas, la dijo mirándola con tristeza:

—Creedme, señorita Mary, no hay lluvia sin nubes ni llanto sin pesar. ¿Os acordáis de cuando erais niña todavía y llorabais porque Berta había arrojado vuestras conchas al pozo? ¿Os acordáis de que Juan Oullier hizo quince leguas en una noche para traer de la orilla del mar lo que tantas lágrimas costaba á vuestros lindos ojos?—Sí, querido Juan, contestó con ternura Mary que necesitaba expansión.—Pues bien, añadió Oullier, aunque desde entonces he envejecido bastante, mi cariño por vos ha crecido; decidme qué os apesadumbra, y si hay remedio lo encontraré; si no le hay, dejadme llorar con vos.

Harto conocía Mary que era muy difícil engañar á un servidor tan solícito y perspicaz; así es que al cabo de un momento de duda, ruborizóse, y sin confesar la causa de su dolor, trató de explicarla diciendo:

—Lloro al pensar que esta guerra quizás costará la vida á todas las personas que amo.

¡Pobre Mary! desde la noche anterior había aprendido á mentir. Juan Oullier no se dejó coger en el lazo, y contestó moviendo la cabeza:

—Nó, querida Mary, no es esa la causa de vuestras lágrimas: cuando las personas de la edad del señor marqués y de la mía nos entusiasmos viendo sólo en el combate la victoria, no es creíble que un corazón joven y entusiasta como el vuestro prevea los desastres.

Viéndose Mary derrotada, contestó:

—Sin embargo, te aseguro que es así.

Y tomando una actitud zalamera, cuyos buenos efectos había experimentado varias veces con Juan Oullier, le miró de hito en hito; pero este contestó mucho más grave é inquieto:

—Os digo que nó.—Entonces ¿qué es?—¿Queréis que os lo diga?—Dilo si lo sabes.—Me es muy penoso, pero ya que lo queréis, os contestaré que la causa de vuestro pesar es ese picarillo barón Michel.

Mary se puso blanca como las cortinas de la cama y contestó tartamudeando agitada:

—¿Qué quieres decir?—Que habréis observado como yo, y nó con el mayor gusto, lo que pasa; con la única diferencia

de que como yo soy hombre rabio, y como vos sois niña lloráis.

Mary exhaló un sollozo al sentir que Juan Oullier ponía el dedo en la llaga, y este continuó diciendo como para sí:

—No lo extraño. A pesar de que esos pícaros os llaman las *lobas* no dejáis por eso de ser mujeres, y de las más excelentes que Dios ha criado.—¿Y qué? júrote que no te comprendo.—Al contrario; me comprendéis muy bien. ¡Qué diantre! para no haberlo visto habría sido preciso estar ciego, pues ella no lo disimula mucho que digamos.—¿De quién hablas? dílo de una vez ¡no ves que estoy en ascuas?—¿De quién queréis que hable sinó de la señorita Berta?—¿De mi hermana?—Sí, de vuestra hermana, que se pavonea con ese barbilampiño y hasta quiere llevárselo á la guerra; diríase que lo ha cosido á su saya para que no se le escape; ni siquiera repara en las habladurías á que puede dar lugar entre los criados, ni en ese tuno de notario que está observándolo todo con socarronería y en disposición de cortar la pluma para extender el contrato de bodas.—Suponiendo que todo eso fuese cierto, contestó Mary poniéndose muy encendida, ¿qué mal habría?—¿Cómo! preguntáis que.... Hacedme el favor de no hablarme más de ello, señorita; aun me hierve la sangre al recordar que he visto ahora mismo á la señorita Berta...—Hablemos de ello, Oullier. ¿Qué decías de Berta? preguntó la joven mirando ansiosamente al guarda, quien contestó irritado:—La señorita Berta de Souday ataba la banda blanca al brazo del señor Michel. ¡Los colores que llevaba Charrette en el brazo del hijo de aquel que...! Vamos, señorita Mary, peor es meneallo. Contenta puede estar la señorita Berta de que vuestro padre se halle enojado conmigo en este momento.—¡Mi padre! ¿Le has hablado? Mary no se atrevió á proseguir y Juan contestó:—Yo lo creo.—¿Cuándo?—Esta mañana al darle una carta de Petit-Pierre y en seguida al entregarle la lista de los hombres de su división que marcharán con nosotros. La lista no es tan numerosa como creíamos; pero, en fin, se hace lo que se puede. ¿Sabéis qué me ha contestado, cuando le pregunté si ese señorito era de los nuestros?—Nó.—¡Vive Dios! me ha contestado, reclutas tan mal, que me veo obligado á darte auxiliares. Sí, el señor Michel será de los nuestros, y si no estás contento, quéjate á Berta que lo ha alistado.—¿Eso te ha dicho?—Sí, y por lo mismo voy á hablar al momento á

la señorita.—Cuidado.—¿De qué?—De apesadumbrarlos y de lastimar el amor propio de Berta, porque le ama, añadió Mary casi imperceptiblemente.—¡Ah! ¿con que confesáis que le ama?—No puedo menos.—¡Amar á un monigote que un soplo derribaría! prosiguió Oullier. ¿Es posible que la señorita Berta piense en cambiar su nombre, uno de los más antiguos y gloriosos del país, por el de un traidor, de un miserable?—Juan, dijo Mary con el corazón oprimido, no digas esas cosas.—No será, os lo juro, continuó Juan Oullier paseando agitadamente por el aposento. Nó, no será; pues si nadie vela aquí por vuestra honra, yo me encargaré de ella, y antes de ver mancillada la gloria de la casa de Souday, le....

Y al hacer un ademán muy significativo, Mary exclamó casi cayendo de rodillas y con manos suplicantes:

—Nó, Juan, no lo harás.

El vendeano retrocedió espantado diciendo:

—¡También vos, Mary! vos también....—Piensa, Juan, en el disgusto que causarías á mi pobre hermana.

Juan Oullier la miraba asombrado y receloso, cuando se oyó la voz de Berta que encargaba á Michel que fuese á esperarla en el jardín, y casi en el mismo momento la joven abrió la puerta diciendo á su hermana:

—¿Aun estás así?

Miróla luego con más atención, y notando la alteración de su semblante, añadió:

—¿Por qué lloras? ¿Y tú, Juan Oullier, porque estás tan cariacontecido? ¿Qué ha pasado?—Voy á deciroslo, contestó Oullier.—Nó, exclamó Mary, calla.—¿Sabéis que me asustáis con esos preámbulos, y que el aire inquisitorial con que Oullier me está mirando parece acusarme de un gran crimen? Habla, Juan, estoy pronta á ser indulgente, pues hoy se realiza mi sueño dorado, el de compartir con vosotros el más hermoso privilegio de los hombres, la guerra.—Sed franca, señorita Berta, dijo Oullier. ¿Es ese el verdadero motivo de vuestra alegría?—Ya caigo, respondió Berta entrando francamente en la cuestión: el mayor general Oullier está quejoso de que yo le haya usurpado sus funciones: apuesto, Mary, á que se trata del pobre Michel.—Habéis dado en el hito, contestó Oullier sin dar tiempo á Mary para contestar.—¿Y qué tenéis que decir? Mi padre está muy contento con un soldado más, y nada veo en esto que merezca vuestro

enojo.—Vuestro padre diga lo que quiera, nosotros tenemos nuestra opinión.—¿Y es?—Que lo mejor sería permanecer cada cual en su campo.—¿Por qué?—Porque el señor Michel no está en el suyo.—¿Cómo! ¿Acaso no es realista? me parece que de dos días á esta parte ha dado bastantes pruebas de adhesión.—Corriente; mas nosotros los aldeanos acostumbramos decir: tal padre, tal hijo, y no podemos crear en el realismo del señor Michel.—Ya os sabrá obligar á creerlo.—No digo que nó; mas entretanto.....—Entretanto ¿qué?—Nadie conseguirá que veteranos como yo y algunos otros vayan al lado de un hombre á quien no aprecian.—¿Y qué tenéis que reprocharle? preguntó Berta algo enojada.—Todo.—Eso no es decir nada.—Su padre, su cuna.—¡Siempre lo mismo! Sabed, maese Oullier, contestó Berta frunciendo el entrecejo, que precisamente por esa razón me intereso por él.—¿Cómo!—Sí, me indigna oír las injustas reconvencciones que se le hacen; estoy cansada de oírle achacar como una falta, una cuna que él no ha escogido, un padre á quien no conoció jamás, y delitos que ni él ni quizá su padre han cometido. Os repito que eso me indigna, y añado que tengo por acción noble y generosa el animarle y ayudarle á reparar lo pasado si es preciso, de modo que en lo sucesivo se vea libre de toda calumnia.—Sin embargo, contestó resuelto Juan Oullier, bastante le costará lograr que yo respete su nombre.—Lo respetaréis cuando ese nombre sea el mío, contestó Berta con firmeza.—Os oigo y no os creo, señorita.—Pregúntaselo á Mary, añadió Berta señalando á su hermana que estaba escuchando esta discusión con rostro demudado; preguntádselo á ella, á quien se lo he confiado todo. Mirad, Juan, el disimulo me repugna; me alegro mucho de que lo sepáis todo, y de poderos decir con toda franqueza que le amo.—No lo repitáis, señorita Berta, no lo repitáis; aunque pobre aldeano, cuando erais pequeña me disteis el derecho de daros el nombre de hija y os he amado á entrambas como un verdadero padre; pues bien: el anciano que veló junto á vuestra cuna, que os sentó en sus rodillas y á nadie ama en el mundo tanto como á vosotras, os dice de rodillas: no améis á ese hombre.—¿Por qué? preguntó Berta impaciente.—Porque os juro por la salvación de mi alma que ese matrimonio es monstruoso, imposible.—Tu cariño te hace exagerar las cosas; puedes estar seguro de que me ama de veras.—Entonces, dijo Juan Oullier con profundo desaliento, al fin de

mis años me veré precisado á buscar otro apoyo y otro albergue.—¿Por qué?—Porque Juan Oullier á pesar de su pobreza nunca se resignará á vivir junto al hijo de un renegado, de un traidor.—Calla, Juan Oullier, exclamó Berta; mira que yo también puedo contestarte de modo que no te guste mucho.—Juan, callad por Dios, dijo Mary.—Nó, contestó Juan Oullier, quiero que sepáis cuál es el nombre que tanto empeño tenéis en cambiar con el vuestro.—¡Basta! añadió Berta con acento amenazador: hasta ahora muchas veces mi corazón ha vacilado para saber si amaba á tí más que á mi padre; pero si vuelves á proferir una palabra injuriosa, ya no serás para mí sino un.....—Un lacayo, ¿no es verdad? ¡Si! un lacayo que toda su vida ha cumplido su deber y tiene el derecho de decir en alta voz: ¡maldito sea el nombre de quien vendió por oro á Charrette, como Judas á Cristo!—¿Qué me importa lo que sucedió hace treinta y seis años, diez y ocho antes de que yo naciera? Yo conozco al hijo y nó al padre, y le amo; si su padre, que no lo creo, cometió semejante felonía, daremos tanta gloria al nombre de Michel que todos tengan que humillarse ante el que lo lleva; y tú me ayudarás á ello, Juan, porque le amo, y sólo la muerte puede extinguir mi amor.

Exhaló Mary un débil gemido que oyó Oullier, y encontrándose entre el dolor de Mary y la cólera de Berta, el viejo vendeano cayó anonadado en una silla, y tapóse el rostro con las manos llorando á lágrima viva. Conmovióse Berta, y cayendo de rodillas ante él, le dijo:

—Considera cuánto he de amarle para que casi haya olvidado el cariño que te profeso.

Juan Oullier meneó tristemente la cabeza, y Berta prosiguió diciendo:

—Comprendo tu antipatía y repugnancia; paciencia, amigo mio, paciencia y resignación; sólo Dios podría quitarme este amor, y quitármelo sería matarme: deja que el tiempo pruebe cuán injustas son tus prevenciones, y que el hombre á quien amo es digno de mí.

En esto oyóse la voz del marqués que llamaba á Juan Oullier con acento grave y extraordinario.

—¿Cómo! preguntó Berta deteniendo á Juan Oullier, ¿te vas sin contestarme?—El señor marqués me llama, señorita, respondió friamente el vendeano.—¡Señorita! Corriente: ten entendido que no quiero que de ningún modo se insulte

al señor Michel, y si algo le sucede, le vengaré, nó en tí, sinó en mí misma; ya sabes, Juan Oullier, que suelo cumplir lo que prometo.

Acercóse el anciano á Berta, y la dijo asiéndola el brazo:

—Tal vez valdría más eso que ser su esposa.

Y como el marqués siguiese llamándole, salió aprisa de la estancia dejando á Berta admirada de su tenacidad, y á Mary aterrorizada por la violencia del amor de su hermana.

## XLI

DE CÓMO EL BARÓN MICHEL LLEGA A SER AYUDANTE DE CAMPO DE BERTA.

Quizá con más deseos de dejar á la joven que de acudir á la voz del marqués bajó Oullier al patio, en donde le encontró hablando con un aldeano lleno de barro y sudor, que le participaba la entrada de los soldados en la casa de Picaut, limitándose á dar esta simple noticia por haber sido apostado en el camino de la Sablonnière, con encargo de avisar al castillo de Souday si veía entrar tropa en la casa. El marqués estaba agitado y exclamaba en el mismo tono en que Augusto decía: ¡Varo, Varo!

—¡Oullier! ¡Oullier! ¿Por qué fiaste en los demás? Si ha sucedido alguna desgracia, mi pobre casa está deshonrada.

Juan Oullier bajó la cabeza sin contestar y permaneció taciturno y sombrío, actitud que exasperó al señor de Souday.

—¡Mi caballo! ¡Pronto! exclamó. Si el personaje á quien ayer llamé amiguito mío ha caído prisionero, es preciso que muramos todos en su defensa para probarle que no éramos indignos de su confianza. ¡Cómo! ¿no quieres traerme el caballo? añadió el marqués viendo que Juan Oullier meneaba la cabeza.—Y tiene razón, dijo Berta que llegaba en aquel momento: la precipitación podría echarlo á perder todo; y dirigiéndose al mensajero le preguntó: ¿Has visto sa-

lir de la casa á los soldados y llevarse á los prisioneros?—Nó; sólo les he visto entrar en el huerto.—¿Puedes responder de la dueña de la casa? prosiguió Berta dirigiéndose á Juan Oullier. Miróla este severamente y contestó:—Ayer os habría dicho respondo de ella como de mí mismo; pero...—Sigue.—Peró hoy, añadió suspirando, dudo de todo.—Vamos, vamos, dijo el marqués, basta de circunloquios; tráeme el caballo, y dentro de diez minutos sabré á qué atenerme.

Berta le detuvo, y él continuó encolerizado:

—¿Así se me obedece en mi casa? ¿Cómo queréis que me respeten los demás?—Vuestras órdenes son sagradas, padre mío, sobre todo para vuestras hijas; mas vuestro celo os arrastra: considerad que los dos personajes que tanta inquietud nos causan, no son á los ojos del mundo más que dos sencillos aldeanos, y que si viesen al marqués de Souday preguntar por ellos con tanta solicitud, sus enemigos sospecharían en seguida.—La señorita Berta tiene razón, añadió Juan Oullier; más vale que vaya yo.—Ni vos tampoco.—¿Por qué?—Porque os arriesgaríais demasiado.—Más me he arriesgado esta mañana para ver qué proyectil había herido á mi pobre León.—Os repito que después de lo que ha pasado esta noche, no es prudente presentaros de nuevo á los soldados: necesitamos para esa comisión á un hombre que pueda llegar hasta ellos, é informarse de lo que ha sucedido, y si es posible, de lo que ha de suceder.—Si ese Lorient no se hubiese obstinado en volver á Machecul... dijo el marqués; yo creo que tuve un presentimiento cuando quise alistarle en mi división.—Allí está el señor Michel, dijo Oullier con ironía: aunque haya diez mil hombres al rededor de la casa le dejarán entrar en ella, pues de fijo ni el más ladino sospechará el objeto que le lleva.—Tiene razón, dijo Berta aparentando no haber comprendido el tono en que hablaba el vendeano.—¡Que me place! exclamó el marqués: á pesar de sus apariencias un si es no es adamadas, conven-gamos en que ese mozo nos es utilísimo.

Acercábase entretanto el barón y aguardaba respetuosamente las órdenes del señor de Souday, mas en cuanto vió que éste aceptaba la proposición de Berta, aproximóse á esta con rostro radiante de júbilo, y también gozosa la joven le dijo:

—¿Estáis pronto á hacer lo necesario para salvar á Petit-Pierre?—Estoy pronto, señorita, á hacer cuanto os plazca á

fin de probar al señor marqués mi reconocimiento por la benévola acogida que se ha dignado dispensarme.—Tomad un caballo, con tal que no sea el mío, que lo conocerían, y sin arma alguna, partid á escape y penetrad en la casa como llevado de la curiosidad; y si nuestros amigos corren peligro...

Aquí el marqués miró al techo como para buscar un expediente, y Berta le sacó del apuro diciendo:

—Si nuestros amigos corren peligro, encended una hoguera en el grande erial; entretanto Juan Oullier habrá reunido gente, y entonces volaremos á socorrerles.—¡Bravo! exclamó el marqués de Souday; siempre he dicho que Berta es la mejor cabeza de la casa.

Sonrióse satisfecha la joven mirando al mancebo que se alejaba en busca del caballo, y dijo á su hermana que se acercaba con lentitud:

—¿No te vistes?—No.—¿Por qué?—No pienso dejar este traje, dijo Mary sonriéndose tristemente; en un ejército se necesita quien cuide á los heridos y moribundos, y quiero ser vuestra hermana de la caridad.

Berta la miró llena de admiración, é iba sin duda á preguntarla el motivo de tan extraña resolución, cuando apareció Michel montado ya, y diciendo:

—Me habéis indicado, señorita, lo que debo hacer si ha sucedido alguna desgracia á nuestros amigos. ¿Y si Petit-Pierre está salvo y sano?—En tal caso, volved para tranquilizarnos, dijo el marqués.—No, añadió Berta con intento de encomendar á su amado un papel más importante; tantas idas y venidas infundirían sospechas á la tropa de estos alrededores; más vale que os quedéis en casa de Picaut ó en sus cercanías, y que al cerrar la noche nos esperéis en la encina de Jailhay. ¿La conocéis?—Sí, está en el camino de Souday.

Michel conocía todas las encinas de este camino.

—Bueno, añadió Berta, nosotros estaremos escondidos por allí, y nos reuniremos con vos así que oigamos vuestra señal, que será tres veces el canto del buho y otra el de la lechuza. Con que en marcha, señor Michel.

Saludó el mancebo al marqués y á sus hijas, é inclinándose sobre el pescuczo de su cabalgadura, partió al galope. Era excelente jinete, y Berta observó que al doblar la puerta cochera hizo dar al caballo un habilísimo cambio de mano.

—Parece imposible, decía el marqués entrando en el castillo, que de un rústico se haga con tanta facilidad un hombre de todas prendas, interviniendo las mujeres, por supuesto. Me gusta ese mancebo.—No se hacen tan fácilmente los hombres de corazón, contestó Oullier.—Juan, replicó Berta, olvidáis mi recomendación.—Os equivocáis, señorita; por lo mismo que nada olvido, sufro tanto: hasta ahora había tomado por remordimiento mi aversión á ese mozo, y desde hoy temo que se trueque en presentimiento.—¿Vos un remordimiento, Juan Oullier? ¿Qué tenéis que reprocharnos?—A él nada le he hecho, contestó Juan con acento sombrío; pero á su padre...—¿Qué le hicisteis? preguntó Berta estremeciéndose.—Un día cambié de nombre para él y me llamé *Castigo*.—¡Cómo! replicó la joven recordando lo que se contaba en el país á propósito del padre del barón. ¿No le mataron en una cacería? ¿Qué habéis dicho, desgraciado?—Que podría ser muy bien que el hijo vengase á su padre pagándonos en la misma moneda.—¿Por qué?—Porque vos le amáis locamente.—¿Y qué?—Estoy seguro de que no os ama.

Bien que herida en el corazón, encogióse Berta de hombros con desdén, experimentando casi un sentimiento de odio hacia el viejo vendeano.

—Más vale que os ocupéis en reunir vuestra gente, pobre Oullier.—Obedezco, señorita, contestó el chuan encaminándose á la puerta.

Berta entró sin mirarle, y llamando Oullier al aldeano que acababa de traer la noticia, le preguntó:

—¿Ha entrado alguien en casa de los Picaut antes que los soldados?—Sí, el alcalde de la Logerie.—¿En casa de Pascual?—Sí.—¿Tú le has visto?—Como os veo á vos.—¿A dónde se ha dirigido al salir?—Ha tomado el camino de Machecul.—Por el cual han venido luego los soldados ¿no es eso?—Sí, un cuarto de hora después de la salida del alcalde.—Está bien, dijo Juan Oullier.

Y extendiendo el puño en dirección á la Logerie, exclamó:

—¡Courtin, Courtin, tú tientes á Dios! Ayer mataste á mi perro, y hoy nos has hecho una traición. Se me acabó la paciencia.

## XLII

## LOS CONEJOS DE MAESE JAIME

Extiéndense al sur de Machecul las selvas de Touvain, Grande-Lande y Roche Serviére, formando triángulo en derredor del pueblo de Legé; selvas de escasa importancia si por separado las consideramos, pero que situadas á tres kilómetros unas de otras, se enlazan por medio de setos y campos de retama y aliaga, formando así un espaciosísimo bosque, donde en tiempo de guerra civil se concentra la insurrección antes de propagarse á las comarcas circunvecinas. Patria del famoso médico Joly, la aldea de Legé fué casi siempre cuartel general de Charrette, quien á cada derrota iba á refugiarse en ella para rehacer sus diezmadadas filas y aprestarse á nuevos combates. A pesar de que en 1832 la carretera de Nantes á Sables-d'Olonne pasando por Legé modificaba su situación estratégica, sus quebrados y frondosos alrededores eran uno de los focos más ardientes del movimiento que se preparaba. En sus impenetrables sotos de acebos y helechos entrelazados ocultábanse pandillas de desertores que iban engrosando cada día y debían servir de núcleo á las divisiones insurrectas del país de Retz y de la Plaine. Habiendo sido infructuosas las pesquisas por la autoridad practicadas en aquellos bosques, corría la voz de que los insurgentes habían construído cuevas subterráneas á imitación de las que tenían los chuanes en las selvas de Gralla, y estos rumores no carecían de fundamento.

Al caer la tarde del día en que salió Michel del castillo de Souday dirigiéndose á caballo á la morada de los Picaut, cualquiera que se hubiese escondido detrás de una de las hayas que rodean la calva de Follerón en la selva de Touvain, habría presenciado un curioso espectáculo. Descendía el sol á su ocaso dorando las copas de los árboles, y derramándose ya por el soto la sombra que parece subir de la tierra, hubiera visto venir de lejos á un personaje á quien con un poco de buena voluntad habría tomado por un sér fan-

tástico, y que andando á pasito miraba cauteloso en torno suyo, tarea tanto más fácil, cuanto á primera vista aparentaba tener dos cabezas para cuidar de su seguridad. Con chupa y unos que pretendían ser calzones cuyo paño primitivo había desaparecido de puro echarles remiendos y pedazos de varios colores, ese desarrapado personaje llevaba trazas de ser uno de los mónstruos bicéfalos que ocupan un lugar distinguido entre los rarísimos fenómenos que la naturaleza crea en sus horas de insensata fantasía; y aunque unidas al mismo tronco, las dos cabezas estaban lejos de asemejarse, pues al lado de una cara de bamboche, picada de viruelas y con barba de zamarro, aparecía otro rostro menos repugnante, lleno de astucia y malicia en su fealdad, mientras el primero expresaba un idiotismo que á veces podía rayar en fiera.

Ya habrá adivinado el lector que esas dos fisonomías eran las de dos personajes que conocimos en la feria de Montaigu, á saber: Alain Poca-Alegría el tabernero, y perdonésenos el apodo quizás demasiado expresivo, Polilla el mendigo, de fuerza hercúlea, que en la asonada de Montaigu derribó de caballo al general. Merced á un cálculo acertado, Poca-Alegría había hallado un medio de completarse adhiriéndose aquella especie de bestia de carga que felizmente había encontrado; así es que en lugar de las dos piernas que dejó en el camino de Ancenis, contaba con unos miembros infatigables que al momento le obedecían bastando para ello una señal, un golpe ó una ligerísima presión en el hombro del mendigo. Lo más particular del caso es que no era Polilla quien menos contento estaba de esta asociación, pues á pesar de sus cortos alcances comprendía que su compañero le hacía obrar por una causa con la cual simpatizaba en extremo, y congratulábase de servir de vehículo al posadero, en quien tenía puesta toda su confianza, pues conociendo su superioridad, estaba ufano de ella y habíase adherido á su persona con la abnegación característica de los afectos en que domina el instinto. Prodigábasele los más exquisitos cuidados, desmintiendo en cierto modo el idiotismo que con sobrada razón se le achacaba, y al llevarle en hombros, jamás se le ocurrió mirar si se lastimaba los piés en algún guijarro ó se los arañaban las zarzas y espinos, cuidando con el mayor esmero en apartar las ramas que pudieran lastimar á su compañero.

Al llegar nuestros dos hombres á la tercera parte de la calva, dió Poca-Alegría un golpecito en el hombro de Polilla, y el gigante hizo alto. Sin decir palabra entonces le indicó con el dedo una grandísima piedra que había al pié de una corpulenta haya, al ángulo derecho del claro: Polilla se dirigió al haya, y cogiendo la piedra esperó órdenes.

—Da tres golpes, dijo Poca-Alegría.

Diólos Polilla pausadamente dejando más espacio entre el segundo y el tercero, y alzándose de improviso una trampa cubierta de musgo, cuya solución de continuidad nadie hubiera sido capaz de encontrar, brotó de la tierra como por encanto una cabeza humana.

—¡Hoh! dijo Poca-Alegría, ¿con que sois vos, maese Jaime, quien está de acecho en la gazapera?—¡Cáspital es preciso estar alerta.—Hacéis muy bien, pues no faltan fusiles en la llanura.—¡Hombre! cuéntame algo.—Con mucho gusto.—¿Quieres entrar?—No, Jaime, hace mucho calor, ¿no es verdad, Polilla? El mendigo dió un gruñido que podía muy bien interpretarse por una afirmación.

—¿Y ha hablado? ¿no decían que era mudo? Ha sido una gran suerte para tí, Polilla, que Poca-Alegría te haya tomado tanto cariño; pues ahora casi eres un hombre como los demás, sin contar que tienes el sustento asegurado como los perros de buena casa.

El pordiosero despidió un gruñido que á no atajarlo Alain con un golpe llevaba trazas de no concluir jamás.

—Este bestia siempre cree estar en la plaza de Montaigu, dijo Alain.—Ya que no queréis entrar, dijo maese Jaime, haré salir los conejos, pues según decíais, hace en el subterráneo un calor de mil demonios, y creo que algunos ya están achicharrados; á bien que es preciso confesar que esos tunantes se quejan por costumbre.—No son como este, contestó Alain, descargando sobre la cabeza del coloso un recio puñetazo; este nunca se queja. Rióse Polilla estólidamente, é hizo con la cabeza una señal como queriendo demostrar á Poca-Alegría su reconocimiento por la muestra de amistad que acababa de darle.

Maese Jaime tendría cincuenta ó cincuenta y cinco años y todos le hubieran tomado por un colono de la comarca de Retz. Aunque sus cabellos le ondularan por los hombros, llevaba la barba afeitada con esmero, limpísima chupa de paño casi de moda, en comparación de las que todavía se

usan en la Vendée; chaleco de lo mismo con anchas listas blancas y anteadas; calzones de lienzo casero y polainas de algodón azul, únicas prendas que le asimilaban un tanto á sus compatriotas. Las armas que en aquel momento llevaba eran dos pistolas cuyas relucientes culatas le levantaban la chupa. Maese Jaime con su apariencia bonachona y apacible fisonomía era el jefe de una de las partidas más audaces del país y el *chuan* más terrible de diez leguas á la redonda, y el que más se temía. Quince años hacía que empuñó las armas, á pesar de que algunas veces había tenido que hacer cara á brigadas enteras con dos ó tres hombres; así es que su extraordinario arrojo y buena suerte habían engendrado entre el pueblo supersticioso del Bocage la idea de que era invulnerable á las balas de los azules; y á los pocos días de la revolución de julio, cuando anunció maese Jaime que volvía á entrar en campaña, todos los desertores de las cercanías fueron á agruparse á su alrededor, formando en muy poco tiempo una respetable partida.

Después de tener con Poca-Alegría el corto diálogo que acabamos de transcribir, inclinóse maese Jaime hacia la cueva y dió un extraño silbido, á cuya señal salió de las entrañas de la tierra un zumbido semejante al de las abejas cuando salen de la colmena, y luego algunos pasos más allá y entre dos espesos matorrales levantóse verticalmente sobre cuatro piés un ancho zarzo cubierto como la trampa de césped y hojarasca, descubriendo la boca de una especie de silo del cual salieron uno tras otro hasta veinte hombres, cuyos trajes estaban muy lejos de tener la pintoresca elegancia que caracteriza á los bandidos que salen de las cavernas de cartón de la Opera Cómica, unos con uniformes parecidos al de Polilla, y otros con chaqueta de paño ó de lienzo. Notábase la misma variedad en el armamento, pues tres ó cuatro llevaban fusiles de munición, otros escopeta, y algunos solamente pistola; en cuanto á las armas blancas, maese Jaime era el único que llevaba sable, y veíanse dos picas procedentes de la primera guerra y ocho ó diez horquillas bien aguzadas.

Cuando todos esos valientes estuvieron reunidos en el claro, sentóse maese Jaime en el tronco de un árbol derribado, y Polilla dejó á su lado á Poca-Alegría, alejándose luego algunos pasos.

—Sí, Alain, sí, dijo maese Jaime, los lobos están de caza,

y me alegro de que te hayas tomado la molestia de avisarme. ¡Calle! añadió de pronto con extrañeza; ¿tú por aquí? ¿No caíste en el garlito al mismo tiempo que Juan Oullier? Que él se escapara al atravesar el vado de Pontfarcy, no me admira; pero ¿cómo te escabulliste tú sin piernas?—Para algo sirven las de Polilla, respondió Poca-Alegría riendo. Pinché un poquillo al gendarme que me tenía cogido, y los puños de mi compañero Polilla hicieron lo demás. Y ¿quién os lo ha dicho, maese Jaime?

Encogióse este de hombros con aire indiferente, y sin contestar á la pregunta que sin duda le parecía ociosa, añadió:

—¿Has venido acaso para avisarme que se ha aplazado la cosa para mas tarde?—No, continúa fijada para el día 24.—Mejor, pues ya empezaban á impacientarme tantas dilaciones.—Paciencia, no tendréis que esperar mucho tiempo.—¡Cuatro días!—¿Qué queréis decir?—Que con tres me sobran. Yo no soy tan afortunado como Juan Oullier que anoche los ha descalabrado en la cuesta de Baugé.—Ya me lo ha contado.—Desgraciadamente se han desquitado de un modo cruel.—¿Cómo?—¿No lo sabías?—No; vengo de Montaigne. ¿Qué ha pasado?—Que han muerto en casa de Picaut á un bravo mancebo, á quien yo apreciaba mucho, á pesar de que simpatizo muy poco con los de su casta.—¿A quién?—Al conde de Bonneville.—¿Cuándo?—Hoy mismo, á las dos de la tarde.—¿Cómo diantre lo habéis sabido?—¿Acaso no sé cuánto puede serme de alguna utilidad?—Entonces no sé si vale la pena deciros lo que me trae.—¿Por qué?—Porque quizás ya lo sabéis.—Es probable.—Quisiera estar seguro de ello.—¿De veras?—Sí, pues no necesitaría daros una embajada de la cual me he encargado con sumo pesar.—¡Ah! ¿vienes de parte de esos señores?

A esas palabras que maese Jaime pronunció con acento amenazador y despreciativo, Alain contestó:

—Sí, y Juan Oullier á quien acabo de encontrar, me ha dado también un encargo para vos.—¡Juan Oullier! Si vienes de su parte es distinto; ese ha hecho una acción que le ha valido todas mis simpatías.—¿Cuál?—Es un secreto; sepamos antes qué quieren esos señores.—El jefe de tu división es quien me envía.—¿El marqués de Souday?—Justamente.—¿Qué quiere el marqués?—Se queja de que con tus frecuentes salidas llamas la atención de la tropa é irritas

con tus exacciones á los pueblos, paralizando de antemano el movimiento general y haciéndolo más difícil.—¿Por qué no lo verificaban antes? A Dios gracias tiempo há que estamos esperando ese movimiento, y por mi parte desde el 30 de julio...—Además...—¿Hay más todavía?—Te manda...—¿Cómo! ¿me manda?—Mira, Jaime, tú obedecerás ó dejarás de obedecerle, según te cuadre; pero él te manda...—Oye, Poca-Alegría: de antemano juro que desobedeceré.—Te manda abstenerse de detener diligencias y viajeros y que estés quieto hasta el día 24.—Basta que lo haya mandado para que yo jure desbalijar al primero que caiga en mis manos esta noche. Quédate aquí, y mañana por toda contestación irás á contarle lo que hayas visto.—No hagas eso, Jaime.—Vaya si lo haré.—Vas á comprometer nuestra causa.—Podrá ser; pero también probaré á ese viejo á quien no he nombrado jefe ni cosa que lo valga, que yo y los míos nada tenemos que ver con él. Dame ahora el recado de Juan Oullier.—Héle encontrado á la altura del puente de Serviére; preguntándome á donde iba y habiéndole yo contestado que venía aquí, ha dicho: ¡Pues eso nos vendría como anillo al dedo! Dile á maese Jaime si podría desocupar por algunos días su madriguera para esconder en ella á cierto sugeto.—¿Diantre! ¿Lo ha nombrado?—No.—No importa; viniendo de parte de Juan Oullier será muy bien recibido, pues no es hombre que moleste á los demás sin necesidad: no es como esa caterva de señores que sólo sirven para meter ruido y enredar.—Hay de todo, contestó filosóficamente Poca-Alegría.—¿Cuándo vendrá ese sugeto?—Esta noche.—¿Cómo le conoceré?—Vendrá con Juan Oullier.—¿No pide mas?—Desearía que se alejase del bosque á toda persona sospechosa y que hicieseis dar una batida por estos alrededores, vigilando especialmente el camino de Grandlieu.—Ya lo ves, el jefe de la división manda que no se detenga á nadie, y Juan Oullier me pide que limpie el camino de importunos; razón más para que cumpla la palabra que acabo de darte. ¿Cómo sabrá Juan Oullier si puede venir sin peligro?—Yo se lo advertiré.—¿De qué manera?—Poniendo en la encrucijada de la Benate una rama de acebo con quince hojas.—¿Te ha dado alguna señal?—Sí; los que vengan dirán: Vencer, y se les contestará: Vendée.—Corriente, dijo maese Jaime; y levantándose fué al centro del claro en donde llamó á cuatro hombres, dijoles algunas pa-

labras en voz baja, y se alejaron en distintas direcciones.

Mandó sacar de la cueva un cántaro de aguardiente, dió de beber á su compañero, y á los pocos momentos aparecieron cuatro hombres por los mismos puntos en cuya dirección se habían ido los anteriores, lo cual indicaba un relevo de centinelas.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó Jaime.—Nada, contestaron tres de ellos.—Y tú ¿qué dices? añadió dirigiéndose al cuarto; tú tenías el mejor puesto.—La diligencia de Nantes iba escoltada por cuatro gendarmes.—Veo que tienes buen olfato.—¿Qué hay? preguntó Poca-Alegría.—Ningún pantalón rojo por los alrededores; dí á Juan Oullier que estoy á su disposición.—Corriente, dijo Poca-Alegría, quien durante el interrogatorio había preparado la rama de acebo; enviaré á Polilla. Volvióse luego al mendigo, y dijo:—Oye, Polilla. Maese Jaime le detuvo y añadió:—¿Estás loco? ¿Qué haríais sin piernas? ¿Acaso no hay aquí cuarenta hombres prontos á hacer lo que se les mande? ¡José Picaut!

Al oír su nombre, José que estaba durmiendo sobre la yerba, se incorporó de pronto.

—¡José Picaut! repitió maese Jaime impaciente.

Levantóse este refunfuñando y llegóse á su capitán, quien le dijo:

—Toma esta rama de acebo, y sin quitar ninguna hoja, vé al momento á dejarla en la encrucijada de la Benate, frente al calvario, con la punta vuelta hacia Touvain.

Persignóse maese Jaime al pronunciar la palabra calvario, y Picaut contestó con acento mal humorado:

—Pero...—¿Qué pero ni qué?...—Tengo molidas las piernas de tanto andar; acabo de correr cuatro horas y...

—José Picaut, contestó maese Jaime con voz estridente y sonora cual el sonido de un clarín, has dejado tu hogar para alistarte en mi compañía sin que yo haya ido á buscarte, y ten presente que á la primera observación hiero, y al primer murmullo, mato.

Y así diciendo sacó maese Jaime una pistola y asestó un tremendo culatazo en la cabeza de Picaut, á quien se le dobló una rodilla. Fué tan fuerte el golpe que á no llevar el aldeano un sombrero de gruesísimo fieltro, le hubiera partido el cráneo.

—Anda ahora, dijo maese Jaime observando con la mayor tranquilidad que se le había derramado el cebo.

Levantóse José sin replicar, y después de seguirle Poca-Alegría con los ojos hasta que hubo desaparecido, preguntó al capitán:

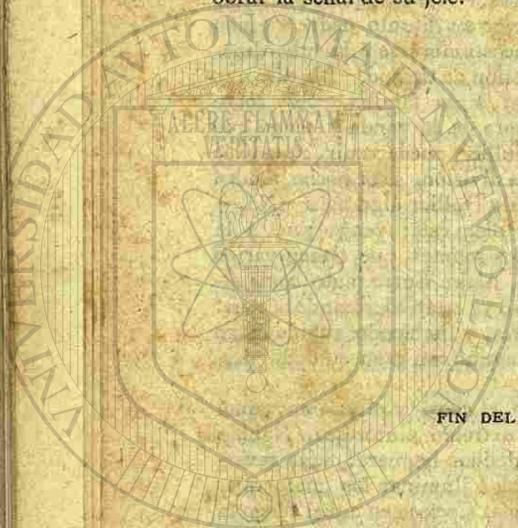
—¿A ese tenéis en la compañía?—¡No me hables!—¿Hace mucho tiempo?—Algunas horas.—Mala adquisición.—No digo tanto; es tan valiente como su difunto padre á quien conocí mucho, sólo necesita acostumbrarse á la subordinación y á la madriguera: es cuestión de tiempo.—No diré que nó; os pintáis solo para educar á esa familia.—Soy zorro viejo. Mas ha llegado ya la hora de la ronda y tengo que dejarte. Ya sabes que Juan Oullier puede venir cuando le plazca, y tocante al jefe de la división, esta noche tendrá mi respuesta. ¿Te ha encargado Oullier algo más?—Nó.—Piénsalo bien.—Nada más.—Bien está; venga pues á la cueva; mis conejos son como los ratones, que tienen varios agujeros. Con que hasta luego, Alain. Entre tanto come algo. ¡Hola! ó mucho me engaño ó ya están aderezando la cena.

Bajó maese Jaime á la cueva, y habiendo subido luego con una carabina cuyo cebo examinó con gran cuidado, desapareció entre los árboles.

Entretanto habíase animado el claro y ofrecía en aquel momento un aspecto por todo extremo pintoresco. Habían nacido en el silo una grandísima hoguera, cuya reverberación ascendía por la trampa á iluminar los matorrales con extraños y fantásticos reflejos. Cociase en aquel fuego la cena de los desertores diseminados por el campo, unos rezando el rosario, y otros entonando sentados los cantares nacionales, cuyas tristes y lánguidas melodías concordaban perfectamente con el carácter del paisaje. Dos bretones, echados de bruces junto á la boca del silo é iluminados por el resplandor que de él salía, jugaban á la taba algunas monedas; mientras un mozo, cuyo amarillento rostro desencajado por la calentura denotaba ser habitante del Marais, se afanaba por quitar el moho de una vieja carabina.

Habituado Poca-Alegría á esta clase de escenas no hacía caso del cuadro, y sentado en un lecho de hojarasca que Polilla le había arreglado, fumaba tan tranquilo como en su taberna de Montaigu, cuando de pronto oyó el lejano canto del buho, modulado de un modo siniestro y prolongado que indicaba un peligro. Alain silbó ligeramente para que los desertores guardaran silencio, y casi al instante sonó un tiro á unos mil pasos. En un abrir y cerrar de ojos

apagaron el fuego con el agua que para semejantes casos tenían preparada, cerróse la trampa, y los conejos de maese Jaime, incluso Poca-Alegría que su camarada se cargó á cuestas, se alejaron en todas direcciones, aguardando para obrar la señal de su jefe.

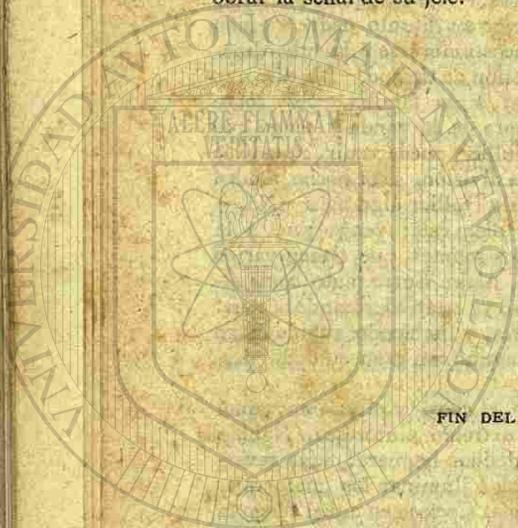


FIN DEL TOMO I

## ÍNDICE DEL TOMO I

|   | Pág. |
|---|------|
| I.—El ayudante de campo de Charrette . . . . .  | 5    |
| II.—Gratitud de Luis XVIII . . . . .  | 13   |
| III.—Las dos gemelas . . . . .  | 21   |
| IV.—De como habiendo ido por una hora á casa del marqués, Juan Oullier estaría aun en ella á no haber muerto ambos ha diez años . . . . . | 28   |
| V.—Una camada de lobeznos . . . . .   | 35   |
| VI.—La liebre herida . . . . .  | 41   |
| VII.—El señor Michel . . . . .  | 48   |
| VIII.—La baronesa de la Logerie . . . . .   | 55   |
| IX.—Galón de oro y Allegro . . . . .  | 63   |
| X.—En el cual no todo pasa como se lo había figurado el barón Michel . . . . .  | 71   |
| XI.—Nobleza obliga . . . . .  | 85   |
| XII.—La prima del conde de Vouillé . . . . .  | 93   |
| XIII.—Petit-Pierre . . . . .  | 100  |
| XIV.—Diplomacia de Courtin . . . . .  | 117  |
| XV.—El figón de Alain Poca-Alegría . . . . .  | 122  |
| XVI.—El hombre de la Logerie . . . . .  | 129  |
| XVII.—La feria de Montaigu . . . . .  | 137  |
| XVIII.—La asonada . . . . .   | 142  |
| XIX.—Astucia de Juan Oullier . . . . .  | 151  |
| XX.—¡Trae, León, trae! . . . . .  | 159  |
| XXI.—La cabaña . . . . .  | 163  |
| XXII.—Cómo lloró Mariana Picaut á su marido . . . . .   | 169  |
| XXIII.—Metamorfosis del amor . . . . .  | 172  |

apagaron el fuego con el agua que para semejantes casos tenían preparada, cerróse la trampa, y los conejos de maese Jaime, incluso Poca-Alegría que su camarada se cargó á cuestas, se alejaron en todas direcciones, aguardando para obrar la señal de su jefe.



FIN DEL TOMO I

## ÍNDICE DEL TOMO I

|   | Pág. |
|---|------|
| I.—El ayudante de campo de Charrette . . . . .  | 5    |
| II.—Gratitud de Luis XVIII . . . . .  | 13   |
| III.—Las dos gemelas . . . . .  | 21   |
| IV.—De como habiendo ido por una hora á casa del marqués, Juan Oullier estaría aun en ella á no haber muerto ambos ha diez años . . . . . | 28   |
| V.—Una camada de lobeznos . . . . .   | 35   |
| VI.—La liebre herida . . . . .  | 41   |
| VII.—El señor Michel . . . . .  | 48   |
| VIII.—La baronesa de la Logerie . . . . .   | 55   |
| IX.—Galón de oro y Allegro . . . . .  | 63   |
| X.—En el cual no todo pasa como se lo había figurado el barón Michel . . . . .  | 71   |
| XI.—Nobleza obliga . . . . .  | 85   |
| XII.—La prima del conde de Vouillé . . . . .  | 93   |
| XIII.—Petit-Pierre . . . . .  | 100  |
| XIV.—Diplomacia de Courtin . . . . .  | 117  |
| XV.—El figón de Alain Poca-Alegría . . . . .  | 122  |
| XVI.—El hombre de la Logerie . . . . .  | 129  |
| XVII.—La feria de Montaigu . . . . .  | 137  |
| XVIII.—La asonada . . . . .   | 142  |
| XIX.—Astucia de Juan Oullier . . . . .  | 151  |
| XX.—¡Trae, León, trae! . . . . .  | 159  |
| XXI.—La cabaña . . . . .  | 163  |
| XXII.—Cómo lloró Mariana Picaut á su marido . . . . .   | 169  |
| XXIII.—Metamorfosis del amor . . . . .  | 172  |

|   |     |
|---|-----|
| XXIV.—La cuesta de Baugé . . . . .  | 177 |
| XXV.—En donde el marqués de Souday no disimula su enojo . . . . .                                 | 186 |
| XXVI.—Donde el marqués de Souday se aflige porque Petit-Pierre no es hidalgo. . . . .             | 193 |
| XXVII.—Los vendeanos . . . . .  | 198 |
| XXVIII.—La alarma . . . . .   | 202 |
| XXIX.—El tío Lorient . . . . .  | 206 |
| XXX.—De como el general se sienta á una mesa puesta para otro. . . . .                            | 212 |
| XXXI.—Donde no van las cosas como Mary y Michel creyeran. . . . .                                 | 217 |
| XXXII.—Continuación del anterior . . . . .  | 221 |
| XXXIII.—El cual no acaba como se presumía Mary. . . . .   | 226 |
| XXXIV.—Los duendes del general . . . . .  | 232 |
| XXXV.—En donde se ve que las telarañas no son solamente fatales á las moscas. . . . .             | 239 |
| XXXVI.—Donde el pié más breve de Francia y Navarra deplora no llevar calzado de aguador . . . . . | 247 |
| XXXVII.—A buena hambre no hay pan duro. . . . .   | 251 |
| XXXVIII.—Igualdad ante la muerte. . . . .   | 256 |
| XXXIX.—Continuación del anterior . . . . .  | 266 |
| XL.—En donde Juan Oullier dice lo que piensa del baroncito Michel . . . . .                       | 271 |
| XLI.—De cómo el barón Michel llega á ser ayudante de campo de Berta . . . . .                     | 278 |
| XLII.—Los conejos de maese Jaime. . . . .   | 282 |

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO I

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

AD AUTONOMIA DE LA  
ACION GENERAL DE

EC  
V